JAVIER ARGÜELLO

A propósito de Majorana

A propósito de Majorana

JAVIER ARGÜELLO

LITERATURA RANDOM HOUSE
www.megustaleerebooks.com

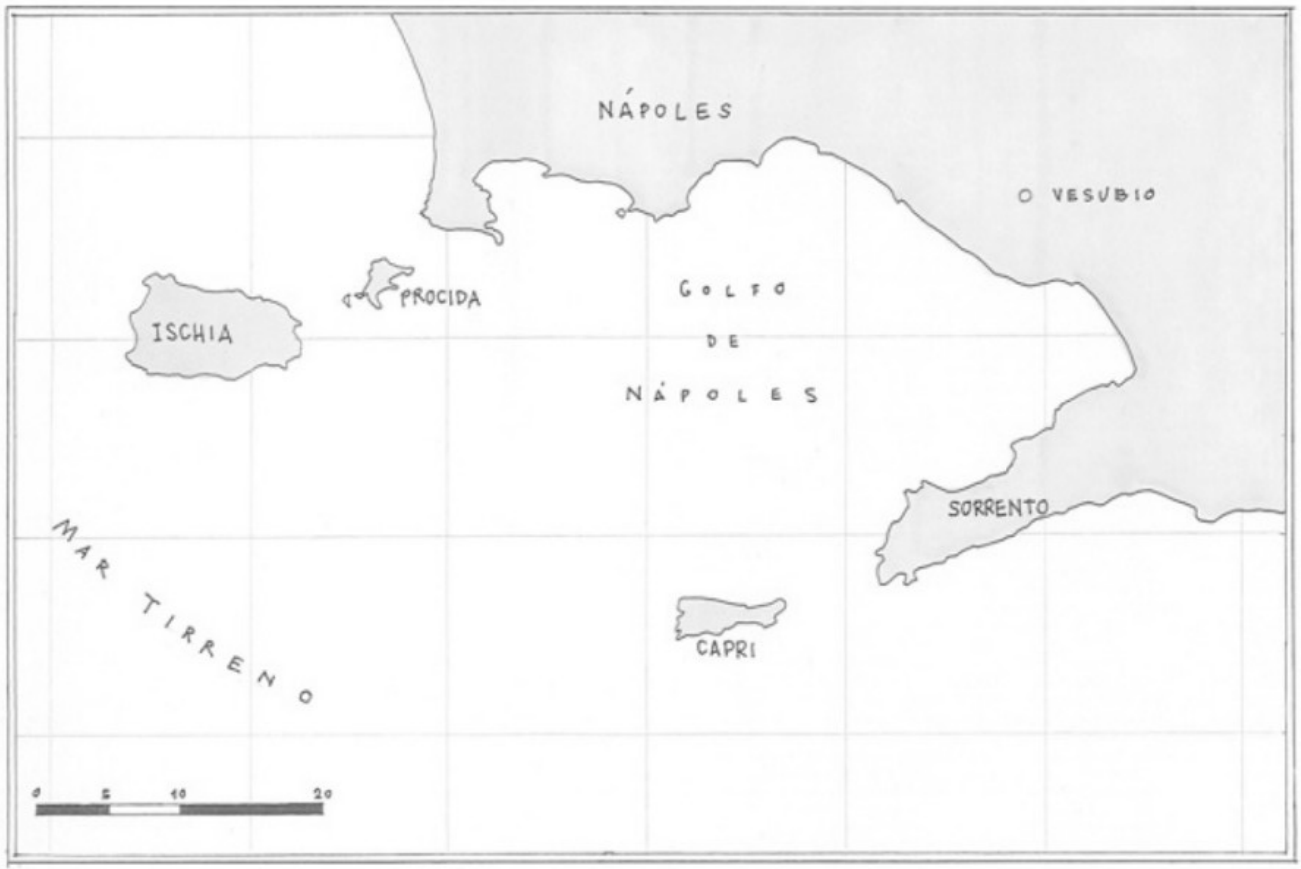
A Lola.
Muy aquí.

Ahora bien, ¿y yo qué era sino un hombre inventado? Una invención ambulante que quería y además debía, por fuerza, permanecer aparte.

LUIGI PIRANDELLO,
El difunto Matías Pascal

Nuestros actores, como ya digo, no eran sino espíritus. Y en el aire, en el aire leve, se han disuelto.

WILLIAM SHAKESPEARE,
La tempestad, IV, i


NÁPOLES
O VESUBIO
PROCIDA
ISCHIA
GOLFO
DE
NÁPOLES
SORRENTO
MAR TIRRENO
CAPRI
0
5
10
20

I

—¿Y a qué me dijo que venían a Nápoles?

—Una investigación. Soy periodista y tenía que llevar a cabo una investigación.

—¿Y su amigo?

—Él sólo vino a traerme.

—Sólo a traerle.

—Sí, luego seguiría su viaje.

—¿Hacia dónde?

—No lo sé.

—No lo sabe.

—No. Creo que él tampoco. Había hablado de Estambul. Quizá dijo algo acerca del canal de Suez, no lo recuerdo muy bien.

—Pero nada de desaparecer.

—Nada de desaparecer.

—Y nada que hiciera intuir que sus intenciones eran esas.

—Nada.

El hombre se me quedó mirando como si le acabara de contar una mentira y él lo supiera y supiera también que yo lo sabía, una mirada un tanto paternalista, como de director de escuela a la espera de que el alumno confiese la travesura no demasiado grave ni demasiado meditada que acaba de cometer. Desvió la vista hacia unos papeles que tenía sobre el escritorio, luego volvió a centrarse en mí.

—Y ¿qué es lo que venía usted a investigar?

Parecerá absurdo, pero hasta ese momento no había caído yo en la cuenta de la evidente relación que había entre ambas cosas, la desaparición del gringo Ross y la que yo mismo andaba persiguiendo. Tampoco había caído en la cuenta —pero eso no lo sabría hasta mucho después, cuando finalmente hubiera logrado reunir todas las piezas y el rompecabezas hubiera quedado por fin completo— del modo en que las

líneas del espacio y el tiempo habían querido conjurarse para hermanar, a más de ochenta años de distancia, las circunstancias por las que yo atravesaba con las acaecidas aquella noche de marzo en la que de alguna manera todo había comenzado.

—Vine a investigar una desaparición.

Hubo cierta malicia en el modo en que lo dije. La verdad es que estaba un poco harto de estar ahí sentado contestando a todas esas preguntas. Tenía hambre, tenía sueño, y por más que me hubieran dado ropa seca y una manta para envolverme, lo cierto es que la humedad y el frío aún no se me habían quitado de los huesos. Todo eso sumado a la irritante suspicacia con la que aquel hombre me interrogaba desembocó de pronto en el infantil impulso de hacerme el misterioso, de probar a desconcertarlo, de ver si conseguía sacarlo de ese sitio tan cómodo en el que se había instalado para hacerle poner cara de tonto por un momento. Él simplemente se sonrió.

—Una desaparición —repitió.

—Una desaparición —confirmé.

—Que no tiene nada que ver con la de su amigo.

—Que no tiene nada que ver con la de mi amigo.

—Y ¿se puede saber de quién se trata esta vez?

Me tomé mi tiempo para responder. Por más que lo hubiera disimulado bien, era innegable que este nuevo dato había despertado una cierta curiosidad en mi interlocutor, una imprecisa inquietud que me hizo sentir por un momento que la relación de fuerzas se equiparaba un poco. Aparté mi vista de la suya y la dejé escapar por la ventana, más allá del archivador de lata verde que flanqueaba el escritorio y del mapa de la bahía del que colgaban cientos de papelitos con nerviosas anotaciones; más allá de la fría luz incandescente de los tubos que colgaban del techo y de ese aire enrarecido que mezclaba el olor del tabaco con el de la humedad apelmazada de una moqueta vieja e inmunda; dejé escapar la vista hacia donde la oscuridad se mezclaba con el ronroneo sordo de unas calles dormidas, y más allá, hacia el rumor oscuro de aquel mar que a punto había estado de tragarme. ¿O debería decir de tragarnos?

—Se trata de un físico —dije—, un físico siciliano. Uno de los cerebros más ilustres que haya parido esta patria suya y que desapareció en

misteriosas circunstancias el 25 de marzo de 1938. Su nombre era Ettore Majorana.

El que respondía a las preguntas era yo. El que las hacía, el comisario Salvatore Espósito de la cuarta comandancia de la policía municipal de Sorrento, provincia de Nápoles, y me gustaría decir que esto que aquí refiero se reduce a una simple anécdota policial, con sospechosos y desaparecidos y con pistas que tarde o temprano conducen a una solución más o menos satisfactoria, pero lo cierto es que es bastante más complicado. Ordenar los datos que forman parte de una historia implica siempre falsearlos, fundar sentidos allí donde no los hay, inventar relaciones que liguen las causas con los efectos. Los acontecimientos por sí solos no implican direcciones ni consecuencias, los acontecimientos nunca se relacionan entre sí, salvo en la mente de quien se siente a pensarlos. Los acontecimientos en sí mismos son descarnadamente neutros, absolutos. No tienen carga positiva ni negativa, o quizá sea más correcto decir que por cada uno con carga positiva hay otro idéntico y opuesto que se ocupa de anularlo y que en el fondo es el mismo, pero eso yo todavía no lo sabía. Siendo fieles a la verdad, de hecho, y limitándonos a lo ocurrido hasta ese momento, ni siquiera podría afirmarse que alguien hubiera desaparecido realmente, como tampoco era del todo exacto que yo hubiera llegado hasta allí con la intención de investigar nada. Había llegado, como la mayoría de las personas que llegan a los sitios, no tanto por lo que allí me esperaba como por lo que había querido dejar atrás. Y ni siquiera esto es del todo así, porque tampoco había sido ese el motivo de mi partida. Podría hablar del hastío de una vida gris y monótona o del modo providencial en que el gringo Ross se apareció ese mediodía en el muelle para otorgar algún sentido al ridículo encargo que mi jefe de sección me había hecho. Podría hablar quizá de la soterrada competencia que, aunque no quisiera admitir, aún sostenía con el imbécil de Galíndez, en cuya persona se condensaba la mayor parte del desprecio que sentía por la especie humana. Podría hablar de muchas cosas a las que no sé cómo referirme y de las que por entonces no tenía la menor noticia, cosas a las que la gente suele dar

nombres grandilocuentes y que en el fondo no responden más que al modo en que los hechos tienen de ocurrir. Podría hablar de ti y de nuestros improbables planes de boda, y sin embargo nada de esto lograría explicar nada, porque aunque entonces no lo supiera, lo cierto es que en este mundo nunca hay nada que explicar, a menos que se tenga el coraje de querer explicar el todo, cosa que sólo unos pocos se han atrevido a hacer, hombres con una convicción y con una fe de las que yo carezco, hombres capaces de entregar su vida a una causa anónima y cuyo esfuerzo no anticipa ninguna clase de recompensa, hombres cuyo destino no se mide con el de otros hombres sino con el del Dios del cielo, lo cual nos lleva de nuevo al individuo cuya huella me habían encargado rastrear, porque por más absurdo que parezca y por más impreciso que resulte, lo cierto es que si a esa altura hubiera tenido que arriesgar alguna clase de respuesta acerca de por qué había llegado hasta la bahía de Nápoles, habría sido inevitable mencionar el nombre de Majorana.

Barcelona, algunos días antes

A propósito de Majorana, me dijo el jefe de sección del periódico en el que trabajaba como si la ocurrencia se le hubiera venido de pronto, como si no hubiera sido él mismo quien apenas un momento antes había sacado el tema con absoluta premeditación para luego pasar a hablar de lo que realmente le interesaba. A propósito de Majorana, dijo con los brazos cruzados y bajando la vista hacia el empeine de uno de sus zapatos, con aire desentendido, casi como si me estuviera siguiendo la corriente en algo de lo que yo hubiera querido hablar. A propósito de Majorana, dijo cadencioso, creo que sería interesante que alguien se dé una vuelta por ahí a ver qué encuentra. ¿Que alguien se dé una vuelta por ahí a ver qué encuentra? ¿Pero no estábamos hablando de un tipo que había desaparecido hacía más de ochenta años y que sólo había pasado en Nápoles los últimos tres meses de su vida? Además, ¿por qué me lo estaba contando a mí? ¿De verdad pretendía que yo me hiciera cargo? Había algo que no me cerraba en el modo en que lo anunciaba. Él era muy consciente de que un encargo como ese representaría una oportunidad para mí luego de años de redactar esquelas, ¿por qué era entonces que me lo decía como si se tratara de una putada que me estaba por hacer? Tenía que haber algo más, algo que me estaba perdiendo, y decidí que lo que necesitaba era tiempo para averiguarlo. Usando el mismo tono casual y desinteresado que él había utilizado conmigo le dije que sí, que era una buena idea, y seguí rastreando en el archivo alguna información acerca de la viuda del farmacéutico de cuyo fallecimiento me tocaba escribir.

No tuve que hurgar demasiado para dar con la pieza que faltaba. Generalmente era así como ocurría cuando Galíndez estaba de por medio.

Supongo que en todos los trabajos pasa lo mismo, pero en un periódico el tema de las intrigas se agrava porque la gente se dedica justamente a eso, a sacar historias de donde no las hay, a convertir rumores en pistas y pistas en hechos consumados. En un periódico, como en ningún otro sitio, la gente dedica su tiempo a enterarse y a reproducir todos los detalles a los que tenga acceso de la vida de los otros. Y si la cosa involucraba a Galíndez, pues con mayor razón. Todos se apresuraban a informarte de sus siguientes movimientos como si se tratara del parte meteorológico que esperan los montañistas antes de comenzar el ascenso —¿o sería que sólo lo hacían conmigo, que secretamente disfrutaban de mis públicas humillaciones en lo que a mi rivalidad con Galíndez se refería?—. Resultó que mi investigación, aquella que el jefe de sección me encargara sobre el físico desaparecido, no era más que un apéndice de la que Galíndez iba a protagonizar. Digo bien: protagonizar. Galíndez no era la clase de periodista que servía de canal para conectar la noticia con el público. Galíndez fagocitaba la información, la regurgitaba, la convertía en el bolo alimenticio que su ego digería a conciencia para luego vomitarla convertida en una bola de pelo y sangre que de alguna manera se las arreglaba para que hablara sólo de él, y de modo accesorio quizá, de lo que la propia información contenía. Galíndez no era el presentador de la noticia, ni siquiera era su descubridor. Galíndez acomodaba los hechos de tal manera que pareciera que nada de eso habría ocurrido de no haber sido por él. Galíndez no redactaba la noticia. Galíndez *era* la noticia, esa que alguna pluma divina se había encargado de esculpir.

En este caso la cuestión tenía que ver con una de las menos conocidas de las partículas elementales: el neutrino. Se trataba, como digo, de una partícula menor, de cuya existencia se había dudado durante gran parte del siglo XX, pero que desde hacía unos días había saltado a la primera plana de los periódicos debido a un experimento que la involucraba. Ocurrió que en el CERN —el centro europeo para la investigación nuclear, ubicado en la frontera entre Francia y Suiza— se había llevado a cabo un experimento que pretendía medir la velocidad a la que los neutrinos se desplazan. En colaboración con el laboratorio del Gran Sasso, en Italia, los científicos del CERN habían disparado más de quince

mil neutrinos que, en su carrera de 730 kilómetros por un corredor subterráneo, se habían obstinado en demostrar lo imposible: habían superado en sesenta millonésimas de segundo la velocidad de la luz. Probablemente al ciudadano común este dato no le resulte particularmente conmovedor —confieso que en un primer momento a mí tampoco me lo pareció— pero para la comunidad científica se trató de uno de esos hechos que hacen tambalear todo el edificio del conocimiento. Desde que Einstein afirmara que para alcanzar la velocidad de la luz había que ser luz, y que no había nada en el universo que pudiera superarla, toda la física conocida había operado bajo ese supuesto. ¿Qué pasaba pues con este tímido neutrino que había decidido echar por tierra todas esas creencias? Si los resultados del experimento llegaban a confirmarse, aquello significaría que el universo entero debía ser repensado. Y ¿cómo encaja en todo esto mi físico desaparecido? Pues da la casualidad de que uno de sus más importantes campos de estudio era justamente el del neutrino, para el cual ideó una concepción que difería radicalmente de la que se manejaba en la época y según la cual el neutrino era su propia antipartícula, algo que sus colegas anglosajones dieron en llamar el *Majorana's neutrino*.

Absolutamente indiferente a los misterios de la física y con la cabeza a punto de estallar a causa de mis mucho más mundanos y recientes descubrimientos, bajé la calle Balmes hasta la plaza Cataluña, y desde ahí todas las Ramblas hasta el puerto, y en todo el recorrido no pude dejar de pensar en lo mismo: había vuelto a ocurrir. Como si se tratara de una maldición, como venía ocurriendo cíclicamente a lo largo de toda nuestra dispar y accidentada carrera, el destino volvía a encargarse de ponerme a la sombra de Galíndez. No había alcanzado a saborear el hecho de que me encargaran una tarea nueva, algo un poco más creativo que la mecánica relación de nombres y de fechas que hacía años venía realizando, cuando caía en la cuenta de que en realidad se trataba de una labor subsidiaria. Era en Suiza donde la noticia se estaba cociendo, hacia allí apuntaban todas las cámaras del mundo y hacia allí partiría raudo José Antonio Galíndez dispuesto a alcanzar —una vez más— el olimpo de la información escrita. Mi misión se limitaba apenas a un improbable apoyo logístico. En caso de que la noticia se estirara y hubiera que

utilizar algún tipo de material de relleno, el jefe de sección —que era un cerdo mezquino e inescrupuloso y carente de toda humanidad, pero ningún tonto— había decidido cubrirse las espaldas enviándome al sitio desde el que uno de los padres del neutrino había desaparecido sin dejar rastro. Su olfato de perro viejo le decía que en determinado momento ese plus informativo podía marcar la diferencia con respecto a las unilaterales informaciones de la competencia, y el hecho de que yo hablara el idioma me convertía en el candidato idóneo. Ni en sus mejores fantasías habría llegado a sospechar el grado de razón que el tiempo le daría. Lo cierto es que en ese momento el encargo no representó para mí más que otra piedra en el pesado saco de mis frustraciones, con lo que consideré que lo mejor que podía hacer era tomarme la tarde libre para meditar acerca del modo en que debía proceder.

Lo primero que pensé fue en dejar la escena. Supongo que es la primera reacción que cualquiera tendría. A la mierda con todo. Desaparecer. No era la primera vez que me veía invadido por un impulso de ese tipo. Desaparecer de las órdenes de mi jefe, de las humillaciones de mis compañeros y de los absurdos planes de boda que Ana, mi novia, había montado. Desaparecer como una victoria sobre los compromisos y los problemas, como una liberación, como la evaporación de todas las ligaduras y los dolores de cabeza a los que una existencia material y corpórea nos condena. Muchas veces había pensado ya en eso, pero de manera más bien imprecisa. En aquel momento, sin embargo, sentado allí en el muelle y viendo el modo en que la marea jugaba con la basura del puerto, estampándola una y otra vez contra la roca del pantalán, por primera vez intuí que había algo real en eso, y que ese algo tenía que ver conmigo. Que no era ya la orden del jefe, la burla del compañero o el reproche de la novia, sino que tenía que ver directamente conmigo, con lo que era, con lo que había sido y con lo que —secretamente— estaba por empezar a ser. Desaparecer. Tal vez fue por eso que no me resultó llamativo el hecho de verme envuelto en una empresa que, apenas unas horas antes, me hubiera resultado inconcebible.

—¡Me cago en Dios y en la Virgen y en los ángeles que nos custodian! —blasfemó el gringo Ross asomando su cabeza por la escotilla del barco y elevando los brazos al cielo como si de verdad estuviera dispuesto a

enfrentarse con lo más sagrado.

Tardé un momento en reconocerle. El escenario hace mucho a la asociación de los rostros con sus procedencias, y lo último que me esperaba en la vida era tener que conjugar la cara del gringo Ross con la estampa del puerto de Barcelona.

—¿Gringo? —arriesgué casi seguro de estar equivocándome.

—¿Quién carajo pregunta? —respondió el gringo Ross, y se me quedó mirando como quien mira a un espectro.

El gringo Ross había estado siempre bastante loco. No se puede decir que fuéramos amigos, él no tenía demasiada relación con nadie, pero sí que nos deparábamos un mutuo respeto basado en una cierta complicidad. Por razones muy disímiles, ninguno de los dos encajaba bien con el resto de los compañeros, y eso, a los catorce años, genera unos vínculos innegables. Además vivíamos en el mismo barrio, con lo que muchas veces nos encontrábamos en el autobús que nos llevaba a la escuela, pero por sobre todo creo que yo era el único que entendía plenamente —aunque si me lo pidieran, jamás lo sabría explicar— el motor de los desplantes que le habían robado al gringo Ross la mitad de los recreos de la escuela secundaria. No se trataba de simples rebeldías; había estilo en el modo en que desafiaba a la autoridad, como si no fuera algo que tenía que ver con quien tuviera enfrente, sino con convicciones mucho más profundas que ni siquiera haría el esfuerzo de intentar explicar. Era evidente para él que el resto no lo comprenderíamos.

Recuerdo una ocasión en que la profesora de inglés le ordenó que fuera a buscar a un alumno que un momento antes ella misma había expulsado. Nuestro colegio era un verdadero desastre en casi todos los aspectos, pero gozaba de unas instalaciones deportivas envidiables gracias al convenio que tenía con el club en cuyo predio se había construido. Esta curiosa circunstancia atentaba sutilmente contra la autoridad de los profesores de un modo que no estoy seguro que ellos hayan llegado a comprender cabalmente. El hecho de ser expulsado de clase suponía la posibilidad de unirse a cualquiera de los partidos de fútbol, básquet o lo que fuera que se estuviera disputando en ese momento, lo cual evidentemente aligeraba la gravedad del castigo. Supongo que algo de eso habrá intuido Mrs. Annie —la profesora de

inglés—, cuando envió al gringo Ross a buscar a Pacchiarotti —el alumno con el mayor promedio de expulsiones por hora de clase que jamás haya pisado escuela alguna—. Encantado con la misión que le había sido encomendada, el gringo Ross pidió prestada una raqueta de tenis, y salió raudo hacia las pistas, sin ninguna intención de regresar. Sólo cincuenta minutos más tarde —cinco antes de que terminara la clase de Mrs. Annie —, todo traspirado, en pantalones cortos y con evidentes rastros de polvo de ladrillo en piernas y torso, el gringo Ross regresó sonriente y sin nadie que le acompañara. Cuando fue increpado acerca del paradero del compañero que había ido a buscar, el gringo Ross se limitó a explicar que cuando lo había encontrado y le había dicho que tenía que volver a la clase, éste le había contestado literalmente «Acarapito el ciame», lo cual en el lenguaje algo carcelario que manejaban los jóvenes de esa época — y que gustaba de intercambiar el orden de las sílabas de las oraciones— significaba nada menos que «Acariciame el pito». El desconcierto de Mrs. Annie fue tal que no supo qué hacer ni con el gringo Ross ni con Pacchiarotti, con lo que el incidente se disipó sin consecuencias para nadie.

A más de veinte años de distancia, el rostro del gringo Ross seguía exhibiendo esa chispa de malicia que en realidad no era tal, sino que hablaba de un extravío vocacional y profundo que en algún punto rozaba lo sacro, pero que esta vez encontré algo desgastado. En general se lo veía bien, joven y saludable, pero al mismo tiempo superado en algún punto por las circunstancias. Me explicó que su mal aspecto se debía a una ranita que lo había acompañado desde el puerto de Cádiz, y cuyo incesante croar no le había permitido pegar ojo en cuatro días. Entramos en el barco y, efectivamente, contra la madera de los tabiques retumbaba el eco de un potente y rítmico sonido gutural. Nunca voy a olvidar ese primer contacto con el interior del *Victoria*, el velero con que el gringo Ross venía navegando desde Buenos Aires y que en los siguientes días tan familiar se me volvería, el crujir de los tablones bajo mis pies, la luz tamizada por las escotillas que lograba sacar cierto brillo al opaco barniz de la madera y ese aroma inconfundible a sal, arena y cocina con el que los largos días de mar habían impregnado sus cuadernas, un aroma que aún hoy me hace pensar en la calidez del hogar. Nos colocamos a cuatro

patas, y bajo una de las literas, parapetada contra el fondo y con una suerte de contenido espanto reflejado en el rostro, hallamos a la dichosa ranita. Se trataba de un ejemplar diminuto y blanquecino, de esos de piel casi transparente cuyas patas terminan en tres dedos redondos con ventosas en los extremos. El gringo Ross me explicó que había intentado con toda suerte de instrumentos —un gancho para la ropa todo retorcido así lo atestiguaba—, pero que a cada arremetida, la ranita respondía con un ágil movimiento que frustraba todo intento de captura. Recordé los ejemplares como ese que se pegaban al ventanal de la casa de mis padres, en las afueras de Buenos Aires. Se lo comenté al gringo con la esperanza de que los recordara también, pero me dijo que él nunca había estado en ese sitio. Entonces le expliqué que en las noches de verano, una gran cantidad de esas ranitas se atrincheraban allí, ya que la luz del interior atraía a los insectos que les servían de alimento. Un día una luciérnaga se acercó hasta donde una de las ranitas aguardaba. Su envergadura prácticamente igualaba a la de su potencial predador, por lo que la luciérnaga en ningún momento se sintió intimidada y se limitó a exhibir distraídamente su luminosa intermitencia. No pasó mucho tiempo, sin embargo, antes de que la rana se abalanzara sobre ella, atrapándola entre sus fauces. Su tamaño le obligó a llevar a cabo trabajosos movimientos antes de lograr engullirla por completo. Cuando por fin lo consiguió, y para sorpresa de todos, una pálida lucecita verde comenzó a encenderse en su vientre, y así continuó haciéndolo hasta la hora de irnos a dormir.

—Y ¿qué hace por acá por Barcelona? —me dijo el gringo Ross al cabo de un momento, a todas luces encantado con la historia.

El gringo Ross tenía la costumbre de tratar a todo el mundo de usted. Antes de que pudiera contestar, sin embargo, noté que la ranita daba un salto hacia nosotros. Me preparé para agarrar algo con que atraparla, pero el gringo me hizo señas de que no me moviera.

—Se ve que su historia le dio hambre —me dijo.

La ranita dio otro salto y se posó justo entre el gringo y yo. Luego otros dos saltos la dejaron al borde de la escalera. Entonces saltó directamente al segundo peldaño y luego hacia el exterior. Nos asomamos por la escotilla justo a tiempo para verla lanzarse al agua.

—Usted me va a traer suerte, Aguiar —dijo el gringo sonriente, al

tiempo que me palmeaba el hombro—. ¿Qué tiene que hacer en las próximas semanas?

Sorrento, el presente

El comisario Espósito dispuso para mí una pequeña celda en la misma comisaría en la que fui interrogado. Como por ese entonces no conocía mi condición de sospechoso, asumí que se debía a que a esa hora no tenía ningún otro sitio que ofrecerme. Al día siguiente, y dado que no llevaba conmigo identificación alguna, se harían las gestiones para comprobar los datos que les había dado acerca de mi identidad. Una vez cumplimentadas dichas formalidades, se me buscaría alojamiento y se pondría en marcha un operativo destinado a averiguar el posible paradero del gringo Ross. Por alguna razón tuve la certeza de que no lo encontrarían.

Por la mañana me permitieron hacer una llamada. Por la tarde mis temores se habían visto confirmados: ningún indicio de naufragio frente a las costas de Sorrento ni en el resto del litoral de Amalfi o de Nápoles, lo cual —supe después— no auguraba nada bueno para mí. Antes de decidir a quién llamar salí un momento a la puerta de la comisaría, me senté en el descanso del segundo escalón y encendí un cigarrillo. El comisario Espósito, probablemente intentando confraternizar para ablandarme y conseguir así algún tipo de información que él suponía que yo podría tener, decidió acompañarme. O eso fue al menos lo que yo quise creer. De pie y apoyado contra el marco de la puerta, sacó su propio paquete de tabaco y se puso a fumar también.

—Sorrento, quién lo iba a decir —soltó misterioso—. Casi cinco años viniendo cada semana y todavía no consigo acostumbrarme. Todo el mundo me dice que tengo que pedir el traslado definitivo, que Nápoles no es una plaza para un hombre de mi edad, que aquí podría sentarme tranquilo a esperar mi retiro, pero la verdad es que yo no me hago a la

idea de dejar de ser ciudadano napolitano. Fue allí donde nací y donde algún día espero que me entierren. Anoche me pilló usted aquí porque me tocaba estar de guardia, pero esta misma tarde me vuelvo al Monte de Dio. ¿Conoce Nápoles?

—No —respondí.

No tenía la menor intención de favorecer el intercambio que el otro me proponía.

—Qué lástima entonces que su viaje se haya visto interrumpido de esta manera —dijo el comisario en un tono que supuse quería tener algo de informativo—, no es ese el modo en que hay que llegar a un sitio como este. Ver Napoli y después morir —agregó con cierto aire teatral.

—Pues yo no pienso morirme —respondí cortante.

Además de no tener el menor interés en departir con aquel individuo, mi cabeza estaba ocupada en decidir a quién debía llamar. Supongo que lo lógico hubiera sido llamar a Ana, pero por alguna razón su presencia me quedaba entonces muy lejos, como si los días de mar hubieran puesto una distancia en medio que no tenía que ver ni con el tiempo ni con el espacio, sino con un grado diferente de concreción de la realidad. Quizá, y aunque no lo supiera aún, ya había empezado el proceso por el cual los lazos que me habían unido con la vida terrena se iban a ir debilitando hasta perderse, y Ana, como casi todo lo demás, se quedaría en la orilla de enfrente. Pero, como digo, por entonces yo no tenía noticia de nada de esto, y si no la llamé fue en gran parte porque no quería alarmarla. De alguna manera pensaba que todo aquel traspié del accidente y de mi consecuente detención se solucionaría en un par de días, y que con algo de fortuna podría estar en casa antes de que las alarmas hubieran saltado y sin tener que importunar a mi prometida. Bastante tenía ya la pobre con sus propios problemas sumados a los preparativos para la fiesta. Si bien hoy sé que no se trataba de ella, no logro evitar sentir una suerte de nostalgia al evocarla. Una nostalgia que la excede y que tiene que ver en realidad con la tristeza que sobreviene a la contemplación más o menos honesta de la vida de cualquier ser humano, esa pena ancestral de saber que en alguna parte del recorrido todos hemos extraviado algo que ya no podremos recuperar. Cuando evoco hoy sus ojos, esos ojos de libro viejo, no puedo evitar pensar en la distancia con la que miraban el mundo, en

su dolor sordo y añejo. A veces tengo la sensación de que en ese dolor suyo se alojaba el de todos los habitantes del universo. No, no la podía llamar. Por más obvio que resulte, hay veces en que debemos asegurarnos de dejar algo a flote si no queremos arriesgarnos a que todo se termine de hundir. Por otra parte no hubiera sabido bien qué decirle y estaba bastante seguro de que era poco lo que ella habría podido hacer por mí. La alternativa de hablar con Ortega, mi jefe de sección, se convertía poco a poco —y muy a mi pesar— en la más viable. En ese momento Espósito volvió a la carga.

—Interesante personaje este que le han enviado a investigar —dijo—, el Majorana ese. Estuve leyendo algo en internet. ¿Puede creer que siendo yo napolitano no hubiera oído hablar nunca de él?

—Es siciliano.

—¿Cómo?

—Es de Sicilia, no de Nápoles.

—Pero usted vino a Nápoles a investigar su desaparición, ¿no?

El tono desafiante que creí entrever en este último comentario terminó de crisparme los nervios. Definitivamente no pensaba perder ni un minuto más en aquel intercambio absurdo. Una ráfaga de olor a mar que llegó repentinamente desde el acantilado hizo que toda aquella escena se viera aún más vulgar, más sin sentido.

—Si me lo permite voy a utilizar un momento el teléfono —dije al tiempo que me incorporaba.

—Por supuesto —respondió el comisario mientras apagaba su cigarrillo contra el muro—. Ahí lo tiene, sobre el escritorio.

El repiqueteo sordo del teclado de un ordenador inundaba la estancia, soleada ahora. Un chico joven, de uniforme, copiaba los datos de un informe no sin cierta dificultad. Los paños oblicuos de sol dibujados sobre la moqueta reducían en parte la sensación de humedad y de inmundicia que el sitio me había inspirado la noche anterior. Levanté el auricular del teléfono y marqué el número de la redacción.

—Hola, ¿Ortega?

—¿Aguiar? Me cago en la puta, ¿dónde coño te habías metido?

—En el mar, estuve viajando.

—Pero ¿una semana, tío? Me dijiste que en cuatro días a lo sumo

estarías en Nápoles y hace una semana que no sé nada de ti. Lo de Suiza es un desastre, a Galíndez estamos a punto de traerlo de vuelta…

—El viaje se estiró un poco, hubo ciertas complicaciones.

—¿Ciertas complicaciones? ¿Sabes tú cuántos años hace que no me tomo yo una semana de vacaciones? ¿Dónde cojones estás?

—En Sorrento, cerca de Nápoles. En una comisaría.

—¿En una comisaría? ¿Me quieres decir en qué coño estás metido?

Le expliqué del accidente. Le expliqué de la desaparición del gringo Ross y del modo en que me había visto obligado a saltar al mar y a nadar hasta la costa. Le conté que no tenía ropa ni dinero ni documento alguno que confirmara mi identidad, y que necesitaría de su ayuda para poder moverme, ir al consulado, tramitar un pasaporte provisional y comprar un billete de vuelta. Si había algo en lo que Ortega era bueno era en mover contactos de toda índole en cualquier rincón del globo. En ese punto de la conversación, el comisario Espósito me interrumpió.

—Perdóneme, Aguiar, disculpe que me entrometa en la charla que mantiene con su amigo, pero me parece que usted no está entendiendo del todo lo que ocurre aquí. Tenemos a una persona desaparecida que viajaba con usted, y sólo con usted, en una embarcación de la que la última noticia que se tiene es que dejó el puerto de Barcelona con ustedes dos a bordo. Ni siquiera hemos encontrado la embarcación que usted dice que naufragó en nuestras costas, mucho menos un cuerpo como para poder tener alguna pista acerca de las posibles circunstancias de su deceso, si es que ése fuera el caso. Lo que le estoy queriendo decir, y espero que no se lo tome como algo personal, es que por lo que a la policía respecta, y hasta que no aparezca algún dato que diga lo contrario, usted viene siendo nuestro principal sospechoso. Me temo que por el momento no se va a poder ir a ninguna parte.

Barcelona, algunos días antes

Es curioso el modo en que ocurren las cosas, como si cada paso que damos, cada giro que proponemos, fuera capaz de alterar toda la lógica del universo. Basta mover una sola pieza, decidir por ejemplo salir del despacho una mañana de martes y bajar caminando todo el Ensanche barcelonés hasta el puerto, para que de pronto la vida, esa que hasta entonces habíamos intuido sensata y previsible, nos muestre todo el abanico de opciones que dejamos de lado cada vez que, con conciencia o no de ello, decidimos avanzar en una dirección concreta. ¿Qué tienes que hacer en las próximas semanas?, me había preguntado el gringo Ross a modo de invitación para que lo acompañara en su viaje. El rumbo era hacia el este, sin muchas más precisiones, por lo que no le supondría el menor problema dejarme en Nápoles si es que era ahí adonde tenía que ir. El trayecto tomaría menos de una semana si lo hacíamos del tirón. Algo más si íbamos parando. Yo no tenía una semana. Mi jefe de sección me quería en Nápoles en cuarenta y ocho horas a lo sumo. Además la tenía a Ana histérica porque en un mes teníamos cita en el registro civil y todavía quedaban cientos de detalles por resolver. En medio debía inventarme una serie de reportajes sobre un físico desaparecido y volver para elegir el traje, el menú, el disc-jockey y confirmar la lista de invitados. El solo hecho de tener que anunciarle a Ana que me mandaban al extranjero anticipaba ya un cuadro de crisis que, en condiciones ordinarias y sin otras complicaciones, no hubiera sabido bien cómo manejar. Por alguna razón, sin embargo, y por más que parezca una clara muestra de mi falta de estabilidad emocional, cuando contemplé la posibilidad de subirme a ese barco como una opción real, de pronto me pareció que todas las líneas del espacio y del tiempo se curvaban para

empujarme en esa dirección, como si una voz celestial me dijera que ese era el verdadero camino, no importaba adónde me llevara, no importaba lo que ocurriera en el trayecto ni cuánto tardara en llegar. De pronto estaba clara como pocas veces en mi vida la dirección que las cosas debían tomar. Hasta el absurdo encargo de mi jefe se descubría de ese modo como un paso necesario. Desaparecer. Al comprenderlo esa palabra volvió a resonar en mi cabeza pero con un significado diferente esta vez, como si de pronto hubiera conseguido un grado de solidez mayor, como si al abstracto impulso de fuga de unas horas antes se le hubieran agregado ahora un plan preciso y una excusa concreta, como si un fenómeno que sólo había existido como mero campo de probabilidades hubiera colapsado de pronto en una forma acabada. Y entonces ya no me pareció una locura. De pronto lo imposible devino en real. Y lo real se convirtió en inevitable. Como esas películas que aún no se han filmado pero cuyas escenas y cuyas secuencias existen ya con nitidez en la mente del director. Como un recuerdo del futuro, de esos que yo por entonces todavía no sabía que se podían tener.

—¿A Nápoles?

Ana congeló en el aire el gesto de buscar las llaves en el bolso y se quedó ahí parada y mirándome. Su silueta recortaba contra la ventana del comedor. En la calle podía verse el modo en que el otoño había empezado a robar algunas hojas a los árboles.

—Sí, ya sé, una cagada, pero no puedo hacer nada —me defendí.

—Pero ¿tú te crees que esta es manera de empezar una vida juntos? —dijo ella recuperando la movilidad.

—Eso no tiene nada que ver, Ana.

—¿Que no?

—No, Ana, esto es un viaje de trabajo.

—Vale, un viaje de trabajo. Y si no puedes aplazar un viaje de trabajo ni siquiera cuando coincide con tus planes de boda, ¿qué nos queda para cuando esta familia que queremos formar realmente te necesite?

Odiaba que fuera tan clara en la exposición de sus argumentos. Con una mano en la cintura y la otra apoyada sobre la mesa, me miraba con una expresión que hacía parecer que lo que le estaba planteando era una estupidez más propia de un crío que de un tipo de casi cuarenta años. Y

lo peor es que todas las evidencias parecían darle la razón.

—Ana, falta casi un mes para la boda, te estoy hablando de un viaje que me va a tomar como mucho cinco días. Vos sabés que no le puedo decir que no a Ortega.

Por supuesto que lo del barco y el gringo Ross me cuidé bien de no mencionarlo. Ana se quedó un instante en silencio. Yo le sostuve la mirada lo mejor que pude hasta que ella volvió a hablar.

—No sé qué decirte, Ernesto, me dejas sin palabras —agregó al cabo de un momento.

Yo también me había quedado sin palabras. No había ninguna clase de planteo o declaración que me pareciera adecuado para justificar el impulso por el que había decidido montarme en ese barco, y si lo hubiera habido probablemente no me habría atrevido a expresarlo. Por ese entonces la verdad es que ni yo mismo estaba en condiciones de explicármelo.

—Ana, yo…

—Ana nada. ¿Tú sabes la cantidad de cosas que aún nos quedan por organizar?

Parte de la demostración de que me hallaba frente a una situación completamente nueva era el hecho de que no supiese cómo actuar. Generalmente tenía al menos una pista respecto de los momentos en los que debía hablar y en los que debía callarme. Ese día, en cambio, me descubrí intentando ganar tiempo como un estudiante que se enfrenta a un examen para el que no ha estudiado. Ana lanzó un pequeño bufido al tiempo que meneaba la cabeza de un lado para el otro. Yo decidí que mantenerme en silencio era la mejor estrategia a la que podía optar. Al cabo de un momento ella posó sus ojos en los míos. Entonces tuve que arriesgar.

—Vos sabés que no le puedo decir que no a Ortega. No en esto. ¿Cuántos años hace que estoy varado en las putas necrológicas?

—Pero ¿justo ahora? —se quejó ella con esa voz de puchero con que me hablaba a veces en la intimidad.

Decidí que ese cambio sólo podía significar algo bueno.

—Quizá el momento sea justo ahora —solté sin saber muy bien lo que eso significaba.

—Y ¿cuándo vuelves? —me preguntó.

Esa pregunta implicaba ya una suerte de aceptación, o al menos así quise leerlo yo.

—En dos minutos, mi vida. Ni te vas a dar cuenta de que me fui.

Probablemente pueda parecer que me porté como un cerdo con Ana y una parte de mí así lo sentía. Poniéndonos cartesianos, era matemáticamente imposible que el viaje pudiera completarse en los cinco días de los que le había hablado, pero lo cierto es que no había en mis palabras ninguna voluntad de engaño, o si la había, yo había sido el primero en caer en la trampa. Hay veces en que se tiene tal necesidad de que algo ocurra que se es capaz de forzar los límites de lo posible hasta hacerlos encajar con las expectativas de uno. El tiempo entonces se vuelve algo muy voluble. En dos minutos estoy ahí, decimos muchas veces encontrándonos a más de veinte de nuestro destino, pero no es la deshonestidad la que nos lleva a hablar de ese modo, sino el sincero deseo de que nuestras intenciones, y por el solo hecho de ser puestas en palabras, transformen la realidad a nuestro antojo. Lo que yo quería era que Ana comprendiera que esa breve ausencia no desmoronaba ningún plan que tuviéramos. Y en ese momento era cierto lo que le estaba queriendo decir, por más que para dar cabida a dicha situación hubiera que falsear algunos datos concretos. Por alguna razón me parecía que no era imposible de conseguir. Y quizá era eso, y no otra cosa, lo que en el fondo estaba queriendo probar: quería ver si por una vez podía ser la vida la que se adaptara a mis requerimientos en vez de yo a los suyos.

Caminé como un poseso con todo eso en la cabeza, y antes de darme cuenta estaba en la puerta de la redacción. Subí a la quinta planta, respondí con balbuceos a los saludos que recibía, junté aire, acomodé el gesto, y encaré con la frente en alto el despacho en el que Ortega se parapetaba. La cosa tampoco fue sencilla esta vez. Sin mirarme y mientras revisaba unos papeles que tenía sobre el escritorio, Ortega me preguntó si ya había sacado los billetes. No, le dije, justamente de eso quería hablarte, y de la manera más torpe que alguien pueda imaginar, intenté elucubrar una hipótesis imposible acerca de que si la desaparición

que me tocaba investigar había ocurrido en el mar, qué mejor manera de aproximarme a ella que llegando yo mismo de esa forma, lo cual me permitiría encarar la historia desde la perspectiva exacta del protagonista. Ortega se me quedó mirando de un modo que dejaba traslucir la soberana estupidez que le parecía lo que acababa de oír. Decidí entonces apelar a su inexistente corazón. Él sabía que no habíamos pasado una buena época con Ana, y en el periódico, para qué engañarnos, hacía rato que veníamos tirando de un carro que cada vez se hacía más pesado. Galíndez no partiría para Suiza hasta el día siguiente, y entre que llegara y empezara a armar el reportaje iban a pasar al menos un par de días más. Yo en tres días, cuatro a lo sumo, estaría instalado en Nápoles, dispuesto y con la cabeza fresca para responder a lo que me pidieran. Sería además una forma de tomar un poco de aire antes de la boda y de volver renovado a mis quehaceres en la redacción. Podía estar seguro de que el trabajo saldría mejor si conseguía desconectar un poco. No me creyó. No me creyó nada. Hay veces, sin embargo, en que necesitamos demostrarnos a nosotros mismos que somos mejores de lo que somos. Hasta los individuos como Ortega tienen en alguna parte una voz que se ocupa de recordarles lo que en realidad valen, y de vez en cuando hay que darle algún tipo de argumento si queremos que cuente con las herramientas necesarias para seguir adelante, como un débil abogado que, sabiéndonos culpables, tiene la ardua labor de disponer los hechos de un modo que planteen al menos una duda razonable. Hasta los tipos como Ortega quieren levantarse por la mañana y tener algún argumento que les diga que no son una mierda, y con detalles tan triviales como este que yo le pedía tenía para un año entero de putadas y mezquindades que se verían justificadas por el recuerdo de lo bueno que había sido conmigo. Además era muy poco lo que tenía que entregar a cambio. Él sabía perfectamente que lo normal era que todo ocurriera en la forma y en los plazos que le había expuesto, con lo que si efectivamente hubiera estado en Nápoles en tres días —y sobre todo si no me hubieran detenido bajo sospecha de homicidio—, no habría habido que lamentar la menor pérdida de tiempo.

—Tres días, Aguiar. Como no estés en Nápoles en tres días, te capo.

Me pasé el resto de la tarde ocupado en los preparativos del viaje. Camino a casa pasé a visitar a mi librero de la calle Mallorca y le compré dos libros que hablaban de Majorana: uno que se ocupaba de su trayectoria vital y otro que incursionaba en su trabajo como físico. Él, por iniciativa propia, agregó otros dos a la lista, dos manuales de física teórica que me aseguró que necesitaría una vez que me hubiera adentrado en el tema. Por alguna razón no quise hojear ninguno de los cuatro y decidí guardármelos para cuando el viaje ya hubiera empezado. A la espera de que Ana volviera del trabajo, me puse a armar un bolso con algo de ropa de abrigo —el gringo Ross me explicó que convenía estar preparado— y con algunas cosas que creí necesarias para mi estadía en Nápoles. Lo hacía todo como si se tratara de una tarea rutinaria, pero el vértigo que me asaltaba a ratos, cuando lograba entrever la dimensión de lo que estaba ocurriendo, me recordaba que no lo era.

Ana llegó sobre las ocho y media y preparamos pescado y verduras. La cena estuvo imbuida de una pena dulce, como si se tratara más de un reencuentro que de una despedida, como si los dos intuyéramos que lo que estaba pasando era más grande de lo que queríamos ver, pero al mismo tiempo tuviéramos la certeza de que era así como debía ocurrir. Nos cuidamos mucho de no decir nada al respecto. Nos movíamos con sigilo, evitando el contacto con los ojos del otro e intentando que los cubiertos no hicieran demasiado ruido al apoyarlos en el plato. Rompiendo ese pacto tácito, en un momento me decidí a mirarla. Se estaba llevando el tenedor a la boca mientras se acomodaba un mechón de pelo detrás de la oreja, y me pareció lo más hermoso que hubiera pisado la tierra. De hecho tuve la sensación de que ella *era* la tierra y que yo sólo estaba de paso. Todas las mujeres, pensé, eran de algún modo la tierra, la fuerza viva de la tierra. Nosotros representábamos apenas un apéndice con el que tenían que lidiar para que el continuo absoluto no se viera afectado. A una calma, una tormenta; a una fuerza ejercida, una reacción igual y contraria. Había que asegurarse de que los polos siguieran enfrentándose para que el movimiento generador se produjera y se perpetuara. Sólo para eso estábamos acá, para servirles de contrapunto, pero eran ellas y sólo ellas las responsables de que el mundo

existiera. Nosotros éramos los encargados de rebajarlo a escala humana. Supongo que era por eso que subirme a ese barco representaba en el fondo mi única alternativa.

Con voluntarioso entusiasmo, Ana propuso que, ya que me iba, teníamos que celebrarlo. No se trataba de una celebración al uso, sino de una de esas noches de extraña comunión en las que, a través del vino y de nuestros rituales cotidianos, nos íbamos encontrando cada uno consigo mismo hasta que de pronto estábamos en condiciones de encontrarnos con el otro libres de toda atadura, desde el centro mismo de lo que cada uno era. Pusimos un disco de Chet Baker y Ana se sentó en el sillón verde a hojear el periódico de la semana. Tenía la costumbre de comprarlo sólo los domingos, y lo leía de principio a fin hasta el domingo siguiente sin dejarse una sola página. Decía que las cosas importantes eran comentadas durante al menos una semana, y que las que no llegaban al domingo siguiente era porque en el fondo carecían de importancia. Yo mientras tanto me repartía entre juntar mis cosas y organizar en el ordenador la información que debía llevar. Ana se puso a explicarme algo que estaba leyendo acerca de un médico que decía que el corazón tenía pensamientos del mismo modo que los tenía el cerebro. Me encantaba oírla hablar de esas cosas en las que yo jamás hubiera reparado, probablemente porque no habría hallado ningún tipo de utilidad en hacerlo. Al parecer, y siempre según el citado médico, había una frecuencia en la que el corazón vibraba, que era tan personal como la huella dactilar. Cada uno tenía la suya, y si se lograba dar con ella e identificarla, se podía programar un aparato para que la acompasara. De este modo los pensamientos nacidos de ese corazón resonaban en nuestro campo magnético con una nitidez y con una pureza que conseguía borrar cualquier rastro de enfermedad. No podía creerme ni una sola palabra, pero el hecho de oírlo de boca de Ana hacía que de pronto encerrara una verdad. ¿Sería que mi corazón estaba desacompasado?, me dije. ¿Sería por eso que se me había metido en la cabeza la idea de ir a Nápoles navegando? Curioseando en internet di con una foto de Majorana, una que se correspondía con sus épocas universitarias. Mira, Ana, le dije, este es el tipo sobre el que tengo que investigar. Ella se acercó y se sentó en mi regazo. Parece que tuviera miedo, me dijo, como si algo terrible

estuviera por pasarle. Me quedé mirando la fotografía y pensé que, si bien Ana tenía algo de razón, yo no habría utilizado la palabra miedo para definir la expresión que esos ojos transmitían. Parecía más bien una especie de urgencia, una cierta lucidez que rayara en lo patológico y de la cual las personas sensatas no gustarían de hablar. Parecía la expresión del portador de una noticia incómoda. Más que transmitir miedo, era miedo lo que provocaba. Ana tomó mi cara entre sus manos. Cuídate mucho, me dijo, e hizo un esfuerzo por sonreír mientras los ojos se le llenaban de lágrimas. Yo también me emocioné. Creo que lo que hacíamos era darnos las gracias.

Llegué al puerto sobre las dos de la madrugada y me encontré al gringo Ross ocupado con el motor. La luz de una lámpara de mano enchufada a la toma de tierra le iluminaba desde abajo provocando curiosas formas en la fisonomía de su rostro.

—¡Aguiar —me dijo restregándose las manos en un trapo lleno de grasa—, por un momento pensé que se había arrepentido!

—Acá estoy, gringo —respondí—. ¿Dónde dejo mis cosas?

El gringo Ross me mostró mi litera y me ofreció una taza de café. Dormimos un par de horas y al despuntar el alba nos hicimos a la mar. El comienzo de un viaje como ese siempre está impregnado de una cierta nostalgia, de una cierta solemnidad, pero en el mar la cosa se acentúa, como si a la partida de cualquier barco vinieran a saludar todos los barcos que algún día partieron, como si en cada uno habitara el espíritu de todos los hombres que un día se encontraron con el mar. No había ni pizca de viento y el motor ronroneaba bajo nuestros pies haciendo avanzar al *Victoria* por la más calma de las aguas. Dos tenues estelas a ambos lados del casco mostraban el corte imperceptible que la proa iba abriendo en la superficie. El gringo Ross se hallaba entretenido en la mesa de cartas. Yo subí a cubierta, me apoyé en la barandilla y me dediqué a mirar. Recuerdo un sol naranja asomando en el horizonte, velado por una capa de nubes no demasiado espesa, de modo que se lo podía observar directamente. Recuerdo que una extraña sensación de calma me invadió mientras el puerto se alejaba, como si el distanciarse de las cosas comenzara de pronto a ordenarlas. Recuerdo que tenía los codos apoyados en la barandilla y que no supe cuándo fue que perdimos

de vista la costa, y que en algún momento de las negras aguas comenzó a asomar aquel sol anaranjado que tiñó de bronce el mar. Recuerdo que lo miré avanzar cielo arriba hasta que su circunferencia estuvo completa, y que entonces —por primera vez en mucho tiempo— me sentí en paz.

II

Dejé Sorrento en la Circumvesuviana, un tren regional que baja desde los acantilados y rodea la falda del mítico volcán en su camino hacia la ciudad de Nápoles. El propio comisario me acompañó hasta la estación. La mañana era soleada y el aire seco, como en los puertos de montaña. Caminamos por la única avenida que se extiende entre la ladera y los riscos para ir a desembocar en el pequeño centro de la villa. Mucho más abajo, a una distancia que hacía pensar en los sitios que sólo hemos observado desde el aire, se desplegaban las pequeñas playas y el puerto, con sus casas y hoteles colgando de las rocas en esa estampa como de panal tan típica de los parajes del sur de Italia. Antes de llegar al pueblo nos desviamos para encontrarnos con la estación de tren que se hallaba suspendida varios metros por encima del nivel de la calle. El comisario me entregó un paquete con mi ropa —aún llevaba puesta la que ellos me habían facilitado— y me dio algún dinero. A cuenta del Estado y a devolver en cuanto pudiera, me advirtió, y me hizo firmar unos papeles que así lo atestiguaban. Quedamos en vernos por la tarde en el cuartel general de la policía, en Nápoles. Haga el favor de no cometer la estupidez de darse a la fuga, me dijo cuando nos despedíamos. Por ahora lo suyo es prácticamente administrativo, no quiera usted convertirlo en algo más grande. No sé adónde pensaba que podía haber ido con el escaso dinero que me había facilitado.

Subí al tren y me acomodé junto a la ventanilla. Tardamos todavía unos minutos en partir, y durante la espera me dediqué a estudiar al resto del pasaje. Saltaba a la vista la diferencia entre los grupos de turistas que venían de completar su recorrido por la costa amalfitana y los locales que bajaban a Nápoles para trabajar. Junto a mí se había instalado una familia con pinta de australiana o de irlandesa, pero que luego, al oírlos hablar, resultó que eran norteamericanos. El padre tendría unos cincuenta y cinco años, los niños entre ocho y diez, y la

madre se inscribía en esa franja indeterminada en la que se mezclaba el gesto de quien no ha tenido demasiado contacto con las cosas del mundo y la serie de operaciones que se habían quedado con su expresión. Tal vez se trataba de la segunda esposa del hombre y se llevaban veinte años. Imposible adivinarlo debajo de todo ese camuflaje. Seguramente había sido guapa. En su vestimenta combinaba con cierta elegancia la indumentaria deportiva con ciertas inquietudes antropológicas: botitas de trekking, pantalones hindúes, y en la cabeza el típico gorro de lana del altiplano boliviano de esos que popularizó el cantante Manu Chao. Era muy probable que fuera vegetariana y que estuviera interesada en los movimientos feministas del tercer mundo. Su delgadez rayaba la anorexia y acentuaba aún más la falta de expresión de su rostro. Una mujer italiana que probablemente tenía su edad y que podría haber pasado por su madre, se puso a hablar con uno de sus pequeños. Ella le devolvió una sonrisa que combinaba con maestría la cordialidad y el desprecio. Tal vez no era tanto su actitud como los efectos del botox, lo cierto es que pensé que de regreso a casa evocaría el momento como una de las contadas oportunidades que había tenido de relacionarse con la fauna local.

El tren comenzó su descenso hacia Nápoles entre arroyos de montaña y huertos de cítricos que se protegían del frío mediante una elaborada estructura de redes de malla montadas sobre unos troncos que superaban en altura a los propios árboles. Una vez en el llano el aire comenzó a impregnarse de la humedad que escaseaba en la altura. La imponente silueta del Vesubio se erigía vigilante sobre los campos y la bahía. En el mar, salpicado de sol a esa hora de la mañana, podía distinguirse la silueta de la isla de Capri. Calculé que en algún punto entre ella y el golfo de Sorrento era donde yo había tenido que saltar la noche anterior, y si bien en ningún momento conseguí desprenderme de la angustia asociada a lo que podría haberle pasado al gringo Ross, debo confesar que tampoco pude reprimir esa vieja sensación de liviandad con la que me encontraba cada vez que iba a un lugar donde no conocía a nadie y donde nadie sabía de mí, esa especie de excitación asociada a la impunidad del anonimato y al hecho de que el futuro se abriera como un territorio inexplorado en el que cualquier cosa podía pasar. A medida que avanzábamos, a medida que nos acercábamos a la ciudad, las

edificaciones se iban haciendo más frecuentes y empezaban a agruparse en pequeñas barriadas, pero hasta las mismas puertas de la estación de Nápoles conservaban su aire de campo, con patios provistos de huertas y de frutales, con perros que ladraban al paso de los vagones y señoras que los observaban sentadas en sus sillas como si se tratara de un fenómeno que ocurría cada cien años. Un niño que tocaba el acordeón pasó pidiendo dinero. Era moreno y por su aspecto parecía venir del este. La americana de edad indefinida le dio al más pequeño de sus hijos una moneda para que se la diera al músico. Las miradas de ambos niños al encontrarse fueron un poema. Desencanto en la de uno. Vergüenza en la del otro. Ajena a todo ello, la madre tomaba notas en su diario. En ese momento yo no lo sabía, pero cada uno de esos detalles podría haber sido una réplica de lo que le habría acontecido ochenta años antes a Ettore Majorana. Tal vez la imagen de la bahía con la isla de Capri al fondo le hubiera despertado las mismas inquietudes que a mí. Tal vez recorría las caras que ya no volvería a ver con el mismo extrañamiento con el que yo lo hacía. A saber las ideas que circulaban por su cabeza en los instantes en los que se preparaba para abandonar su vida de forma definitiva. Huelga decir que a mí en ese momento no había nada que me tuviera más sin cuidado que las circunstancias que envolvieron su partida.

Mediterráneo occidental, algunos días antes

La tarde del 25 de marzo de 1938, Ettore Majorana abandonó su habitación en el hotel Albergo Bologna y bajó hasta el puerto de Nápoles para embarcarse con destino a la ciudad de Palermo, en Sicilia. Antes de hacerlo redactó dos cartas, una dirigida al director del instituto de física en el que impartía clases —el profesor Carrelli— y otra destinada a su familia. En ambas dejaba traslucir claras intenciones de acabar con su vida. La primera era más específica y permitía intuir incluso detalles del modo y la hora en que lo haría: a las once de la noche saltaría por la borda del ferry en el que viajaba y se perdería en el mar. Esto era lo que explicaba el primero de los libros acerca de Majorana que había comprado en mi librería de confianza de la calle Mallorca, y así es como se lo estaba contando al gringo Ross mientras él se encargaba de cebar unos mates a la luz del atardecer de nuestro primer día de mar.

Había pasado la mayor parte de la jornada observando el modo en que el gringo ejercía de experto navegante, ajustando cabos aquí y allá, comprobando el rumbo en el compás, mirando hacia la punta del palo para ver el modo en que las velas respondían, oteando el horizonte en busca de alguna señal que no llegué a descifrar y volviendo a chequear las velas para asegurarse de que todo funcionara como debía. Cada tanto, agarrándome de lo que encontraba a mano para no perder el equilibrio, me desplazaba hacia la proa y me asomaba por la borda para ver el modo en que el casco cortaba el agua. Hacia el mediodía el viento se había decidido a entrar y parecía que el *Victoria* hubiera despertado de su letargo para empezar a cabalgar las olas, suavemente al principio, como si no estuviera seguro del baile que le proponían, y cada vez con más entusiasmo a medida que el viento arreciaba. La superficie del agua

había pasado de tener la apariencia de un lago a exhibir las primeras crestas y los primeros rociones de espuma. Era como si, a la llegada del viento, todo lo que antes estaba dormido hubiera cobrado vida, como si el mar se despertara animoso y, a fuerza de insistir, hubiera contagiado su entusiasmo al barco, a las velas y a los que en él viajábamos. Fue la primera intuición que tuve de que el *Victoria* tenía personalidad propia. De sólo recordarlo ahí amarrado y aburrido en el muelle y verlo ahora juguetón y feliz, escorando hacia una banda para poner el hombro a las olas, parecía innegable que tuviera carácter de persona.

Eran tantas las preguntas que tenía para hacer que creo que el gringo Ross llegó a verse un tanto agobiado. ¿Esto cómo se llama, gringo? ¿Por qué soltaste el pasador de ese cabo? ¿Cuál es el sentido de tensar tanto las velas?

—No se empache, Aguiar —me dijo el gringo en un momento dado—, por más hambre que tenga no se puede comer todo de un bocado.

Tenía sentido lo que me decía, pero mi excitación era tal que no podía dejar de reparar en cada polea, en cada instrumento e, inevitablemente, en cada ocasión me surgía una pregunta nueva. Había veces en que el gringo Ross ni siquiera me contestaba, concentrado como estaba en alguna otra tarea.

—Y ¿esto de acá qué es, gringo? —preguntaba yo señalando un reloj con un barco dibujado en el centro y con una agujita que se movía de arriba abajo.

—Tire un poco del cabo rojo que tiene ahí al lado —respondía el gringo Ross ignorándome completamente y con la vista fija en la jarcia.

—¿Éste de acá? —decía yo.

—El rojo, Aguiar —contestaba él con cierta impaciencia, y se quedaba luego mirando hacia arriba, hacia la punta del palo, expectante de la forma en que las velas reaccionaban. Luego asentía satisfecho y se buscaba alguna otra actividad. Eran pocos los momentos en que el gringo descansaba.

No fue sino hasta la tarde cuando, con la modorra de la siesta, conseguí calmar un poco la ansiedad y sentarme a observar el entorno sin las prisas y sin la avidez con que lo había estado haciendo. Sólo entonces caí en la cuenta de que en todo el día no había pensado ni en el periódico

ni en Ana, y la sensación de liviandad que me había invadido se vio opacada por una sombra de culpa. No era tanto el trabajo, la verdad —casi sentía un cierto placer imaginándolos a todos en sus mesas mientras yo perdía la vista en ese azul infinito—, sino más bien el recuerdo de la noche anterior, el de Ana leyendo en el sofá verde, las piernas recogidas sobre el cojín, la cabeza ladeada hacia un costado en la sala de la casa que llevábamos casi cinco años compartiendo. Por alguna razón, y aunque acabara de empezar el otoño, las imágenes que me vinieron fueron las del invierno. La vieja estufa de gas que guardábamos en el trastero y que sacábamos con los primeros fríos, y los periódicos viajes de Ana hasta el rincón donde la colocábamos, junto a la puerta de mi despacho, para cumplir con el ritual de calentarse las manos, de frente primero y después de espaldas, con las palmas hacia afuera y los dedos entrelazados, luego de lo cual regresaba a su sitio con los brazos cruzados sobre el pecho como forma de conjurar el frío. De algún modo, al evocar todo aquello, me pareció como si hiciera siglos que no nos veíamos.

—Aguiar, venga a ayudarme —se oyó la voz del gringo Ross, y le agradecí profundamente que me trajera de regreso—. Tenemos que mover este bicho hacia delante.

Se trataba, según me explicó, del carro que tensaba la escota del génova, y como el viento nos estaba obligando a ceñir, convenía que lo colocáramos lo más adelante posible. Así de sencillo era todo. Si nos poníamos de ceñida el carro iba hacia delante, si nos poníamos de través lo volvíamos a mover hacia atrás. Para cada cosa que ocurriera había una respuesta concreta y una acción precisa que llevar a cabo, un baño de realidad que dibujaba un mundo de certezas que a mi ánimo le sentó como una caricia, la sensación de que allí las cosas por fin eran de verdad. Ya no se trataba de las teorías de cada cual ni de las distintas opiniones o los distintos puntos de vista. El gringo lo sabía todo y yo no sabía nada, con lo que no me quedaba más remedio que limitarme a obedecer. Y en ese limitarme a obedecer encontré de pronto un alivio que nunca hubiera imaginado. Téngame aquí, Aguiar, decía el gringo, y yo le tenía. Gire la manivela del *winche* hasta que vea tensarse la vela, y yo tomaba la manivela y la giraba hasta que la vela quedaba tensa y el barco se estabilizaba y volvía a correr contento, y el gringo miraba hacia

arriba y daba su consentimiento, y a partir de ahí era el *Victoria* el que se ocupaba de todo. Nosotros simplemente nos dejábamos llevar. Ausente de cualquier participación en la toma de decisiones, mi mente podía dedicarse simplemente a transcurrir. Observar el entorno sin ningún objetivo concreto. Observar sin prisas y sin buscar explicaciones. Volverse sólo ojos y simplemente observar.

—¿Qué lee, Aguiar? —me preguntó el gringo Ross una vez que me hube enfrascado en mi libro.

Con el mate en la mano, se sentó enfrente mío y me ofreció uno. Hacía siglos que no tomaba mate. No era que no me gustara, pero nunca había adoptado la costumbre de preparármelo yo mismo, con lo que una vez fuera de la Argentina lo había abandonado de forma natural.

—Es un libro acerca de Majorana —expliqué—, el tipo ese que me mandaron a investigar. Cuenta algunas cosas de su vida y de su trabajo.

—¿Cómo cuáles?

—Por ahora básicamente el modo en que desapareció —le dije al gringo Ross, y le referí lo del ferry a Palermo y lo de las cartas suicidas a su familia y al director del instituto de física.

El gringo me escuchó con atención y luego permaneció un momento en silencio y con el gesto serio, como si mi relato le hubiera hecho pensar en cosas que no le resultaba sencillo evocar.

—Y ¿por qué quería suicidarse? —me preguntó con gravedad.

—No sé, gringo, recién estoy empezando.

—Pero ¿por qué quería dejar escrita la forma en que pensaba hacerlo?

—Qué sé yo, gringo, para que se supiera supongo.

El gringo Ross volvió a quedarse pensativo. Me resultó extraño verle tan circunspecto, un estado de ánimo poco habitual en él. Le devolví el mate y lo cebó con celo, luego se lo llevó a la boca y lo bebió con una prudencia que rozaba la solemnidad.

—Tiene que haber algo más —agregó enigmático al cabo de un momento.

—¿Cómo?

—Que tiene que haber algo más en esto que me cuenta.

—¿Algo como qué, gringo?

—No sé, algo más —insistió—. Uno no anda por ahí exhibiendo de esa

manera sus planes de suicidio, eso es algo más personal, más privado —dijo como si estuviera hablando de no masticar con la boca abierta.

Volvió a cebar el mate y me lo alcanzó. La tarde empezaba a desdibujarse en el cielo y el *Victoria* cortaba las olas escorado a estribor, con sus dos velas en el centro, tensas como dos cuchillos. El gringo se encontraba del lado de la escora, con la espalda apoyada en el borde del asiento, de modo que yo lo veía un poco por debajo de mí y enmarcado en la estela que el barco iba abriendo.

—Lo interesante es que al parecer no se suicidó —retomé.

—Ah, ¿no?

—No. O no al menos en ese momento. Parece ser que al día siguiente el director del instituto de física recibió un telegrama desde Palermo en el que Majorana se disculpaba y le pedía que olvidara todo lo dicho en la carta.

El gringo Ross arqueó las cejas de un modo que me hizo pensar en la expresión que ponen los perros cuando intentan comprender el idioma de los humanos.

—Lo que le digo, Aguiar, había algo que ese muchacho se estaba guardando —dijo mientras recibía el mate que yo le devolvía.

—Y todavía hay más —advertí—. En el telegrama decía que el mar lo había rechazado.

—¿Que el mar lo había rechazado?

—Así lo dijo: «El mar me rechazó». Y después anunciaba que al día siguiente volvería a Nápoles para dar más detalles acerca de lo ocurrido. Y todo parece indicar que efectivamente tomó el ferry de vuelta, pero esta vez sí que nunca llegó.

Nápoles, el presente

La habitación en la que me instalé era amplia y luminosa, digna del palacete en el que estaba ubicada, sólo que los tiempos de gloria de aquel sitio ya habían pasado, y ahora, esperando a ser demolido, ofrecía a su único huésped —yo mismo— la imagen misma de la decadencia. La pintura de las paredes se estaba desconchando y llenaba todo de un fino polvillo blanco que parecía colársele a uno en la tráquea y dificultar la respiración y la vista. En realidad no era tan así, pero ésa era la impresión que se tenía al llegar. Supongo que era por eso que los muebles estaban cubiertos con esas telas blancas que tanto colaboraban al aspecto fantasmagórico del recinto, y que las alfombras estaban enrolladas y replegadas contra las paredes en la mayor parte de las estancias que me tocó visitar.

La entrada daba, como en la mayoría de los palacetes de ese tipo, a un gran patio de luces hacia el que se abrían los balcones de las diferentes plantas. Una escalera exterior las conectaba a todas y conectaba también con los pasillos laterales que en cada piso comunicaban con las distintas dependencias. En la planta baja estaba instalado el taller de pesebres del propietario del hotel, el cual daba toda la impresión de haber dedicado los últimos lustros a su faceta de artesano más que al mantenimiento del establecimiento. Éste ocupaba sólo las plantas tercera y cuarta, el resto habían sido viviendas que ya habían sido abandonadas por sus propietarios ante la inminente demolición de la que sería objeto el inmueble por ciertos daños estructurales sobre los que el dueño no quiso explayarse. A cambio del impreciso pavor que el dato me provocó, el hombre se ofreció a hospedarme gratis mientras las excavadoras del Ayuntamiento se lo permitieran. Cuando le pregunté qué día sería eso me

dijo que no lo sabía y que tampoco le interesaba, ya que él no pensaba moverse y seguiría trabajando hasta que las paredes cedieran a las fuerzas del mal. Así las llamó: las fuerzas del mal.

Se trataba de un individuo bastante particular. Había sido Ortega, mi jefe de sección, el que me había puesto en contacto con él. Me había dado la dirección y me había dicho que preguntara por el señor Giacomo Puccini —así textualmente—, y también me había pedido que lo llamara una vez que hubiera conseguido instalarme. Si lo del nombre se trataba o no de una broma fue algo que preferí pasar por alto sólo por no darle el gusto a Ortega de disfrutar de lo que hubiera sido mi normal desconcierto. Lo cierto es que cuando pregunté por el señor Puccini —ahorrándome la mención del nombre de pila—, el constructor de pesebres me respondió con la mayor naturalidad, y cuando le dije que venía de parte de Ortega se mostró en la mejor disposición de ayudarme en lo que fuera. ¿Qué clase de favor podía deberle este hombre a Ortega?, recuerdo que pensé. ¿De dónde se conocerían? Probablemente le hubiera ofrecido alguna cantidad de dinero o hubiera entre ambos algún tipo de intermediario con el que Ortega tendría un negocio del que prefería no enterarme. Le expliqué mi situación —básicamente el hecho de que por razones de fuerza mayor me veía obligado a pasar unos días en la ciudad y que no tenía ningún dinero con que pagarle—. Entonces fue que me enteré del hotel que había funcionado en las plantas superiores y de la pronta demolición a la que estaba condenado.

—Puede quedarse usted hasta que eso ocurra —me dijo el hombre sin descuidar el modelado de uno de los muros del pesebre en el que estaba trabajando.

No me acompañó hasta mi habitación. Podía tomar la que más me gustara, me dijo. También me informó que la puerta de calle permanecía siempre abierta, pero que no debía preocuparme porque nunca entraba nadie. Si bien era cierto que la finca se caía a pedazos y que, sumado a las cintas policiales que bloqueaban la entrada, eso podía no resultar demasiado tentador para ningún curioso, también era verdad que Nápoles tenía uno de los índices de delincuencia más altos de toda Europa, con lo que aquel régimen de puertas abiertas no me resultó demasiado tranquilizador. De todos modos tampoco era que estuviera yo

en condiciones de quejarme.

Una vez en la habitación —escogí una de la tercera planta, junto a la escalera—, quité la tela que cubría la cama y descubrí que tenía colocadas sábanas limpias. Sobre la mesa de luz había un teléfono. Lo levanté como quien levanta el capot de un coche averiado por más que no tenga la menor idea de mecánica, y comprobé con sorpresa que tenía línea. Sentí un cierto reparo antes de llevar a cabo el llamado de larga distancia, pero luego me dije que era poco probable que en las condiciones en las que estaba el edificio alguien se ocupara de controlar los gastos de teléfono, con lo que marqué el prefijo de España, luego el de Barcelona, y finalmente el número de la redacción del periódico. Como si de un acto de magia se tratase, del otro lado apareció de pronto y con toda nitidez la voz de Ortega, mi jefe de sección.

—¿Ya estás ahí? —me preguntó, y tuve la sensación de que me hubiera estado espiando.

—Sí —respondí—, ya estoy aquí.

—¿Has encontrado todo a tu gusto?

Nuevamente me quedé sin saber si se trataba de una broma o de una pregunta de rutina, y nuevamente opté por responder con naturalidad para no favorecer el posible disfrute de Ortega frente a mi desamparada orfandad.

—Todo impecable —respondí.

—Bien, bien —recapituló Ortega—. Escucha, no me pillas en buen momento, así que seré breve y directo. Dos cosas —me advirtió—: lo primero es que espero que entre hoy y mañana te llegue un giro a la oficina de correos con algo de dinero que te estoy enviando. Está a tu nombre, con lo que lo pides y ya.

—Te lo agradezco mucho, Ortega.

—No me lo agradezcas que saldrá de tu paga; además, sin dinero tampoco me sirves de mucho.

—Pues te lo agradezco igual.

—Ya. Segundo: tienes arreglada para esta misma tarde una entrevista con la directora del departamento de lenguas hispánicas de la Universidad de Nápoles. Es una vieja conocida y me asegura que ella te puede poner en contacto con la gente de la facultad de Física y que

intentará ver también de contactarte con la policía para que empieces con la investigación.

—¿Qué investigación?

—¿Cómo que qué investigación? ¿Qué coño es lo que fuiste a hacer a Nápoles?

No me lo podía creer. El cabrón de Ortega realmente quería que me pusiera a trabajar como si nada. Acababa de pasar por una experiencia frente a la cual cualquier jefe lo obligaría a uno a tomarse vacaciones, y el hijo de puta ni siquiera era capaz de esperar a que volviera a casa antes de ponerme a trabajar.

—Ortega, casi me muero.

—Va, hombre, no me vengas con chorradas, ni que vinieras de la guerra. Lo de Galíndez en Suiza es un puto desastre y tenemos que sacar lo que sea para rellenar.

—Ortega, hace menos de cuarenta y ocho horas tuve que saltar de un barco en mitad de la noche y nadar hasta la costa. Ahora mismo podría estar muerto.

—Pero no lo estás, cojones, estás vivo y estás en Nápoles, y tienes una información que cubrir. ¿Te están cobrando en el hotel?

—No.

—Pues entonces no te quejes. Apunta el número de esta mujer y asegúrate de llamarla lo antes posible.

Cuando me hube repuesto del shock, y en vista de las circunstancias, decidí que lo mejor era llamar a la mujer. Total todo parecía indicar que la cuestión con la policía tenía al menos para un par de días, y debo confesar que en algún punto el hecho de que lo de Galíndez en Suiza estuviera resultando un fiasco no dejaba de provocarme una malsana satisfacción. Además, ¿qué iba a hacer si no? ¿Pasarme las horas entre las paredes de aquel hotel que se caía a pedazos?

Hablé con la mujer. Me citó para las cinco de la tarde en su despacho. Corté el teléfono y llamé al comisario Espósito. Me dijo que tenía buenas noticias para mí y que nos reuniéramos lo antes posible en el cuartel general de la policía. Volví a cortar y me quedé un momento sentado en el borde de la cama, mirándome las rodillas. Me las palpé con ambas manos como queriendo asegurarme de que fueran reales. De pronto sentí

la necesidad imperiosa de comprobar la solidez de mi propia persona y de la realidad en general. A modo de respuesta, un trozo de cielorraso se desprendió y cayó pesadamente sobre una fantasmal tela blanca con forma de silla. Volví la vista al teléfono y pensé en llamar a Ana, pero no me vi con fuerzas, y decidí que lo mejor sería hacerlo más tarde, cuando hubiera recobrado la calma y tuviera algo más cierto que explicarle.

Mediterráneo occidental, algunos días antes

Las horas centrales del día tienen siempre un ritmo más vulgar. Los minutos pasan pesados, como a remolque del reloj. El ocaso en cambio parece que los alivianara, invitando a reflexionar sobre las cosas de la vida. La tarde de aquel primer día supuso para mí la entrada en el ritmo dilatado de a bordo, donde la mayor parte de las veces pasan pocas cosas. Si por ejemplo a la mañana han venido delfines y por la tarde uno saca un pescado —cosa que no nos ocurriría hasta bien avanzado el viaje— podía decirse que el día había bullido de actividad. De otro modo el tiempo tendía a diluirse y la conversación se volvía escasa, salvo en las comidas y en las primeras horas de la noche, cuando solíamos compartir nuestras impresiones de la jornada antes de que uno de los dos se fuera a descansar.

Así nos hallábamos el gringo y yo en aquel primer anochecer a bordo, él entretenido en el estudio de las cartas y yo leyendo en cubierta con la luz del frontal. Con el premeditado objetivo de no ponerme a pensar en mis propias circunstancias, había decidido interiorizarme en las del personaje que me tocaba investigar. Leí que había nacido en Catania, Sicilia, en el seno de una familia acomodada, que desde pequeño había mostrado dotes inusuales para las matemáticas, y que en aquellas ocasiones en que a los padres les da por alardear de hijos, esas en que a la mayoría nos colocan a recitar un poema o a exhibir el modo torpe en que hacemos sonar la flauta, a los de Majorana les daba por ponerlo a resolver raíces cúbicas ante los invitados. Se trataba de un niño más bien retraído que nunca jugaba con los otros y que se pasaba las horas entretenido en sus propios asuntos. En 1928 abandonó los estudios de ingeniería para pasarse a física teórica, una disciplina poco conocida por

esos días. No tardó en formar parte del grupo de jóvenes genios que se reunió alrededor de Enricco Fermi en el instituto de via Panisperna, en Roma, donde contaban con toda la libertad del mundo para dedicarse a sus propias investigaciones. La relación con sus compañeros fue complicada desde el principio, como lo sería para cualquiera que exhibiera unas condiciones innegablemente más elevadas que el resto. Decía el libro que estaba leyendo que «mientras los demás buscaban, Majorana encontraba», como si lo que para los otros era un acto de voluntad, para él fuera una condición natural, casi inevitable. Mientras que el resto de los físicos que lo acompañaban viajaban hacia la física, Majorana vivía en ella, como si a través de las ecuaciones no buscara resolver un secreto exterior que explicara los misterios del universo, sino un secreto interior que tenía que ver con lo que él siempre había sido. Había en esas palabras una suerte de carga que, al menos en ese momento, me sonó un poco a condena.

—¿Tiene hambre, Aguiar? —me interrumpió el gringo Ross asomándose por la escotilla—. ¿Le va bien si cenamos temprano?

—Perfecto, gringo, ¿te ayudo con algo?

—No, deje. Usted después se ocupa de lavar.

Agradecido por no tener que interrumpir la lectura, volví a recostarme en cubierta. En las páginas sucesivas el libro ahondaba en las características de su personalidad. Al parecer Majorana mostraba un cierto desprecio por los descubrimientos que llevaba a cabo, lo cual por supuesto no hacía más fáciles las relaciones con el equipo. Nunca se preocupaba de publicar sus hallazgos, como si les restara importancia, como si la resolución de los problemas que para el resto era un fin en sí mismo, representara para él una mera forma de llegar a ese otro sitio donde estaban las respuestas que realmente le interesaban, unas que no tenían que ver ni con la matemática ni con la física, sino con la concepción de mundo que se escondía detrás. Luego de recibirse con honores con una tesis que versaba sobre la teoría cuántica de los núcleos radiactivos, Majorana inició un viaje por Alemania, donde conoció a Werner Heisenberg. Según el autor se trató de uno de los grandes acontecimientos de su vida. Todo parece indicar que con el físico alemán se entendió mejor que con ninguno de los que había tratado

anteriormente, como si compartieran esa perspectiva que asistía a los misterios de la física desde un lugar que los excedía. A su regreso, sin embargo, entró en su período más oscuro. Durante prácticamente cuatro años se recluyó en la casa familiar en Roma y apenas salió de su habitación, hasta que aceptó la cátedra que le fue ofrecida en Nápoles. Luego de tres meses en esta ciudad, se produjo su desaparición.

Dejé el libro un momento y me puse a pensar en todo aquello. Los laberintos de la mente de un hombre son siempre inexpugnables, pero había algo allí que me hacía empezar a intuir las razones por las que tantas personas se habían interesado en el caso. Y también pensé en Ortega, mi jefe de sección, y hube de reconocerle su olfato periodístico. El cabrón sabía lo que hacía. La historia estaba llena de ingredientes que justificaban plenamente las suspicacias que había despertado. Las palabras del gringo Ross cuando le hablé del tema volvieron entonces a mi mente. Definitivamente debía de haber *algo más* que un simple suicidio en todo aquello, pero ¿qué era lo que había y por qué me habían enviado a mí a averiguarlo? Pensé que lo más probable era que no consiguiera sacar mucho en limpio, después de todo no era el primero que se lo proponía y en mi caso habían transcurrido ya más de ochenta años. Sin embargo allí estaba, camino de Nápoles en un velero, en medio del Mediterráneo. Por un momento, y por alguna razón, me sentí extrañamente afortunado.

La noche había cubierto el cielo. El murmullo del agua enredándose en el casco acompañaba el solitario brillar de las estrellas. La única luz artificial que se veía en todo el entorno —la única huella humana en la noche intemporal— era la que provenía de la cabina. El aroma de la cebolla endulzaba el aire otorgando cierta familiaridad a aquella inmensidad. La imagen de un hombre de cabello oscuro y ojos brillantes observando el modo en que el puerto de Nápoles se alejaba del ferry en el que viajaba se coló de pronto en mis pensamientos.

—¡A comer, Aguiar! —anunció la voz del gringo Ross.

Nápoles, el presente

—¿Familiar o gusano? —me sorprendió la voz de la chica.

—¿Cómo?

—Que si eres familiar o gusano.

—Estoy esperando al comisario Espósito —le dije.

—El comisario Espósito no tiene familia, pero tampoco tienes pinta de gusano.

Se trataba de una chica de unos veintipocos. Veinticinco a lo sumo. Menos, quizá. De hecho sorprendía verla del otro lado de la barra, secando un vaso con el gesto de quien lleva toda la vida haciéndolo. Y más allí, en la cafetería del cuartel general de la policía, donde uno hubiera esperado encontrarse a un anciano cojo de mirada torva o a una mujer muy gorda, muy fea y muy vieja con un cigarrillo colgando de los labios y una supuración humedeciéndole el ojo. Ella tenía incluso cierta chispa en la mirada. No era especialmente guapa, pero era joven. Las chicas jóvenes siempre son guapas. Rezuman vida y belleza, llevan la mirada limpia y el gesto transparente, el cabello brillante, las manos tersas. Se trata de una belleza que no tiene que ver con las formas, sino con la buena nueva que sólo los recién llegados a la vida pueden traer. Valeria —así supe luego que se llamaba— cargaba sin embargo con un grado de dureza en la mirada que hacía pensar en alguien con cierta experiencia. Pero era innegablemente joven, demasiado incluso para estar allí, como si la hubieran sacado de un cuento, como si se tratara de un personaje de Dickens, sólo que sin harapos y adaptada a nuestro tiempo. Y en esa infantil rudeza, en ese estoico desamparo, había algo que desde el principio consiguió encantarme. Como si una parte de mí se hubiera reconocido en ella.

—¿Me puedes poner un cortado? —arriesgué.

Ella se quedó mirándome como si me estudiara. Frunciendo los labios y entrecerrando los ojos, parecía querer leer algo que yo llevara escrito con mala caligrafía en la frente. En ese momento un ruidoso grupo de policías vestido como fuerzas de choque hizo su entrada en el recinto.

—No eres un gusano —concluyó ella al tiempo que se dirigía hacia la máquina del café—, demasiado fino para eso.

Además del sonido de sus voces —que se dejaban oír a buen volumen —, los que habían entrado hacían un ruido aparatoso al moverse, debido a sus pesados trajes de tropa de asalto. Parecían una extraña mezcla de caballero medieval y soldado del futuro, de esos medio máquina medio humanos que aparecen en las películas de ciencia ficción. Luego de esa primera impresión, sin embargo, y mirando sus rostros, se descubría detrás de todo ese disfraz a un grupo de chicos no mucho mayores que la camarera, con la misma vitalidad y la misma belleza que ostenta la gente de su edad. Al oírlos bromear pensé en un grupo de escolares recién salidos de clase. Sin embargo su indumentaria hablaba de gente preparada para luchar en situaciones de alta tensión. Por mi experiencia personal los relacioné inmediatamente con esos perros encocados que se encargan de disolver manifestaciones y amansar aficiones a las puertas de los campos de fútbol. Viéndolos allí, sin embargo, con sus risas juveniles y su aspecto de adolescentes en día de escuela, el cuadro cobraba un sentido de superposiciones difícil de compaginar.

Algo le dijo uno de ellos a la camarera que yo no llegué a entender pero que hizo reír a todo el grupo, a lo que ella, sin mirar y mientras les ponía sobre el mostrador los refrescos que habían solicitado, respondió con un «Llevas la bragueta baja», o eso creí deducir del gesto tan poco elegante al que obligó al bromista, ese de llevarse las manos a la entrepierna mientras juntaba las rodillas con el fin de comprobar —no sin cierta humillación— que había caído en la trampa. Las risas de sus compañeros se oyeron más alto esta vez. Ella simplemente se sonrió mientras volvía a girarse hacia la máquina de café. Yo pensé que se trataba de un tipo de juego del que el tiempo ya me había dejado afuera.

Me trajo mi cortado y me encontró liándome un cigarrillo.

—Aquí no se puede fumar —me dijo—. Ven, salgamos a la terraza. Yo

también necesito un descanso.

La terraza era enorme y ofrecía una vista maravillosa de la bahía. Más allá de los edificios que teníamos a nuestros pies, podía verse el mar brillando bajo el sol del mediodía como telón de fondo al Castel dell' Ovo. Hacia la izquierda la costa se curvaba en dirección al golfo de Sorrento. Pensé en Sorrento y en la comisaría, y en el modo en que el comisario Espósito me había recibido. Según me había dicho por la mañana, su casa quedaba en la barranca que nos separaba del mar.

—¿Qué es eso de *gusano*? —pregunté a la chica mientras le encendía el cigarrillo.

Ella pegó una calada profunda y, con la cabeza algo inclinada hacia atrás, soltó el humo como en un suspiro antes de contestarme.

—En el sitio en el que trabajo sólo hay policías, ordenanzas, algunos administrativos a los que ya me conozco de memoria, y de vez en cuando alguna cara nueva que puede ser sólo dos cosas: familiar de alguno de los miembros del cuerpo que vino de visita por algún asunto oficial o simplemente para ver donde trabaja su pariente, o uno de esos seres extraños que viven un poco en el subsuelo del mundo y que pueden ser informantes, reincidentes, topos o parásitos de algún tipo que han conseguido filtrarse en el aparato institucional para llevar a cabo alguna clase de chanchullo que les permita alargar por algunos años su triste existencia. Siempre he pensado que tienen pinta de gusanos.

—Y ¿yo te parezco uno de esos?

—El comisario Espósito no tiene familia, con lo que no puedes ser familiar suyo. Pero tampoco encajas del todo en el perfil del gusano.

—Pues qué alivio.

—Tú conservas aún cierto sentido de la dignidad, como si todavía te importara lo que alguien pudiera pensar de ti.

De nuevo me vi sorprendido por la actitud de la chica. Por momentos me parecía estar hablando con una persona mayor.

—No creas que me importa demasiado —dije queriendo hacerme el misterioso.

—Sí que te importa. Se nota en el modo en que te paras, en el modo en que lías tu cigarrillo, en el modo en el que miras intentando que no se note que lo haces.

Definitivamente la niña tenía una lengua filosa.

—Y entonces ¿qué soy?

—No sé, dímelo tú. A mí me parece que eres uno de esos que ni siquiera lo sabe.

Me quedé sin saber qué decir. Nunca he sido muy bueno en el juego de las respuestas rápidas, pero en esta ocasión se añadía el hecho de que mi contrincante, con su sola presencia, mezcla de chiquilla de escuela y soplón renegado del hampa, me tenía francamente desconcertado. Por fortuna, mientras intentaba balbucear unas palabras que se me resistían, el comisario Espósito hizo su aparición en la puerta de la cafetería.

—Aguiar, disculpe el retraso, ¿nos vamos? —gritó—. Hola, Valeria —agregó luego.

La chica respondió con un movimiento de cabeza.

—¿Todo bien, comisario? —preguntó también a los gritos.

—Sin grandes quejas —respondió el otro encogiéndose de hombros.

Yo apagué el cigarrillo y me disponía a alejarme cuando se me ocurrió presentarme.

—Me llamo Ernesto, Ernesto Aguiar —dije ofreciéndole la mano.

Con los brazos cruzados sobre el pecho, la chica me miró de soslayo con una media sonrisa al tiempo que dejaba escapar el humo entre los dientes.

—Encantada —dijo con cierta sorna, o al menos eso me pareció a mí, y volvió la vista hacia el horizonte.

Cuando atravesamos la cafetería en dirección a la salida, el grupo de policías dijo algo en clave que no llegué a comprender pero que evidentemente iba dirigido al comisario Espósito. Y sin mucho afecto al parecer. Éste se limitó a hacer un gesto de desprecio, un movimiento con la mano que imitaba a una boca hablando. Lejos de ofenderse por el desaire, el grupo de jóvenes pareció celebrarlo.

Mediterráneo occidental, algunos días antes

—Y ¿cómo lleva lo del mareo? —me preguntó el gringo Ross.

Lo llevaba bastante bien y eso fue lo que le contesté. El gringo Ross dijo que era una suerte, que había incluso algunos navegantes muy experimentados que sufrían bastante el mal de mar. Se pasaban hasta tres y cuatro días vomitando por la borda hasta que el estómago se les asentaba. Afortunadamente ése era el máximo que alguien podía estar inhabilitado. Luego de tres o cuatro días, hasta los organismos más sensibles se lograban estabilizar, me explicó, pero el hecho de no tener que pasar por eso representaba un verdadero privilegio, sobre todo en travesías cortas como la que estábamos realizando.

Se trataba de nuestra primera cena a bordo. El gringo había preparado unos medallones de merluza con arroz y ensalada. El movimiento obligaba a ciertas precauciones a las que poco a poco me tuve que ir acostumbrando. No se podía, por ejemplo, descuidar el vaso, que aunque pesado y de base ancha, siempre corría el riesgo de volar en algún bandazo. La botella de vino tenía su hueco específico y los platos iban apoyados sobre unas alfombrillas de gomaespuma para evitar que se deslizaran sobre la superficie de la mesa. El farol que colgaba sobre nosotros se bamboleaba constantemente, dibujando un juego de sombras en los mamparos que de a ratos hacía parecer que estábamos en un teatro. La cocina era, al parecer, el único elemento que se mantenía estable. Por más que diera la impresión de balancearse hacia arriba y hacia abajo —haciendo malabares con la olla que tenía encima—, lo cierto es que su base basculante le permitía permanecer quieta mientras todo el resto del barco se zarandeaba. Recuerdo que al verla pensé en la posibilidad de diseñar un barco entero que basculara dentro de un

segundo casco, pero me cuidé de no comentarlo porque no creí que fuera buena idea interrumpir el relato del gringo Ross con semejante tontería. Luego de abandonar el tema del mareo, y animado por el vino, había pasado a referirme sus primeros días de cruce del Atlántico.

—Tiene que ser toda una experiencia estar solo ahí en medio —reflexioné en voz alta.

—Y una belleza también —completó el gringo con una gran sonrisa.

Su mirada se quedó perdida en el interior del vaso, como si el líquido que allí se agitaba representara una maqueta a escala de las olas que había visto en el océano.

—¿Y no te dio miedo en ningún momento, gringo?

El gringo Ross dejó escapar una risa breve y cavernosa.

—El que diga que nunca ha tenido miedo en el mar miente, Aguiar —me dijo—. Hay veces en que las olas son tan grandes que pareciera que están buscando tragárselo a uno, pero hay un punto en el que el miedo ya no sirve para nada. Entonces uno se lo quita como si fuera un sombrero y se dedica simplemente a lo que se tiene que dedicar. Además el *Victoria* es robusto y aguanta lo que sea —dijo recorriendo con la vista el interior de su barco.

Me costaba imaginar lo que podía ser estar solo ahí en medio durante semanas enteras.

—¿Cuánto tiempo te tomó cruzar?

—Treinta y cinco días.

Más de un mes, pensé, cinco semanas exactas. Hice un breve repaso de lo que había hecho yo en el último mes y se me antojó que eran muchas horas de absoluta soledad.

—¿Y si te pasa algo ahí en medio?

—¿Algo como qué? —dijo el gringo mientras sacaba su paquete de tabaco.

—No sé, te rompés un brazo, te da un ataque de apendicitis…

—Mejor que no le pase ninguna de las dos cosas —respondió espantando la mala suerte con dos golpes secos en la base de la mesa—. Lo del brazo hay que entablillarlo, lo del apéndice es más jodido. Yo por suerte ya no lo tengo, como los astronautas —se sonrió.

Me quedé pensando en lo jodido que tenía que ser estar en medio de la

nada con un brazo entablillado. Con lo que costaba moverse ahí dentro teniendo los dos sanos. La verdad es que tenía mérito la aventura en la que el gringo se había embarcado.

—¿Y si te pasara algo ahora? —dije.

El gringo me miró como esperando a que siguiera.

—Si te pasara algo ahora —aclaré—, te rompés la cabeza o te caés al agua, ¿yo qué hago?

El gringo Ross me miró un segundo y su sonrisa mutó a una expresión algo paternal que bien vista podía llegar a albergar cierta ternura. Se levantó y, mientras encendía su cigarrillo, se dispuso a enseñarme algunas cuestiones que convenía que yo supiera. Me mostró el lugar en el que descansaba la balsa salvavidas y la forma de desengancharla en caso de que hubiera que tirarla al agua. Me mostró la caja que contenía las luces de señales con las que dar la propia posición en caso de que necesitáramos asistencia. Luego pasamos a la electrónica.

—Ésta de acá es la radio, Aguiar —me explicó el gringo mientras se sentaba en la mesa de cartas—. Normalmente el canal de espera es el 16. Si tuviera algún problema lo que tiene que hacer es ponerse a pedir auxilio por el canal 16 hasta que alguien lo escuche y esté en condiciones de ayudarlo o de avisar a alguien que pueda hacerlo.

—Y entonces ¿qué pasa?

—Dependiendo de qué tan serio sea el problema, quizá le puedan dar alguna indicación por radio, o si el barco se está hundiendo y tiene suerte, quizá pueden mandar a alguien para que venga a rescatarlo.

En ese punto el gringo Ross pegó una calada a su cigarrillo y se quedó pensativo durante un momento. Luego volvió a mirarme, y con el gesto algo más serio, agregó:

—Si eso ocurriera —dijo—, usted se sube a la lancha y me deja a mí que me hunda con mi barco.

Al principio pensé que se trataba de una broma, una de esas frases que se oyen en las películas y que nadie es tan tonto como para poner en práctica en la vida real, pero luego de que el gringo permaneciera con su mirada fija en la mía durante un tiempo que se me antojó algo exagerado, empecé a sospechar que estaba hablando en serio.

—No me jodas, gringo —recuerdo que le dije—, te duermo de una

trompada y te llevo conmigo.

Una cierta incomodidad me invadió al hacerlo, como si en algún punto supiera que no era lo correcto. Por un lado me parecía sensato no permitir que alguien se dejara morir sólo por seguir los mandatos de una tradición tan romántica como absurda, pero al mismo tiempo era como si supiera que al meterme en esos asuntos estaba excediendo mis atribuciones, y no ya frente el gringo Ross —que de alguna manera era la autoridad a bordo—, sino ante un tribunal mucho más elevado, uno que, de existir, sería el responsable de juzgar nuestros actos a la luz de un código que no se veía reflejado en las consecuencias inmediatas que los mismos tenían, sino en su correlación con algo más grande, algo que nos excedía y que debíamos aprender a respetar. Nadie tenía derecho a juzgar desde su ombligo el recorrido que algún otro debía seguir sin arriesgarse a contradecir ese orden que lo superaba. Por más paradójico que resultara, de pronto me pareció que sólo desde el propio centro era que podía reconocerse el modo en el que el todo debía comportarse. La imagen de Majorana asomado a la borda del ferry a Palermo volvió a venírseme a la cabeza, y me dije que lo más probable era que sólo a él le correspondiera saber lo que había pasado por su mente en ese momento. Sin embargo no podía evitar sentir el impulso de averiguarlo. Ajeno a todo aquello, y al oírme, el gringo Ross simplemente se sonrió.

—Voy a ver cómo está todo afuera, Aguiar —me dijo mientras se incorporaba—, usted levante la mesa y póngase a lavar, que le toca.

Nápoles, el presente

Dejamos el cuartel general de la policía por el mismo sitio por el que yo había entrado. El guarda que estaba en la puerta nos despidió con una efusividad que se me antojó algo exagerada. Al alcanzar la esquina encontramos un taxi y el comisario Espósito lo detuvo. Subimos y nos acomodamos en el asiento de atrás. El comisario le indicó al chofer la dirección a la que nos dirigíamos y nos pusimos en marcha.

—Le tengo buenas noticias, Aguiar —me dijo—. Hablé con el mando y aceptaron que sea yo su oficial de custodia, con lo que se puede quedar usted en Nápoles y sólo tendrá que reportarse ante mí. Le pido por favor que si tiene intención de moverse para ir a pasar el día a la playa o lo que sea me lo haga saber. Sería un verdadero disgusto tener que vivir una situación con el mando por culpa suya. Usted me cae bien, Aguiar. Tiene los ojos de una persona buena —dijo el comisario, y se me quedó mirando con una mirada entre paternalista y fraternal que no dejó de sorprenderme.

—¿Quiénes eran los jovenzuelos aquellos del bar? —pregunté—. ¿Qué le dijeron cuando salíamos?

El comisario giró la vista hacia la ventanilla.

—Se burlaban de mí porque no soy detective. Algo de razón tienen. Con el tiempo que llevo en el cuerpo lo normal sería que ya me hubieran nombrado detective, pero la verdad es que yo estoy bien donde estoy.

Permanecimos un segundo en silencio y, sin que yo repreguntara, el comisario retomó:

—No son malos chicos, no es eso. Se divierten como se divierten los jóvenes, y no hay nada de malo en eso. Pero a veces da la sensación de que ya no conocen las tradiciones del cuerpo, como si nadie se las

hubiera enseñado, como si la cadena que se ocupa de transmitir ese tipo de cosas de generación a generación se hubiera roto en algún punto. Quizá la culpa es nuestra por no haberlo sabido heredar —dijo el comisario, y se quedó en silencio.

Del otro lado de la ventanilla la calle serpenteaba por entre la colina y un grupo de casas que parecía amontonarse sobre la acera sombría como si las hubieran dejado caer con descuido. Los muros estaban sucios y las ventanas —de marcos de aluminio y cristales esmerilados— permanecían cerradas. Luego de girar hacia la derecha en un negocio de mosaicos y mobiliario de desguace, salimos a una calle más ancha que nos condujo a la plaza Plebiscito.

—Y ¿quién es la chica de la cafetería? —pregunté.

El gesto del comisario se transformó en un instante, como si todos los pensamientos acerca de las tradiciones y del modo en que éstas se transmitían se hubieran desvanecido de pronto.

—¿Valeria? ¡Valeria es la camarera! —explicó—. Hoy estaba por la mañana, pero es una excepción. Generalmente trabaja por las tardes. Esta semana el chico de las mañanas no podrá venir porque al parecer tuvo un accidente en algún tipo de pelea callejera. Una cuestión de banditas juveniles, de aprendices. ¿Le gustó Valeria? Es bellísima, Valeria, ¿verdad?

—La verdad es que no lo decía por eso —contesté con cierta incomodidad—. Podría ser mi sobrina además.

—Pero no es su sobrina, ¿verdad, Aguiar? No es su sobrina ni su madre ni su prima. ¡Bellísima, Valeria, bellísima! —repitió el comisario, y volvió la vista a la ventanilla pero esta vez con una sonrisa.

Llegamos a nuestro destino. Se trataba de un pequeño restaurante ubicado a metros de la plaza Bellini. Nos sentamos en una de las mesas de la terraza, parapetada tras una barrera de setos que más que decorar parecía defendernos de la calle. Sólo había una mesa ocupada por una pareja de turistas de piel muy blanca, casi mantecosa, y de pelo muy fino y muy rubio. El hombre nos dedicó una leve inclinación de cabeza al vernos entrar. Acompañó el gesto con una sonrisa que, más que exhibir cordialidad, parecía estar suplicando que no le hiciéramos nada ni a él ni a su esposa. Con el correr de los días volvería a encontrarme con esa

sonrisa en el rostro de los pocos turistas que visitaban Nápoles por cuenta propia.

Al poco rato de habernos sentado apareció un gordo de bigotes que saludó efusivamente al comisario Espósito. Éste se levantó de la mesa al verlo aparecer y se fundieron en un dramático abrazo con palmadas en la espalda y besos incluidos. Es extraña la sensación que se tiene como argentino en Nápoles, como si todos estuvieran a cada instante burlándose de uno, como si se hubieran puesto de acuerdo para imitar, en tono de parodia, la manera de hablar, de gesticular y de moverse de la gente de mi país. Recorriendo las calles de Nápoles —supongo que lo mismo ocurrirá en la mayoría de los pueblos del sur de Italia—, resulta absolutamente indiscutible nuestra procedencia: el idioma puede haber nacido en Castilla, pero la idiosincrasia, la cadencia del habla y la música con la que nos movemos y gesticulamos es innegablemente italiana.

Luego de terminar con el ritual de las presentaciones —el gordo no llegó a abrazarme porque la mesa se lo impedía, pero envolvió mi mano en la suya sudorosa y me tomó con la otra del antebrazo—, el comisario informó a su amigo de mi procedencia, lo que llevó a este último a volver a estrecharme la mano con sincera emoción mientras mencionaba el nombre de Maradona. Nunca me ha gustado el fútbol y la asociación consiguió irritarme un poco, pero para el hombre parecía resultar tan significativo que no me quedó más remedio que sonreír. Al hacerlo no pude evitar acordarme de la sonrisa que el turista de la mesa vecina nos había dedicado al vernos entrar e instintivamente desvié la vista hacia él. El hombre, que parecía muy pendiente de todos nuestros movimientos, volvía a dedicarme aquella incómoda mueca. Yo también estaba sonriendo esta vez, seguramente con la misma aparatosidad con que el otro lo hacía, y de pronto se me antojó que toda la situación se había vuelto de lo más absurda. El propietario me soltó la mano y elevó los brazos al cielo mientras decía algo que el comisario Espósito se encargó de informarme luego y que se correspondía con nuestro menú: comeríamos *cartoccio* y beberíamos vino. No me molesté en averiguar en qué consistía el plato.

—¿Qué tal el hotel que le consiguió su amigo? —me preguntó el comisario Espósito con una sonrisa en los labios.

—Muy bien —mentí, creo que en alguna medida intimidado por el grado de ilegalidad que podía detentar mi estadía allí—. ¿Y qué tal la búsqueda de la guardia costera? ¿Alguna novedad?

El comisario arrugó el gesto y me informó de que lamentablemente, y muy a su pesar, no tenía ninguna novedad en ese sentido.

—Pero no se preocupe —agregó con gesto animado—, seguro que antes de mañana tendremos alguna noticia de su amigo.

Por un momento la mente se me fue con el gringo Ross. Habían pasado tantas cosas en las últimas cuarenta y ocho horas que ni siquiera había tenido tiempo de pensar en él. Por alguna razón, sin embargo, me parecía imposible pensar en que algo malo le hubiera ocurrido.

—Y ¿pudo hablar con Barcelona?

—Sí, sí. Hablé.

—¿Su mujer bien? —preguntó el comisario.

Me sorprendió la pregunta porque no recordaba haberle hablado de Ana, pero asumí que se trataba de una fórmula hecha.

—En realidad se trata de mi novia, aún no estamos casados.

—Aaaah… —respondió el comisario Espósito como si le hubiera desvelado una gran intimidad—. Un pájaro libre aún —agregó, y me palmeó el hombro.

—Sí, bueno, más o menos —respondí.

Afortunadamente —el de Ana era, por el momento, un tema que prefería evitar— en ese instante apareció el gordo de bigotes trayendo la comida de ambos. Se trataba de un envoltorio de cartón en cuyo interior se escondía el plato. Una vez lo hubo dejado sobre la mesa, el hombre tomó el cartón con la punta de sus gruesos dedos y lo rasgó, dejando escapar del interior una bocanada de vapor con aroma a mar. Se trataba de un plato de pasta con una salsa de pescado y marisco que se terminaba de hacer al horno envuelta en el cartón —el *cartoccio*— y cuyo solo aroma resultaba ya nutritivo. El comisario Espósito rellenó nuestros vasos y me invitó a brindar. Su amigo, el propietario, se quedó observando sin ninguna intención de irse hasta que nos viera probar su creación. Me llevé un tenedor de espaguetis a la boca y me quemé un poco, pero la verdad es que estaban deliciosos.

—Buenísimo —dije como pude.

El propietario se llevó las manos al pecho con indisimulable gesto de satisfacción. Desde la mesa de al lado el hombre volvió a dedicarme una de sus inquietantes sonrisas. Por un lado me parecía que todo resultaba un tanto exagerado —el volumen, el entusiasmo, el modo en que me trataban como a un huésped de honor por el solo hecho de ser argentino —, pero la verdad es que los últimos días habían sido tan movilizantes que una parte mía estaba dispuesta a disculpar el circo y a aprovechar la calidez que me regalaban. El comisario Espósito me explicó que se trataba de uno de los platos más tradicionales de Nápoles y se mostró encantado de que me gustara.

—Y ¿cómo le va con la investigación de Majorana? —me soltó.

La pregunta volvió a sorprenderme porque creí que era obvio para cualquiera que en las actuales circunstancias mi misión original hubiera pasado a un segundo plano, pero lo cierto es que no teníamos mucho más de que hablar como no fuera del incidente por el que me hallaba retenido y que en cierta medida le agradecí no tocar.

—Justamente esta tarde tengo cita con una profesora de la universidad que me pondrá en contacto con la gente de la facultad de física y presumiblemente también con los archivos de la policía —expliqué.

Fue el comisario el que se mostró contrariado esta vez.

—Aguiar, me extraña, creí que a esta altura ya tenía claro que yo estoy aquí para ayudarle —me dijo.

—Yo pensé que estaba aquí para cuidar que no me escape.

—Eso también —respondió el comisario Espósito sin abandonar su tono ofendido—, pero no vamos a dejar que una circunstancia como esa empañe nuestra amistad.

Confieso que la sinceridad con que dijo esto último logró conmoverme. Tal vez se debiera al hecho de que me encontraba yo especialmente vulnerable, pero aunque no se lo dije le agradecí profundamente sus palabras.

—No se hable más, Aguiar, cualquier cosa que necesite del departamento de policía no tiene más que hablar con su amigo Salvatore Espósito. Y dígame —agregó colocando los codos sobre la mesa en actitud confidente—, ¿qué es lo que sabemos hasta ahora?

III

—Según este libro —le expliqué al gringo Ross—, la hipótesis más plausible es la de que Majorana hubiera querido librarse de su familia. Al parecer las familias sicilianas, y sobre todo las madres, son tan tremendamente absorbentes que reducen el espacio vital de un individuo casi hasta la asfixia. La mayoría se adaptan y conviven con ello, pero hay algunos a los que les pesa de un modo particular. Majorana nunca había sido un chico del montón. Era muy buen alumno y entre los deportes prefería la natación, al punto de que había llegado a ganar alguna competición en aguas abiertas, pero en lo que respecta al plano emocional, al parecer nunca había logrado desarrollarse como individuo. En los últimos años, para colmo, los que antecedieron a su desaparición, se había recluido en la casa familiar debido a una crisis nerviosa que lo había condenado al más absoluto aislamiento, y eso sumado a la muerte del padre, que dejó toda la atención y la energía de la madre disponible para ocuparse de él, podría haber sido la causa de que buscara una manera desesperada de liberarse. La plaza que le ofrecieron en la universidad de Nápoles habría constituido el pistoletazo de salida. Posiblemente no hubiera tenido el resto de la jugada planeado de antemano, pero viste cómo es esto de la libertad —le dije al gringo Ross sabiendo que me entendería—, que uno prueba una cucharadita y quiere tomarse el frasco entero.

El gringo me escuchaba recostado detrás de la rueda. Con la copa de vino en la mano, fumaba parsimonioso y mirando al cielo. El día era claro y el *Victoria* avanzaba a placer por un mar con olas de algo más de un metro de altura. El viento soplaba suave desde el norte, inusualmente apacible, según me había explicado el gringo por venir de esa dirección. Nos hallábamos a la altura del golfo de León y, normalmente, en esas latitudes el viento que entraba desde el norte lo hacía con cierta virulencia. Llegado desde el Atlántico, entubaba en el Pirineo para

descargar su fuerza sobre todo el mar balear. Probablemente, me había explicado el gringo Ross, la placidez de la que gozábamos se debía a que alguna zona de altas presiones había venido a compensar las bajas que se daban ahí arriba. Fuera por eso o por cualquier otra cosa, estábamos gozando de unas condiciones óptimas para navegar.

—Y ¿por qué no se fue y listo? —preguntó el gringo Ross refiriéndose a Majorana.

—¿Cómo que por qué no se fue?

—¿Por qué no agarró y se fue, sin tanto lío de cartas y de misterios?

—Hay veces que no es tan fácil —le dije—, hay veces en que se necesita una excusa.

—¿Qué más excusas quiere además de que le estén reventando soberanamente las pelotas?

—No es así, gringo —insistí—. No siempre tenemos la lucidez de verlo tan claro. Y aunque la tengamos, no siempre podemos mirar a la gente a la cara y decirle que, aunque no hayan hecho nada malo y no tengan la culpa de nada, nos están asfixiando. Hay personas y sentimientos que uno no quiere herir.

—Eso es una tontería, Aguiar. No es cuestión de no querer herir sentimientos, es cuestión de no atreverse a encararlo.

—Puede ser, gringo.

Habíamos estado toda la mañana pendientes de la caña de pescar. Desde el desayuno el gringo se había emperrado en que ese día sacaríamos algo para la comida, pero lo cierto es que, más allá de sus constantes diálogos imaginarios con el supuesto pez que tendría que venir a morder el anzuelo —y que mantenía en voz alta, como si no se diera cuenta de que le estaba dando volumen a sus pensamientos—, no hubo el menor atisbo de captura. Tuvimos que conformarnos con un guiso de alubias enlatadas que el gringo preparó y que nos dejó panzones y necesitados de siesta. En vez de eso decidimos tendernos a fumar en cubierta y terminar nuestras copas de vino al sol. Mientras esperábamos a que la comida bajara un poco, el gringo Ross quiso que le contara mis primeras hipótesis acerca de lo de Majorana y su desaparición. La primera de ellas, aquella que se refería a una posible huida de la familia, me había dejado un regusto amargo, como si en algún punto hiciera

alusión a mi historia reciente, un lugar al que por el momento no tenía ningunas ganas de asomarme. Rápidamente, pues, desvié el tema hacia la hipótesis número dos.

—Según este otro libro —dije—, la razón es mucho más interesante. El autor dice que Majorana habría estado trabajando con Fermi en un proyecto que, luego de algunos años, conduciría finalmente a la primera fisión del núcleo perpetrada por el hombre, y que en ese sentido cabía la posibilidad de que Majorana hubiera podido anticipar lo que de ello resultaría. De ser así, una posibilidad sería que hubiera querido desaparecer para no participar del proyecto.

—¿Qué proyecto? —quiso saber el gringo Ross.

—¿Cómo que qué proyecto? El de la bomba, gringo, ¿cuál va a ser?

El gringo Ross levantó la cabeza y me miró con esa extraña expresión que tanto podía significar que no estaba entendiendo lo que le decía como que lo consideraba una tontería. Luego de un instante, y sin pronunciar palabra, volvió a recostarse.

—Al parecer Majorana era un genio —continué no sin cierta incomodidad—. Se cuenta que la primera vez que entró en via Panisperna, la calle que daba nombre al instituto de física de Roma, se encontró a todo el equipo de Fermi intentando resolver un problema matemático que los había tenido ocupados durante más de una semana. Majorana analizó lo escrito en los pizarrones durante algunos minutos y luego se retiró a su residencia para volver a la mañana siguiente con el problema resuelto. El mismo Fermi, preguntado acerca de Majorana, había llegado a compararlo con Galileo y con Newton, esa clase de individuos que vienen a cambiar para siempre la disciplina de la cual forman parte.

—Un genio… —soltó el gringo Ross con cierta displicencia.

—Un genio —confirmé desde mi sitio y con el libro aún en la mano—. Lo suficientemente genial como para que algunos crean que a partir del trabajo que estaba llevando a cabo hubiera podido anticipar la macabra dirección que todo aquello tomaría.

—No me convence —soltó el gringo Ross.

—¿Qué cosa?

—Todo eso de la anticipación, no me convence.

—¿Por?

—Porque nadie que se dé cuenta de algo como eso decide abrirse así. Lo más lógico hubiera sido que hubiera intentado advertir a los otros de su descubrimiento. ¿Qué clase de persona ve venir semejante bulto y decide esquivarlo?

—La clase de persona que no cuenta con la energía que se necesita para hacerle frente —respondí con cierto resentimiento, como si al cuestionar ese gesto fuera a mí mismo al que se estuviera cuestionando.

—No lo veo —insistió el gringo—. Nadie monta todo ese circo si no tiene una razón más personal. Todos podemos agarrar y mandarnos cambiar el día que queramos. «Voy a comprar cigarrillos», «Me llamaron del trabajo». No es tan difícil. En todo esto de los ferrys de ida y vuelta y de que el mar lo haya rechazado tiene que haber algo más, algo más elevado —reflexionó el gringo Ross con cierto tono enigmático.

—¿Algo más elevado? —repliqué.

—Parece el tipo de acto de alguien que busca redimirse —continuó—. ¿Sabe que hasta hace no demasiado tiempo nadie se refería a alguien con talento diciendo que era un genio? —soltó de pronto el gringo Ross como si viniera a cuento.

—Y ¿qué decían? —le seguí.

—Decían que *tenía* un genio, que había un genio que lo acompañaba y que era el responsable de su genialidad.

Aún sin entender lo que pretendía demostrar, hubo algo en su exposición que me resultó sugerente. Al menos consiguió que dejara de pensar en todo aquello como en un asunto personal.

—De todos modos no es de descartar el hecho de que hubiera querido redimirse de haber participado en un trabajo que iba a conducir a la destrucción y al dolor de tanta gente —apunté.

—No, ése no era su problema —insistió el gringo Ross—. Eso es algo que tiene que ver con la humanidad entera, no con una sola persona. La humanidad siempre ha sido bastante pelotuda, Aguiar, desde hacía rato que la venía pifiando en casi todo. No necesitaba de ningún Majorana que le ayudara a terminar de cagarla. Esto tiene más pinta de ser la lucha de un hombre solo, la clase de batalla que alguien libra consigo mismo, esa que tarde o temprano todos vamos a tener que enfrentar…

Las palabras del gringo Ross habían tomado de pronto un inquietante carácter místico.

—Y ¿qué es eso que todos vamos a tener que enfrentar, si se puede saber? —arriesgué.

El gringo me miró con la misma cara de no entender mis palabras con la que me había mirado antes.

—¿De verdad no lo sabe? —me preguntó extrañado—: A Dios. Por más que no lo sepamos o nos hagamos los distraídos, tarde o temprano todos vamos a tener que enfrentarlo.

Nápoles, el presente

—¿Ha leído usted algo de Lucio Piccolo? —me dijo la mujer.

—No —respondí.

La mujer negó con la cabeza como si se tratara de una falta grave. Yo no había oído ese nombre en mi vida. Tampoco había oído la mayor parte de los nombres que ella se empeñaba en reseñar ni sabía por qué la conversación había derivado hacia la vida y penurias de ciertos retorcidos personajes sicilianos. El punto de partida era por supuesto la investigación que debía ocuparme y que Ortega aparentemente se había encargado de explicar minuciosamente a mi interlocutora. Se trataba de la directora del departamento de lenguas hispánicas de la Universidad de Nápoles, una mujer mayor, con aires aristocráticos, que seguramente se aburría mucho y recibió el encargo de Ortega como quien recibe una revista de sudokus en la sala de espera del dentista. Había algo infantil, sin embargo, en el modo en que hacía parecer que todo aquello no le despertaba el menor interés, como una quinceañera que disimula el entusiasmo que le provoca la llegada de un chico nuevo a la clase. Yo lo único que quería era que me diera cualquier información que me sirviera para completar la nota que Ortega me había encargado y salir lo antes posible de ahí.

—Lucio Piccolo —dijo—, poeta. Primo de Giuseppe Tomasi de Lampedusa. Un excelente ejemplo de lo desquiciados que están todos los sicilianos. Lucio era un loco maravilloso y un poeta exquisito. Eran tres hermanos, y su madre, una noble señora siciliana a quien su marido abandonó tempranamente, les obligó a vivir aislados del mundo, encerrados en el enorme caserón familiar y con la imposición de no casarse nunca. Un hermano se dedicaba a sacar fotos a los fantasmas que

veía por los pasillos, la hermana sembraba flores y plantas de otros continentes por los jardines y Lucio repartía su tiempo entre la escritura de poemas y las conversaciones que mantenía con sus amados perros, para los cuales había construido un cementerio en el jardín posterior.

—Pues una de las hipótesis dice que lo que buscaba Majorana era justamente liberarse de la influencia de su madre —dije intentando llevar la conversación hacia los terrenos que me incumbían.

—No me extrañaría. La mezcla de siciliano con familia noble enloquece a los pobres vástagos.

—Tengo entendido que aquí en Nápoles funciona más o menos igual.

No sé por qué dije aquello. Era cierto que en algún momento había oído hablar de la omnipresencia de la figura materna en todo el sur de Italia, pero la verdad es que no tenía ningún interés en que la conversación derivara hacia aquellos derroteros. La mujer volvió a mirarme como si yo no entendiera nada de nada. Se levantó de su silla y se giró hacia una ventana que daba a los techos de uno de los cientos de complejos monásticos que la ciudad posee. El sol abrasaba las tejas de barro de modo que igualaba las texturas y las tonalidades.

—Nápoles y Sicilia tienen tanto que ver entre sí como la civilización incaica y el imperio otomano —sentenció—. En Sicilia las estructuras son indestructibles. Una madre en Sicilia será una madre hasta después de muerta. No sabe usted la cantidad de sicilianos que a los sesenta años siguen pidiendo dinero a sus madres cada vez que bajan a la calle. En Nápoles las crías se las arreglan como pueden. En Nápoles todos se las arreglan como pueden. No tenemos aquí una estratificación como la de los sicilianos. Allí los jefes son los jefes y la estructura baja piramidalmente hasta el pueblo llano. Allí a nadie se le ocurriría, por ejemplo, tocarle un pelo a un turista, porque saben que con los turistas viene el dinero, y una vez que el dinero entra también saben cómo repartirlo. Aquí es diferente. Aquí cada uno se agarra a lo que puede y si al de al lado no le gusta tenemos una nueva guerra. En Sicilia no. En Sicilia las cosas están claras desde siempre. En Sicilia son un verdadero clan y funcionan como tal, lo cual favorece el hecho de que aquellos que no se sienten cómodos dentro de esa estructura tiendan a crearse universos propios: un caldo de cultivo ideal para las locuras de cada uno.

¿Sabe usted cómo se llama el pueblo de Pirandello, el gran dramaturgo siciliano? —preguntó la mujer al tiempo que se giraba y me miraba con ojos algo extraviados.

—No, señora, no lo sé.

—Xaos —dijo—, del griego Kaos. Se refiere a lo impredecible, a lo anárquico, y es uno de los principales conceptos del Cosmos.

Yo asentí en silencio y no sin cierta inquietud. Parecía, por la actitud de la mujer, que aquello tendría que haberme fascinado, que en las cuatro letras de ese nombre se hallaba escondida la clave para descifrar quién sabe qué misterios, pero la verdad es que a mí me parecía un nombre como cualquier otro.

—¿Ha leído usted algo de Pirandello? —retomó ella ante mi falta de reacción y al tiempo que volvía a sentarse en su silla.

La situación volvió a adquirir aquel molesto cariz de examen que había tenido hacía un momento.

—Algo he leído.

—Majorana era un gran admirador de Pirandello —comentó.

—Eso he oído.

Al fin parecía que la conversación se iba a enrumbar hacia algún sitio que pudiera resultarme de provecho.

—¿Sabe usted cuál fue el libro de Pirandello que se encontró en la habitación de Majorana luego de su desaparición?

La mujer consiguió sorprenderme. Según había creído entender en mi charla con Ortega, la idea era que ella funcionara como contacto para dar con algunos otros personajes —profesores de la facultad de Física en su mayoría— que pudieran colaborar en mi investigación. No me esperaba que fuera en sí misma una fuente de información tan minuciosa.

—No, señora, no lo sé.

—*El difunto Matías Pascal.* ¿Lo ha leído usted?

—Hace muchos años, en la escuela.

La mujer lanzó un nuevo suspiro de reprobación.

—Trata acerca de un hombre, Matías Pascal, que finge su propia muerte para poder escapar de su mujer y de su suegra y lograr así que lo dejen tranquilo.

Dicho esto, la mujer se me quedó mirando nuevamente con aquella

enajenada expresión en los ojos.

—Entonces usted no cree que se haya suicidado —arriesgué.

—¿Quién? ¿Majorana? ¡Por supuesto que no! —dijo ella recobrando en parte la compostura—. Lo más probable es que se haya ido con alguna chica de la que estaba enamorado y a la que su madre no le dejaba ver.

—Pues ninguna de las versiones que he leído hasta el momento dicen nada acerca de una posible mujer. Algunos afirman que pudo haber huido a Argentina, otros que se encerró en un monasterio en la misma provincia de Nápoles, pero nadie habla de una chica ni de nada parecido.

La mujer se acomodó sobre el respaldo de la silla al tiempo que unía las puntas de los dedos a la altura de la nariz. Una inquietante sonrisa se le dibujó entonces en el rostro.

—Usted es argentino, ¿verdad?

—Así es.

—¿De Buenos Aires?

—Sí.

—Pues cuando vaya por sus tierras pregunte por las hermanas Mora y Araujo, hágame caso. Y si ya no queda ninguna viva intente dar con algún familiar o allegado.

No tuve que esperar a ir a Buenos Aires para ponerme al tanto de quiénes eran esas hermanas. Al poner el apellido en internet y relacionarlo con el nombre de Majorana, inmediatamente saltó la noticia según la cual una de ellas —Blanca— había declarado en su momento que lo conocía perfectamente, que vivía en Buenos Aires desde hacía años y que era asiduo a las reuniones que se hacían en su casa. Aparentemente la declaración causó gran revuelo en Italia, y cuando los periodistas la interrogaron, ella negó que alguna vez hubiera dicho nada al respecto.

Tardé unos momentos en caer en la cuenta de por qué me sonaba ese nombre. Blanca Mora y Araujo había sido la viuda del premio Nobel de literatura Miguel Ángel Asturias —a eso se debía que la prensa italiana se hubiera hecho eco de sus declaraciones en lo que concernía a Majorana— pero era también —y eso era lo que yo retenía— la tía abuela de un compatriota mío que vivía en Barcelona y que, si no me equivoco, había escrito un par de libros de relatos. Alguna vez habíamos coincidido en el

mundillo cultural barcelonés, y a través de una conversación en la que fuimos descubriendo algunos conocidos comunes me enteré de su parentesco con el Nobel guatemalteco. Llamé a Ortega y le expliqué que necesitaba que me consiguiera el teléfono o la dirección de correo del hombre para poder averiguar lo que sabía al respecto. Su apellido era Argüello.

—Y ¿para eso me molestas? —protestó Ortega.

Era cierto que lo más lógico hubiera sido que me comunicara directamente con el archivo, pero me pareció que llamarlo a él era un buen modo de hacerle saber que me hallaba sobre la pista que me había encomendado.

—Pensé que te interesaría saberlo —dije.

—A mí lo que me interesa es que me envíes de una puta vez la nota que te pedí.

—Estoy en ello, Ortega. Mañana te la envío.

—Mañana, no, Aguiar: esta noche.

—Okey, Ortega, esta noche.

—Por cierto, ¿pasaste por el correo a buscar el dinero que te envié?

—Sí.

—Y ¿te lo entregaron?

—Me lo entregaron.

—Bien, pues. A ver si te pones de una vez con la puta nota y empezamos a hacer ver que somos un periódico serio.

—¿Lo somos?

—¿El qué?

—Un periódico serio.

—No me jodas, Aguiar, y envíame lo que te estoy pidiendo.

Mediterráneo occidental, algunos días antes

—Y ¿qué fue del chino Ledesma? —me preguntó el gringo Ross mientras ponía un poco de orden en la cabuyería de cubierta.

—Lo último que supe fue que se había casado y que tenía como mil hijos apuntados todos en un colegio del Opus —respondí.

Y a punto estuve de extenderme en opinadoras impresiones acerca del cinismo de algunos, que luego de haber transitado los callejones más infectos del fango moral, pretendían redimirse con una familia al uso, con un círculo de amistades al que frecuentaban los domingos en el club y con una especie de orgullo de clase sustentado en un par de residencias ubicadas en las coordenadas correctas y en un par de coches de gama aspiracional, cuando recordé aquellas extrañas alusiones que había hecho el gringo Ross a la búsqueda de Dios como posible móvil de la huida de Majorana. Qué raro me había sonado aquello en boca del gringo Ross, justamente él, que al menos como yo lo conocí no había enarbolado nunca más banderas que la de la supervivencia individual y el libre albedrío. Recuerdo que en ese momento ya estuve tentado de burlarme asumiendo que se trataba de una broma, pero que afortunadamente me contuve a la luz de la solemnidad con que lo había anunciado. Es innegable que los caminos del Señor —o de quien sea que se dedique a trazarlos— son inescrutables, y los años me habían enseñado que, frente a determinados temas, más valía hacer caso de la prudencia que nos invitaba a callar que incomodar a la gente con nuestras apreciaciones. No pude evitar, sin embargo, mirar al gringo Ross a través del cristal del tiempo, e inmediatamente me picó la curiosidad.

—¿Y vos, gringo? —solté.

—Yo ¿qué? —me respondió levantando la vista del cabo con el que se

hallaba entretenido.

—¿Qué hiciste todos estos años? ¿Cómo fue que llegaste en velero a Barcelona?

El gringo apoyó la escota sobre sus muslos, miró hacia un costado con picardía —con esos ojos suyos chispeantes y despiertos, esos ojos que siempre daban la impresión de guardarse para sí la parte más interesante de lo que estaba pensando—, y se puso a hablarme de la ruta que había hecho para llegar hasta ahí, de la salida de Buenos Aires por el Río de la Plata cuando apenas sabía nada acerca de los oficios marineros, de lo mal que la pasó en el encuentro del río con el mar y de las horas interminables que estuvo a merced de un temporal que lo agarró frente a las costas de Río Grande y que se lo llevó mar adentro para dejarlo volver a ver tierra sólo una semana después, a la altura de Santa Catarina. Me habló del año y medio que pasó por las costas del Brasil, de sus aventuras en las Antillas, de una severa reparación a la que tuvo que ser sometida la quilla del *Victoria* en el Caribe, de los preparativos para el cruce y finalmente del salto atlántico. Pero no era por eso por lo que yo le preguntaba y así se lo hice saber.

—No, gringo, yo digo antes. ¿Qué hiciste al salir de la escuela? ¿Cómo fue que terminaste haciéndote marinero?

—Uf… —se rio el gringo Ross—, lo mismo que usted, Aguiar, lo mismo que todos, supongo. Hice lo que pude.

—Pero ¿a qué te dedicaste, qué fue de tu vida?

El gringo volvió a mirarme durante un instante con aquellos ojos saltarines, y sin dejar que la sonrisa se le borrara del rostro, los entornó hacia el horizonte como quien busca un recuerdo.

—Primero me puse a trabajar en el taller con mi viejo —me dijo—, pero vio cómo es eso de trabajar con la familia, uno no quiere repetir lo que hicieron los viejos, uno tiene esas ganas que tiene la juventud de abrir su propio camino, de avanzar por senderos nuevos. Entonces me puse un bar. Me fui a la costa. Pasando Mar del Plata hay un balneario muy chiquito que se llama Mar del Sud, no sé si lo conoce. Me puse un bar en la playa al que no iba nadie. Apenas en verano teníamos algún que otro cliente, pero la verdad es que se estaba bien. Se vivía bien ahí. Casi no se necesitaba dinero. Para cualquiera que no hubiera estado tan

loco como yo habría sido un buen lugar para armar una familia. Pero uno es como es, qué se le va a hacer. Hasta novia tenía. Seguro que hoy estaría más contento que una lombriz y seguro que el pueblo ha de haber crecido y que el barcito habría tirado para arriba. Pero uno es quien es, eso no se puede negar, así que un día, sin peleas, le dije a mi novia, mire negra, yo la quiero y usted me quiere, pero si yo me quedo acá en este pueblo me voy a volver más loco de lo que estoy, y me fui para la capital y anduve dando tumbos durante un par de años. Tuve un trabajito en una santería y eso me dio la idea para una editorial de libros religiosos. Anduve por acá por España visitando distribuidores y aproveché para montar, con un gallego que conocí y que estaba en el tema de las importaciones, un negocio de exportación de productos del norte de Argentina que yo le mandaba a través de un amigo que tenía en Salta. Y entre la editorial y los ponchos y la artesanía que mandaba para España la cosa más o menos caminaba. Pero me empecé a aburrir de vuelta. Y me agarró como la nostalgia y me empecé a acordar de Mar del Sud y de la negra, y para allá me fui a ver si la encontraba, pero se había ido para Europa. Nadie me supo decir adónde. Por esos días además me habían encontrado una enfermedad bastante jodida, y un poco por eso también me fui para allá. Es raro venderle a la gente santos y libros espirituales, sabe, Aguiar, no es lo mismo que venderles zapatos. La gente que viene a comprar un santo en general está jodida y quiere el santo para que lo arregle, a ellos o a sus familias o a alguna situación por la que están pasando. Y yo no creía en nada de eso, pero en las caras de esa gente había una creencia profunda, una fe tremenda. Y en el norte, cuando iba por lo de los ponchos, los indios que me los vendían también creían. Creían en la tierra y creían en el fuego. Y ahí en Mar del Sud, cuando me fui a buscar a la negra y me enteré de que ya no estaba, me quedé mirando el mar y pensando en todo eso, y me di cuenta de que toda la vida había sido un hijo de puta que no había creído en nada. Y que por eso era que no estaba cómodo en ninguna parte, porque no se trataba del lugar ni de las personas. Todos los que somos de Argentina hemos ido y venido durante generaciones. Mire si no a la negra, que nunca había ido ni a la capital y de golpe se me fue para Europa. Es como si nuestras raíces fueran más débiles. Como si no nos costara nada apagar la luz y

mandarnos a mudar. Y ahí estaba yo, con esta enfermedad que me habían encontrado, mirando el mar, solo y con todas estas ideas en la cabeza, cuando de entre las olas asomó como una voz y me dijo que me fuera a navegar. No fue una voz así que uno escucha, no crea, todavía no estoy tan loco —me dijo el gringo Ross y soltó una carcajada limpia, incorrupta, exactamente igual a la que tenía cuando íbamos a la escuela, y me hizo pensar en que la risa es quizá la mejor manera de saber la edad del alma de una persona—, no era una voz de esas que se escuchan con los oídos —me dijo el gringo sonriente—, pero se la oía clarito, así que vendí todo lo que tenía y me compré este barco, y apenas arreglé mis asuntos solté amarras y salí al mar. Es lindo soltar amarras, Aguiar, el solo hecho de decirlo lo hace sentir a uno mejor, ¿no cree?

El gringo Ross se me quedó mirando como si recién entonces me reconociera, y creo que un poco de razón tenía, porque no fue sino hasta ese momento cuando realmente supimos que éramos los de entonces, que había una historia común, y que aunque hubiéramos cambiado, en algún rincón seguíamos siendo los mismos. Pero de un modo que nos excedía, como si él y yo, y todos los de aquella época de alguna manera hubiéramos formado una especie de entidad indisociable. O al menos eso fue lo que creí entender de lo que sus ojos me transmitían.

—Así que Ledesma se casó y tiene a sus hijos en un colegio del Opus —dijo el gringo volviendo a sus quehaceres—. Pedazo de hijo de puta el chino Ledesma ese —agregó sonriente—, mire que meter a los hijos con los curas del Opus con lo cabrón y vicioso que había llegado a ser.

Ambos nos reímos. Afuera el mar se mostraba plácido, como si una película de celofán se hubiera posado sobre la superficie. Costaba creer que la noche anterior apenas hubiéramos podido pegar ojo a causa de una tramontana que parecía empeñada en querer arrancarnos las velas. Había sentido miedo al comprobar su furia. La del viento y la del mar que parecían ir arengándose uno a otro como si se tratara de una discusión en la que los contendientes estuvieran compitiendo por ver quién gritaba más alto. Al pensarlo no pude evitar imaginar lo que debía haber sentido el gringo Ross al salir al Atlántico solo y sin tener la más mínima idea de cómo llevar un barco. Costaba creer que ese mar sobre el que nos deslizábamos tan mansos fuera el mismo que horas antes nos

había obligado a sudar la gota gorda para trepar sus colinas.

—Voy a bajar a ver qué hacemos de comer —anuncié.

Y ya me estaba retirando cuando la voz del gringo Ross me interceptó.

—¿Y usted, Aguiar? —me dijo volviendo a dejar el cabo sobre el regazo.

—¿Yo qué? —respondí desde la escalerilla.

—¿Qué ha sido de usted en todos estos años?

Nápoles, el presente

Bajé por via Toledo hasta la plaza Plebiscito y desde ahí comencé a serpentear colina arriba hasta llegar a las puertas del cuartel general de la policía. El día anterior, luego de nuestra conversación telefónica, me fui directamente al hotel a dar forma a lo que Ortega me había pedido. No tenía que ser nada del otro mundo, me dijo, algo más bien decorativo. No es necesario que seas demasiado minucioso en cuanto a los detalles, con que presentes el tema y lo dejes servido ya me vale. Se trataba, según me explicó, de presentar al personaje de Majorana y de relacionarlo de algún modo con el asunto del neutrino. Las noticias llegadas desde Suiza eran cada vez menos alentadoras y, salvo un giro inesperado, todo aquel revuelo con la dichosa partícula superlumínica terminaría resultando un fiasco. Muchas de las voces ligadas a la comunidad científica hablaban ya de que lo más probable era que se hubiera tratado de un error de medición. Ortega, sin embargo, confiaba en que algo todavía pudiera salir de ahí, y había decidido estirar la estancia de Galíndez por las dudas. Para mantener vivo el filón, sin embargo, necesitaba publicar cuanto antes algún tipo de información que relacionara el neutrino con este misterioso personaje que, según su criterio periodístico —y si algo tenía el cabrón de Ortega era criterio periodístico— poseía todos los ingredientes de lo que él consideraba noticiable. Así lo dijo: noticiable. No había nada que me diera más rabia que oír hablar a Ortega en aquella jerga técnica. Cada uno por separado —Ortega y la jerga periodística— podían ponerme de muy mal humor; juntos me provocaban una rechazo visceral que se manifestaba en forma de un molesto cosquilleo en la parte inferior del escroto. Sabía, de todos modos, que la mejor manera de quitármelo de encima era dándole lo que me pedía, con lo que luego de

hablar con él me fui directamente al hotel —si es que se le podía dar ese nombre al ruinoso edificio que me albergaba— y me puse a redactar la primera nota que escribiría acerca de Ettore Majorana. El título provisorio que coloqué —y con el que finalmente terminó publicándose— fue «Esquivo como el neutrino», y se trataba de un vago rejunte de las primeras obviedades a las que cualquiera haría referencia si decidiera asomarse al caso del físico desaparecido. De cualquier modo, y a pesar de lo poco elaborado del texto, me sorprendió la facilidad con que redacté todo aquello, como si de pronto descubriera que sabía más de lo que creía acerca del dichoso personaje. A modo informativo incluí un recuadro en el que se explicaban a grandes rasgos las volátiles características de la partícula en cuestión. Conocía a Ortega y estaba seguro de que eso era lo que quería: un anzuelo que enganchara a los lectores para futuras entregas en caso de que la situación en Suiza hubiera de extenderse. La imagen de Galíndez varado allí sin ninguna información que cubrir continuaba siendo para mí una fuente de malsano placer.

Antes de dormir recibí el llamado del comisario Espósito. Me dijo que había estado haciendo algunas averiguaciones en los archivos de la policía y que le gustaría ponerme al tanto al día siguiente. Quedamos en encontrarnos a la una de la tarde en el cuartel general, y hacia allí me dirigía ese mediodía por la serpenteante cuesta que, desde la plaza Plebiscito, conduce al monte en el que el mismo se halla asentado. Las calles de Nápoles bullían como si se tratara de las galerías de un caótico hormiguero.

Llegué hasta la arcada de la puerta y me encontré con el mismo guardia que el día anterior nos había despedido al comisario Espósito y a mí cuando salíamos rumbo al restaurante de la plaza Bellini. Se trataba de un tardoadolescente con aparatos en los dientes y abundantes granos en toda la zona circundante a la nariz. Recuerdo que me sorprendió no haber reparado el día anterior en su severo problema de acné, y recuerdo también que sentí una imprecisa inquietud relacionada con el hecho de comprobar que el ejercicio de la ley, al menos en su vertiente más inmediata, estaba en manos de unos chiquillos armados a los que aún no les terminaba de crecer el bigote. El chico dijo recordarme, pero me

explicó que el comisario Espósito no se encontraba y que no podía dejarme pasar. Le dije que habíamos quedado en vernos allí y que seguramente se trataba de un error. El chico hizo un par de llamadas y me confirmó que no, que no estaba allí, y que aparentemente no pensaba aparecer en toda la tarde.

—¿Pasa algo, Angelo? —dijo de pronto una voz femenina que me sonó familiar.

Al girarme me encontré con el rostro de Valeria, la chica de la cafetería. Llevaba una chaqueta azul, un pañuelo verde al cuello y un bolso cruzado sobre el pecho. Sin el delantal de trabajo se la veía aún más joven. Aunque por otro lado el pelo suelto la hacía más mujer. Lo que permanecía intacto era el atractivo que el día anterior me había inspirado.

—Hola, Valeria —dijo el joven guardia—, este señor, que busca al comisario Espósito. Le expliqué que no estaba y que no vendría en toda la tarde.

—¿Habían quedado aquí? —dijo Valeria dirigiéndose a mí.

—Sí, habíamos quedado…

—Qué extraño —me interrumpió ella—, ayer por la tarde nos vimos y me dijo que hoy no vendría en todo el día. Si quieres le puedo decir algo.

—No, no, está bien.

No sabía muy bien qué decir. Ese tipo de situaciones suele descolocarme bastante. No acostumbro a ser un tipo demasiado planificado, pero tengo cierta manía con el tema de las citas y los horarios. Ana siempre decía que debo ser una de las pocas personas puntuales que quedan en el mundo, y la verdad es que no lo hago a propósito, simplemente me ocurre que cuando tengo que encontrarme con alguien, y de manera espontánea, llego uno o dos minutos antes de la hora convenida. Normalmente me toca esperar, y si bien ya debería estar acostumbrado, no dejo de sentir una pequeña angustia cada vez que ocurre, como si una infantil sensación de abandono se apoderara de mí. Si finalmente la persona no se presenta —como era el caso— la angustia tiende a desaparecer, y es reemplazada por una sensación de tiempo muerto, de tiempo inventado que, según sean las circunstancias, puede resultar tremendamente liberadora, como si de pronto me hubieran sido

regalados unos minutos con los que no contaba y que puedo utilizar como quiera, o un tanto vertiginosa, como si algo hubiera venido a romper el normal devenir de los acontecimientos y la cadena natural que debía concatenar los hechos se hubiera visto de pronto interrumpida. En la situación en la que me encontraba y en aquella ciudad extraña en la que me veía obligado a permanecer, la balanza se inclinaba más bien hacia esta segunda opción. Supongo que fue por eso que sentí tal gratitud al oír las palabras que Valeria pronunció:

—Yo voy a bajar andando, si quieres podemos caminar juntos.

La ciudad de Nápoles es a un tiempo decadente y majestuosa. Es cierto que a muchos sitios les ocurre lo mismo, pero allí los contrastes son abrumadores. Cada vez que se intenta ampliar la red del metro, por ejemplo, las obras se ven interrumpidas por los hallazgos arqueológicos que inevitablemente salen a la luz. Y no estoy hablando de un ánfora o de los restos de una columna. Por esos días, por ejemplo, junto al Castel Nuovo, en pleno centro de la ciudad, las obras habían sido paralizadas a causa del hallazgo de un trozo de puerto griego que involucraba todo un pantalán con dos galeras completas amarradas a sus muelles. Son infinidad los corredores subterráneos que comunican los distintos palacios e iglesias. Hasta dos ciudades pueden hallarse bajo la Nápoles de hoy, confundiendo su pasado fenicio y griego con el romano y el cartaginés. La dinastía de los Borbones fue la última en aportar esplendor a sus calles, pero junto con la unificación italiana, que puede entenderse también como la conquista de los estados del sur por parte de los del norte, todos los poderes fácticos fueron trasladados al Piamonte, dejando a Nápoles —y al sur de Italia en general— en un estado de abandono que favoreció el caudillismo y la venta de favores entre las distintas familias, lo que a la larga cuajó en lo que hoy conocemos como el crimen organizado en sus distintas versiones. Bajo todo el polvo y el ruido y las ruinas de sus palacios, aún puede adivinarse el pasado glorioso de la *bella Napoli*, pero sobre el asfalto y a la luz del día la realidad se muestra más cruda. El caos del tránsito se mezcla con los gritos de los transeúntes y con las miradas esquivas de un pueblo que ha tenido que convivir con la

más mezquina de las formas de pobreza, aquella que ni siquiera despierta solidaridad entre sus congéneres, sino que vuelve al vecino un elemento amenazante. Todo esto me explicaba Valeria a medida que nos adentrábamos en el centro histórico. Yo, sin embargo, no podía evitar sentir la potencia de esas calles como un torrente vivo de almas llenas de historia. En sus magníficos palacios, en sus imponentes iglesias, me quedaba siempre con la parte que hablaba de las épocas de esplendor. Por supuesto que no le dije nada de todo esto a Valeria, a riesgo de que me tomara por un imbécil y un frívolo —una apreciación que probablemente habría estado bien fundada—, pero lo cierto es que en su compañía y oyendo toda esa historia saliendo de su boca, sólo podía pensar en que se trataba de una ciudad maravillosa.

Después de varias insistencias —y de que ella mirara varias veces el reloj y de que mirara también alrededor, como si quisiera comprobar que nadie la viera conmigo— conseguí que Valeria aceptara acompañarme a comer una pizza. Puede que a alguien le resulte absurdo, pero el simple hecho de volver a tener algo de dinero en el bolsillo como para poder invitar a una chica a comer una pizza me hacía sentir un poco más persona. Nos sentamos en un sitio ubicado al borde del puerto, en una plaza cuyo nombre nunca llegué a averiguar, que tenía unas cuantas mesas repartidas sobre la misma calle y cuyo personal estaba tan hipnotizado por el televisor que no fue nada fácil lograr que nos atendieran. Al parecer, y según me explicó Valeria, estaban viendo un programa de concursos que tenía a toda la ciudad en vilo. El participante llevaba más de cien programas consecutivos, y de conseguir responder a todo lo que le preguntaran ese día, habría superado el récord de no sé qué cantidad de millones de euros que nadie jamás había ganado en toda la historia de la televisión italiana. El concursante, por supuesto, era napolitano, lo que convertía el evento en una suerte de reivindicación del sur pobre contra el norte rico, una especie de triunfo del débil contra el fuerte que era ampliamente celebrado en cualquier ámbito de la vida.

El camarero se acercó casi corriendo a nuestra mesa y sin mirarnos tomó el pedido. Lo entregó en la cocina —cuya puerta abierta daba directamente a la calle— y pudimos ver cómo el pizzero se ponía a amasar sin apartar la vista de la pantalla.

—¿Y tú no lo miras? —pregunté a Valeria en referencia al concurso.

—¿Para qué? Por más que gane nadie va a venir a regalarme nada a mí —dijo con una acritud que me provocó una tristeza instantánea y que borró de un plumazo el intento de romanticismo que había querido infundir a la escena.

Miré hacia la cocina y los hombres reunidos frente al televisor perdieron de pronto todo su exotismo.

—Y ¿qué se traen entre manos tú y el comisario Espósito? —me preguntó ella al tiempo que se llevaba un trozo de pan de pizza a la boca.

Me costó encajar la pregunta. Un poco por el golpe de realidad que acababa de recibir y otro poco porque no había anticipado el hecho de tener que explicar a Valeria que lo que en realidad me retenía en Nápoles era una investigación que me tenía como posible sospechoso de homicidio.

—Un asunto de un barco y un accidente en el que estuve involucrado —respondí impreciso.

Creo que sólo entonces, al tener que ocultar por primera vez el hecho de que estuviera involucrado en toda aquella locura, comprendí realmente la seriedad de lo que me ocurría. Evidentemente yo sabía que no había hecho nada, pero no había nadie sobre la tierra que pudiera confirmar mi versión y las cárceles debían estar llenas de gente que terminó ahí por hallarse en el sitio incorrecto en el momento equivocado. Si realmente el gringo Ross terminaba por no aparecer no habría ninguna prueba de que yo fuera inocente; aunque tampoco las habría de mi culpabilidad, y hasta donde mis escasos conocimientos legales llegaban, una persona es inocente hasta que se demuestre lo contrario. Apenas hube pensado esto me di cuenta de lo absurda que sonaba la frase, como sacada directamente de una película americana de esas en las que los protagonistas llegan corriendo a la embajada con el pasaporte en la mano y gritando que son ciudadanos americanos, lo cual resuelve instantáneamente sus problemas. Seguramente la realidad era mucho más arbitraria, y el hecho de que uno fuera o no culpable representaba apenas una de las tantas variables que podían terminar metiéndolo entre rejas, más en un sitio como Nápoles, donde las leyes eran una especie de manual de estilo por detrás del cual se escribían las verdaderas

regulaciones. Decidí que lo mejor era no darle más vueltas al tema. No pude evitar sin embargo pensar un instante en el gringo Ross —a saber dónde estaría y qué le habría pasado— y luego en Ana, nerviosa en casa, sin haber tenido noticias mías en más de una semana. Definitivamente esa misma tarde tenía que juntar coraje y llamarla.

—¿Estuviste involucrado en un accidente de barco? —dijo Valeria de pronto y con un interés renovado.

—¿Quién? ¿Yo? No, no… Yo vine a investigarlo.

—¿A investigar qué?

—Un incidente ocurrido en un barco hace ya mucho tiempo. La desaparición de una persona.

Yo mismo me vi sorprendido de la velocidad con que había logrado reordenar los hechos.

—No me digas que eres policía…

—¿Policía? No, soy periodista.

—¿Periodista?

—Mmm… —asentí.

Valeria se me quedó mirando con los ojos muy abiertos.

—¿Tan malo es? —arriesgué.

Valeria permaneció en silencio todavía por un instante.

—Malo, malo, no —dijo al cabo de un momento—, pero no sé, casi que hasta te hubiera pegado más ser policía.

—¿Por?

—No sé, un periodista es como un ser muy oscuro, ¿no?

—¿Más que un policía?

—Claro que sí. Los policías investigan las cosas malas que ocurren, pero para intentar resolverlas. Los periodistas investigan las cosas malas pero no para resolverlas, sino para contárselas a la gente y regodearse en ellas y hacer que todos se sientan mal.

—Bueno, no necesariamente…

—Sí necesariamente.

Se produjo un silencio incómodo. Sin quererlo ni anticiparlo, habíamos llegado de pronto a una situación de conflicto más propia de una pareja constituida que de dos personas que recién se están conociendo. En el interior de la pizzería las miradas de todos permanecían adheridas al

televisor.

—A ver, cuéntame de ese accidente que estás investigando —dijo Valeria aún contrariada.

—En realidad no es un accidente, es una desaparición, la desaparición de una persona. En el fondo se trata de una historia bastante interesante…

—¿Ah, sí? ¿Es interesante la desaparición de una persona?

—Ésta en particular la verdad es que sí.

—¿Y tenía familia esa persona?

—Bueno, sí, la madre y los hermanos…

—¿Y tú cómo crees que se quedó la madre luego de que esa persona desapareciera?

—Supongo que no muy bien, pero ése no es el punto…

—¿Y los hermanos? ¿Qué hicieron los hermanos cuando se enteraron de que había desaparecido?

—Bueno, en realidad lo que les dijeron es que se había suicidado, de hecho antes de desaparecer dejó un par de cartas que hacían parecer que ésas eran sus intenciones.

—Ah, pues mucho mejor, la historia de un suicidio, eso sí que es alegre, eso sí que es algo que a la gente le hace bien escuchar.

—¡Pero es que no se suicidó! —dije de pronto como si me estuviera defendiendo de una acusación que cayera directamente sobre mi persona.

Desde la cocina de la pizzería se oyó un grito de júbilo. Aparentemente el concursante había acertado una pregunta importante, pero a juzgar por el modo en que la tensión se restableció no se trataba de la última. Valeria y yo desviamos la vista hacia allí por un momento. Luego volvimos a la mesa y nos quedamos mirando el mantel. En silencio.

—La verdad es que no es tan así como suena… —improvisé sin saber cómo iba a continuar la frase.

—No, mira, perdona —me interrumpió Valeria providencialmente—, no quería incomodarte. Es sólo que no me gusta cómo se llevan las cosas hoy en día, pero no es culpa del periodismo, y por supuesto no es culpa tuya… —agregó.

—Te lo agradezco —dije, y ambos sonreímos.

Milagrosamente, el mal trance por el que acabábamos de pasar se

transformó de pronto en una suerte de complicidad. Hay veces en que ocurre así —¿será que siempre ocurre así?—, lo peor que nos podría pasar se transforma de pronto en lo mejor que nos podría haber pasado. Incluso un pequeño ataque como aquel del que había sido objeto suponía en el fondo un grado de intimidad compartida, y Valeria, al perpetrarlo y tomar conciencia de ello, se veía en la obligación de revertirlo y buscar la manera de restablecer la armonía. En el modo en que sus ojos me miraban había de pronto una dulzura de la que hasta entonces no los hubiera creído capaz.

El camarero apareció con nuestras pizzas. Tenía menos apuro esta vez. Aparentemente el programa se había ido a publicidad. Como si nos conociera de toda la vida empezó a relatarnos en dialecto napolitano lo que supuse que eran los pormenores del concurso. Lo hacía con una emoción que parecía que le fuera en ello la vida. No sé si por una cuestión de distinción de sexos, el hombre insistía en dirigirse casi exclusivamente a mí. Al ver que no le seguía con la fluidez que él hubiera querido, Valeria decidió interrumpir para explicarle que yo no era de ahí.

—Y ¿de dónde es? —preguntó el camarero con cierto entusiasmo.

—De Argentina —respondí.

Al hombre la expresión se le transformó como a quien se descubre en presencia de una manifestación divina. El concurso de televisión quedó repentinamente relegado a un segundo plano.

—¿Argentina? ¿Maradona? —dijo en un susurro, como si se estuviera esforzando por no romper el hechizo.

—Sí, sí, Maradona —dije con resignación y exhibiendo mi mejor sonrisa.

El hombre se llevó las manos a la boca como si quisiera contener la emoción que le embargaba. Me miró un segundo, negó con la cabeza, y luego se arrojó a mis brazos como si fuera aquel viejo amigo al que no veía hacía mucho tiempo.

—¡Argentina! ¡Maradona! —gritaba mientras me abrazaba y me besaba en ambas mejillas—. ¡*Ragazzi*! —Se giró luego hacia la cocina—. ¡Argentino! ¡Maradona! —gritó, y en menos de un minuto me vi zarandeado por un grupo de cinco hombretones sudorosos que, vaya uno a saber cómo, se sabían al pie de la letra todos los cánticos que

acompañan a la selección argentina de fútbol, y los entonaban con entusiasmo mientras me abrazaban y saltaban al unísono. Desde su silla, y muerta de la risa, Valeria no ocultaba el disfrute que aquello le provocaba.

Mediterráneo occidental, algunos días antes

—¡Aguiar —me dijo el gringo Ross asomándose por la escotilla—, deje un rato esos libros y suba a ayudarme!

Era la hora de la siesta y le tocaba guardia al gringo, con lo que yo en principio estaba libre de obligaciones. En un primer momento pensé en tirarme a descansar un rato, pero en mi cabeza aún daba vueltas lo leído el día anterior. Un poco por eso y un poco por tentar al sueño, me puse a ojear el índice de uno de mis libros acerca de Majorana y me encontré con un capítulo que me llamó la atención. «La pista argentina», se titulaba. Intrigado, me dispuse a ver de qué se trataba.

Recostado en mi litera y no sin alguna inquietud, leí acerca de algunos testimonios posteriores a la desaparición de Majorana que lo situaban en la ciudad de Buenos Aires. El más sólido hacía referencia al de un físico chileno de nombre Carlos Rivera, que en dos ocasiones había hablado con gente que había dicho conocerle. La primera era la dueña de una pensión en la que se había alojado. Según parece, al leer el nombre de Majorana en unos apuntes de Rivera, la mujer le dijo que su hijo tenía un amigo que se apellidaba así, que también era físico y que también venía de Italia. Le dijo incluso que el tal Majorana había dejado su país debido a profundas desavenencias con su colega Fermi, de quien no quería ni oír hablar. La conversación fue interrumpida por un llamado del hijo de la mujer. Rivera manifestó su interés por concertar un encuentro con él, pero la señora, luego de colgar el teléfono, evitó volver a referirse al tema. Rivera se quedó con la sensación de que al muchacho no le habían gustado nada las infidencias de su madre. La siguiente vez que Rivera visitó Buenos Aires quiso volver a ver a la mujer, pero, como si de una película de espías se tratase, se encontró con que la pensión había sido

clausurada. Se alojó, pues, en el hotel Continental, y fue allí en donde dio con la segunda pista. Mientras estaba escribiendo fórmulas en una servilleta de papel durante el desayuno, un camarero del hotel se le acercó y le dijo que conocía a otro hombre que tenía la misma costumbre. Cada tanto iba a comer o a tomar café y se pasaba horas resolviendo ecuaciones en las servilletas que tenía a mano. Su nombre era Ettore Majorana. Este segundo episodio convenció a Rivera de que Majorana estaba o había estado en la Argentina. Había algunas cosas, sin embargo, que no cerraban. La mujer había dicho que la huida de Majorana había tenido que ver con las desavenencias con Fermi, pero si así hubiera sido, ¿cuál era el motivo por el que se había visto obligado a rodearla de tanto misterio? Y sobre todo, si su intención había sido la de no dejar un rastro visible, ¿cuál era el sentido de ir por ahí dando su nombre verdadero? Era curioso además el hecho de que una misma persona —el físico Rivera— se hubiera topado aleatoriamente con dos hechos tan sugerentes. Los que lo conocían, sin embargo, decían que era alguien de fiar. Por alguna razón vino a mi memoria un concepto que había leído en uno de los libros de física que mi librero me había recomendado —y que tanto le agradecí a medida que mi curiosidad me obligó a ampliar la búsqueda—. Según éste, la propia noción de realidad, esa que hasta entonces nos había parecido tan obvia e indiscutible, quedaba puesta en entredicho por la teoría cuántica. A partir de sus postulados no habría tal cosa como *la realidad*, sino apenas un cúmulo de probabilidades o de potencialidades que sólo se transformaban en una posibilidad concreta a la luz de la mirada concreta que un observador particular —Rivera en este caso— decidiera poner en juego. No se trataría ya de las diferentes interpretaciones que alguien pudiera hacer acerca de una realidad que, mientras tanto, se mantenía inalterable, sino que esas interpretaciones, y de una manera que mi mente no llegaba a comprender, fundaban de algún modo la idea misma de realidad. ¿Podía ser entonces que el propio Rivera, y sin proponérselo, hubiera sido el responsable de *crear* aquellos encuentros?

—¡Aguiar —me interrumpió de pronto la voz del gringo Ross—, deje un rato esos libros y suba a ayudarme!

Con todo aquello en la cabeza, decidí que lo mejor era obedecer al

gringo y salir a que me diera un poco el aire. Al subir me lo encontré entretenido con los arreos de pesca.

—Téngame acá —me dijo alcanzándome un señuelo.

Se trataba de un pequeño pulpo amarillo que escondía un anzuelo entre los tentáculos. Con la caña entre las rodillas, el gringo se ocupaba de buscar en una caja uno nuevo con el que reemplazarlo. Ajeno a todas mis elucubraciones acerca de Majorana y de la física, parecía hallar una cierta felicidad en ello. Vino a mi mente aquella frase del poeta que afirmaba que la metafísica no era más que la consecuencia de hallarse indispuesto.

—¿A vos nunca te dio por leer un libro? —le pregunté.

El gringo Ross me miró con cara de circunstancia, luego volvió a concentrarse en el sedal.

—¿Me está tratando de analfabeto, Aguiar? Mire que fuimos al mismo colegio.

—No, gringo, no es eso.

Me ahorré el esfuerzo de intentar explicarle que había una cierta admiración en mi comentario, que en el fondo envidiaba la solidez que intuía en su relación con las cosas del mundo. El gringo Ross, poco o nada preocupado por la acusación de la que creía haber sido objeto, lanzó al agua el nuevo señuelo y lo observó perderse entre las olas.

—Aunque no se lo crea —me dijo mientras comprobaba el modo en que el carrete liberaba el sedal—, yo en una época leía bastante, pasa que me agarraba como una especie de ansiedad cuando pensaba en todo lo que no iba a llegar a leer. Además tenía como la sensación de que por más que lo leyera todo nunca iba a llegar a comprender lo importante, como si lo importante no se pudiera entender con la cabeza, ¿me sigue?

Le seguía perfectamente y así se lo hice saber. El gringo desvió la vista hacia la punta del palo y luego hacia la vela de proa. Por un momento tuve la sensación de que ese barco y ese mar eran la única cosa real que existía sobre la tierra.

—¿Sabés que hay una versión que dice que Majorana se escapó a Buenos Aires? —comenté.

El gringo tardó un momento en reaccionar.

—¿A Buenos Aires? Y ¿qué se le había perdido ahí?

—¿Qué sé yo? Supongo que lo mismo que a mis abuelos y a los tuyos. Por esa época la Argentina era como una especie de tierra prometida para los que la estaban pasando mal acá en Europa.

Nos quedamos en silencio. Ninguno de los dos lo mencionó, pero estoy seguro de que ambos pensábamos lo mismo. Qué raro que se nos hacía a los de nuestra generación ver en Buenos Aires una tierra de oportunidades cuando a la mayoría nos había expulsado la falta de perspectivas.

—A propósito, Aguiar, usted todavía no ha contestado a mi pregunta.

—¿Qué pregunta, gringo?

—La de lo que ha sido de usted en todos estos años.

Lo que había sido de mí en todos esos años. La verdad es que no era un asunto del que me resultara fácil hablar. Supongo que lo que el gringo quería saber era los motivos por los que había terminado en Barcelona, y no era que no quisiera decírselos, sino que cada vez que me había visto en la situación de tener que hacerlo había comprobado con cierta vergüenza que ni yo mismo lo sabía. Le conté de una novia de la que me había separado por esa época y de las ganas que aquello me había dado de cambiar un poco de aires, pero mentiría si dijera que ese fue el motivo. Más allá de lo de la novia aquella, mis últimos años en Buenos Aires habían sido más bien tormentosos. Habían coincidido con ese momento en que la vida empieza a descubrirse menos amplia de lo que nuestras aspiraciones habían creído intuir, y me hallaron igual de perdido que cuando a los dieciocho años me obligaron a decidir a qué me quería dedicar. Los albores de la treintena me encontraron hecho un lío, y supongo que cedí a la fantasía de que poniendo tierra de por medio los problemas se iban a quedar donde estaban, como si no fuera nuestra forma de ir por la vida la que se encarga de reproducirlos allá donde vayamos. Que es de nosotros de lo único que no podemos escapar es de las lecciones que más nos cuesta aprender. Y así fue como ocurrió. No pasó mucho tiempo desde mi llegada a Barcelona para que los mismos vicios y las mismas mierdas que me habían acompañado en mis últimos años en Buenos Aires se aparecieran de nuevo a este lado del Atlántico, como si aquello que había creído que era una nube de tormenta se hubiera revelado de pronto como el sombrero que llevaba puesto. Los dos

primeros años me los pasé dando tumbos, lidiando con esa especie de desesperación que algunos llaman ansiedad y que en el fondo no es otra cosa que el propio demonio que llevamos dentro, hasta que un buen día pasó algo que pareció calmar un poco las cosas, que de alguna manera las empezó a clarificar y a ordenar.

—Y ¿qué fue eso que pasó? —quiso saber el gringo Ross.

La imagen de Ana se me impuso de pronto, y cuando quise hablar no pude, como si una pena profunda se me hubiera atorado en la garganta y me hubiera impedido dejar salir la voz. Me quedé ahí en silencio mirando el trozo de cubierta que tenía bajo los pies, los pliegues de la madera que dibujaban unas formas en las que quise buscar la explicación que mi mente no alcanzaba.

—Un día apareció ella —dije.

Por la mañana se nos había escapado un dorado. No hay nada más frustrante que ver huir el almuerzo cuando ya se lo tiene a un par de metros de la sartén. En el momento en que el gringo lo estaba sacando del agua, el muy jodido se había contorsionado sobre sí mismo y, dando un coletazo contra la superficie, había logrado zafarse. No habíamos tenido suerte con el tema de la pesca y eso al gringo lo tenía bastante inquieto. No me lo dijo, pero creo que se trataba de alguna clase de superstición, como si la escasez de pescado hablara de oscuros presagios que más adelante nos veríamos obligados a enfrentar. Era por eso que se había pasado las últimas horas tan pendiente de la caña. Cuando respondí a su pregunta, sin embargo, por un momento sentí que se desentendía de ella y me miraba compasivo.

—¿Viste esas cosas que pasan a veces que de tan buenas parece que no puede ser que estén pasando? —le dije—. Cuando apareció Ana fue algo como eso. El mundo de repente se volvió como más real, como si alguien hubiera puesto la imagen en foco, como si las cosas hubieran alcanzado sus verdaderas proporciones y fueran más fáciles de entender y ya no asustaran tanto. Y la ansiedad con que hasta ese momento había ido por la vida se me calmó de golpe, como si después de mucho cansancio y de mucho caminar hubiera encontrado un sillón mullido en donde tirarme a

descansar y ya no hubiera querido levantarme. Y todo lo que antes me había parecido tan fundamental como mi carrera y el futuro perdió de pronto el sentido, como si de repente hubiera entendido que la vida no pasaba por ahí sino por cosas mucho más chiquitas que Ana, sin proponérselo, se ocupaba de hacer brillar. Y estaba bien así. De golpe todo estaba bien. Durante años, incluso, todo estuvo bien. Nuestra casa era como un refugio en donde esconderse del mundo y sus tonterías. Y tan bien estaba todo que un día descubrí que había empezado a aburrirme. ¿Se puede ser tan pelotudo, gringo?

El gringo Ross se sonrió, colocó el seguro a la caña y vino a sentarse enfrente de mí. La tarde se mostraba amable. Una suave brisa alcanzaba apenas para que el *Victoria* se deslizara mansamente sobre aquella cortina celeste. Nos quedamos en silencio y me dio la sensación —absurda, ya lo sé— de que el *Victoria*, respetuoso, también trataba de hacer el menor ruido posible.

—¿Sabés a qué me dedico desde hace un par de años? —retomé.

El gringo se me quedó mirando a la espera de que continuara.

—A escribir necrológicas.

El gringo puso cara de no saber de qué le hablaba.

—Esquelas, gringo, obituarios. Las cuatro líneas esas que salen en el diario cada vez que alguien se muere. La más larga que escribí debe haber tenido dos columnas, pero en general no pasan de diez o doce líneas. Diez líneas de mierda para resumir una vida entera. Y ¿sabés qué es lo peor?

El gringo se limitaba a escuchar.

—Que siempre te sobra espacio.

Me quité el sombrero y lo dejé a un costado. No había crema en el barco para protegerse del sol, con lo que la mayor parte del día me la pasaba con una camisa abierta sobre los hombros y un sombrero en la cabeza. En ese momento, sin embargo, decidí que un poco de sol en la nuca era un buen precio a pagar por tener los pelos al viento durante un rato.

—De no haber sido por Ana no sé adónde carajo habría ido a parar, y mirá cómo se lo agradezco: ni siquiera sabe que estoy acá. ¿Me querés decir qué carajo me pasa?

La verdad es que se trataba de una pregunta retórica y que no esperaba ninguna clase de respuesta. El gringo, sin embargo, con una melancólica sonrisa en los labios, sin mirarme y contra todo pronóstico, se lanzó a contestarla.

—Le pasa que de repente tuvo lo que quería.

Al principio no entendí lo que quería decir. Luego lo entendí pero me pareció que no tenía sentido.

—No te entiendo, gringo —le dije.

—Que tuvo lo que quería, Aguiar, que dio con lo que andaba buscando.

—Y si tenía lo que quería, ¿cuál carajo era el problema?

El gringo arrugó el gesto como si de pronto le hubiera dado una puntada en el cerebro.

—Que ya no lo podía encontrar.

Nápoles, el presente

—¿Así que argentino? —dijo Valeria.

Yo asentí en silencio. Los de la pizzería habían dicho más al respecto que todo lo que pudiera yo agregar.

—Habrás visto que por aquí eso es algo bastante bueno —completó ella.

Era verdad. Entre todas sus innumerables excentricidades, Nápoles poseía la particularidad de ser uno de los pocos lugares de la tierra donde ser argentino resultaba algo bueno. El recuerdo de los dos *escudettos* y del título de Europa conseguidos de la mano de Maradona seguía tan vivo entre los napolitanos como si hubiera ocurrido ayer. Me habían hablado de ello, había leído al respecto, pero no creí que fuera para tanto hasta que lo comprobé en carne propia. Por la calle podían verse altares paganos levantados en su honor y estaba lleno de jóvenes de entre veinticinco y treinta años que llevaban por nombre Diego. Pero había algo más en aquella complicidad, algo que creí intuir en los gestos de aquella gente y que respondía a una especie de hermandad de periferia, de pueblo que sabe que su sitio está en el extrarradio del mundo y que se reconoce en aquellos que vienen de un lugar similar. Ser del sur en Italia, comprendí, posee la misma condición de aledaño que ser del sur desde el que yo venía, ese síndrome de David que sólo en contadas ocasiones será capaz de tumbar a Goliat, y que basará en esas nimias victorias su escasa cuota de esperanza y de grandeza. Hasta en eso, supe entonces, nos parecíamos con esa gente.

Nos alejamos de allí en medio de un silencio cómplice. O al menos así lo sentí en ese momento. Como si en algún punto lo ocurrido en la pizzería nos hubiera acercado a Valeria y a mí. Al pasar por la puerta de

un bar del paseo marítimo fuimos testigos del modo en que el joven concursante de la tele fallaba la última pregunta, esa que lo hubiera consagrado como el rey de la televisión italiana. Más que el fallo, en realidad, lo que nos tocó presenciar fue la reacción de los televidentes. Clientes y camareros salieron a la calle agarrándose la cabeza y elevando los brazos al cielo, avanzando desorientados cada uno en una dirección diferente como extraviados de dolor y de incredulidad ante el siniestro giro que los acontecimientos habían tomado. Si bien la escena se me antojó un tanto exagerada, no pude evitar sentir algo de ternura al ver sus rostros desencajados. De algún modo que no sabré explicar sentí que había allí algo que me era propio. Miré a Valeria y en la claridad de su gesto creí intuir que le ocurría algo similar. Entonces me miró y sonreímos. Y a punto estuve de besarla, así sin más, de puro contento, como lo haría un adolescente a la salida de la escuela, pero me entretuve pensando en ello un segundo más de lo necesario, y para cuando quise darme cuenta el momento ya había pasado.

—Así que argentino —dijo ella, y yo asentí en silencio.

Seguimos andando hasta el Castel dell'Ovo. Valeria me explicó que, durante su construcción, Virgilio había colocado en sus cimientos un huevo mágico que sostenía no sólo su pesada estructura, sino también el destino de toda la ciudad. Si el huevo se rompiera o fuera extraído de su sitio, me dijo, el castillo entero se vendría abajo y la ciudad de Nápoles sufriría toda clase de calamidades. Se trataba de una fortaleza cúbica, de piedra recia, que se asentaba sobre la roca de la isla de Megara, en el centro mismo de la bahía de Nápoles. Un puente de unos diez metros de largo la unía al rompeolas y a la ciudad. Llegamos cuando ya estaban a punto de cerrar. El hombre de la puerta —un tipo canoso, bronceado, y que llevaba la camisa abierta casi hasta el ombligo— nos explicó que al día siguiente podríamos visitarlo a partir de las nueve de la mañana. Alentado por el juvenil optimismo que me había invadido, decidí probar hasta dónde llegaban las prerrogativas de mi nacionalidad.

—Es que mañana ya no podré venir, al mediodía tengo que tomar un avión de vuelta a la Argentina —dije, y el efecto fue inmediato.

—¿Argentino? ¿De dónde?

—De Buenos Aires —expliqué.

Al hombre se le iluminaron los ojos y una sonrisa se abrió en su rostro como una ventana.

—Va, pasen un momento, pero no tarden mucho que tengo que cerrar —nos advirtió.

—Putos argentinos… —me dijo Valeria una vez que estuvimos dentro —, qué poco les cuesta aprender a aprovecharse del prójimo.

Lo dijo en tono de broma y lo entendí, pero un poco mal me hizo sentir porque en el fondo tenía razón. Y lo peor es que lo había hecho a sabiendas de que el efecto provenía del amor que esa gente profesaba por el fútbol y por Maradona, dos cosas que hacía mucho tiempo yo había decidido odiar.

Subimos la explanada que rodea la fortaleza y llegamos hasta la terraza de poniente. A lo lejos un barco hacía su entrada en la bahía y me pregunté si no sería el ferry que llegaba de Palermo. Más acá, a nuestros pies, el lecho marino de rocas y algas se transparentaba perfectamente a través de las aguas cristalinas, y una pequeña barca de madera flotaba allí deshabitada; sus dos ocupantes se hallaban marisqueando en las profundidades.

—Y ¿cómo fue que viniste desde Argentina?

—En realidad vivo en Barcelona —expliqué.

—¿Barcelona? Y ¿qué haces ahí?

—Trabajo de periodista —dije, y ambos sonreímos.

—Pero ¿tienes a tu familia contigo?

—No —respondí—, sólo mi novia.

No sé por qué dije eso. Podría habérmelo ahorrado. En realidad fue bastante natural que lo mencionara, pero lo cierto es que hasta ese momento habíamos sido sólo dos individuos, dos individuos sin historia, sin pasado y sin conexión alguna con la vida real, con todas las páginas en blanco y el futuro sin tallar. Y de pronto, al mencionar a Ana, una carga de realidad cayó sobre nosotros, sobre ese mar esmeralda y sobre esa tarde ingrávida. En el gesto de Valeria pude notar el modo en que el aire había perdido gran parte de su liviandad.

—Una novia —dijo ella volviendo la vista al horizonte—. Y ¿piensan casarse?

—Sí, bueno, es una posibilidad.

Me sentí profundamente triste. El mar que hasta hacía un momento brillaba de esperanza, como un presagio de las costas que nos quedaban por descubrir, se presentó de pronto como el melancólico territorio en el que los buques de todas las nacionalidades alejaban a la gente de sus hogares, a los hijos de sus padres, a los marinos de sus amantes. Y el lugar desde el que, al mismo tiempo, llegaban tripulaciones ajenas para ensuciar el puerto y la ciudad.

—¿Y tú? ¿No tienes un novio? —dije sin saber por qué.

Hay veces en que la peor de las frases parece menos mala que el silencio.

—Supongo que sí, no lo sé, hace meses que no nos vemos.

—¿Pero está aquí, en Nápoles?

—No, en Turín. Al menos ahí estaba la última vez que hablé con él. Escucha, tengo que irme —dijo Valeria girándose de forma repentina, y, sin darme tiempo a responder, empezó a bajar la rampa que conducía a la salida.

Nos despedimos del hombre de la puerta y le dimos las gracias. En realidad yo me despedí, Valeria apenas le dedicó una leve inclinación de cabeza. Atravesamos el puente y llegamos de nuevo al paseo marítimo. Con las manos en los bolsillos y mirando hacia otro lado —parecía que estuviera evitando fijar sus ojos en los míos—, Valeria comentó algo acerca del comisario Espósito y de que a la mañana siguiente podría encontrarlo en el cuartel. Asentí y nos quedamos en silencio uno frente al otro, ella mirando hacia otra parte y yo mirándola a ella. Por un momento sentí el impulso de aclarar el malentendido, pero al instante comprendí que no había ningún malentendido que aclarar.

—Estuvo muy bien la pizza —solté un poco sin pensar.

—Sí, ya —respondió ella.

—¿Quieres tomar un café? —arriesgué.

—No puedo, tengo responsabilidades —dijo.

Entonces me miró durante un instante y ensayó una forzada sonrisa.

—Ya nos veremos —agregó sin quitarse las manos de los bolsillos.

Luego se dio media vuelta y se perdió en la ciudad.

Decidí volver andando hasta el hotel. No tenía ningunas ganas de encerrarme en mi habitación, con lo que, fustigándome mentalmente por

cada palabra pronunciada, di un rodeo por la avenida Toledo que me llevó hasta la plaza Dante. Con la única intención de estirar un poco el paseo, me detuve en un locutorio a mirar mis mails. El primero con el que me encontré fue uno del periódico en el que me pasaban el teléfono del sobrino nieto de la mujer que había dicho frecuentar a Majorana en Buenos Aires. Supongo que ocuparme de eso me pareció una buena forma de desviar la atención de la patética escena que acaba de protagonizar con Valeria. Para mi sorpresa el número se correspondía con uno de la Argentina. Al parecer el tal Argüello vivía ahora ahí.

Marqué, y al cabo de un tiempo de espera que se me hizo eterno —el hecho de contactar con la Argentina me producía siempre un cierto desasosiego—, me respondió una voz cavernosa que resultó ser la del propio Argüello. Le pregunté si lo había despertado y me dijo que no, pero creo que mentía. Cuando le expliqué el motivo de mi llamado se produjo un silencio que duró lo suficiente como para que me viera obligado a comprobar si seguía ahí.

—Aquí estoy —me dijo—, disculpe. Pasa que llevaba un tiempo sin oír el nombre de Majorana. ¿Así que usted también se infectó?

—No le entiendo —respondí.

Él pasó entonces a explicarme una delirante teoría acerca de que todo lo que tenía que ver con Majorana estaba infectado de un virus que afectaba a cualquiera que se asomara al tema y del cual era muy difícil —prácticamente imposible— curarse.

—No se trata de un virus al uso —aclaró—, sino de algo más intangible y por lo tanto mucho más difícil de combatir. Yo estuve durante años intentando quitármelo de encima, pero mire como son las cosas que acá está usted trayéndomelo de nuevo. Es francamente alarmante la eficiencia con la que trabaja.

Le expliqué que mi intención no había sido molestarlo y que si quería lo dejábamos, pero él me dijo que daba igual, que el daño ya estaba hecho, y que en el fondo siempre había sabido que era cuestión de tiempo para que ocurriera. No tenía que sentirme culpable, me dijo, en el fondo no estaba siendo más que el instrumento de una fuerza que nos excedía. Así lo dijo: una fuerza que nos excedía. Sin ninguna intención de favorecer un intercambio que pudiera alimentar sus paranoias, decidí

pasar directamente a las preguntas. Como era de esperarse su tía abuela ya no vivía. Tampoco sus hermanas. Me dijo, sin embargo, que aunque él no había tenido tiempo de consultarlas al respecto, creía firmemente en lo que se había dado en llamar la pista argentina. Le comenté lo que había leído acerca de los encuentros del físico chileno Carlos Rivera con las distintas personas que habían dicho conocerle, pero él se mostró más bien reacio a otorgar alguna credibilidad a esas versiones.

—Cualquiera puede hacerse pasar por Majorana o inventarse que lo ha visto —me dijo.

—También su tía —argumenté.

—También mi tía, es verdad. Pero en este caso no se trata sólo de ella —anunció, y pasó a hablarme de otras hermanas, las chicas Cometa Manzoni con las que se supone que Majorana había tenido una relación más cercana—. Había una que era matemática —me explicó—, y se llegó a especular con una relación sentimental entre ambos. Pero hay un dato de lo más curioso, un dato que nadie conoce y al que yo llegué a través de mi madre. Escuche esto: por esa época la otra hermana, la que no era matemática, se casó con un empresario del petróleo y se fue a vivir a Venezuela, y casualmente hace algunos años salieron a la luz unas fotos que sitúan a Majorana en Caracas.

—¿Dice usted que puede ser que se haya ido tras ella?

—No lo sé, es sólo una hipótesis, pero no deja de ser curiosa la coincidencia, ¿no le parece?

Lo era. Era curiosa. Pero la verdad es que la cuestión empezaba a estar tan llena de coincidencias curiosas que yo ya no sabía qué importancia atribuirles.

—Lamentablemente —me dijo el hombre—, todos aquellos que hubieran podido confirmar o desmentir estas informaciones están inubicables o muertos. Es como una maldición —afirmó—, cada vez que intento dar con algún dato que podría ayudar a resolver el misterio, la persona o el elemento en cuestión están en paradero desconocido. Si me hubiera enterado unos años antes podría haber hablado con mi tía y el asunto se habría resuelto. Pero para variar llegué tarde. Qué le vamos a hacer.

Se produjo una pausa seguida de un hondo suspiro suyo. Yo no sabía

qué decir así que permanecí en silencio.

—Me pasé tres años rastreando la pista de Majorana y otros tantos intentando olvidarla —continuó—, pero usted es la mejor prueba de que eso es imposible. Ni siquiera cambiando de país puede uno escaparse. Supongo que tendré que acostumbrarme a vivir con ello. Y usted también, ¿sabe? Verá que es como un virus del que ya no podrá librarse y que terminará por trastocar todo el rumbo de su vida.

Era evidente que el hombre no las tenía todas consigo. Le expliqué que yo no me sentía afectado por ningún virus, que en mi caso se trataba apenas de un encargo laboral, sólo eso.

—¿Desde dónde me llama? —preguntó.

—Desde un locutorio.

—Pero ¿dónde está ubicado ese locutorio?

—En la ciudad de Nápoles.

El hombre soltó una risa tan somnolienta como la voz con la que había respondido a mi llamada. Yo sentí una absurda necesidad de excusarme.

—Eso no tiene nada que ver —alegué—, yo fui enviado acá por trabajo.

—Todo tiene que ver —me interrumpió él—; es por eso que no hay forma de librarse. Todo tiene que ver con todo, si hay algo que aprendí del estudio de los trabajos de Majorana es justamente eso. Le deseo mucha suerte —dijo, y colgó el teléfono.

IV

—Perdone que le interrumpa, Aguiar, pero quiero que se fije en esto.

El gringo Ross se hallaba a cuatro patas bajo la mesa del salón. Las secciones centrales del suelo estaban levantadas de modo que dejaban al desnudo toda la sentina. El esqueleto del barco al completo, con sus cuadernas a modo de costillas de animal marino, podía verse al descubierto. Una serie de tuberías recorría la zona como si de la parte de abajo de un automóvil se tratase. Había también algunas llaves de paso que el gringo había decidido que yo debía saber identificar, sobre todo una grande que al parecer bloqueaba las diferentes entradas de agua de mar.

—Si por alguna razón viera usted que empieza a entrar agua de manera descontrolada, ciérrela —me dijo el gringo.

—Y ¿para dónde se cierra? —pregunté.

La parte del agua entrando de manera descontrolada había conseguido inquietarme un poco.

—Para el lado contrario del que esté.

Además de contener todos aquellos artefactos, la sentina servía como espacio de guardar. El gringo Ross había decidido usarla casi exclusivamente como bodega. Decenas de botellas de agua y de vino se apilaban allí abajo, las cuales en ese momento habían sido desalojadas y repartidas por la cabina para permitir al gringo trabajar mejor. Parecía mentira la cantidad de espacio que había allí, más que suficiente para que cupiera una persona adulta. Se lo comenté al gringo y éste me miró con una sonrisa burlona.

—No me diga, Aguiar, que está pensando en traficar con personas. Mire que acá nomás tenemos las costas de África y hay unos cuantos que estarían encantados de que los entremos en Europa.

Volví a mirar el espacio aquel, semejante a un nicho, y se me erizó la piel de pensar en alguien escondido allí abajo. Lo cierto es que más de

uno nos lo hubiera agradecido.

—Pero me estaba contando usted de la policía de Nápoles —dijo el gringo Ross mientras se limpiaba las manos con un trapo—. Venga, ayúdeme con estas botellas y me sigue diciendo.

Lo que le había estado contando era lo que había leído acerca de la deficiente investigación que en su momento siguió a la desaparición de Majorana. A pesar de que la familia afirmara que se lo había visto a las puertas de un convento, de que una enfermera que lo había tenido a su cargo asegurara haberlo encontrado por las calles de Nápoles dos días después de su supuesta desaparición —al parecer lo había reconocido por el traje que llevaba puesto—, y de que hubiera al menos dos testigos que hubieran declarado que lo vieron en el ferry de vuelta de Palermo, primero durmiendo en una de las cabinas y luego bajando a tierra en el puerto, a pesar de todo ello y de todas las cartas escritas —algunas de ellas firmadas incluso por senadores y ministros—, a los cuatro o cinco días el caso había sido archivado como una «desaparición con propósitos de suicidio».

—Y ¿no investigaron ninguna de las pistas? —quiso saber el gringo Ross.

—Ninguna. Y eso que nunca dieron con el cadáver y que uno de los propios funcionarios llegó a declarar que los muertos tarde o temprano terminaban apareciendo, que eran los vivos los que se perdían.

—Normal —dijo el gringo Ross con cierto desinterés mientras enjuagaba el trapo con el que se había estado limpiando.

—¿Normal? —inquirí.

—Sí, claro. Usted porque está pensando como periodista, Aguiar, y porque, seamos sinceros, no tiene mucho más que hacer que darle vueltas a todo este asunto, pero póngase por un minuto en la piel de un policía napolitano con miles de casos por resolver, de los que interesan y de los que no. ¿Cuántos casos de desapariciones cree usted que manejarán en una ciudad como Nápoles al año?

—Bastantes, supongo.

—Y ¿en cuántos de esos casos cree que ocurrirá que el cadáver no aparece? Acuérdese que estamos hablando de un lugar en el que hay mafia de la buena, ¿se imagina cuántos desgraciados han de estar en el

fondo del mar con zapatitos de cemento? —me dijo el gringo Ross con una liviandad que me hizo estremecer un poco—. Imagínese, Aguiar, si por cada persona que no aparece y que la familia imagina que todavía sigue viva, la policía tuviera que desplegar todo un dispositivo. ¡Se volverían locos! Y usted sabe cómo es la gente. A la que a uno se le ocurre que el tipo sigue vivo todo el mundo empieza a verlo por todas partes. De repente resulta que el muerto se desdobla y puede llegar a estar en cinco lugares al mismo tiempo.

—Pero es que en este caso no se trató de una simple desaparición —alegué—. Había dos cartas en las que, además de dejar caer que se iba a quitar la vida, se incluían datos muy extraños de la hora y la forma. Y eso sin contar con el telegrama del día siguiente en el que decía que el mar lo había rechazado.

—¿Y? —me dijo el gringo Ross.

—¿Cómo «y»? —respondí algo molesto—. ¿No te parece que hay algo más que una simple voluntad suicida en todo esto?

—A mí sí, Aguiar, ya se lo dije. Y a usted también, pero sólo porque sigue pensando como periodista. Piense un momento como policía. No le puede pedir a un policía que ate cabos como en la tele. Los policías lo que quieren es lo que quieren todos los funcionarios: sacarse el trabajo de encima. No se van a poner a mirar con lupa ni a interrogar testigos innecesarios. El tipo dijo que se mataba y de repente ya no está. Dos más dos, cuatro.

—¿Y el cadáver?

—El cadáver, el cadáver. El cadáver ya va a aparecer. No le pida a un policía que sea más listo de lo que es. No se trata de casos puntuales, se trata de estadística. Mire a los que dan el pronóstico del tiempo: veintisiete por ciento de probabilidades de que llueva. ¿Qué mierda es eso? Si llueve, le pegaron, entra dentro del veintisiete por ciento. Y si no llueve, mejor. ¿No habían dicho acaso que había un setenta y pico por ciento de probabilidades de que no lloviera? La estadística es la gran mentira en la que se escudan todos hoy en día. ¿Sabe usted que tiene muchas más probabilidades de morirse viniendo en barco a Nápoles que en avión? Debe haber un porcentaje que se lo diga, pero lo único cierto es que, sea en avión o en barco, si llega vivo es el cero por ciento, y si se

muere en el camino es el cien por ciento, y yo la verdad es que me cago en todo lo que está en el medio, pero un policía no, Aguiar, un policía es un funcionario, y los funcionarios lo que quieren es sacarse el trabajo de encima y no quedar pegados si después sale algo mal. Y para eso tienen las estadísticas. ¿Cuántos tipos cree usted que desaparecieron dejando notas suicidas y después de un tiempo aparecieron vivos?

—Muy pocos, supongo —dije con cierta resignación.

—¡Muy pocos! —repitió el gringo Ross—. ¡Poquísimos! De eso es de lo que siempre va a agarrarse un policía.

Tenía razón. Los que no nos relacionamos cotidianamente con los conductos regulares de los organismos del Estado tendemos a veces a olvidarlo, pero seguramente era así como las cosas funcionaban. Lo mismo que en los hospitales y en los juzgados. Sólo un número de expediente esperando a ser retirado del cajón de asuntos pendientes. Me sentí un poco imbécil al verme ahí jugando al detective.

—Pero es que hay tantos indicios de que no se suicidó —alegué en voz baja, casi como para mí.

—Por supuesto que no se suicidó, Aguiar, y ahí es donde entra usted. Ahí es donde entra usted para intentar desentrañar la verdad de lo ocurrido, pero no se lo pida a un policía. De todos modos, y si le soy sincero, lo más interesante no creo que sea eso, aunque por supuesto usted de eso también se tiene que ocupar.

—Y ¿qué es lo más interesante?

—Lo que estuvimos hablando los otros días. Suicidarse no se suicidó, pero lo cierto es que nadie volvió a verlo. ¿Por qué fingió su muerte, de qué se estaba escapando?

—De cualquier cosa, gringo —dije con cierto desgano—. Como si nos faltaran motivos para levantarnos un día con ganas de mandar todo a la mierda. ¿O a vos nunca te pasó de querer mandar todo a la mierda?

—Claro que me pasó. A todos nos pasó, pero hay una diferencia.

—¿Cuál?

—Que Majorana no se lo quedó pensando, Majorana lo hizo.

Volvía a tener razón. Era curioso porque las personas que siempre tenían razón solían irritarme. El gringo Ross, en cambio, tenía una forma de tener razón que daban ganas de dársela, como si lo incluyera a uno en

sus conclusiones y por lo tanto uno se sintiera partícipe de lo que decía. Todos hemos pensado mil veces en mandar todo a la mierda, pero en el fondo nadie lo hace, me dije. Y de pronto, mientras me lo decía, caí en la cuenta de que, contra todo pronóstico, ahí estaba yo en un barco en medio del Mediterráneo. ¿Sería que en el fondo era así como ocurría? Mi jefe y mi novia me hacían en Nápoles ejerciendo mi oficio de periodista hacía ya un par de días, y si en ese momento le decía al gringo Ross que pusiéramos rumbo a Turquía él probablemente accedería. Y quién sabe, si nos entusiasmábamos podíamos llegar a no volver nunca, aunque esto último no llegué a pensarlo con claridad probablemente por el vértigo que la comprobación me hubiera provocado. Pero seguía siendo cierto que ahí estábamos, en medio del mar, y que en ese sentido el primer paso ya había sido dado. Y quizá era así como ocurría. No era que uno le daba vueltas durante muchos días a una idea hasta que por fin se decidía a ponerla en marcha, no era que la decisión precediera a la ejecución, sino que más bien nos veíamos involucrados en el proyecto con el proyecto ya empezado, como si de tanto jugar con la idea, y antes de haber tomado conciencia de que lo hacíamos, ya estuviéramos embarcados.

—¿En qué piensa, Aguiar? —me dijo el gringo Ross como si ya lo supiera.

—En nada —respondí—, pensaba en Majorana.

Nápoles, el presente

Aquella conversación que tuviéramos con el gringo Ross acerca de la dudosa disposición de la policía para enfrentar situaciones tan atípicas como el caso Majorana volvió a mi mente en ocasión de la charla que tuve por la tarde con el comisario Espósito. En uno de nuestros primeros encuentros, él había expresado la frustración que le producía el hecho de que no lo hubieran ascendido a detective. Daba como argumento favorable a su promoción —o como argumento vergonzante, más bien— la cantidad de años que llevaba en el cuerpo —al menos ésa parecía ser la causa de las burlas de las que fue objeto por parte de aquellos muchachos que nos encontramos el primer día en la cafetería—. Lo cierto es que hablando con él y comprobando el entusiasmo que la investigación le despertaba, creí comprender las razones por las que no lo ascendían. No era por falta de condiciones, era por falta de funcionalidad. El cuerpo de policía es un organismo que, al igual que todas las organizaciones castrenses, no necesita de individuos que piensen por cuenta propia, sino de piezas que encajen en el mecanismo. En ese sentido estaba bien que un caso como el de Majorana hubiera sido archivado y olvidado, era funcional al organismo, y de haber caído en manos de alguien como Espósito probablemente eso no habría sucedido. A él, como a mí —y creo que en eso nos entendíamos—, eran las particularidades y las excepciones las que le despertaban interés, y lo que le pedía la institución era que borrara las diferencias para establecer criterios uniformantes: las estadísticas a las que el gringo Ross se había referido. El comisario Espósito era mejor como periodista que como detective, y si me apuran era mejor como escritor que como periodista. Los detectives que tenemos en el imaginario son en realidad el producto

de la mente de un escritor. Sólo una mente que disfrute de los casos únicos, de las variables incómodas que rompen la regla, es capaz de entusiasmarse con el tipo de información que hacía que un caso como el de Majorana fuera interesante. Y los casos únicos somos cada uno si tenemos la voluntad de mirarnos así. Lo humano, lo particular del modo en que cada uno siente el mundo, eso era lo que en realidad le interesaba al comisario Espósito. Supongo que era por eso que no era considerado un buen policía.

Por la mañana había recibido el llamado de la directora del departamento de lenguas hispánicas. Si quería, teníamos la posibilidad de ir a visitar ese mismo día al decano de la facultad de Física. Al cabo de unos cuarenta minutos me pasó a buscar en un taxi. Estaba fumando y me ofreció un cigarrillo. Le dije que no, que no fumaba por la mañana, y se ve que con ello avivé una discusión que momentos antes se había producido entre el chofer del taxi y la señora directora, porque el pobre hombre comenzó a vociferar que yo era una persona sensata, que a quién se le ocurría fumar a esa hora de la mañana y menos en un taxi, y se estiró para abrir la ventanilla del acompañante en una maniobra de lo más temeraria que descuidó completamente el camino y que por poco termina con un vespino estampado contra nuestro parabrisas. ¡Calle y conduzca, hombre del Señor, alegó la señora directora, a ver si todavía vamos a tener un accidente!

—¿Reconoces el acento? —me dijo a continuación.

—¿Qué acento? —inquirí.

—El acento del troglodita este que nos lleva —puntualizó como si el otro ya no estuviera allí.

El conductor intentó elevar una protesta, pero fue inmediatamente acallado por mi interlocutora con un grado de desprecio que no dejó lugar a ningún tipo de objeción.

—Es de Sicilia —continuó ella.

—Claro que soy de Sicilia —protestó el hombre—, y a mucha honra.

Esta vez la señora directora ni siquiera se molestó en responder. Simplemente me siguió hablando como si no hubiera nadie más.

—Se trata de un tipo de gente verdaderamente disfuncional. Es como si no se hubieran enterado de que el mundo siguió avanzando luego de la

invención de la rueda. Adorables, en muchos casos, pero locos, rematadamente locos. ¿Ha estado usted en Palermo? ¿Sabe quién es Alfredo Salafia?

—No, señora, no lo sé —respondí un tanto incómodo.

El taxista nos miró por el espejo retrovisor. Su mandíbula estaba tan tensa que parecía que iba a quebrarse.

—Alfredo Salafia era un embalsamador.

—¡Era el mejor embalsamador que ha conocido el mundo entero! —acotó el chofer con su dedo en alto.

—Sí, lo que usted quiera —le dijo la señora directora, y continuó—: Parece ser que, como bien dice nuestro amigo, desarrolló una técnica muy depurada de conservación de los cuerpos, por lo que se hizo rápidamente famoso. Una actividad horrible, como puede usted imaginar, sólo una mente enferma y retorcida puede ver alguna clase de mérito en el hecho de conservar un cuerpo después de muerto. ¿Se imagina usted algo más abominable? ¿Guardar los cuerpos de sus difuntos para seguir visitándolos de vez en cuando? En cualquier lugar civilizado se trataría de una conducta penada por la ley. Pues en Palermo, Sicilia, le dieron carta franca para que experimentase, y hoy pueden verse los resultados en una especie de museo del horror que los monjes capuchinos tienen abierto al público con más de ocho mil cadáveres embalsamados y hacinados en sus galerías, unos sobre los otros y con sus ropas de cada día. ¿Puede usted imaginar un espectáculo más dantesco?

—¡Y ¿qué me dice de Arquímedes, y de Empédocles?! —alegó nuestro chofer en un intento reivindicativo.

La verdad es que yo no vi nada tan criticable en la historia de los embalsamados, de hecho consiguió despertar en mí un cierto interés.

—¡Por favor, no me hable usted de Empédocles! —dijo la señora directora y lanzó una sonora carcajada—. Yo no sé cómo ese individuo ha pasado a la historia como algo más que un payaso.

—¡¿Un payaso?! —dijo el taxista, y comenzó a lanzar maldiciones al cielo.

—Un payaso, sí, un verdadero payaso —confirmó la señora directora —. ¿Conoce usted la obra del señor Empédocles? —dijo ahora dirigiéndose a mí.

—Más bien poco, la verdad…

—El señor Empédocles defendía la idea de que había cuatro elementos en el mundo, el agua, el fuego, el aire y la tierra, y que todas las cosas existentes eran combinaciones de éstos. Y ¿sabe cómo se daban esas combinaciones?

—…

—Por efecto del amor y del odio. Los elementos se atraían o se rechazaban según el amor o el odio que entre ellos se profesaran —dijo la señora directora, y se me quedó mirando con aquella mirada extraviada que la primera vez que nos vimos ya había logrado inquietarme.

El taxista, completamente ajeno a las vicisitudes de la carretera, seguía con sus invocaciones a Jesús, a la Madonna y a los ángeles del cielo. Por un momento tuve la certeza de que no llegaríamos vivos a nuestro destino.

—Pero eso no es lo mejor —continuó la directora—, el señor Empédocles tenía también una curiosa teoría acerca de la evolución orgánica de las especies. Según ésta, en un principio había desperdigados por el mundo numerosos trozos de hombres y de animales (piernas, brazos, ojos), y entre ellos se habrían formado combinaciones aleatorias. Aberrantes las más de la veces, dando lugar a especies amorfas que no habrían sobrevivido y a otras más afortunadas que decantaron en monos, jirafas y seres humanos. ¿Qué le parece? Lo más gracioso es que si usted busca el nombre de Empédocles en la enciclopedia, le dirá que se trata de un filósofo y un político. ¡Un loco es lo que era, un demente como todos los sicilianos!

Llegados a ese punto el taxista ya no pudo más y comenzó a lanzar una retahíla de insultos y maldiciones que se mezclaron con los insultos de los que empezó a ser objeto por parte de la señora directora y que lo animaron a desentenderse completamente del camino. Yo decidí abstraerme de mi suerte mirando por la ventanilla. Atravesamos un túnel que pasaba por debajo de una colina y del otro lado nos encontramos con una estampa de autopistas y naves industriales que bien podría haber pertenecido a los suburbios de cualquier ciudad latinoamericana, ese paisaje de extrarradio que en su intento urbanizador apenas si llegó a establecer unas pobres carreteras que conectan las fábricas con la

autopista, una sensación postapocalíptica de campo ensuciado por el avance industrial. Al cabo de unos diez minutos y de una acalorada discusión de la que me mantuve deliberadamente al margen, inexplicablemente llegamos sanos y salvos a nuestro destino. Entretenida como estaba en el intercambio de ofensas, la señora directora me dijo que fuera adelantándome, que ella enseguida me alcanzaría, y me dio el nombre del decano para que preguntara por él. Los dejé enzarzados en un intercambio verbal que, supuse, no tardaría mucho en llegar a la violencia física. Nunca me hubiera imaginado que una mujer de su edad y condición pudiera perder la compostura de esa manera.

El decano de la facultad de Física me hizo esperar entre diez y quince minutos, y para cuando me recibió, la señora directora del departamento de lenguas hispánicas aún no había aparecido. Supuse que a esas alturas uno de los dos —o ella o el taxista— estaría ya en el otro mundo o al menos con graves lesiones. Por alguna razón la idea no me inquietó mayormente. Esa inusual indiferencia que sentí frente al destino de esos dos seres humanos se me apareció de pronto como un primer síntoma de mi adaptación a la realidad de la ciudad. Entré en un despacho grande y luminoso y me encontré a un hombre calvo, de ojos más bien saltones y con una enorme sonrisa en los labios. Le fui a dar la mano y me abrazó como si nos conociéramos desde hacía muchos años.

—Siéntese, Aguiar, por favor —dijo haciendo un exagerado ademán con la mano—. Así que es usted escritor.

—Bueno, no, soy periodista —aclaré.

Aparentemente la señora directora me había presentado a su modo.

—Y está investigando a nuestro querido Ettore Majorana.

—Así es —confirmé.

—Pues qué bien, qué bien —dijo el decano, y se me quedó mirando con un grado de arrobamiento que me hizo pensar en que una especie de tensión sexual se había instalado de pronto entre nosotros.

—¿Cree usted que podría ayudarme con algún tipo de información al respecto? —dije como para distender el momento.

El decano continuó mirándome aún por unos instantes, como si no me hubiera oído. Luego, y sin variar su actitud, empezó a hablar muy despacio.

—Claro que le podría ayudar, de hecho nada me gustaría más que poder hacerlo, pero lo cierto es que no soy yo la persona idónea, y el profesor Ambrosini, que es quien más familiarizado está con el tema, tuvo un problema en casa, algo relacionado con el desagüe de la cocina, y le ha sido imposible venir. Si quiere le puedo mostrar la facultad y podemos tomar algo en la cafetería y arreglar un nuevo encuentro en el que el profesor Ambrosini esté presente.

—Se lo agradezco mucho —dije con una sonrisa e intentando ser lo más amable posible—, pero no veo en qué podría beneficiar eso a mi investigación.

—Pues podría usted imbuirse del espíritu de la facultad que un día albergó en su claustro al gran Ettore Majorana —dijo él con el mismo aire teatral con el que hacía y decía todo.

—Tengo entendido que en realidad Majorana no dio clase en esta facultad, que por lo que puedo ver es en realidad bastante moderna, sino en la sede del centro, en lo que era la vieja escuela.

—Así es —dijo el decano sin inmutarse—. En los años en que Majorana vivió aquí, esta parte de la ciudad era apenas un conjunto de sembradíos. La gente tardaba cerca de un día en carro para llegar.

—Pues en ese caso, y si le parece bien, podemos quedar directamente cuando al profesor Ambrosini le sea posible.

—¡Me parece una idea maravillosa! —dijo el decano, haciéndome pensar que en realidad no se trataba de ninguna clase de tensión sexual lo que se había establecido entre nosotros, sino que lo que ocurría era que me hallaba frente a un individuo completamente drogado.

El decano escribió en un papel —y con una parsimonia alarmante— el nombre del profesor Ambrosini, un número de teléfono y una dirección de correo electrónico. Luego tomó el papel con los dedos, lo alejó todo lo que el largo de su brazo le permitía, y se lo quedó observando como quien contempla el cuadro que acaba de finalizar. Cuando nos despedimos volvió a abrazarme como si albergara profundos sentimientos hacia mí, luego se giró y se dirigió a su mesa con una cadencia que me hizo pensar en alguna música que estuviese sonando en ese momento en su cabeza. Para cuando llegué de vuelta al taxi, me encontré a la señora directora y al chofer charlando animadamente, sentados ambos sobre el

capó del coche y muertos de la risa.

—Ernesto, querido —me dijo ella pletórica—, ¿qué tal ha ido la entrevista?

—Bueno, bien —respondí—, tengo el teléfono y la dirección de correo de alguien que supuestamente es un experto en el tema de Majorana.

—Fantástico —dijo ella—, sencillamente fantástico. ¿Dónde quieres que te dejemos?

Me dejaron en la plaza Plebiscito. Había quedado con el comisario Espósito en el café Gambrinus. El viaje de vuelta fue la cara opuesta de lo que había sido el de ida. La señora directora iba con la cabeza recostada hacia atrás y mirando por la luneta trasera del taxi las nubes y el cielo de Nápoles mientras fumaba su cigarrillo y recordaba anécdotas de su juventud en Sicilia, por la que repentinamente profesaba un profundo afecto. Habló de las ruinas de Agrigento, las más maravillosas que se conservaran en sitio alguno de la civilización griega, y de una playa cercana llamada Eraclea Minoa, un lugar salvaje al parecer, una franja de arena interminable y desierta de la costa sur de la isla que ella visitó con un novio que tenía y con el que hicieron el amor allí mismo, entre las dunas. El taxista escuchaba el relato y asentía como si él mismo hubiera estado allí. Cuando me bajé del taxi y los despedí, tuve la sensación haber estado con una pareja que hacía mucho que se conocía.

El café Gambrinus era al parecer de los más tradicionales de Nápoles. Por alguna razón me hizo acordar al café Tortoni, en la avenida de Mayo, en Buenos Aires. Los mismos camareros de toda la vida, los mismos ostentosos decorados, las mismas ampulosas terminaciones, todo un homenaje a la *belle époque*. El comisario Espósito me esperaba en una mesa de las del fondo. Me saludó con ese contenido afecto que tanta ternura había empezado a despertarme, como si de algún modo quisiera disimular la simpatía que me profesaba, y no por motivos profesionales, sino por genuinos deseos de no incomodar. Desde nuestro último encuentro en el restaurante de la plaza Bellini cualquier animadversión que me hubiera podido inspirar al principio se había disipado totalmente. Se trataba a todas luces de una buena persona, por más que fuera mi oficial de custodia, por más que las circunstancias hubieran querido colocarnos en las aceras opuestas de aquel accidentado camino.

—¿Qué tal ayer con Valeria? —fue lo primero que me preguntó.

La verdad es que logró descolocarme. ¿Cómo sabía él que nos habíamos visto?

—Bien —dije de forma automática, porque la verdad es que el encuentro me había dejado un regusto amargo—, pero ¿cómo sabe que nos vimos?

El comisario se sonrió.

—¿No recuerda acaso que soy policía? Los policías sabemos muchas cosas.

—Pues sí, sí, nos vimos —le dije aún algo desconcertado—. A propósito, ¿qué le pasó que no se presentó? Habíamos quedado que nos encontraríamos ahí, ¿no?

El comisario Espósito ensanchó su sonrisa.

—Si yo hubiera estado allí usted no habría tenido oportunidad de verse con Valeria que justo a esa hora salía de trabajar. No a solas al menos… —agregó misterioso.

Me lo quedé mirando extrañado. Él también me miraba. Sonriente. Tenía la expresión del niño que acaba de cometer una travesura. Entonces lo entendí.

—No me diga que…

El comisario, como toda respuesta, soltó una tímida risita.

Pedimos café y le conté de mi entrevista en la facultad de Física. Le dije que había conseguido los datos de alguien que, al parecer, podía darme buena información acerca de Majorana. Él se puso muy contento y me explicó que también había estado haciendo averiguaciones.

—La verdad es que no hay mucho que escarbar en nuestros archivos —me dijo refiriéndose a los legajos de la policía—, pero di con un par de datos que estoy seguro que le van a interesar.

Al pronunciar estas últimas palabras su gesto tomó un cariz de complicidad y de misterio al que no le hubiera ido nada mal un sombrero de ala ancha algo ladeado que lo enmarcara. Por alguna razón vino a mi memoria la cara que puso en la comisaría de Sorrento la noche de mi llegada, cuando le hablé por primera vez de la investigación que venía a

realizar. Era indisimulable la excitación que estas tareas detectivescas le producían.

—Lo primero que tengo para decirle es que podemos estar seguros de que no se trató de un suicidio —me dijo, y guardó silencio durante un instante, a la espera seguramente de lo que sería mi reacción; yo simplemente me limité a dejarlo hablar—. Según pude averiguar —retomó—, además de dejar escritas las cartas que usted ya conoce, el profesor Majorana se ocupó de otros dos asuntos la mañana de ese viernes, el de su primera desaparición.

Me hizo gracia el modo en que se refirió a aquel día como al de su «primera desaparición». De algún modo era cierto, porque si bien había sido la más anunciada, a fin de cuentas no se trató de la definitiva.

—Lo primero, y lo que disipa las dudas acerca de su posible suicidio, es que, antes de abordar el ferry, Majorana pasó por el banco y retiró absolutamente todo el dinero que tenía allí guardado. No era demasiado, pero se lo llevó todo.

Dicho esto, el comisario volvió a guardar un expectante silencio.

—Y eso ¿qué significa? —inquirí.

—¿Cree usted que una persona que está pensando en quitarse la vida decide llevarse todo su dinero consigo? ¿Para qué cree que lo necesitaría?

No dejaba de tener algo de razón. No parecía el tipo de acción que llevaría a cabo un potencial suicida.

—Además —continuó—, he podido saber que hacía no mucho tiempo se había encargado de renovar su pasaporte.

Otro dato más bien curioso por parte de alguien que ha decidido no continuar.

—Pero aún hay más —dijo el comisario echándose hacia adelante y apoyando los codos en la mesa, como si lo que tenía para decirme fuera tan absolutamente confidencial que no quisiera que nadie más lo escuchara—. Esa misma mañana, la de su desaparición, el profesor Majorana se presentó en la facultad de Física. El hecho era de por sí extraño, ya que Majorana nunca iba allí salvo los días en que daba clase, y el viernes no era uno de ellos. Majorana tenía sólo cinco alumnos en su curso, lo cual no era de extrañar, ya que por esa época la física de partículas era una disciplina muy joven y eran pocos los estudiantes que

se decantaban por ella. Pero lo que sí resulta extraño es que, en una época en que no se suponía que las mujeres fueran a la universidad (mucho menos a la de Física), cuatro de sus cinco alumnos fueran de sexo femenino. Había entre ellos, al parecer, una chica de inusual belleza llamada Gilda Senatore. El hecho es que aquel viernes, el de su desaparición, Majorana se presentó en la sala de lectura, donde Gilda Senatore estaba estudiando, y la llamó desde la puerta. Majorana no era la clase de profesor que entabla algún tipo de relación personal con sus alumnos, al contrario. De hecho eran muy pocas las personas de cualquier ámbito con las que llegaba a relacionarse, por lo que al verlo ahí, en la puerta de la sala de lectura, en un día en que no tenían clase y pronunciando su nombre, Gilda Senatore se quedó comprensiblemente traspuesta. Al ver que no respondía a su llamado, y presa de su marcada timidez, Majorana decidió marcharse. Entonces Gilda Senatore reaccionó, se levantó y fue tras él. Lo alcanzó en el pasillo. Profesor, ¿qué es lo que quería decirme?, le preguntó. Majorana se giró, se acercó hasta donde ella estaba, y entregándole una caja de cartón le dijo que quería pedirle que le guardara los papeles que la misma contenía. Y cuando ella quiso preguntar algo al respecto él se limitó a decirle que ya hablarían de ello más adelante. Fue la última persona con la que habló Majorana antes de tomar el ferry hacia Palermo.

Caminamos cuesta arriba por aquella serpenteante calle, que tan familiar se me estaba empezando a volver, hasta el cuartel general de la policía, donde el comisario me dijo que tenía unos papeles que me quería enseñar y que tenían que ver con lo que acababa de contarme. ¿Cuánto tiempo hace falta para que un escenario comience a volvérsenos familiar? Llevaba apenas tres días allí y parecía como si esas calles malolientes y esas casas amontonadas sobre la ladera rocosa y sombría constituyeran ya un paisaje cotidiano, y un paisaje que, además, tan grabado se me quedaría. Mientras algo está ocurriendo, no somos conscientes de la huella que dejarán en nuestra memoria los escenarios y los rostros de lo que más tarde recordaremos como una de las experiencias más importantes de nuestra vida. Porque en el fondo, y aunque yo entonces no lo supiera, no se trataba sólo de mi propia experiencia, sino que de algún modo la humanidad entera estaba allí conmigo, subiendo aquella

cuesta, acompañando los pasos de ese otro individuo que en esta versión particular llevaba el nombre de Salvatore Espósito, pero que bien podría haber sido Alicia en el País o Simbad el marino sin que nada se alterara, todas piezas intercambiables del rompecabezas celestial en el que todos —todos— terminaríamos encajando. Que ¿cómo es que esa cuesta se me había vuelto tan familiar? Probablemente porque ya había estado ahí otros cientos de veces y con otros cientos de nombres, transitándola camino del mismo desconcierto. Quizá no fuera más que la ilusión del comisario Espósito lo que, en esta ocasión particular, me había permitido pensar en todo aquello.

Llegamos al umbral del cuartel y nos encontramos con el mismo chico que me había negado la entrada el día anterior.

—Hombre, por fin lo encontró —me dijo con una sonrisa y en referencia al comisario Espósito.

—Ya lo ves —respondí.

—¿Qué tal, comisario? ¿Así que ahora va de periodista? —soltó el chico con algo de sorna, pero sin la malicia con que le habían hablado los jóvenes de la cafetería.

—A algo hay que dedicarse aparte de las bobadas a las que nos obligan aquí, ¿no te parece? —respondió el comisario sonriente y confirmando el hecho de que el intercambio era amigable.

—No le quepa a usted ninguna duda, comisario, no le quepa ninguna duda —sentenció jovial el chico que ya empezaba a caerme bien.

Por alguna razón el buen humor había decidido visitarme ese mediodía.

Caminamos por entre los coches —el cuartel general era un gran cuadrado con un enorme patio interior que hacía las veces de estacionamiento— y cuando pasamos frente a las puertas de la cafetería miré instintivamente hacia el interior.

—No está, viene por las mañanas ¿recuerda? —dijo el comisario sin mirarme, y me alcanzó un trozo de papel con una dirección y un teléfono.

Yo lo tomé y comprendí que se trataba de las señas de Valeria. Sentí algo de vergüenza, pero también cierto malestar por el modo en que el comisario se permitía invadir mi intimidad.

—Mire, comisario —dije—, yo le agradezco que se esmere en conectarme con su amiga, y no dudo de que tenga usted la mejor de las intenciones, pero lo cierto es que yo estoy comprometido y lo más probable es que, si algún día logro salir de esta bendita ciudad, vuelva a Barcelona para casarme.

Apenas lo dije yo mismo me sorprendí de ese «lo más probable». ¿Qué era lo que aquello había venido a significar? ¿Es que todo lo que hasta entonces había sido sólido en mi vida se había convertido de pronto en una mera probabilidad? ¿Es que el futuro de alguna manera estaba empezando a desdibujarse en ese campo de probabilidades del que hablaban los físicos o se trataba simplemente de la distancia que había adquirido todo lo que tenía que ver con Barcelona a la luz de los acontecimientos en los que me había visto envuelto? Miré el papel que el comisario me había entregado y pensé en Valeria y en el modo absurdo en que había terminado nuestra excursión del día anterior. Y al mismo tiempo pensé en Ana y me recriminé el hecho de que aún no la hubiera llamado. ¿Qué carajo me estaba pasando? Tenía que llamarla, no podía seguir esperando. Tenía que salir de ahí en ese mismo momento, buscar un teléfono y llamarla. En eso estaba pensando cuando, al entrar en la dependencia a la que el comisario me había conducido, nos encontramos con una mujer de uniforme, muy joven, muy gorda y muy sonriente, que saludó al comisario Espósito con una sensualidad y un desparpajo que me hicieron olvidar en el acto mis culposas reflexiones. Él, con la timidez de un crío, respondió escuetamente al saludo al tiempo que se ponía todo colorado.

—¿Y eso, comisario? —le dije una vez que estuvimos a una distancia prudente.

—Nada, Aguiar, nada que le importe.

Su gesto de pronto se había vuelto muy serio.

—¿Así que usted puede hacerme de celestino con Valeria pero yo no puedo preguntarle quién es esa chica? —dije con cierto disfrute.

—Porque no es nadie, Aguiar, no porque no pueda preguntar. Además vinimos aquí con un propósito, ¿se acuerda? ¿O no quiere que le muestre lo que estuve averiguando?

Evidentemente había logrado incomodarlo. Por alguna razón me

acordé de lo que había dicho la señora directora del departamento de lenguas hispánicas acerca de Empédocles, aquello de que en el mundo había sólo cuatro elementos y que era en función del amor que se combinaban o se rechazaban. Bien mirado, pensé, no resultaba tan descabellado.

—Sí, claro que quiero ver eso que estuvo averiguando… —dije, y el comisario relajó el gesto por un momento— pero no se crea ni por un segundo que el tema de la chica está terminado.

—Aguiar, no sea infantil —protestó incómodo el comisario.

Mediterráneo occidental, algunos días antes

—¿Viste eso que dicen de que nada se pierde, que todo se transforma?

—Vi.

—Bueno, de eso va la cosa. Por más que las partículas interaccionen unas con otras, por más que se separen y después se vuelvan a juntar, la regla de oro es que ninguna puede desaparecer. Si el núcleo de un átomo tiene dos protones y tres neutrones, al descomponerse esa relación debe mantenerse intacta.

—Me pierdo.

—Yo también, gringo, te estoy explicando lo que más o menos llego a entender. De todas maneras eso no es lo importante.

—Y ¿qué es lo importante?

—Que en una de esas mutaciones, la desintegración beta me parece que se llama, los científicos encontraron que había un pedacito que faltaba y que nadie podía explicarse adónde carajo había ido.

—¿El neutrino?

—El neutrino, sí. Ésa fue la conclusión a la que llegaron, que había una partícula muy chiquita y hasta entonces desconocida que nacía de esa mutación y que venía compensar y a estabilizar la relación entre los neutrones y los protones.

—¿Y el que lo descubrió fue Majorana?

—No, gringo, el que lo descubrió fue Pauli.

—Y entonces ¿qué tiene que ver Majorana en todo esto?

Hacía ya unas cuantas horas que habíamos entrado en una zona de calmas, lo cual según el gringo Ross resultaba bastante inusual para esa época del año y para esas latitudes. Que nos entrara un temporal de norte era perfectamente previsible, que nos entrara un sur violento era menos

probable pero igualmente factible, pero que estuviéramos ahí detenidos, con el aire inmóvil y las velas colgando del palo como si se tratara de la ropa olvidada en el tendedero de una casa abandonada, resultaba al parecer de lo más insólito. De todos modos, y como el mismo gringo se encargó de recordarme, una cosa eran las estadísticas y otra muy distinta la realidad. Cien por ciento o cero por ciento: eso era lo único que debía interesarnos. Y el cien por ciento ese día decía que tocaba estarse quieto.

—A ver, gringo, poné atención porque a mí tampoco me resulta fácil.

El gringo me escuchaba recostado en el balcón de popa, las piernas cruzadas, la mirada en el cielo y un cigarrillo colgándole de los labios. Yo desde hacía un buen rato había empezado a escuchar mis propias palabras retumbando en las paredes interiores de mi cerebro.

—Más allá de lo del neutrino…

—Pero ¿no era del neutrino de lo que estábamos hablando?

—¡Gringo, por favor! —me impacienté.

El gringo Ross levantó la cabeza y me miró divertido.

—Dejame que siga, que si no me hago un lío —me excusé, un tanto avergonzado del modo en que había perdido los nervios.

—Dele, dele —me dijo el gringo sin perder la sonrisa.

Afuera el mar permanecía quieto como un recuerdo.

—Más allá de lo del neutrino —retomé—, estaba este otro tipo llamado Dirac, que tuvo la idea, y no me preguntes demasiado porque tampoco la entiendo mucho, de que cada partícula tenía una antipartícula con la que, si se encontraba, se anulaban mutuamente. Parece ser que esto explicaba un montón de otras cosas que no sé cuáles son, así que dejame seguir y no me interrumpas, por favor.

El gringo seguía mirándome aparentemente encantado de lo difícil que se me estaba haciendo aquello.

—El punto es, y acá es donde viene lo importante, que para el caso del neutrino, Majorana postuló la idea de que no había un antineutrino con el que éste viniera a anularse, sino que el neutrino mismo era su propia antipartícula. Dependiendo de la perspectiva desde la que se lo mirara podía ser una cosa o la otra.

El gringo Ross se me quedó mirando con una ausencia de expresión que me hizo temer lo peor.

—Yo tampoco lo entiendo del todo, gringo —me apuré a aclarar—, pero el hecho es que, contra la tendencia de la física de seguir dividiendo y subdividiendo y encontrando partículas nuevas cada vez que tenían que explicar algo que no se entendía, Majorana propuso la idea de que quizá se trataba de una misma partícula que exhibía distintas facetas según el lugar desde el que fuera observada. En vez de la multiplicidad de las cosas, la unidad de las cosas, una visión completamente nueva, ¿entendés?

El gringo continuó mirándome como una estatua durante un momento.

—No del todo, Aguiar —soltó por fin.

—La puta madre, gringo, imaginate que toda la física avanza en una dirección y que vos pensás que la están cagando. Vos sos físico y dedicaste toda tu vida a la física y tenés una idea totalmente distinta de cómo es todo, y sos el único que lo ve de esa manera, mientras que todos los demás físicos están supersatisfechos de haber entendido algo que para vos está totalmente equivocado. Decime, ¿cómo pensás que te sentirías?

—Un poco solo.

—¡Muy jodidamente solo! —confirmé celebrando el hecho de que por fin el gringo entendiera algo de lo que le decía—. Ya en el instituto de Roma, en via Panisperna, a Majorana no le había resultado nada fácil sobrellevar la relación con sus compañeros. No es fácil ser el genio de tu equipo, sobre todo cuando fuiste el último en llegar. Frente a los otros y frente al propio Fermi, eso lo debe haber hecho sentir bastante aislado.

—¿Quién es Fermi? —preguntó el gringo.

—Fermi —dije con cierta exasperación y como si fuera lo más obvio del mundo—, Enrico Fermi, el gran físico italiano, el premio Nobel, el que dijo que Majorana era un genio de la talla de Newton…

El gringo Ross me miraba con cara de no tener ni idea de lo que le hablaba.

—Es igual, gringo, el hecho es que después de una temporada ahí en Roma, Majorana se fue a trabajar a Alemania y que ahí conoció a Heisenberg, el del principio de incertidumbre.

El gringo seguía mirándome como si le estuviera hablando en mandarín. Yo decidí que lo mejor era continuar.

—Heisenberg era muy cercano a Niels Bohr y a la gente del instituto de

Copenhague, un grupo que llegó a ser conocido como el de los físicos filósofos porque no se conformaba con resolver las ecuaciones sino que intentaba meterse con las implicaciones metafísicas de las conclusiones a las que llegaban. De hecho parece ser que la concepción de la física cuántica que terminó imponiéndose fue ésta, la del grupo de Copenhague, y que según dicen tiene mucho que ver con la idea de que la conciencia, el punto de vista, participa activamente en la creación de la realidad.

—Eso sí que lo entiendo —dijo para mi sorpresa el gringo Ross.

Temeroso de que se arrancara con algún delirante razonamiento que acabara de dinamitar mi exposición, decidí seguir adelante como si no lo hubiera oído.

—Hay algo interesante en esa idea —dije—, algo que todavía no entiendo bien, pero que creo que en algún punto se toca con aquello que decía Majorana acerca de las distintas facetas que una misma partícula puede exhibir dependiendo del sitio desde el que sea observada…

El gringo Ross asintió como si siguiera claramente lo que le decía.

—… el punto es que algo debe haber ocurrido ahí en Alemania, porque a pesar de que se encontró con Heisenberg y con gente con la que podía charlar abiertamente de sus inquietudes, una vez que volvió a Roma se encerró en su habitación de la casa familiar y ya no volvió a salir prácticamente ni para comer, hasta que unos tres años después, en el año treinta y siete, consiguió su plaza en Nápoles y se trasladó hasta ahí para desaparecer a los pocos meses. Durante su encierro se dejó crecer la barba y el pelo y los pocos amigos que lo siguieron visitando, colegas más bien, físicos del instituto y de otros lados, decían que tenía el aspecto de alguien aterrorizado, de alguien que vio algo que no tenía que ver o que tuvo alguna especie de revelación que lo dejó en ese estado. Parece ser que un tal Amaldi, uno de los del equipo de Fermi, fue el que más se esforzó por mantener el contacto, y que, contra la voluntad de Majorana, se las arreglaba para visitarlo regularmente y para mantenerlo al tanto de los avances que se llevaban a cabo en el instituto. Fue entonces, en una de esas visitas, cuando Majorana le soltó una frase que ha dado mucho que hablar: «La física se ha equivocado», le dijo, «todos nos hemos equivocado».

—¿Y eso qué significa? —preguntó el gringo Ross.

—Ésa es la cuestión. Por un lado está lo del neutrino, la idea de que no tenía una antipartícula sino que el propio neutrino era su antipartícula y todo lo que esa idea trae aparejado. Pero lo que me llama la atención es esto que decían los que lo visitaban de que estaba como aterrado, como si hubiera visto algo que lo había dejado muerto de miedo.

—Y eso ¿qué puede ser?

—Lo único que se me ocurre es lo de la bomba.

El gringo Ross volvió a recostarse y se quedó pensativo durante un momento. Parecía que, mientras le daba una honda calada a su cigarrillo, estuviera intentando procesar lo que acababa de oír.

—No me convence —dijo por fin.

—Tené en cuenta que por esa época en el instituto de via Panisperna ya estaban empezando a bombardear los átomos de uranio con neutrones —alegué—, lo cual iba a conducir a la primera fisión del núcleo de la historia.

—Sí, ya me lo dijo, pero no me convence.

—Pero, gringo, los propios colegas que lo visitaban dijeron que se lo veía aterrorizado.

—Por eso mismo, Aguiar, uno no se aterroriza de lo que todavía no pasó, mucho menos si tiene tiempo para atajarlo. Porque el tema de la bomba todavía estaba bastante verde ¿no? ¿En qué año me dijo que pasaba todo esto?

—No sé, en el treinta y pico. Treinta y cuatro o treinta y cinco.

—Y ¿cuándo fue que tuvieron lista la bomba los americanos?

—En el cuarenta y cinco.

—Se da cuenta, no puede ser, faltaba mucho para eso.

—Pero te estoy diciendo que el tipo era un genio, que era un Newton, ¿no te parece que puede haberse adelantado un poco a los acontecimientos?

—Sí, puede ser, pero un genio no reaccionaría así. Todavía tenía tiempo para hacer algo que impidiera que la cosa llegara hasta donde llegó si ésa era su preocupación.

—Por ahí creía que no podía hacer nada, que el destino del hombre era ése y que él no podía intervenir.

—No, no me convence. Lo hubiera intentado por lo menos. La actitud esa, la de encerrarse y no hablar con nadie, parece que tuviera más que ver con lo que dijo usted antes, eso de que nadie entendía las cosas como él. Parece la actitud de un incomprendido, alguien que sabe algo que no puede compartir con los demás porque los demás no lo van a entender.

—Y ¿no puede ser que fuera lo de la bomba?

—No, eso es fácil de entender.

—¿Cómo que es fácil de entender?

—¿Usted lo entiende, Aguiar?

—¿El qué?

—Lo de la bomba, ¿lo entiende?

—Sí, claro, ahora sí.

—Si usted lo entiende y yo lo entiendo, entonces es fácil de entender. Los tipos del instituto de física seguro que lo hubieran entendido.

Tenía un punto ahí. Una cosa es que no hubieran podido ver hacia dónde se dirigía la cosa, pero si alguien lo hubiera visto y se lo hubiera explicado, lo más seguro es que no hubieran tenido problemas en entenderlo. Que hubieran decidido o no tomar cartas en el asunto era ya una cosa diferente, pero entenderlo lo hubieran entendido. Eso era innegable.

—Perdóneme, Aguiar, no es que quiera contradecirlo —dijo el gringo Ross como si me estuviera leyendo el pensamiento—, pero es que sencillamente no me cierra.

—Y entonces ¿qué era lo que le pasaba?

—¿A quién?

—A Majorana.

—Algo distinto, algo más personal. Algo que tenía que ver con un camino de búsqueda interior.

¿Un camino de búsqueda interior? Pero ¿qué carajo quería decir eso?

—¿Un camino de búsqueda interior? —inquirí.

—Exacto, Aguiar, la clase de camino que recorrería alguien que busca hacer las paces con Dios.

¿De nuevo con el temita de Dios? Pero ¿qué carajo le pasaba al gringo con Dios? ¿A qué venía tanto Dios de por medio? ¿No estaría proyectando sobre el pobre Majorana alguna problemática que en

realidad tenía que ver con su propia vida? Después de todo es un poco lo que todos hacemos cuando hablamos de cualquier cosa, trasladar a aquello sobre lo que se habla nuestros propios dilemas y nuestras propias paranoias. Lo cierto es que entre lo abstracto de la conversación y la sensación de desorientación provocada por las calmas se había hecho ya bastante tarde y quedaban menos de tres horas para mi turno de guardia, con lo que consideré que lo más sensato era irme a dormir.

—Puede ser, gringo —solté impreciso, y excusándome por la hora me dirigí hacia mi litera.

Nápoles, el presente

—Y ¿qué le parece la ciudad? —me dijo el dueño del hotel mientras trabajaba en uno de sus pesebres.

¿Qué me parecía la ciudad? Me parecía un hervidero de vida y de historia donde la realidad resultaba más real que en ningún otro sitio que yo hubiera conocido, como si comparándolas con Nápoles, todo el resto de ciudades en las que había estado pecaran de cierta frivolidad. Me parecía que si el origen de la especie humana había estado en África con los bosquimanos, el comienzo de la metrópolis moderna no había estado ni en Londres ni en París, que ésos eran experimentos planificados. Antes de que Londres iluminara sus calles con aceite de ballena y de que París abriera sus grandes avenidas, Nápoles ya había agotado la mayor parte de los experimentos que la sociología urbana podía concebir. Los puertos de mercancías cartagineses habían dejado su estampa sobre las empalizadas griegas y la dinastía de los Borbones había elevado su señorío hasta convertirlo en Camorra, fundiendo en un mismo escenario casi todas las variantes a las que puede asomarse la condición humana. Me parecía que en esas calles había ocurrido todo lo que podía tener que ver con la civilización occidental y moderna, el comercio y la guerra, el honor y la traición, la elevada erudición y la más animal de las supervivencias. Y a nivel personal se me antojaba como una especie de laboratorio en el que todos los supuestos con los que había llegado estaban siendo puestos a prueba, como si alguna lección tuviera que sacar de todo lo que estaba ocurriendo, como si de algún modo todo eso formara parte de un plan que alguien había urdido para darme la oportunidad de observar mi vida desde un perspectiva diferente, una perspectiva desde la cual los sucesos y las personas se igualaban entre sí,

permitiéndome verlos a todos en su verdadera dimensión para, a partir de ello y con un poco de suerte, ser capaz de verme a mí. Pero todo eso era demasiado complicado como para tratar de explicarlo en una sola respuesta, con lo que opté por algo más sencillo.

—Me parece un sitio sumamente interesante —dije.

El hombre asintió como si coincidiera con mi apreciación. Luego se secó el sudor con la manga de la camisa, apoyó sobre la mesa el martillo que tenía en la mano y se sentó en un pequeño banquito de madera.

—Calor, ¿eh? —comentó al tiempo que destapaba una botella de plástico que contenía un líquido amarillento y echaba un trago—. ¿Quiere? —me ofreció.

Yo no sabía de qué se trataba, pero decidí decir que no. Miré hacia arriba, hacia el agujero que el patio abría en el cielo de Nápoles, y admiré por un momento la estructura abalconada de las escaleras del edificio.

—¿De verdad que lo quieren demoler?

—De verdad —confirmó el viejo sin perder la sonrisa—. Hoy pasaron los del Ayuntamiento.

—¿Qué querían?

—Lo de siempre, que me fuera.

—Y usted no se va a ir.

El viejo se sonrió.

—¿Adónde podría irme? Yo nací entre estas paredes, y es aquí donde pienso morirme.

No parecía decirlo por tozudez. Había en sus palabras un serena resignación, como si el futuro estuviera ya escrito, o mejor, como si el futuro expresado en hechos concretos fuera algo tan intangible que no valiera la pena perder el tiempo pensando en él.

—¿Usted de dónde es? —me dijo el viejo, y lo envidié.

Esa certeza suya respecto de su origen y de su destino era algo que yo jamás conocería. Pensé en el viaje y en el gringo Ross, pensé en Ana y en Barcelona. Pensé en los años que hacía que no iba a Buenos Aires y todo se me antojó como pedazos de una historia que no lograba armarse. Definitivamente tenía que juntar el valor de llamar a mi futura esposa. No sé si se trató de un chiste que me hacía a mí mismo, pero así fue

como lo pensé: mi futura esposa. Había llegado el momento de dejar de esquivar mis responsabilidades.

—Escúcheme —le dije al viejo—, tendría que hacer un par de llamadas a Barcelona. De hecho, ya hice una los otros días, y no sé cómo podemos hacer para averiguar el importe y poder pagárselas.

El hombre volvió a sonreír de un modo que me hizo sentir que no estaba entendiendo lo que le decía. Tal fue la distancia desde la que me miró.

—Hable, hable —me dijo—. Y si es con Ortega con quien tiene que hablar, dele por favor mis recuerdos. Dígale que todavía no me olvido de lo que hizo por mí, y que allí donde esté lo voy a tener en mis pensamientos.

Hubo un dramatismo en el modo en que dijo aquello que en cierta manera logró conmoverme. ¿Ortega haciendo algo bueno por alguien? No, si al final estos napolitanos iban a conseguir desarmar cualquier tipo de certeza con la que hubiera llegado. Me giré, y me disponía a subir la escalera cuando el viejo agregó:

—No es para que se preocupe, yo no les haría mucho caso, pero los del Ayuntamiento dijeron que en dos días vendrían a echar la casa abajo. Lo digo para que esté alerta por si oye algún ruido raro.

Para que esté alerta por si oigo algún ruido raro, me repetía mientras me quitaba la ropa y abría la ducha. Para mi sorpresa el agua salía perfectamente caliente. El cuarto de baño tenía prácticamente las mismas dimensiones que la habitación, la misma altura en los techos, el mismo mimo en los detalles. Costaba creer que fueran a tirar todo aquello abajo. ¿No sería una locura del viejo?, me pregunté. Un poco ido la verdad es que se lo veía, y el hecho de que pensara en Ortega como en una buena persona no hacía más que confirmar mis sospechas de que algo desnortado sí que andaba. Supongo que no será cosa de que lleguen una noche y se pongan a volar todo por los aires, me dije. Algún protocolo debe haber para comprobar que no haya nadie dentro, pensé, e inmediatamente me recordé que confiar en los protocolos en una ciudad como Nápoles era seguramente pecar de ingenuo.

Salí de la ducha y me envolví en la toalla azul que había encontrado en el armario. Parecía nueva, era mullida y olía a recién salida de la tintorería. Sabía que lo que me esperaba no era nada fácil —¿qué le diría a Ana?, ¿cómo se lo explicaría?— con lo que en ese momento el hecho de estar envuelto en aquella toalla representó para mí una especie de refugio, una especie de caricia que la vida me regalaba. Me senté sobre la tapa del inodoro y me miré los dedos de los pies. Tenía las uñas algo crecidas. Desde los días del barco que no me las cortaba. Aún podía esperar un día o dos, me dije, y me dediqué a disfrutar de la textura de aquella toalla que me envolvía. Hay veces en que la felicidad puede estar en salir de la ducha y envolverse en una toalla mullida.

Me senté en la cama y tomé el teléfono. Como para entrar en calor decidí llamar primero a Ortega.

—¿Ortega? ¿Qué tal? Aguiar.

—Aguiar, ¿cómo va eso?

Su voz sonaba irreconociblemente amigable.

—Bien —contesté—, aunque sin mucha novedad.

—¿Cómo van tus asuntos con la policía?

¿Ortega se interesaba por mis asuntos con la policía?

—Igual —respondí—. Todavía no han encontrado nada y la cosa está en el mismo sitio.

—¿Te han dicho cuándo te dejarán ir?

—No, todavía no. Espero que pronto.

—Pues nada, a aprovechar el tiempo que te tengas que quedar, ¿no? Sabes lo que dicen: no hay mal que por bien no venga.

¿Ortega decía refranes? ¿Y sin cagarse en la madre de nadie? Definitivamente, había algo que no estaba en su sitio.

—Y ¿qué tal todo por ahí? —probé.

Ni yo mismo me creía lo que acababa de preguntar, pero es que en ese momento me sentía como quien tiene que lidiar con un familiar que ha perdido el juicio.

—La verdad es que bastante bien. Por cierto, tu reportaje sobre Majorana ha sido todo un éxito. Más de setenta mil entradas en la edición digital.

Un rastro de sentido empezó a asomar en todo aquello. ¿Era por eso

que de pronto se me trataba con tanta deferencia?

—No me digas, me alegro mucho —le dije—. De hecho, estuve averiguando unas cuantas cosas más.

—Genial, Aguiar, justamente iba a pedirte que nos mandaras cuanto antes algo que continuara lo que mandaste el otro día. Algo biográfico también, pero que empiece a entrar en el misterio. Algunas historias que hayas escuchado, algunas hipótesis que se barajen al respecto. Me parece que hay quien dice que se refugió en un monasterio, ¿no?

—Sí, bueno, la verdad es que es lo menos probable.

—Es igual, Aguiar, la gente piensa en Italia e inmediatamente piensa en el Vaticano. Cualquier escándalo, cuando se liga con la Iglesia, cobra un tinte mucho más intrigante, más sacro, como en *El nombre de la rosa*, ¿te acuerdas? Estaría muy bien que situaras las pesquisas en torno a un monasterio.

¿El nombre de la rosa? Pero ¿de qué carajo me estaba hablando? Al menos empezaba a parecerse al Ortega con el que estaba acostumbrado a lidiar.

—No te preocupes, Ortega, mañana mismo me pongo.

—Mañana, no, Aguiar. Lo de Suiza es un desastre. El propio Galíndez me está rogando que lo saque de ahí. Yo igual tengo esperanzas de que algo pase, con lo que voy a dejarlo todavía un tiempo, pero mientras tanto tenemos que llenar con algo. Ponte ahora mismo con lo que tengas. Lo de siempre, un toque humano, algo de misterio y ese halo de sacralidad, algún monasterio o alguna orden secreta, como en *El código Da Vinci*…

¿El código Da Vinci? Ahora sí que me pareció que la cosa se estaba desmadrando.

—Ortega, ¿estás borracho?

—No me jodas, Aguiar —dijo soltando algo parecido a una risa: definitivamente tenía que estar borracho—. Venga, ponte con eso y envíame algo guapo. Igual de acá puede salirte una sección en el periódico.

¿Una sección en el periódico? ¿De verdad era tan importante lo que les había mandado? Tenía que haber algo más, pero yo ya tenía suficientes cosas en la cabeza como para ponerme a sopesarlo.

—No te preocupes, Ortega, en cuanto lo tenga te lo mando.

—Cojonudo, Aguiar. Por cierto, y no es que sean asuntos míos ni que me quiera meter donde no me llaman, pero tu mujer llamó varias veces preguntando por ti. Tú haz lo que quieras, claro, pero yo cumplo con decírtelo.

—Mi novia.

—¿Cómo?

—Mi novia, no es mi mujer todavía.

—Pues a mí como si te la pelas, Aguiar, pero que sepas que te anda buscando.

Corté el teléfono. Me lié un cigarrillo y me fui a fumarlo en la ventana. Del otro lado de la calle, en el edificio de enfrente, una mujer en un corpiño color carne colgaba ropa en el balcón. Era algo mayor que yo y acusaba el paso de los años. Tenía el pelo corto, mal teñido de rubio, y algunos kilos de más. No sonreía y no parecía dada a hacerlo. ¿Y si me caso con ella?, pensé. ¿Y si voy ahora mismo, cruzo la calle, subo hasta su departamento y le pido que nos casemos?, pensé. Pegué una calada a mi cigarrillo y lo tiré al vacío. Basta de tonterías, me dije. Volví a sentarme en la cama y tomé el teléfono.

—Hola, Ana. Soy yo.

Del otro lado de la línea nadie contestó.

—¿Ana? —volví a probar.

Nada. Sólo silencio.

—¿Ana, estás ahí?

—¿Ernesto? —se oyó tímida su voz.

—Sí, amor, soy yo —respondí bajando la mía.

El silencio volvió a adueñarse de la línea. Al cabo de un momento, un leve sollozo vino a reemplazarlo.

—Ana, ¿estás bien?

Nada. Sólo el sollozo.

—¿Ana? —probé.

—Pensé que te había pasado algo —dijo ella con la voz temblorosa.

—No, amor. Bueno, sí, pasaron cosas, pero estoy bien, de verdad.

—¿Dónde estás?

—En Nápoles.

—Me dijo Ortega algo de un barco, pero yo le dije que no podía ser, que tú habías viajado en avión.

Fue como si sólo entonces hubiera tomado verdadera conciencia del grado de estupidez y de mezquindad en el que había incurrido. Había pasado días esquivando esa llamada porque en el fondo sabía a lo que me tendría que enfrentar. Pero, aun sabiéndolo, en el fondo de mí había una parte que parecía no querer darse por enterada, como si lo negara, como si en cada ocasión que el tema me venía a la cabeza apareciera esa voz que lo acallaba poniéndose a hablar de algo más. Por primera vez en mi vida la percepción de que cada uno de nosotros es en realidad más de uno, y de que todos los que somos discuten en nuestro interior librando verdaderas batallas por hacerse con el control central, se hizo evidente a mis ojos. Y comprendí que lo único que consigue cualquier mentira es crear una disociación irreconciliable entre esas partes, la cual comienza a abrir una brecha que, si la dejamos crecer, a saber hasta dónde puede llegar.

—Es complicado, Ana, pero sí, vine en barco. Pensé que si te lo decía sólo te iba a preocupar.

—¿Que me ibas a preocupar? Y ¿cómo crees que he estado estos últimos días? ¡¿Tranquila?!

Esto último lo dijo a un volumen algo más elevado, y el tímido sollozo que había venido acompañando sus palabras se transformó de pronto en llanto declarado.

—Lo siento, Ana, de verdad que lo siento. No era la idea que saliera así. El viaje en barco, sí, pero tendría que haber terminado bien y ahora ya estaría volviendo a casa.

—No entiendo por qué no me lo dijiste, Ernesto, ¿en qué coño estabas pensando?

—Evidentemente, no estaba pensando.

—¿Es por lo de la boda? ¿Te cogió pánico por lo de la boda?

—No, amor, no es eso —dije, y no supe cómo seguir.

¿Era eso? ¿Me había agarrado pánico por lo de la boda? La verdad es que no tenía la sensación de que fuera eso. De hecho aquel último día en Barcelona lo que me había cabreado de verdad había sido el encargo que me había hecho Ortega, esa especie de rol accesorio al que me había

relegado respecto de Galíndez —puto Galíndez—. ¿Podía ser que lo de la boda también hubiera estado ahí de fondo y yo no lo hubiera visto? La sensación que recordaba era en realidad como de hastío general más que de un problema concreto. De pronto tuve la impresión de ser el tipo más miserable de la tierra, y entonces creí entrever que de lo que en realidad estaba harto era de mí.

—No, amor, no tuvo que ver con la boda, tuvo que ver conmigo. Este trabajo de mierda, este no saber para qué voy todos los días a ese lugar ni qué estoy haciendo con mi vida. ¿A veces no te da como la sensación de que todo es un poco absurdo?

—Ya no sé quién eres, Ernesto. No te entiendo. Cualquier cosa que pase la podemos hablar, pero empezar a mentirnos así…

No era cierto, me dije. No era cierto que cualquier cosa se pudiese hablar. De hecho nunca nada se podía hablar. Nunca nadie le decía a nadie lo que de verdad le pasaba. Que no creía merecerse la vida que le había tocado, que creía merecer algo mejor de lo que le había tocado. Que era más inteligente de lo que sus jefes y sus amigos creían, que sabía hacer más cosas y mejores que aquellas que le eran asignadas. Que hubo un momento en el que creyó que había venido a esta vida para llevársela por delante, para ser alguien que la gente recordase, para dejar alguna huella y no para sobrevivir temeroso de quedarse sin trabajo, de quedarse sin pareja, de que nadie lo quisiese mientras avanzaba inexorablemente hacia la degradación física y mental a la espera de que cualquier día, en una visita de rutina, el médico le dijera que le habían encontrado una manchita quién sabe dónde y acto seguido empezara toda la danza de hospitales y tratamientos que sólo extenderían una indigna agonía en la que habría tiempo de sobra para volver a repasar la larga lista de cosas que se habían quedado por hacer, hasta que llegara el momento en que un puñado de conocidos mandarían a que un imbécil como yo redactara una puta esquela en el periódico antes de seguir con sus vidas como si nada hubiera pasado, como si al mundo le diera igual que uno hubiera existido, como si ninguno de los pensamientos o las miserias o las esperanzas de uno hubieran afectado al mundo en lo más mínimo. De eso nadie hablaba. A eso nadie se refería. Simplemente nos pasábamos la vida dándonos ánimos cada vez que alguien se asomaba al abismo y nos

contaba lo que veía, un vacío horrible y sin sentido del que no se podía escapar, y entonces le decíamos que ya iba a pasar y le hablábamos del último restaurante al que habíamos ido, que se comía bien y que estaba bien de precio, pero lo cierto es que nunca nada se iba a pasar, y que tendríamos que soportar ese sin sentido en soledad, sin hablarlo con nadie, porque sabíamos que si lo hacíamos la gente se alejaría, porque nadie quiere oír que estamos todos muy jodidos, que no hay ninguna esperanza, y para no quedarnos solos evitábamos hablarlo y nos condenábamos así a la peor de las soledades, esa en la que el vacío y la oscuridad se vuelven aún peores porque ni la esperanza de compañía puede ya aliviarlos. No, no era verdad que pudiera hablarse de cualquier cosa que nos pasase. De hecho, de casi nada se podía hablar. De nada que importara, al menos. Pero eso yo no se lo podía decir a Ana.

—Es complicado, amor, pero créeme que nunca quise preocuparte, nunca quise inquietarte ni hacerte daño…

Eso era cierto. De todo el torrente de desvaríos que invadían mi cabeza —como si todos esos que yo era hubieran decidido ponerse a gritar incoherencias al mismo tiempo—, lo único cierto, lo único claro, era que nunca había querido hacer daño a Ana. Porque en el fondo la quería. La quería con toda el alma. Pero el defecto del alma es que no se puede ver, lo mismo que las intenciones. Las intenciones con las que llevamos a cabo los actos sólo nosotros las conocemos, mientras que los efectos de esos actos salpican a todo y a todos. Siendo cartesianos, era matemáticamente imposible que dos personas que se aman pudieran llegar a entenderse.

—¿Cuándo vas a volver? —dijo Ana, algo más tranquila.

—No lo sé, amor. Por ahora no me dejan.

—¿Quién no te deja?

—La policía. Están en medio de la investigación y hasta que no se aclare lo que pasó me dicen que me tengo que quedar.

—Hasta que no se aclare ¿qué?

Su voz sonaba bastante más enérgica. De alguna manera supuse que aquello debía ser una buena señal.

—La investigación. ¿No te explicó Ortega?

—¿Qué es lo que Ortega me tenía que explicar?

—El barco en el que vine, la desaparición del gringo Ross…

—¡¿Quién coño es el gringo Ross?! —gritó Ana ahora.

Evidentemente, su andamiaje emocional se hallaba algo delicado.

—La persona que me trajo, el dueño del barco. Cuando estábamos por llegar desapareció sin dejar huella. Ahora lo están buscando, nadie sabe dónde está.

—¿Y eso qué tiene que ver contigo?

—Íbamos solos en el barco. Si no aparece no tienen a nadie más a quien culpar.

Se produjo un nuevo silencio. Es curioso cómo hasta los silencios son diferentes unos de otros. Si el anterior había estado teñido de un cierto dramatismo, de una cierta fragilidad, esta vez podía sentirse la tensión que lo envolvía, como si una densa energía permaneciera latente detrás del espacio oscuro que nuestras palabras dejaron.

—Mira, Ernesto, la verdad es que no sé qué decirte. Es demasiada información para procesarla ahora. Hace días que no duermo y creo que lo que ahora necesito es descansar…

Ana hablaba muy despacio, como si masticara cada letra de cada palabra que decía. Una tranquilidad que no hacía presagiar nada bueno, como la del que se contiene para no estallar.

—… creo que por hoy ya he tenido suficiente —continuó—. Ahora no quiero saber de investigaciones ni de desaparecidos, el solo hecho de mencionarlo me hace sentir que me va a saltar un fusible en el cerebro y que me voy a volver rematadamente loca. ¡Loca ¿me entiendes?!

Al decir esto su voz se crispó por un instante. Afortunadamente, se tomó un respiro y la cosa se volvió a encarrilar.

—Por hoy vamos a dejarlo aquí. Ya hablaremos mañana, ¿te parece?

—Me parece, Ana.

—Pues nada, hasta mañana.

—Hasta mañana, Ana.

Cortamos sin darnos las buenas noches. Dejé que ella colgara y me quedé un momento ahí, con el aparato en la oreja, la espalda encorvada, la mano que tenía libre sosteniendo el peso de mi cabeza. Volví a encontrarme con los dedos de mis pies y volví a concluir que el tema de las uñas podía esperar. No sé por qué lo de las uñas ocupaba de pronto

un lugar tan protagónico. Para no pensar en lo demás, supongo. Me puse un pantalón, zapatos y una camisa, colgué la toalla en la ventana —la rubia del balcón de enfrente fumaba ahora sobre la ropa limpia— y me dispuse a bajar. Definitivamente, lo que necesitaba era caminar.

Mediterráneo occidental, algunos días antes

Es muy difícil, para quien no haya estado un par de días sin ver tierra, llegar a comprender lo desestabilizante que puede ser una calma. Técnicamente se trata apenas de la ausencia de viento. Qué más da, se puede pensar. Pues sucede que en medio del mar el viento lo es todo. Y no ya por servir como medio de propulsión, sino porque es lo único que viene a poner un poco de orden en el horizonte eterno. No hay allí montañas ni árboles ni ningún accidente geográfico que sirva de referencia. Lo único que coloca las cosas más o menos en su sitio es saber el lugar hacia el que se avanza, y frente a la ausencia total de viento, el barco empieza a derivar en una quietud engañosa, y ya puede apuntar hacia el norte o hacia el sur que para uno será lo mismo. Y en esta sutil anarquía cardinal, el poco instinto de orientación que aún conservábamos comienza a desplomarse, provocando en el cerebro una suerte de embotamiento frente a los datos que el entorno no le entrega. Cualquier sitio al que se mire resulta igual que cualquier otro, y eso que a primera vista puede parecer una nimiedad, poco a poco va cargando el ánimo de una incomodidad creciente ante la que los sentidos terminan por rendirse.

Serían las cinco de la mañana cuando bajé a marcar nuestra posición en la carta. Habíamos repartido las guardias en turnos de cuatro horas y no era sino hasta las siete de la mañana que tenía que avisar al gringo Ross. Marcar la posición es una tarea sencilla. Sólo hay que tomar las coordenadas que da el GPS y, en base a los ejes de latitud y longitud, señalar un punto en el mapa. No tiene, como digo, mayor dificultad, pero el hecho de tener que hacerlo allí en medio del mar y de tener que utilizar el compás y la escuadra conseguía hacerme sentir como un

verdadero marino. En eso estaba cuando el gringo Ross se apareció con cara de dormido. No nos saludamos. La convivencia en un espacio tan reducido lleva a que se pierdan un poco las formas. El gringo pasó junto a mí y subió a cubierta, supuse que a mear. Al cabo de un momento bajó y me preguntó la hora.

—Un poco más de las cinco —le respondí—. Todavía te queda un rato.

—Y entonces ¿por qué me despertó, Aguiar? —me soltó mientras se rascaba pesadamente la cabeza.

Supongo que es natural que uno experimente un cierto grado de confusión al salir del sueño, pero a mí siempre me ha resultado de lo más inquietante ser testigo del modo en que alguien deforma los hechos con la naturalidad con que lo haría el que sufre un extravío.

—Yo no te desperté, gringo —le dije con la parsimonia con que se le habla a los locos.

Su expresión acusó el desconcierto.

—¿No vino usted hasta mi litera y me movió y me dijo que me levantara?

—No, gringo —insistí—, hace por lo menos media hora que no me muevo de acá.

Nos quedamos mirándonos con cierta desconfianza, como si nos estuviéramos midiendo, hasta que el gringo pareció aceptar el hecho de que resultaba más plausible que llevara la razón quien estaba despierto.

—Buenas noches, Aguiar —dijo, y pegó la vuelta.

Las calmas son traicioneras. Por más que llevemos siglos navegando, por más que hayamos pasado nuestros primeros meses de vida en un entorno líquido, no se trata de un elemento que nos resulte natural. Somos seres de tierra, tenemos piernas y no aletas, estamos preparados para sentir el peso de nuestro cuerpo sobre una superficie sólida, no sobre el agua. El bamboleo al que un barco se ve sometido no nos es propio, sin embargo, distraídos en las tareas que la propia navegación implica, aprendemos a absorberlo con el movimiento de las caderas, nos sentamos y nos dormimos engarzando nuestra osamenta en los ángulos que la madera ofrece, de modo que alcanzamos una cierta estabilidad. Pero en medio de una calma hasta eso desaparece. Si es cierto que la realidad se nos presenta a cada instante como un mero campo de

posibilidades, las calmas se encargan de quitarnos hasta eso. No hay ningún elemento que sirva de punto de referencia, ningunas posibilidades potenciales en las que basarse para construir algún posible, y a falta de datos ciertos a los que aferrarse, el cerebro empieza a fabricar los propios, haciendo que los límites entre lo que vemos y lo que imaginamos desaparezcan sin más. Se cuenta de marinos que en medio de una calma se han encontrado charlando con personajes inexistentes, o de voces que llegan de la nada para anunciar alguna catástrofe o para enemistar a base de intrigas a los integrantes de una tripulación. El propio gringo me contó de una ocasión en la que llegó a estirarse para agarrar la taza que un compañero le ofrecía antes de recordar que viajaba solo. En las calmas, como en ninguna otra situación que me haya tocado vivir, se pone de manifiesto el hecho de que aquello que llamamos realidad no es más que una construcción de nuestro propio cerebro. A la mañana siguiente me tocó a mí experimentarlo.

Estaba descansando de mi última guardia cuando sentí que alguien tocaba la guitarra a mi lado. Me desperté confundido. Que yo supiera el gringo Ross no tocaba la guitarra y además no había visto ningún instrumento a bordo. Para cuando terminé de abrir los ojos, quien quiera que hubiera estado ahí ya había desaparecido. Me levanté y fui hasta el salón. Me encontré al gringo en la mesa de cartas, en la misma posición en la que hacía unas horas me había encontrado él a mí.

—Gringo, ¿vos tocabas la guitarra?

El gringo Ross me miró con la misma distancia con que yo lo había mirado.

—Yo no toco la guitarra, Aguiar —me dijo sin pestañear.

—Pero ¿no pusiste música o algo? Juraría que había alguien tocando la guitarra al lado mío.

El gringo Ross me siguió mirando con la misma impasibilidad.

—Vuélvase a descansar —me dijo—, en el mar se sueña mucho.

Nápoles, el presente

Anduve sin rumbo durante un buen rato. Sé que mi cerebro estaba a punto de sufrir un colapso nervioso, que procesaba cien mil datos al mismo tiempo, pero si me preguntaran por lo que estuve pensando, lo cierto es que no podría dar con ningún tema aislado. El rostro de Ana se me venía encima como si se tratara de una máscara que iba mutando los gestos —todos dramáticos— y que se combinaba con imágenes del gringo Ross y de nuestros días en el mar, y con las de algunos de los rostros que había conocido allí en Nápoles. Curiosamente no fui consciente de haber evocado el de Valeria. Y digo curiosamente porque, a juzgar por la dirección que mi paseo terminó tomando, alguna parte de mí ha de haberla tenido presente. No era demasiado tarde y aún había gente en la calle. Al llegar a la piazza Caritá, y en vez de bajar por via Toledo en dirección al mar como era mi costumbre —era el camino que debía hacer por ejemplo para ir al cuartel de policía— decidí cruzar la avenida y adentrarme en el *quartiere spagnolo*. Me habían advertido que no era una zona demasiado recomendable, pero había en esa ciudad tantas zonas poco recomendables que la verdad es que el dato no me preocupó demasiado. En el interior de mi mente, y aunque yo no quisiera oírlo, estaba teniendo lugar ese diálogo de sordos en el que, mientras intentaba convencerme de que se trataba de un paseo aleatorio, que no tenía nada que ver con las señas que el comisario Espósito me había dado acerca del sitio en el que Valeria vivía, mis pasos se encaminaban indefectiblemente hacia esa calle y hacia esa casa en la que había pensado ya mil veces. Y comprendí que no era la primera vez que había tenido que lidiar con esa sensación, la de no querer ir en una dirección, la de no querer pasar por esa esquina ni por la puerta de aquel bar, como si quisiera esconderme a

mí mismo las intenciones con las que procedía, como si tuviera que inventar una coartada que justificara el rumbo que mis piernas querían tomar. Pasé por una iglesia de la que salía un montón de gente que me hizo preguntarme si no sería domingo, y luego de avanzar unas cuantas calles más me encontré con el cartel de Vico Cariati, la calle en la que Valeria vivía. Al verlo sentí un repentino desasosiego que se manifestó en forma de frío en el estómago, como si de verdad aquello me hubiera tomado por sorpresa. ¿Hasta ahí era que llegaba la pantomima que llevaba a cabo? Tomé el papel que el comisario me había dado y confirmé que, a juzgar por el número de la casa que tenía enfrente, la de Valeria no debía estar muy lejos. Pasaría a saludar, me dije, sólo eso. Me detuve frente al portal y me quedé ahí parado durante algunos minutos. Pensé en irme varias veces, alguna incluso vino acompañada del gesto de partir, pero al cabo de nada terminé regresando. Junté fuerzas, respiré hondo y llamé a la puerta.

Me abrió una mujer de unos cincuenta años. Desde el fondo se oía el llanto de un bebé. Me preguntó qué quería y le dije que buscaba a Valeria. No agregué nada más. La mujer se me quedó mirando y al cabo de un momento se sonrió como si hubiera algo en mí que le causara gracia. Yo decidí sonreír también. La mujer se giró y gritó el nombre de Valeria, luego se sentó en una mesa que había a unos dos metros de la puerta y retomó la actividad de pelar papas frente al televisor que yo seguramente había interrumpido. El sitio era extremadamente pequeño y los muebles se amontonaban en el interior como si de un depósito se tratase. Un ventilador con dos pequeñas lamparitas en forma de flor colgaba del techo e iluminaba la estancia. Al cabo de unos momentos apareció Valeria con una criatura de algo más de un año en los brazos. Su rostro exhibía una mezcla de sorpresa y espanto.

—¿Qué haces aquí? —me dijo.

Nos sentamos en el cordón de la vereda. Tuve que esperarla un momento a que terminara de cambiar a la niña. Se llamaba Doménica, como la abuela. Mientras la cambiaba intenté disculparme por haber aparecido así, sin avisar, pero ella estaba muy concentrada y no pareció oírme. La madre, que todavía me miraba con aquella cara divertida, me preguntó si me quedaría a cenar. Yo le dije que no, que muchas gracias,

que ya había cenado de camino. Entonces fue que Valeria le dejó a la niña y me dijo que saliéramos a fumar.

—Perdona que me haya aparecido así —le dije al tiempo que le daba fuego.

—¿Cómo supiste dónde vivía?

—El comisario Espósito… —respondí, y mientras lo hacía me di cuenta de que lo estaba delatando.

Afortunadamente, Valeria se sonrió.

—Es como un niño en el cuerpo de un adulto —dijo.

En ese momento pasó por la calle un muchacho de la edad de ella y la saludó. Llevaba ropa deportiva y la cabeza rapada. Valeria le devolvió el saludo, pero él ya no la miraba a ella, sino que fijaba la vista en mí con expresión cortante y dura. Ya se perdía en la esquina cuando se giró y me miró de nuevo.

—Y ¿qué andabas haciendo por aquí? —me dijo ella.

—La verdad es que no lo sé. No he tenido un buen día.

—¿Noticias de casa?

—Más o menos.

—¿Algo grave?

—No lo sé.

Valeria me miró y por primera vez sentí que quizá no había sido un error haberme acercado hasta allí.

—Puto argentino… —dijo, y volvió a sonreírse.

Luego pegó una calada a su cigarrillo y volvió a negar con la cabeza.

—Así que tienes una niña —solté.

Ella asintió.

—¿Y el padre?

Valeria me miró un segundo, como queriendo dar a entender que estaba preguntando más de lo conveniente.

—En Turín —me dijo con cierta aspereza—, creía que ya te lo había dicho.

—Y ¿cuándo piensa volver?

Valeria me miró con la misma expresión de antes, sólo que ahora ya no contestó.

—¿Tú no tienes problemas propios de los que ocuparte? —dijo al cabo

de un momento.

—La verdad es que sí, perdona. No es que quisiera meterme en tu vida, era sólo por curiosidad —dije—. Me parece que últimamente lo único que hago es abrir la boca para luego disculparme por haberlo hecho.

—Pues quizá es mejor que la mantengas cerrada —respondió ella, y si bien aquello podría haber sonado mal, la verdad es que creí intuir en su tono una cierta dulzura nueva.

¿Qué carajo hacía yo ahí sentado con esa jovencita en una calle perdida de Nápoles? Su propia madre era más de mi edad que ella. Lo cierto es que me sentía bien. Ni siquiera el silencio al que sus palabras nos habían condenado me resultaba incómodo. ¿Sería que sentirse bien podía ser una buena señal? ¿Sería que podía uno dejarse guiar por el solo hecho de sentirse bien para decidir en qué lugar debía estar en cada momento, o es que había previsiones de carácter mayor que había que saber escuchar? Una voz en mi interior me decía que no podía ser tan simple, pero lo cierto es que en ese momento no tenía ganas de oírla. Limitarse a existir. Observar las formas del humo del cigarrillo y disfrutar de la respiración de la chica que tenía a mi lado. Una explosión iluminó de pronto el cielo. Se trataba del primero de una serie de fuegos artificiales que encendieron la noche de Nápoles como si hubieran venido a apoyar la moción de Valeria de callar y mirar. Nos quedamos allí unos cinco o diez minutos observando el espectáculo de luces que habían querido regalarnos. Me giré y vi el rostro de Valeria vuelto hacia arriba y de nuevo creí entrever a una niña que cargaba con la ilusión que sólo la juventud conoce. Sus ojos verdes y profundos —me había tocado ver unos cuantos como esos durante mi estadía allí, pero ningunos tan verdes y tan profundos como los de ella— reflejaban el rojo, el azul y el amarillo de las formas que encendían el cielo de Nápoles, y pensé que, sin importar lo que pasara en el futuro o cómo terminara todo aquello, había sido una verdadera suerte haberla encontrado. Todo aquello que en ese momento me estaba haciendo sentir pasaría a formar parte del repertorio de lo que alguna vez había vivido. Y quizá, me dije, sólo de eso se trataba. De pasar por la vida disfrutando de los momentos buenos. Los fuegos se detuvieron y Valeria se quedó con la mirada en el cielo todavía por un momento.

—¿Qué se celebra? —pregunté.

Ella siguió mirando hacia arriba.

—Son los narcos —me dijo—, les ha llegado el alijo…

Su rostro parecía no querer tener nada que ver con lo que estaba diciendo, como si no quisiera que la realidad viniera a empañar el espectáculo que nos habían regalado. Entonces respiró hondo y bajó la vista hacia la calle.

—Es el modo que tienen de anunciarlo —comentó.

—Parece que lo disfrutaras —agregué.

Ella me miró con un gesto lejano. Lo cierto es que nunca sabía la reacción que mis palabras iban a provocarle.

—No es que me guste lo que significan —aclaró—. Mi padre era policía y fue muerto por los narcos, pero no creo que tengamos que meter todo en un mismo saco. Una cosa es una cosa y otra cosa es la otra, y yo no pienso dejar que esos hijos de puta me roben el placer de ver el cielo iluminado.

Sentí el inmediato impulso de disculparme de nuevo, con más vergüenza esta vez ante semejante muestra de entereza y de sabiduría que una vez más la hacían parecer mucho mayor de lo que era, pero algo me dijo que era mejor guardar silencio. Como si me hubiera leído el pensamiento, Valeria preguntó:

—¿Y tú? ¿A quién le has tenido que pedir tantas disculpas?

—A todo el mundo —respondí—. A mi jefe, a mi novia.

Por segunda vez mencioné a Ana en un momento innecesario, pero esta vez no sentí que estuviera cometiendo un error, de hecho me pareció que el poder hablar de ello libremente nos colocaba de pronto en una posición de cercanía que era lo que correspondía al momento y a nosotros, como si hubiésemos llegado ya a esa fase en la que podíamos hablar como si no hubiera nada que ocultar.

—¿Y qué les pasaba? —preguntó Valeria en un tono que creí más íntimo.

—¿A cuál de los dos? —dije extendiendo el juego.

—A los dos —respondió ella al tiempo que abrazaba sus rodillas.

La ternura del gesto me lastimó.

—A mi jefe le pasa que quiere que escriba otro artículo para ayer —

expliqué—, y mi novia quiere que vuelva, o algo así…

—¿O algo así?

—Tuvimos una charla extraña. Se supone que yo no tendría que estar acá.

—Pues quizá ésa sea la respuesta —dijo ella—. Quizá lo que tienes que hacer es terminar pronto con tu investigación y regresar a Barcelona, que es donde te esperan.

—No puedo.

—¿Por?

Otra vez me tocaba explicar. De pronto tuve la sensación de que me había pasado los últimos tres días teniendo que dar explicaciones, como si todas las mentiras y todos los errores que había cometido en mi vida se me hubieran echado encima y hubiera llegado la hora de ponerse a rendir cuentas. Esta vez, sin embargo, se me antojaba como una liberación, como si el explicarme representara la comprobación de que con Valeria al menos ya no había nada que disimular.

—El otro día cuando me preguntaste el motivo por el que estaba acá no te dije toda la verdad.

Valeria no pareció sorprenderse ante mis palabras.

—Es cierto que vine por una investigación —continué—, pero pasaron más cosas. Vine en un barco, un pequeño velero de madera capitaneado por un antiguo compañero de escuela. Tardamos cinco días en cubrir la distancia desde Barcelona, y en la última noche, cuando estábamos a punto de llegar, él desapareció.

—¿Desapareció?

—Desapareció —confirmé—. Cuando me levanté de mi última guardia, sencillamente ya no estaba, pero te juro que yo no tuve nada que ver, yo simplemente dormía y…

—Eh, argentino, a mí qué me explicas —me interrumpió Valeria—, yo no te he pedido que me expliques nada.

Lo dijo sin violencia, al contrario. Lo dijo como si de verdad quisiera darme a entender que entre nosotros ese tipo de explicaciones estaba de más.

—El hecho es que para la policía soy el primer sospechoso, y hasta que eso no se aclare no van a dejar que me vaya.

Valeria se me quedó mirando en silencio.

—Vaya putada —dijo al cabo de un momento.

—Sí, una putada —confirmé, y ambos sonreímos.

Sobre los brazos que rodeaban sus rodillas, Valeria tenía apoyada ahora su mejilla. Me miraba de costado, como si me estuviera mirando —o eso fue lo que yo quise imaginar— desde la almohada contigua, en esas charlas de sábado por la mañana en las que las dos personas que había detrás de los cuerpos de pronto sienten que se encuentran. Y por supuesto que pensé en besarla, pero esta vez no lo hice consciente de no querer hacerlo. Me pareció que aquello hubiera roto algo que quizá ya no se habría vuelto a sanar.

—¿Quieres que demos un paseo? —le dije.

Ella se sonrió de un modo que no voy a olvidar.

—No puedo —dijo—, tengo una hija que alimentar.

—¡Valeria, ya está la cena! —gritó su madre desde el interior de la casa.

—¿Y después de cenar? —probé.

—De verdad que no puedo —confirmó ella mientras empezaba a incorporarse.

Me alejé con paso lento en dirección a la avenida. Antes de irme la madre volvió a insistir en que me quedara a cenar, pero Valeria no dijo nada, con lo que consideré que lo mejor era marchar. No tenía ni idea de qué era lo que había ocurrido, mis problemas seguían todos ahí, con Ana y con la policía, con casi todas las cosas del mundo, pero por alguna razón de pronto me sentía en paz. Quizá no era tan importante el curso que los acontecimientos fueran a tomar en el futuro como el presente de lo que vivíamos, me dije, aquel que ninguna de las futuras complicaciones nos podría robar. Y quizá fue porque estaba distraído pensando en ello que no me percaté del modo en que aquellos muchachos se me acercaron. Supongo que asumí que volvían a casa para la cena, lo cierto es que hasta que no los tuve encima no caí en la cuenta de lo que estaba por pasar. Me rodearon y uno de ellos —sólo entonces lo reconocí como el joven de la cabeza rapada que antes había saludado a Valeria— me empujó contra la pared.

—Ni se te ocurra volver a acercártele —me dijo—, la chica tiene novio.

Lo de hoy es una advertencia, la próxima vez te van a encontrar con la cara comida por los peces.

La imagen, como se comprenderá, me resultó bastante inquietante.

—Argentino —probé—, ¡Maradona!

La fórmula esta vez no pareció funcionar. El mismo chico que me había lanzado la amenaza se encargó de encajarme el primer puñetazo en el estómago, y cuando me doblé instintivamente, algo más contundente —supongo que su rodilla— se estrelló contra mi boca. Luego de un par de golpes más sentí que mi cabeza golpeaba el asfalto, pero no como si hubiera sido yo el que caía, sino como si la propia calle se hubiera estrellado contra mí. Entonces un sabor amargo —como a esparadrapo viejo— me inundó la boca, y al instante siguiente ya había perdido el conocimiento. Lo último que recuerdo es el sonido de fiesta que bajaba desde la colina que enmarcaba la ciudad, y que llevaba su susurro narcótico hasta el mar en el que cientos de barcos navegaban en ese momento transportando personas y mercancías a los destinos más lejanos. La luna reflejada en el hilillo de sangre que serpenteaba por la vereda fue lo último que vi antes de cerrar los ojos. Entonces sentí o imaginé que un perro se acercaba a olisquearme los pies.

V

Hay tantos hombres en la tierra, tantos destinos entrecruzados, que cuesta pensar en la partitura que los aglutine a todos, una que sea capaz de hacer sonar la música en la que cada parte, cada uno de los destinos de cada uno de los hombres, entre en armonía con los otros. Y sin embargo ocurre. Si uno despega la mirada de la vida de cualquier individuo, si logra salir de ese trazo particular para leer el movimiento que los distintos recorridos inscriben en el conjunto, puede comprobar que es armónico, como si cada uno de los trazos obedeciera a una especie de control central. A partir de ahí uno puede pensar que los destinos en el fondo no son tan diferentes unos de otros, y que es en esa uniformidad donde radica la posibilidad de armonía. Pero también se puede pensar en que no son las características de cada movimiento las que posibilitan la coincidencia, sino que es el orden central el que determina los parámetros dentro de los cuales se moverán los diferentes recorridos. Superflua —o no tanto— resulta entonces la pregunta acerca del grado de libertad que conservan los individuos dentro de los parámetros fijados. Lo importante de esta idea es que implica la idea de predestinación, el hecho de que nuestros cuerpos y nuestras mentes no son libres en realidad, sino que nacen delimitados por la partitura que el orden central les impone. Quien crea en la predestinación, en que las cosas pasan por algo, debiera tener sin duda un grado de ansiedad menor frente a lo que el futuro le depare. Todos sus pasos han sido escritos ya en las estrellas, con lo que poco puede afectar el empeño que ponga en querer variarlos.

Así entendido, me dije recostado sobre cubierta en las últimas horas de la noche, cuando la claridad del cielo que ya amanece se confunde con la que ha dejado tras de sí la luna y el aire del firmamento empieza a teñirse de ese azul eléctrico que anuncia el comienzo de un nuevo día, así entendido, me dije disfrutando del modo en que el *Victoria* cortaba el agua, habría un abanico más bien acotado de destinos posibles. Estarían

los hombres vulgares que cumplirían con destinos vulgares y estarían los hombres elevados que cumplirían con destinos elevados. En algunas ocasiones, sin embargo, esa regla se incumplía y nos encontrábamos con hombres aparentemente vulgares que cumplían con destinos aparentemente elevados y viceversa. Respecto del primer caso, la historia lamentablemente ha dado sobrados ejemplos: hombres pequeños a los que las circunstancias —y probablemente a raíz de sus propias pequeñeces— han colocado en lugares que la humanidad recordará. Menos común —o menos conocido— es el caso de los hombres a los que el destino parece haber reservado un papel trascendente y que por algún motivo no llegan a cumplirlo. La mayoría de las veces se debe a las miserias y envidias de los que tienen alrededor —la otra cara de la causa por la que los individuos mediocres terminan sobresaliendo—. Hay ocasiones, sin embargo, en que son las mismas personas elevadas las que eligen evitar el destino de gloria que la historia les tenía reservado, y era en esto último en lo que me había quedado pensando luego de la última lectura en la que me había embarcado, un caso que por supuesto relacioné con el de Majorana.

Si era cierto que cada individuo tiene una misión en la vida, me dije, y que cumplida esa misión llega la hora de irse, entonces no era descabellado pensar que cualquier desvío y cualquier demora constituyen en el fondo un enorme privilegio, ya que nos dan la posibilidad de extender un poco el paseo. La mayoría de las personas, sin embargo, parece hallarse en carrera por alcanzar ese destino, pero yo creo que lo que ocurre es que aún no han descubierto cuál es el destino que la vida les tiene reservado, ya que si lo supieran, si lo hubieran descubierto, no tendrían por qué mostrar esa prisa por llegar. Alguien podría argumentar que aun conociéndolo es posible que se encuentren deseosos de alcanzarlo. Yo creo, o al menos así lo pensé en ese amanecer mediterráneo y en esa cubierta de madera en la que me hallaba recostado mientras la espuma del *Victoria* se arremolinaba en la estela, que la prisa responde en todos los casos a una cierta inseguridad respecto de los resultados, ya que alguien que tiene el total convencimiento de que las cosas serán de una manera dada no puede sentir impaciencia respecto del momento de la confirmación. Si la siente es porque en algún rincón de su

ser habita la duda, y es esa duda la que lo impele a la realización más pronta posible de lo supuestamente inevitable. Quien posee la certeza no puede albergar ninguna duda, y por lo tanto ninguna impaciencia. Lo que ocurre es que la certeza —y aquí está la clave de todo lo que mi pobre cabecita creyó intuir en esa mañana salobre— no implica sólo seguridad, sino también condena. Cualquier individuo que comprenda que su destino está irremediablemente marcado, vivirá esa certeza como una cárcel de la que tarde o temprano se verá tentado a escapar, sobre todo cuando se trata de un hombre elevado al que le corresponde un destino de supuesta grandeza. Es el tipo de persona que se pasa la vida en pugna con su destino, por un lado porque probablemente —e inteligente como es—, no consigue ver las ventajas que esa supuesta grandeza ofrece, y por otro por el simple hecho de querer estirar el camino y lograr así que el fin se haga esperar, ya que sabe algo que es obvio pero que muchos parecen ignorar: luego del fin sólo la muerte espera. Así, sus avances se demoran y sus logros se presentan voluntariamente esquivos con el fin de estirar el tiempo que su misión le ha asignado para estirar en realidad el tiempo de vida. Hay algunos individuos, sin embargo, los menos, que tarde o temprano comprenden que una solución de este tipo no sólo es transitoria —el fin llegará de cualquier modo—, sino que resulta impracticable porque el sentido de cualquier existencia es el de realizarse en su propio ser. Ellos *son* lo que han venido a hacer, con lo que el único remedio para dejar de serlo consiste en *ser otros*. La solución, entonces, pasa necesariamente por encontrar la forma de burlar el destino que les ha tocado en suerte para poder lanzarse a escribir uno nuevo. Pero no desde lo que han venido siendo hasta ahora, ya que eso es imposible, sino desde una existencia nueva que deben inventar. Y para hacerlo deben borrar su antigua hoja de servicios. No es de las personas de lo que esta gente quiere librarse, sino de quienes vigilan el cumplimiento de los destinos de los hombres. Y ¿qué mejor modo de hacerlo que fingiendo la propia muerte? Si lográramos convencer a los guardianes del destino de que ya nos hemos ido, entonces tendríamos la libertad de inventarnos uno nuevo. Según esta nueva hipótesis que empezaba a asomar de pronto en ese horizonte gris de amanecer mediterráneo y brumoso, Majorana nunca habría buscado terminar con su vida, sino justo lo contrario. Él no

quería acabar con todo, sino sólo con la parte del todo que lo obligaba a cumplir con un destino para el que no se veía preparado. Majorana quería vivir, por eso fue que saltó de ese barco.

Nápoles, el presente

Desperté pasado el mediodía con el sonido del teléfono. La sangre que me brotaba del labio se había coagulado de tal modo que había adherido a mi rostro la funda de la almohada. Cuando intenté despegarla una puntada me agarrotó el antebrazo y las costillas. Cuando por fin logré hacerlo la herida volvió a abrirse provocándome un dolor intenso y renovando el sangrado.

Había habido un primer despertar antes de ese. Había tenido lugar en un callejón que, por lo que calculé, se hallaba al menos a unas diez calles de la casa de Valeria. No sé cómo llegué hasta ahí ni tampoco el motivo por el que nadie me había robado nada durante el tiempo que estuve ahí tirado. Más tarde el comisario Espósito me explicaría que un cuerpo abandonado en la calzada suponía un asunto en el que ningún napolitano quería verse involucrado. Me levanté con la sensación de haber sido arrollado por un tren de mercancías. Anduve como pude hasta el hotel, primero apoyándome contra la pared, y luego de que los músculos entraran un poco en calor, por mis propios medios pero con una fuerte cojera. Sorprendentemente, en todo el trayecto no recibí la más mínima muestra de compasión de nadie, como si estuvieran demasiado ocupados en sus propios asuntos como para ofrecerse a ayudarme.

—¿Hola? —dije como pude, con la dicción entorpecida del que acaba de salir del consultorio del dentista.

—¿Aguiar? —se dejó oír del otro lado del teléfono la voz de la señora directora del departamento de lenguas hispánicas—. ¿Estaba durmiendo?

—No —mentí—, estaba revisando unas cosas.

La señora directora me explicó que había hablado con el decano de la facultad de Física, que le había dicho que se había quedado encantado

con mi visita y le había comentado además que se había comunicado con el profesor Ambrosini, el físico especializado en el trabajo de Majorana, quien se había ofrecido a recibirnos esa misma tarde.

—¿Le parece bien si lo busco en media hora? —preguntó la señora directora.

No sabía la hora que era, pero decidí decir que sí sólo porque constituía la manera más sencilla de poner fin a aquella charla. Quedamos en que ella pasaría con un taxi por la puerta de mi hotel. Me incorporé sintiendo magullones hasta en el pelo y como pude me arrastré hasta la ducha. El agua caliente fue como un bálsamo que poco a poco me fue haciendo recuperar la fe en la vida.

—¡Dios bendito de mi vida, qué es lo que le ha pasado en la cara! —espetó la señora directora cuando me vio subir al vehículo.

Para mi sorpresa, se hallaba sentada adelante, en el asiento del acompañante, junto al mismo conductor que el día anterior nos había llevado a la facultad de Física. En esta ocasión, sin embargo, iríamos mucho más cerca, a la sede del centro de la universidad, a tan pocas calles de mi hotel que la verdad es que el taxi se descubrió bastante innecesario. Por la familiaridad con la que aquellos dos se trataban me dio la sensación de que habían pasado la noche juntos. De hecho tuve la impresión de que el chofer nos estaba llevando como quien acerca a su mujer y a su hijo a alguna parte sólo porque le queda camino del trabajo.

—No es nada —respondí pasándome los dedos por la herida del labio —, un pequeño incidente con una bandita callejera.

—Pues le han dejado guapo —agregó la mujer—. Tenga, tómese uno de éstos —me dijo alcanzándome una pastilla que supuse que sería algún tipo de analgésico.

Al cabo de un momento me pasó también una botella con agua.

La verdad era que no me iba a venir nada mal apaciguar un poco la incomodidad que las heridas me provocaban, sobre todo teniendo en cuenta la entrevista hacia la que nos dirigíamos. Mientras me llevaba la botella a la boca, pude notar el modo en que el chofer me miraba por el espejo retrovisor al tiempo que soltaba una sonora carcajada acompañada

de una frase que no llegué a descifrar. La señora directora se rió también y me explicó que se trataba del dialecto que hablaban en el sur de Sicilia, y que lo que el hombre había dicho tenía que ver con el modo en que, al parecer, me había yo afanado en golpear con mi ojo la rodilla de mi contrincante. El chiste, como se comprenderá, no me hizo ninguna gracia, pero sí que me sorprendió el hecho de que el tipo hubiera podido identificar la marca como la producida por una rodilla. Habrá sido una casualidad, me dije, y me estiré para devolver la botella de agua.

—Ah, el acento de Sicilia —dijo ahora la señora directora mientras acariciaba con los dedos la nuca del conductor—. Los pobres parece que cantaran mientras hablan.

Fue curioso el tono en que anunció aquello, como si no hubiera perdido del todo el desprecio con el que antes se había referido a la gente de la isla, pero lo hubiera matizado con una cierta dosis de ternura que tanto podía significar compasión como genuino cariño. El hombre distaba mucho de mostrarse ofendido esta vez, por lo que supuse que algún grado de conciliación había en las palabras de ella.

—¿Sabe usted quién es Vincent Schiavelli? —me soltó la mujer.

—La verdad es que no —respondí casi sin mirarla.

No estaba de humor para ninguna de sus adivinanzas. A ella esta vez no pareció importarle mi ignorancia.

—Vincent Schiavelli —dijo sin dejar de acariciar la nuca de su compañero— es un actor de Hollywood. No es de los más conocidos, pero sin duda lo ha visto en más de una ocasión. Era un actor talismán del director Milos Forman y también hizo de espectro suicida en esa espantosa película pretendidamente romántica llamada *Ghost, la sombra del amor*. El hecho es que la familia de Schiavelli provenía de un pueblo siciliano llamado Polizzi Generosa, ubicado en Le Madonie, una cadena montañosa de la provincia de Palermo. En sus últimos días, el actor, no se sabe si consciente o no de que se moría, decidió regresar a su tierra de origen para satisfacer lo que probablemente fuera el sueño de su vida.

En ese punto la señora directora hizo una pausa y se giró hacia mí, colocando el codo sobre el respaldo del asiento.

—¿Sabe lo que hizo?

—No, no lo sé.

—Se ve que Schiavelli había logrado amasar una cierta fortuna en Hollywood, con lo que no encontró nada mejor que tomar su dinero y pagarle a cada uno de los habitantes del pueblo para que interpretaran, de manera permanente y durante todo un año, uno de los papeles del *Quijote*.

Dicho esto, la señora directora se me quedó mirando a la espera de mi reacción. Lo cierto es que la historia me había interesado, pero me esforcé por no dejar traslucir ninguna emoción. Todavía me hallaba algo ofendido por la burla de la que había sido objeto.

—Por supuesto que Schiavelli se guardó para sí mismo el papel de Alonso Quijano —retomó la señora directora aparentemente inmune a mi indiferencia—, con lo que durante todo un año, durante doce meses completos, cualquiera que pasara por Polizzi Generosa tenía el privilegio de encontrarse con una representación permanente de la obra de Cervantes, gente que vestía trajes medievales y vistosas armaduras y que al hablar se trataban de «vuestra merced». Luego el actor empeoró y murió, pero nadie le quitaría de encima el gusto de haber convertido su pequeño pueblo siciliano en una aldea castellana del siglo dieciséis. ¿Qué le parece?

Me parecía bastante curioso y así se lo hice saber. Como si mi opinión no tuviera ninguna importancia, ella agregó:

—Lo de Schiavelli, sin embargo, no deja de ser una anécdota de lo más simpática. Lo que realmente llama la atención no es tanto la extravagancia de un único hombre, sino el hecho de que todo un pueblo haya accedido a seguirle en su locura. Una clara muestra de lo desequilibrados que están todos los sicilianos.

Por más que la historia me resultó de lo más atractiva, no me hallaba de humor para celebrarle las gracias a quien se había reído tan abiertamente de mi infortunio. Antes de que pudiera decir nada al respecto, sin embargo, fue la misma directora la que se interrumpió.

—Es aquí, querido —le dijo al chofer.

Antes de bajar del vehículo, la mujer se estiró hasta alcanzar el rostro del conductor y le prodigó un aparatoso beso en los labios.

—Vamos, Aguiar, el profesor Ambrosini nos está esperando.

Una robusta secretaria con gruesas gafas negras y vestida como una camarera de *diner* americano de los años cincuenta nos hizo esperar a las puertas del despacho de Ambrosini. Mientras se retocaba el maquillaje frente a un diminuto espejo de bolsillo, y sin mirarme, la señora directora comentó algo acerca de lo inapropiado que resultaba que me presentara con ese aspecto a una cita con un catedrático. Por un momento dudé si se refería a mi rostro o a mi vestimenta. Desde atrás de su escritorio, la oronda secretaria levantó la vista por sobre los cristales de sus gafas y me estudió sin disimulo. Entonces la puerta del despacho se abrió y fue el propio Ambrosini el que nos invitó a pasar.

Se trataba de un tipo bastante alto, de ojos tristes, y que llevaba el poco pelo que le quedaba mal peinado y bastante largo. En conjunto daba la impresión de tratarse de un perro de mirada cansina y con unas tupidas orejas que le enmarcaban el rostro. Por un momento la imagen del actor Vincent Schiavelli se me vino a la memoria. Ambrosini tenía sin embargo una altivez en el gesto de la que el actor carecía. Nos invitó a sentarnos en inglés, asumiendo mi condición de extranjero. Le expliqué que entendía perfectamente el italiano y entonces pasamos a hablar en ese idioma.

—Pues bien, en qué puedo ayudarles —dijo juntando las manos sobre las rodillas y en actitud forzadamente servicial.

—Antes que nada, me gustaría darle las gracias por habernos recibido; intuyo que estará usted muy ocupado con sus propios asuntos, con lo que de verdad le agradezco el tiempo que nos brinda.

Como toda respuesta, Ambrosini me dedicó una cortés inclinación de cabeza.

—El hecho —continué— es que, como le habrá explicado el señor decano, soy periodista, y me han encargado un reportaje sobre el caso Majorana. Tengo entendido que está usted familiarizado con él.

El profesor Ambrosini respiró hondo y se echó hacia atrás en el asiento antes de responder.

—Si le soy sincero, todo el culebrón de su desaparición y todo eso me tiene bastante sin cuidado —dijo—, lo que a mí me concierne pasa más por la parte académica de su trabajo.

Empezamos bien, pensé. Lo único que no necesitaba en ese momento era asistir a una clase de física teórica de la que seguramente no entendería ni una palabra. Entre la incomodidad que me producían las magulladuras y el estado de semi-adormecimiento en que me había dejado la pastilla de la señora directora, no estaba nada seguro de ser capaz de enfrentarme a eso. Afortunadamente el anuncio de Ambrosini resultó ser más bien una forma de excusa. Supongo que lo que intentaba hacer era justificarse ante sí mismo por el hecho de haberse dejado atrapar por unos asuntos tan mundanos.

—En un comienzo, como le digo, mi interés estuvo volcado en continuar con los desarrollos teóricos del profesor Majorana, los cuales, por cierto, se están descubriendo hoy de una gran actualidad.

—Estoy al tanto —comenté—. Por estos días la prensa está hablando bastante del tema del neutrino.

—Eso no tiene nada que ver —interrumpió él con cierta displicencia—, el campo de estudios de Majorana es mucho más rico en lo que se refiere a la antimateria. Lo del neutrino, ya verá usted, pronto se revelará como un gran fraude.

No pude evitar renovar el placer que me producía escuchar esas palabras e imaginar al papanatas de Galíndez haciendo el tonto en Suiza, a la espera de una primicia que nunca llegaría. Lo imaginé hacinado en una sucia sala de prensa en la que se podría palpar el malhumor y la frustración de todos aquellos que se habían desplazado inútilmente hasta allí.

—No me malinterprete —continuó Ambrosini—, no es el neutrino el problema, sino esta terca medición que a todas luces ha estado mal realizada.

En ese momento, la señora directora del departamento de lenguas hispánicas dejó escapar una especie de risa monosilábica que ni Ambrosini ni yo supimos a qué atribuir. Lejos de explicarse, la mujer se dedicó a ignorarnos, entretenida como estaba en la contemplación de sus propias manos.

—En fin —retomó Ambrosini—, como le decía, en un primer momento mi interés no fue otro que el de continuar con los interesantísimos desarrollos teóricos que el profesor Majorana dejó inacabados, pero lo

cierto es que a partir del modo tan… como podríamos decir… tan dramático en el que acabó con su carrera, resultó inevitable tener que inmiscuirse también en este otro aspecto, sobre todo por el hecho de que, de ser ciertas las hipótesis que postulan que emigró, existen altas probabilidades de que haya continuado su trabajo allí donde haya ido, y de que queden por tanto registros escritos de la continuación de sus investigaciones.

—¿Cree usted que efectivamente haya emigrado?

—Hay suficientes evidencias como para plantearse al menos la posibilidad de que lo haya hecho —dijo el profesor Ambrosini recuperando aquella altivez que había dejado traslucir al principio.

—Hay quien dice que se escondió en un monasterio en la misma provincia de Nápoles.

—Eso es ridículo —rebatió Ambrosini.

—Hay más de un testimonio que apunta en esa dirección. De hecho, el propio Carrelli lo ha confirmado.

—Créame, eso no tiene ningún fundamento. Es verdad que en sus últimos tiempos en Roma, antes de venir a Nápoles, Majorana había desarrollado una visión que podría definirse como mística, y que redactó incluso algunos textos al respecto, pero toda la evidencia parece indicar que se trató más de un cuestionamiento de los métodos de la ciencia que de otra cosa. Respecto de las declaraciones de Carrelli, las mismas hacen referencia al convento de San Gregorio Armeno, el cual por esos tiempos eran un convento de monjas de clausura. Por otra parte, ¿de dónde cree usted que puede haber sacado Carrelli esa información sino de boca del propio Majorana? Lo más probable es que se haya tratado de una maniobra distractiva.

—¿Distractiva?

El profesor Ambrosini volvió a juntar las manos en ese gesto tan teatral que ya había ejecutado antes, y dejó escapar una pícara sonrisa.

—De lo que no cabe ninguna duda, mi estimado amigo —dijo con cierta suspicacia—, es de que nos encontramos frente a un cerebro ciertamente privilegiado. Como el propio Fermi afirmara, si el profesor Majorana hubiera querido fingir su desaparición con la intención de que nadie lo encontrara, le aseguro que no habría habido la menor esperanza

de que alguien lo hubiera conseguido.

—Hay quien dice que se fue a Buenos Aires.

El gesto del profesor Ambrosini recobró de pronto la seriedad.

—Yo he estado en Buenos Aires —dijo.

Me quedé a la espera de que agregara algo más, pero no lo hizo.

—¿A causa de Majorana? —pregunté.

Él se volvió a acomodar en el sillón y distendió un poco su tono de voz.

—La verdad es que fue un viaje de placer, pero los viajes pueden tener cientos de destinos posibles, y si he de ser sincero el tema del profesor Majorana influyó en gran medida en la elección de este en particular.

En este punto la señora directora volvió a dar muestras de un evidente aburrimiento. Se trató esta vez de un profundo suspiro acompañado de un afectado reacomodamiento en el sofá en el que ambos estábamos sentados. La incomodidad de Ambrosini frente a la actitud de la mujer comenzó a hacerse patente. Antes de que pudiera decir nada al respecto, decidí intervenir.

—Y ¿qué es lo que pudo averiguar allí? —pregunté.

Quitando importancia al gesto de la señora directora, Ambrosini continuó en un tono casi confidencial, como si aquello que iba a referirme constituyera un delicado secreto.

—Estuve investigando en los registros de las personas llegadas al país durante los seis meses posteriores a la supuesta desaparición del profesor Majorana —dijo—, y lo cierto es que no hallé ninguna coincidencia. Pero hallé algunas otras cosas que resultaron de lo más instructivas.

—Hay una declaración de una mujer, una tal Mora y Araujo, que afirma que Majorana frecuentaba su casa en Buenos Aires.

—Eso por sí mismo no significa nada. Cualquiera puede decir lo que le venga en gana. Si queremos ser rigurosos debemos atenernos a las pruebas —declaró el profesor Ambrosini con un grado de rigor científico que de pronto me empezó a fascinar—. Está el asunto, por ejemplo, de los libros que encontré en la biblioteca de la facultad de Física.

—¿Libros?

—Libros, sí. Libros que, según los registros, fueron donados durante los años que siguieron a la desaparición del profesor Majorana. Libros que trataban sobre temas muy específicos y que por esa época apenas dos o

tres personas en el mundo estaban interesadas en estudiar. Una de ellas era el profesor Majorana.

—Interesante —comenté.

El profesor Ambrosini asintió con gravedad.

—Pero eso no es todo —agregó—, lo más sugerente son los datos que recopilé a mi regreso a Nápoles acerca de los barcos que hacían la travesía transoceánica por esos días.

—Soy todo oídos.

De un modo rotundamente anticlimático, la señora directora volvió a soltar una incipiente y contenida risotada. El profesor Ambrosini ya no pudo contenerse más.

—¿Se encuentra usted bien? —le dijo en un tono manifiestamente reprobatorio.

—¿Yo? —respondió la mujer—. Perfectamente, ¿y usted?

—Por favor, no le haga caso —intervine invitando al profesor a que continuara con su relato.

La señora directora me miró con una sonrisa de sorprendida complicidad, como si se extrañara pero en algún punto disfrutara de mi repentino atrevimiento. Ambrosini, por su parte, continuó observándola durante un momento, luego del cual se reacomodó en su sillón, volvió a relajar el gesto, y continuó hablando así:

—El profesor Majorana llegó a Nápoles para hacerse cargo del curso de física teórica el 11 de enero de 1938. Apenas cinco días después, tuvo lugar un encuentro entre el profesor Occhialini y el profesor Carrelli en el que Majorana estuvo presente. Occhialini venía del Brasil, y estuvo encantado de conocer a Majorana. Al parecer y según los registros del propio Occhialini, cuando se lo hizo saber, Majorana respondió de un modo muy misterioso, diciendo que había sido una suerte que el encuentro no se hubiera pospuesto unas semanas, ya que de haber sido así él ya no habría estado allí.

En este punto el profesor Ambrosini, sin quitarme la vista de encima, hizo una prolongada y silenciosa pausa que la señora directora inexplicablemente respetó.

—Evidentemente —continuó Ambrosini al cabo de un momento—, aquellas declaraciones fueron tomadas como una prueba más de sus

intenciones suicidas, pero también hay otras explicaciones posibles. Escuche esto —me dijo.

—Le escucho.

—El barco en el que había llegado Occhialini era el *Oceania*, el cual, conjuntamente con el *Neptunia*, cubría regularmente la ruta entre Italia y Sudamérica. Occhialini, que como ya le he dicho, venía del Brasil, se detuvo apenas un día en Nápoles antes de continuar su travesía hacia Trieste. Majorana estuvo muy interesado en los detalles del viaje, y Occhialini respondió encantado a todas sus inquietudes. Y aquí viene lo bueno: curiosamente y luego de otro viaje a Sudamérica que realizaría en febrero, el *Oceania* volvió a zarpar desde Trieste en marzo de ese mismo año con rumbo a Buenos Aires, llevando a cabo una escala en Nápoles el día 26, exactamente el día en que Majorana desapareció.

Me quedé en silencio por un instante. Quedaba por comprobar que todos los datos que me estaba facilitando Ambrosini fueran ciertos, pero de serlo, se trataba de una información francamente reveladora.

—Pero Majorana desapareció el día 25 —alegué.

—El profesor Majorana *anunció* su desaparición el día 25 de marzo, pero la misma no se consumó sino hasta el día 26 —me corrigió Ambrosini—. En la carta enviada al profesor Carrelli, aquella en la que le informaba acerca de sus intenciones de desaparecer, le decía que guardaría el mejor recuerdo de él «al menos hasta las once de la noche del día 25», dejando bien claro que no tenía intenciones de llegar a Palermo. Pero finalmente sí que lo hizo. «El mar me rechazó» decía el telegrama que envió al día siguiente desde allí, ¿recuerda?, y fue entonces, en el viaje de vuelta, cuando desapareció.

—Y ¿cree usted que tuvo tiempo de bajarse del ferry que lo trajo de vuelta para subirse al *Oceania* con rumbo a Buenos Aires?

El profesor Ambrosini volvió a respaldarse en el sillón, con aire satisfecho esta vez.

—Yo no creo nada, mi estimado amigo. Los hombres de ciencia buscamos pruebas y las contrastamos. Las creencias se las dejamos a los corderos de Dios.

En ese momento la señora directora soltó un nuevo suspiro que me hizo ver que la situación no iba a poder extenderse por mucho tiempo.

De todas formas ya tenía todo lo que necesitaba, y en todo caso podría volver a contactar con Ambrosini si aparecía algún nuevo dato que así lo requiriera.

—Profesor Ambrosini —dije al tiempo que me ponía de pie—, le estoy inmensamente agradecido por su tiempo y por la valiosa información que me ha facilitado.

—Sí, lo que sea —interrumpió la señora directora levantándose del sofá y dirigiéndose hacia la puerta.

Afortunadamente Ambrosini se hallaba demasiado extasiado con su propia exposición como para reparar en ella.

—El gusto ha sido todo mío —me dijo al tiempo que se incorporaba y me estrechaba la mano—, y cualquier cosa que necesite, ya lo sabe, no tiene más que contactarme.

—Sólo una cosa más —dije camino de la puerta—. Hay dos datos en las cartas que Majorana envió a Carrelli que me tienen intrigado. Usted, de hecho, los mencionó a ambos hace un instante. Uno es el de la hora que se menciona como posible final; el otro es aquello de que el mar lo rechazó. ¿Tiene usted alguna opinión al respecto?

—Como le dije, mi querido amigo, los hombres de ciencia no trabajamos con opiniones, sino con evidencias.

—Entiendo.

—Sólo una cosa le puedo decir como hombre de ciencia que soy —agregó ya en la puerta—: para las ciencias físicas el tiempo y el espacio son una misma cosa. Quizá deba usted detenerse a pensar en ello.

—¿Nos vamos o qué? —espetó la señora directora desde el vestíbulo y en un tono francamente indecoroso.

—Muchas gracias de nuevo, profesor —agregué.

—El gusto ha sido todo mío —respondió él.

No nos habíamos alejado ni dos metros, cuando la señora directora de la facultad de Lenguas Hispánicas decidió rematar la faena:

—Vaya pedazo de charlatán —dijo a buen volumen—. Seguramente tendrá ancestros sicilianos.

Mediterráneo occidental, algunos días antes

—Pero ¿cómo puede ser que no estuviera en ninguna parte? —se desesperó el gringo Ross.

—Lo que oís, gringo, no estaba ni en la cajita de la derecha ni en la de la izquierda. Hasta que el tipo no levanta la tapa para ver, la pelotita no está ni en una ni en la otra.

—No joda, Aguiar, ¿no me diga que usted se cree eso?

—No es cuestión de lo que yo crea, gringo, es lo que dicen las leyes de la física.

Durante el rato en que me había tirado a descansar de mi última guardia, al gringo le había dado por ponerse a ojear uno de mis libros de física, con lo que apenas me hube levantado me encontré con la difícil tarea de tener que explicarle aquello de que la realidad, para la física moderna, constituía apenas un campo de probabilidades que sólo se transformaba en una concreta ante la mirada de un observador particular. De alguna manera, y por paradójico que pudiera parecer, lo que estaba teniendo lugar esa mañana sobre la cubierta del *Victoria* era una pobrísima reproducción de la discusión que habían sostenido Albert Einstein y Niels Bohr en la conferencia de Solvay en 1927. Según lo que había podido leer, esa incómoda indeterminación a la que la realidad era sometida por parte de la física cuántica resultaba un tanto indigesta para Einstein, quien, para exponer sus creencias, lanzó a Niels Bohr aquella famosa frase en la que afirmaba que «Dios no juega a los dados», que no podía ser que Dios hubiera creado un universo tan aleatorio, a lo que Niels Bohr le respondió que no le dijera a Dios cómo tenía que hacer su trabajo. Por supuesto que, en mi rudimentaria explicación, el tema de Dios preferí dejarlo de lado. Bastante tenía ya con el hecho de intentar

explicar al gringo Ross los principios de la física atómica como para ponerme a lidiar además con sus delirios místicos. Hacía unas horas que el viento se había decidido a volver, con lo que el *Victoria* corría a placer por entre olas de algo más de un metro de altura.

—Imagináte un gato encerrado en una caja, gringo —dije apelando a un ejemplo que había leído por esos días y que yo tampoco había llegado a comprender del todo.

—¿Un gato?

—Si, un gato. Seguro que alguna vez viste uno, ¿no?

—Más de una vez.

—Bueno, imagínatelo en una caja.

—Bien.

—Ahora imaginate que la caja tiene un dispositivo mediante el cual, al apretar un botón situado en el exterior, se pone en marcha un mecanismo que libera un veneno que mata al animalito, sólo que el mecanismo tiene una particularidad: al ser activado, existen exactamente las mismas probabilidades de que el veneno se libere como de que no.

—¿Quién carajo es el enfermo que mete un gato en una caja con veneno? —protestó el gringo Ross.

—Es igual, gringo. Seguime, que si no, no te lo puedo explicar.

El gringo aceptó a regañadientes.

—Entonces —continué— tenemos el botón que al apretarlo tiene las mismas posibilidades de liberar el veneno que de no hacerlo.

—Cincuenta y cincuenta.

—Cincuenta y cincuenta. Ahora apretamos el botón. ¿Qué pasa?

—Que el bicho tiene el cincuenta por ciento de posibilidades de estar muerto.

—Para la física clásica esa sería la respuesta, pero no para la física cuántica.

—¿Cómo que no?

—No. Para la física cuántica lo que pasaría es que se daría una superposición de los estados vivo y muerto del gato.

El gringo entrecerró los ojos como si estuviera sufriendo un agudo pinchazo en el cerebro.

—O sea que el gato no está ni vivo ni muerto.

—O está vivo y muerto a la vez.

—Pero si yo abro la caja lo voy a encontrar vivo o muerto.

—Si abrís la caja sí, porque ahí interviene tu punto de vista. Pero mientras no haya un punto de vista que colapse la función de onda, el gato no está ni vivo ni muerto, sino las dos cosas a la vez.

El gringo se me quedó mirando con una expresión que denotaba una mezcla de desconfianza y de irritación, como la del que empieza a sospechar que está siendo estafado. Confieso que por un momento llegué a temer su reacción.

—O sea que el gato no está ni vivo ni muerto.

—Ni vivo ni muerto.

—Y la bolita no está ni en una caja ni en la otra.

—O en las dos al mismo tiempo.

—Pero si yo miro sí que está en una sola.

—Si mirás sí.

—Porque colapso el no sé qué carajo de la onda.

—La función de onda.

Al gringo se le escapó una breve risita que tenía toda la pinta de ser de origen nervioso. Luego volvió a su expresión anterior.

—Y dígame una cosa, Aguiar, ¿a esto fue a lo que dedicó su vida el Majorana ese?

—A esto y a otras cosas parecidas.

—Pues la verdad es que no me extraña que se tirara de ese barco.

Más allá del malhumor con el que encajó la historia, no dejaba de tener cierta lógica la conclusión a la que el gringo Ross había llegado. Como había ocurrido ya otras veces, desde su implacable sentido común, el gringo de alguna manera había dado en el clavo. Eran las discusiones de este tipo —las de si el gato estaba vivo o muerto— las que presumiblemente habían llevado a Majorana a querer borrarse del mapa. No se trataba de dar respuesta a este tipo de paradojas, las cuales, a nivel matemático al menos, ya habían sido resueltas de manera satisfactoria. No era eso lo que preocupaba a Majorana, sino lo que había detrás. ¿Qué era lo que se escondía detrás de esa función de onda que de no ser

interrumpida representaría quizá todas las posibles posibilidades de la existencia? Y ¿qué papel tenía la conciencia en la interrupción de ese continuo indivisible? Mis últimas lecturas me habían llevado a evaluar la posibilidad de que algo parecido al tema de Dios se hubiera inmiscuido en los años de encierro que siguieron al viaje de Majorana a Alemania. A partir de ahí ya no quiso hablar con nadie, probablemente porque sabía que no había nadie en el mundo con el que pudiera compartir sus visiones. El mundo avanzaba hacia la división analítica de la realidad, mientras que él estaba entrando en una certeza de totalidad. Al parecer por esa época se había desentendido en gran medida de la física teórica y trabajaba el día entero en unos escritos que nunca llegaron a conocerse porque probablemente él mismo se encargó de destruirlos. Sí se sabe en cambio que leía sobre economía política, estrategias navales, filosofía, teología y medicina —sobre todo en lo que hace al funcionamiento del cerebro—, además de revisitar una y otra vez a sus autores favoritos como eran Shakespeare y Pirandello. A saber el modo en que ese ecléctico cóctel de informaciones se mezcló en su privilegiado cerebro y las elucubraciones a las que lo condujo. También se sabe o se sospecha —y es algo que, nobleza obliga, tuve que reconocer al gringo Ross—, que cuando hablaba de aquello de que la física se había equivocado, no se refería —o no exclusivamente al menos— al camino de la bomba, sino a la misma subdivisión de la materia en partículas y antipartículas que engendraban un laberinto de particiones y relaciones que en opinión de Majorana debía ser mucho más sencillo, el *todo* al que había querido aproximarse cuando concibió su idea de una torre de partículas en la que se trataba en el fondo de un mismo y único ente que exhibía diferentes caras según el momento y el lugar desde el que fuera observado. Cuando le había hablado al gringo Ross de este tema, él —para mi sorpresa— había dado la impresión de comprender perfectamente lo que le decía, como si se tratara de algo en lo que ya se había detenido en más de una ocasión. Pensando en ello fue que bajé a la cabina y, mientras le observaba picar cebolla, me puse a hablarle del encuentro con Heisenberg y del modo en que Majorana pudo desplegar ahí sus verdaderas preocupaciones, esas que no tenían que ver con la partición infinita de la materia sino con la totalidad que subyacía a esa onda

ininterrumpida que parecía extender sus brazos más allá de cualquier recorte y de cualquier parcialidad. Aunque suene un poco absurdo, creo que una parte de mí lo hacía como una forma de reconciliar al gringo Ross con la mermada imagen de Majorana con la que se había quedado luego del episodio del gato y de la caja. De un modo que no sabré explicar, de pronto me pareció crucial el hecho de fomentar una cierta armonía entre los integrantes de aquella expedición iniciada unos días atrás en Barcelona, y de la que, a esas alturas, me parecía innegable que Majorana formaba parte.

—Eso sí que lo entiendo —volvió a confirmar el gringo Ross.

—¿Qué parte? —inquirí.

—Lo de querer ver el cuadro completo, lo de no querer quedarse sólo con las partes.

Me había resultado tan sencillo llevarlo a donde quería que, temeroso de romper el hechizo, me obligué a permanecer en silencio. Por más que lo hubiera intentado, además, no habría sabido qué decir. Afortunadamente, y al cabo de un momento, él mismo se encargó de continuar.

—Es como el mar, Aguiar —me dijo—, como cuando uno escucha el parte meteorológico o se pone a estudiar las isobaras. No se trata de cuestiones separadas. No se trata del viento por un lado y de las olas por el otro ni de la presión del aire como un dato que pueda entenderse independientemente, se trata de un paquete que viene todo junto y que si no se entiende todo junto no se entiende y punto.

—Un ejemplo, gringo —arriesgué.

El gringo dejó el cuchillo un momento y se apoyó con ambas manos en la mesa de la cocina, como si estuviera juntando fuerzas para revelar los detalles de una historia que no le fuera sencillo evocar.

—Imagínese el agua, Aguiar. ¿Cómo se imagina usted el agua?

—Mojada.

—No me joda, Aguiar, ¿cómo se la imagina, por qué cree usted que no nos hundimos ahora mismo en el agua?

—Porque la madera flota.

—Pero el acero no, Aguiar, y hay barcos que están hechos de miles de toneladas de acero. ¿Por qué cree usted que no se hunden en el agua?

—Qué se yo, gringo, por el teorema de Arquímedes.

—No me venga con pendejadas, Aguiar. No se hunden porque el agua forma una película lo suficientemente densa como para no dejarlos hundirse, una película que los sostiene como una red o como una hamaca. ¿Me sigue?

—Te sigo, gringo.

—Bien. Y ¿qué pasa con el aire?

—¿Qué tiene el aire?

—¿Qué pasa con el aire, qué pasa con la película formada por el aire?

No sabía muy bien adónde quería llegar, pero tenía todo el tiempo y la disposición para averiguarlo.

—En el aire sí que nos hundiríamos —dije.

—Nosotros sí, Aguiar, pero ¿qué pasa con los aviones?

—No sé, gringo, lo de los aviones es otra cosa.

—Es lo mismo, Aguiar, lo aviones han aprendido a hacer del aire una película lo suficientemente densa como para que los sostenga.

Era curiosa la forma en que el gringo presentaba sus argumentos, como si hablara en un idioma que no fuera traducible al mío porque se trataba en realidad de un modo diferente de abordar la relación de las palabras pronunciadas con las imágenes sugeridas, y, sin embargo, sin entender ninguna de las partes por separado, de algún modo misterioso iba logrando hacerme una idea de lo que quería decir. Y lo podía seguir perfectamente. Por más que me fuera imposible reproducir lo que decía, al oírlo era capaz de dar con un sentido perfectamente claro de lo que estaba queriendo transmitir.

—El agua y el aire en el fondo son lo mismo, Aguiar —dijo el gringo Ross—. Las olas y el viento en el fondo son lo mismo. El calor que evapora el agua es parte del agua. Y las nubes que se forman con ese vapor también son lo mismo. Las presiones que las nubes ejercen en el aire no son más que las formas del calor y del frío. Y los vientos que nacen de esas presiones y que elevan las olas del mar, arrastrando sus gotitas hasta formar la espuma, son el agua y el viento y las nubes y las mareas. Todo dentro de todo, Aguiar, ¿se da cuenta? Todo en contacto con todo y mirándose. Nosotros lo único que tenemos que hacer es aprender a colocar las velas. Mientras más se ponga usted a querer

separar las cosas, menos va a entender la forma que tienen. Porque en el fondo sólo hay una cosa, Aguiar, y lo único que tenemos que hacer es aprender a mirarla para que sea ella misma la que nos enseñe a entenderla. El resto es pura paja, pura paja molida.

Sentí el agua bajo mis pies deslizándose veloz contra la panza del *Victoria*. Había en la imagen de unidad que el gringo construyó una armonía y una simpleza que cuando conseguí visualizarlas me provocaron unas ganas incontenibles de llorar, como si un algo muy antiguo se hubiera descomprimido adentro mío y estuviera buscando la forma de asomar.

—¿Estás hablando de Dios, gringo? —arriesgué.

—No, Aguiar, del mundo entero. Del cielo y de la tierra y de todo lo que hay en medio.

Nápoles, el presente

Pensar el tiempo como espacio. Pensar el tiempo como una forma desplegada del espacio. Por alguna razón aquella última idea que el profesor Ambrosini me había querido regalar se había quedado dando vueltas en mi cabeza como si guardara la clave que había que desentrañar si uno quería resolver el misterio de Majorana. En ese momento, sin embargo, no tuve tiempo de dedicarle más que unos imprecisos devaneos, ya que tenía otros asuntos más urgentes de los que ocuparme. Tuve que esperar hasta la tarde para poder comentar con el comisario Espósito las impresiones que aquello me había causado.

Los asuntos que en ese momento me solicitaban pasaban básicamente por terminar y enviar la nota que Ortega me había pedido y que debía estar en su escritorio a más tardar a las cinco de la tarde para ser incluida en la edición del día siguiente. No me fue difícil redactarla. Por una vez en la vida tenía información de sobra para hacerlo y lo único que tuve que decidir fue el tono que le quería dar. Opté por centrarme en las diferentes hipótesis que había respecto del destino de Majorana luego de su supuesta desaparición, restándole importancia al suicidio y explorando las demás. No faltó un párrafo dedicado al posible vuelco místico que lo habría llevado a pedir asilo en un monasterio, esa que Ortega había querido resaltar. El teléfono sonó unas dos o tres veces mientras escribía, pero un poco por no interrumpir el trabajo y otro poco porque en el fondo temía que se tratara de Ana, decidí ignorarlo. Cuando ya casi había terminado y me hallaba repasando el texto final, el sonido del aparato volvió a retumbar entre las paredes de la habitación con la gravedad de un reloj de iglesia. Junté coraje y lo atendí. Era el comisario Espósito que me citaba lo antes posible en la comisaría. Así lo dijo: lo antes posible.

Sin aclarar el motivo y con voz de funcionario, se limitó a informarme que teníamos que hablar.

Llegué al cuartel a eso de las cinco de la tarde. Al dejar el hotel, el dueño me confirmó que el teléfono había estado sonando desde el mediodía. No quise pensar en lo que eso significaba. Lo más probable era que se tratara de Ana, pero prefería no darle muchas vueltas al asunto. Por alguna razón no había ningún pesebre en construcción entre las manos del viejo. Tampoco me molesté en averiguar a qué se debía eso.

Subí la cuesta desde la plaza Plebiscito. El joven policía de la puerta me saludó con familiaridad y me preguntó si iba a ver al comisario Espósito. Le respondí que sí y entonces me informó que me estaba esperando. Lo busqué en su oficina y no lo encontré. Me dirigí hacia el patio y en el camino me topé con la gordita uniformada que tan cariñosamente se había dirigido al comisario el día anterior. Juraría que al verme me reconoció pero se hizo la desentendida. Llamé su atención y le pregunté por el comisario. Con una sonrisa de colegiala me respondió que seguramente lo encontraría en la cafetería.

El lugar estaba completamente vacío. El televisor encendido para nadie en la pared del fondo transmitía lo que parecía ser un debate acerca de algún tema de actualidad. No presté demasiada atención, pero me pareció que se trataba de algo que tenía que ver con una huelga de basureros. Los pesados rayos del sol de la tarde se filtraban por la puerta y las ventanas que daban a la gran terraza en la que había conocido a Valeria. Me resultaba un tanto inquietante estar ahí sin ella, como si me estuviera inmiscuyendo sin permiso en su habitación vacía. En el fulgor de la terraza me pareció distinguir una silueta. El estómago me dio un pequeño vuelco al descubrirla. Me acerqué hasta allí como estirando el momento, supongo que porque sabía que Valeria venía por la mañanas y quería alargar aunque fuera por unos segundos la esperanza de que fuera ella la que fumaba junto a la balaustrada. Se trataba en realidad del comisario Espósito.

Nos sentamos en una mesa de las de adentro. Afuera hacía demasiado calor. El comisario exhibía una cierta preocupación en el rostro. No era común encontrarlo así, con lo que de inmediato olvidé la broma que había estado urdiendo acerca de la gordita que le coqueteaba para pasar

a colocarme en su frecuencia. Ni siquiera me extrañó que no reparara en las heridas de mi rostro.

—¿Todo bien, comisario? —probé mientras nos sentábamos.

—¿Eh? Sí, todo bien —dijo él algo ausente—. Y usted, ¿qué tal se encuentra? —agregó con una forzada sonrisa.

—Yo bien, comisario, gracias.

El comisario asintió con la cabeza mientras deslizaba nerviosamente el encendedor entre sus dedos. Sobre nuestras cabezas las aspas de un ventilador de techo giraban con una lentitud que parecía acentuar la pesadez del ambiente.

—¿Pasa algo, comisario? —arriesgué.

—No, nada. Bueno, nada importante —dijo él con la vista en la ventana, como si estuviera evitando mirarme a los ojos.

—¿Seguro, comisario? Mire que a mí me lo puede decir.

De pronto había empezado a sufrir un poco por lo compungido que se le veía.

—No es nada, son los de la central, que siempre andan queriendo explorar todas las posibilidades… incluso esas tan absurdas que a nadie se le ocurriría pensar.

—¿Posibilidades de qué?

—De lo que sea, Aguiar, de cualquier cosa que se les ocurra con tal de molestar a la gente de bien como usted.

Su gesto ahora era de fastidio.

—Comisario, por teléfono me dijo que había algo de lo que teníamos que hablar…

—Sí, Aguiar, y no sabe cuánto lo siento, de verdad, pero es que si no se lo pregunto los de la central no me van a dejar tranquilo.

El comisario se tomó un momento antes de continuar.

—El caso es que hace días ya que buscan a su amigo y no sólo no ha aparecido el cuerpo sino que tampoco se han hallado por la costa ningunos restos o señal de naufragio… y si un barco de madera se estrella contra los arrecifes lo normal es que la corriente traiga los restos hasta la playa.

—Pues sí que tiene sentido —dije—. ¿Y qué es lo que necesita usted saber?

El comisario chasqueó los labios y volvió la vista hacia la ventana al tiempo que empezaba a dar una serie de nerviosos golpecitos con el encendedor en la mesa.

—Comisario, no le dé más vueltas y pregúnteme lo que me tenga que preguntar —sugerí.

—Los de la central quieren que me asegure de que realmente había un barco y un segundo tripulante —dijo el comisario en un tono cortante y mirándome de frente.

Yo me quedé sin saber qué decir. Al principio no entendí la pregunta, luego la entendí pero no supe a qué podía referirse.

—Claro que había un barco y un segundo tripulante, sino cómo cree que llegué yo hasta acá.

—Si yo le creo, Aguiar, y le pido disculpas de nuevo por tener que preguntarle, pero es que los de la central…

—Pero ¿qué es lo que creen los de la central, que llegué nadando desde Barcelona?

—No lo sé, Aguiar, ya le digo, pero como ya van tantos días sin que aparezca nada, la verdad es que ya nadie sabe qué pensar.

El comisario desvió la vista un momento hacia la terraza y luego volvió a mí. Apoyando los codos en la mesa se me acercó todo lo que pudo, como si estuviera a punto de hacerme una confidencia.

—Mire, Aguiar —me dijo—, usted es una buena persona y es una putada que se haya visto envuelto en todo esto, y si usted me dice que vino en un barco de madera con un antiguo compañero de escuela yo no tengo por qué no creerle, pero es que hay ciertos procedimientos y la gente de la policía a veces puede ser… cómo le digo… muy puntillosa, sabe, y no me gustaría que se viera usted envuelto en uno de esos casos que no se cierran nunca y que lo ensucian a uno sin ningún motivo, ¿me entiende? Pero no se preocupe, que yo me voy a encargar de que eso no ocurra, usted simplemente asegúreme que no hay nada que se esté olvidando de decirme…

Había tanta ternura en el modo en que me hablaba que no pude evitar sentir que de pronto era yo quien debía tranquilizarlo.

—No hay nada que no le haya dicho, comisario, y no estoy nada preocupado —le dije—. Estoy seguro de que todo va a salir bien y que la

próxima vez que venga a Nápoles va a ser por puras ganas de visitarlo.

Al oír esas palabras el rostro del comisario se distendió inmediatamente. Bajó la vista, como avergonzado, y se sonrió.

—Es usted un buen hombre, Aguiar. Créame que más allá de las circunstancias ha sido un enorme placer conocerlo. Este último tiempo no ha sido del todo fácil para mí, y la verdad es que su visita ha sido como una bocanada de aire fresco.

Yo le devolví la sonrisa.

—¿Sabe para quién ha sido un enorme placer conocerlo a usted? —le dije.

El comisario, como toda respuesta, se limitó a arquear las cejas.

—Para la gordita que se sienta en la puerta de su despacho.

—¡Con usted no se puede hablar en serio! —me recriminó el comisario al tiempo que se separaba de la mesa.

—De verdad —insistí—, tendría que ver el modo en que se ruborizó al verme sólo porque se acordaba de que era amigo suyo.

—Déjelo, Aguiar, que tenemos cosas más importantes de las que ocuparnos —respondió el comisario Espósito visiblemente incómodo—. Por cierto, ¿qué tal le fue con el físico de la facultad con el que tenía que entrevistarse?

Le conté de mi entrevista con Ambrosini. Le conté lo que éste había averiguado en Buenos Aires y los datos que me pasó respecto de los barcos que hacían el cruce Atlántico por esos días. Esto último le resultó al comisario tremendamente interesante.

—Espere, espere —me dijo al tiempo que rebuscaba en sus bolsillos, y luego, sacando un papel arrugado y un bolígrafo, se puso a apuntar—: *Oceania*… Trieste… Parada en Nápoles el día 26… ¡Pero esto es fantástico, Aguiar! —me dijo—. Esto alimenta enormemente la pista de Buenos Aires.

El comisario Espósito se mostraba emocionado.

—Déjeme que confirme estos datos y nos ponemos a trabajar en ello —me dijo—. Es fascinante el modo en que el puzzle empieza a armarse, ¿no le parece? —agregó con los ojos brillosos.

—La verdad es que sí, que es muy interesante —respondí—, pero aún hay más. Le pregunté al profesor Ambrosini por las dos frases presentes en las cartas de Majorana a Carrelli, la que le dejó en el hotel y la que le envió luego desde Palermo, aquello de que hasta las once de la noche y quizá después guardaría de él el mejor de los recuerdos, y luego lo de que el mar lo había rechazado…

—Y ¿qué le dijo él?

—De esto último, de lo del mar, no me dijo nada, pero respecto de lo otro, de lo de las once de la noche, me dijo algo que me resultó de lo más sugerente…

El comisario Espósito permaneció en silencio y con los ojos muy abiertos a la espera de que yo continuara.

—Me dijo que quizá había que hacer como los físicos y entender el tiempo como espacio…

—¿Entender el tiempo como espacio? —repitió el comisario Espósito.

—Entender el tiempo como el espacio —confirmé—. A mí también me desconcertó al principio, pero luego de darle muchas vueltas, lo único que se me ocurre es que haya que entender la hora, las once de la noche, como una coordenada espacial.

El comisario desvió la vista hacia la terraza y se quedó un rato ahí, mirando el fulgor de miel que entraba con la luz de la tarde. Luego, como presa de una revelación, puso las manos sobre la mesa y se levantó de un salto.

—¡Gilda Senatore! —exclamó.

—¿Qué pasa con ella? —inquirí.

—Estuve averiguando —me dijo el comisario Espósito—. ¿Sabe de dónde era?

—No, no lo sé.

—¡De Capri! Esto es maravilloso, Aguiar. Gilda Senatore era de Capri.

—Y eso ¿en qué nos ayuda?

—¿No se da cuenta, Aguiar? El ferry. ¿Sabe cuál es la ruta del ferry que va de Nápoles a Palermo? El ferry sale de Nápoles —explicó el comisario Espósito volviendo a su silla y trazando un imaginario recorrido con la mano sobre la mesa—, pasa entre la isla de Capri y punta Campanella, y entonces pone rumbo a Sicilia.

Yo me lo quedé mirando a la espera de que completara la información.

—Si el ferry que Majorana tomó salía a las diez y media de la noche, a las once tendría que estar pasando por ese punto que queda entre la isla de Capri y el golfo de Sorrento —dijo el comisario.

—Y ¿para qué querría Majorana saltar ahí?

—Como un mensaje secreto para su amada en el que le decía que se mataba por ella —explicó el comisario Espósito con una sonrisa algo extraviada.

—Pero si habíamos dicho que no se había suicidado, usted mismo me habló del dinero que había retirado y de la renovación del pasaporte —alegué.

El comisario se mostró fugazmente contrariado, tal era el entusiasmo que su hipótesis le había despertado. Lo cierto es que la cuestión de la hora y del recorrido era digna de ser tomada en cuenta. Al cabo de un momento, sin embargo, el rostro se le iluminó de nuevo.

—No quería matarse —dijo—, quería nadar hasta Capri para encontrarse con ella.

Nos quedamos en silencio por un instante. Había algo en todo aquello que no terminaba de cerrarme, pero por otro lado no tenía ganas de desilusionar al comisario. Finalmente me decidí a hablar.

—No sé qué decirle, comisario, me suena un poco tirado de los pelos. ¿Por qué habría de tomarse todo ese trabajo sólo para ir hasta Capri?

—Porque si lo consideraban muerto ya no lo buscarían —dijo él.

Tenía sentido. Tenía sentido, pero había algo que seguía sin cerrarme.

—¿Y esconderse en Capri? ¿No es demasiado pequeño y demasiado cercano para alguien que busca desaparecer?

El gesto del comisario se volvió a ensombrecer.

—Tal vez no se quedarían ahí —dijo—, tal vez ése era sólo el primer paso. Lo que hay que hacer ahora es intentar dar con alguien que haya conocido a Gilda Senatore, y sobre todo hay que intentar averiguar lo que había en la caja que Majorana le dejó antes de desaparecer. ¡Venga, Aguiar! —dijo el comisario Espósito levantándose de la silla y encaminándose hacia el perchero para recuperar su chaqueta—, tenemos trabajo que hacer.

Por desgracia, yo no podía compartir enteramente su entusiasmo. Por

lo que sabíamos no había ningún indicio de que la señora Senatore hubiera tenido ningún trato personal con Majorana. El modo en que se había acercado a ella en aquella última jornada parecía totalmente accidental, aunque también cabía la posibilidad de que así lo hubiera explicado ella para ocultar la verdad. Pero ¿qué pasaba entonces con la pista de Buenos Aires? ¿Se habría ido con ella? No, eso era fácilmente descartable ya que todo parecía indicar que la mujer había vivido en Italia toda su vida. No dejaba de ser un gran dato, sin embargo, el de la conexión que el comisario había establecido entre la hora, las once de la noche, y el punto exacto por el que el ferry a Palermo estaría pasando en ese momento; era sólo que había algo en la hipótesis de Gilda Senatore que no me acababa de cerrar. De todos modos no tenía nada mejor que hacer, con lo que consideré que acompañar al comisario en sus pesquisas no podía hacerme ningún daño. Y ya me estaba levantando de la silla, cuando de pronto Valeria hizo su entrada por la puerta.

—¿Qué haces acá? —me preguntó—. ¿Y qué te pasó en la cara?

—¿Qué haces tú acá? —respondí—, ¿no era que venías sólo por las mañanas?

—Tuve que cambiar el turno para quedarme con Doménica.

Se produjo un instante de silencio. El comisario nos miró a uno y a otro como quien asiste a una función de teatro, incapaz de esconder el regocijo que la escena le provocaba.

—Bueno, bueno —dijo al cabo de un momento y mientras se ponía la chaqueta—, yo los dejo, que tengo mucho trabajo que hacer. La calle está llena de misterios que deben ser resueltos, ¿no cree, Aguiar? ¿No cree que los misterios siempre es mejor que se resuelvan? —agregó mirándome con los ojos muy abiertos.

—Supongo —dije algo confundido.

—Pues eso —confirmó él—, cada uno a lo suyo y a ver si vamos resolviendo.

Al pasar junto a mi lado me dio un par de palmadas en el hombro, luego pasó junto a Valeria y le acarició paternalmente la mejilla. Luego se dirigió hacia la puerta. Ella apenas atinó a girar levemente la cabeza para dedicarle una especie de sonrisa. Nos quedamos solos. Nos miramos. Yo le sonreí.

—¿Y ahora qué? —le dije.

—Yo ya me estaba yendo —dijo ella—. Si me esperas un momento quizá podemos bajar juntos.

Mediterráneo occidental, algunos días antes

Desaparecer. Si todo era una unidad, si las partes no eran independientes entre sí ni respecto del todo, entonces desaparecer implicaba borrar cada uno de los rastros que la propia existencia había dejado en el mundo, incluso aquellos que sólo existían en la mente de las personas. ¿O sería que se trataba sobre todo de aquellos que sólo existían en la mente de las personas? ¿Dónde podía encontrarse la unidad, eso que llamábamos livianamente realidad, si no en el centro del cerebro de quien se sentara a pensarla? ¿Dónde podía hallarse el punto de confluencia entre el cielo y la tierra sino en el mismo cristal de los ojos que lo reflejaban? La idea de participación reemplazando a la de observación. La inapelable unidad de las cosas influyéndose mutuamente y buscando su forma en el sitio hacia el que todas convergían. El observador y lo observado, el sujeto y el objeto, entendidos no ya como entidades inseparables, sino como conceptos fácticamente indistinguibles. Cada una de las conciencias que habían tenido algún tipo de contacto con la existencia de Majorana —incluida la mía propia—, debía ser reformateada para que la fuga fuera posible, para que la desaparición se concretara y le otorgara la libertad de renacer en otro sitio, con otro nombre y otras circunstancias. Porque no se trataba ya de las variables físicas, tampoco del presente o del pasado o de algún futuro posible, todos los tiempos y todos los espacios eran susceptibles de verse afectados por el modo en que cada conciencia decidiera prefigurarlos, y sólo una estrategia que lograra un magistral golpe de ilusionismo sería capaz de limpiar las huellas al punto de que pareciera que nunca hubieran existido. Había que hacer un trabajo que no pasaba por deshacerse de las pistas externas, sino también —y sobre todo— de los rastros que pudieran quedar en el interior de los cerebros.

Y ¿qué mejor forma de hacerlo que colocándose a la vista de todos sólo que con un traje nuevo, uno sobre el que cada cual pudiera proyectar lo que le viniera en gana? En todo eso estaba pensando cuando el gringo Ross se apareció en cubierta.

—¿Todo bien, Aguiar?

—Todo bien —respondí.

—¿Mucho tráfico?

—Un mercante hace media hora. Lo dejamos por popa.

El gringo apoyó los brazos en el borde del tambucho y se quedó mirando hacia delante, hacia el rincón en el que el cielo ya comenzaba a clarear. Entrecerró los ojos y se agachó un poco para poder ver por debajo de la vela.

—Pues le voy a tener que poner un reprobado en avistaje nocturno —me dijo.

Me giré para mirar hacia donde él miraba pero sólo me encontré con la incipiente claridad del horizonte.

—No te sigo, gringo —le dije.

—Mire a estribor de la proa, Aguiar, a la una en punto.

Me agaché y estiré un poco el cuello, como si de ese modo la vista se me fuera a agudizar. Al cabo de unos momentos me pareció ver un destello.

—¿Un mercante? —pregunté.

—Los mercantes no desaparecen y vuelven a aparecer.

—¿Un faro? —arriesgué.

El gringo asintió satisfecho.

—Un faro, Aguiar. Tierra a la vista.

Nápoles, el presente

Valeria me preguntó cómo iban mis asuntos y volvió a insistir con lo de las marcas en mi cara. Le dije que no había sido nada, unos jovenzuelos que habían intentado robarme. Pues has tenido suerte de que sólo haya sido eso, dijo ella, y luego me interrogó acerca la investigación y del comisario Espósito. Le dije que la cosa se había estancado, que nunca habían encontrado ningún resto de naufragio ni ningún rastro del gringo Ross.

—¿Y por qué estás tan seguro de que hubo un naufragio? —quiso saber ella mientras terminaba de cargar las neveras.

—Cuando lo dejé, el barco iba sin gobierno, directo hacia los acantilados. Lo lógico es que se hubiera estrellado contra ellos —dije.

Valeria no parecía hacerse una idea clara de la situación, con lo que, no sin cierto esfuerzo, me decidí a revivirla para ella.

—Estábamos llegando a Nápoles cuando me desperté para mi última guardia —le expliqué—, lo cual ya era curioso porque normalmente era el gringo el que me avisaba cuando debía levantarme, y me encontré con que estaba solo. A nuestra izquierda parecía elevarse la costa de algún tipo de isla que ya estábamos dejando atrás, y enfrente de nosotros se levantaban las rocas de la punta de la península de Sorrento. Era de noche, así que más que verse las cosas se intuían —aclaré.

Valeria ya había terminado de cargar las neveras y me escuchaba con los codos apoyados sobre el mostrador.

—Lo primero que hice fue empezar a buscar al gringo como un loco. Lo busqué en su camarote, en el lavabo, lo busqué por toda la cubierta. Como te imaginarás, no fue nada grato descubrir que no estaba.

—Y ¿qué hiciste?

—Supuse que se había caído al agua, la verdad es que no tenía las ideas demasiado claras en ese momento. Por más que era de noche se veía que estábamos demasiado cerca de la costa y que había que maniobrar con urgencia. La cosa es que yo no sabía cómo llevar el barco, con lo que probé de girar el timón y no conseguí mucho. Por más que lo intentaba no lograba hacer que las velas se cambiaran de lado, y si bien la brisa no era mucha, me llevaba directamente hacia las rocas. No sé cuánto tiempo habrá pasado, pero al cabo de cuatro o cinco intentos me di cuenta de que no iba a poder evitar el impacto, con lo que lo único que me quedaba era saltar. Y cuanto antes mejor para evitar quedar yo mismo demasiado cerca de las rocas. Intenté hacerme un mapa mental de las luces que veía en la costa, aquellos puntos en los que el acantilado parecía descender al nivel del mar para nadar hasta allí con la esperanza de que hubiera una playa, y sin atinar a buscar ni siquiera mis documentos, junté fuerzas y salté.

En ese punto Valeria se llevó una mano a la boca. Sus ojos se abrieron como platos y lo cierto es que, más allá de lo movilizante que me resultaba revivir aquellos acontecimientos, no podía dejar de sentir una cierta satisfacción ante el modo en que había logrado captar su atención.

—El momento de entrar en el agua fue quizá el de mayor incertidumbre de toda mi vida —dije—. Todos los sonidos de las velas y del viento se apagaron de golpe y fueron reemplazados por el silencio más absoluto que te puedas imaginar, como si la frontera entre dos mundos se hubiera abierto ahí y al volver a asomar la cabeza pudiera encontrarme en cualquier lugar del tiempo. Recuerdo que el instante en que estuve ahí abajo se estiró como si toda una vida hubiera podido caber en él, como eso que dicen que pasa en el momento de la muerte, ese en el que ve uno pasar la vida entera delante de sus ojos, sólo que yo no vi nada más que esa pausa en la que todo se detuvo, y lo que sentí no fue que mi vida se había detenido, sino más bien que era el mundo el que se había detenido y que toda la historia del universo cabía en esa pausa. Lo único que ocurrió, y que de algún modo vino a romper la mansedumbre de ese instante infinito, fue el roce de un cabo que seguramente había quedado colgando por la borda y que se me enredó en el antebrazo como si el barco no hubiera querido dejarme ahí, como si

hubiera querido arrastrarme con él hacia los arrecifes. Por más que era de noche y que estaba sumergido, pude ver claramente el color amarillo fosforescente del cabo, y pensé que debía tratarse de una de las escotas del foque que eran de ese color. Se me enredó en el antebrazo como si hubiera querido decirme que no lo abandonara, que acompañara al barco hacia su destino final, como hacen los capitanes de las novelas de mar, pero yo no era capitán de nada, con lo que, haciendo un movimiento con la muñeca conseguí zafarme, y vi alejarse el cabo amarillo serpenteando en la corriente como una anguila que desprendiera una luminiscencia amarilla, y al cabo de un momento ya estaba asomando la cabeza a la superficie, y luego de identificar las luces de la costa, me puse a nadar hacia allá. El resto ya lo conoces.

Valeria se me quedó mirando con un gesto que encerraba una especie de pregunta y que yo decidí considerar como una muestra de admiración.

—El castillo de Sant'Elmo —dijo.

—¿Cómo?

Aquello no se parecía a nada de lo que yo hubiera podido anticipar.

—El castillo de Sant'Elmo —repitió ella—. No te puedes ir sin subir hasta allí. Es la mejor vista que puede tenerse de la bahía de Nápoles, con el Vesubio al fondo y la isla de Capri y el golfo de Sorrento, allí donde tuviste que saltar. Antes de irte tienes que verlo.

A raíz de la conversación sostenida con el comisario Espósito, tuve la fugaz conciencia de que se trataba del mismo sitio en el que Majorana había saltado hacía ya muchos años, pero en ese momento no le di mayor importancia.

—Bien —dije un tanto confundido—, intentaré ir en algún momento.

—Nada de en algún momento, tienes que verlo ahora —sentenció Valeria—. Tenemos que ir ahora mismo porque es el único rato libre que tendré en toda la semana.

No sabía muy bien a qué venía tanta urgencia, pero supongo que si en ese momento Valeria me hubiera pedido que nos fuéramos nadando hasta Sicilia también habría accedido.

—Y ¿cómo podemos ir hasta ahí? —dije.

—Lo ideal sería ir en *motorino*, de otra manera a esta hora el tráfico estará imposible. Le puedo pedir el suyo a Angelo; el problema es que no

creo que yo pueda llevarte.

—¿Quién es Angelo?

—El chico de la puerta, aquel con el que conversabas el otro día cuando nos encontramos. Tiene un *motorino* y siempre que lo necesito me lo presta, pero no sé si tengo fuerzas para llevarte a ti detrás.

—Te puedo llevar yo —arriesgué—, yo sé conducir una moto.

A Valeria la idea pareció divertirle.

—¿En Nápoles? Una cosa es saber conducir un *motorino* y otra muy distinta es conducir un *motorino* en Nápoles —me dijo—. Aquí no somos tan ordenados como en Barcelona.

—No siempre viví en Barcelona —repliqué—, la mayor parte de mi vida conduje por Buenos Aires.

Valeria se me quedó mirando con una picardía que me intrigó.

—En Buenos Aires —repitió—, y ¿conducen bien ahí?

—Son un desastre —dije.

—Pues entonces quizá estés preparado para las calles de mi ciudad.

La ciudad de Nápoles tiene más de cuatro millones de habitantes, la mayor parte de los cuales se desplaza en *motorino* por sus calles como si de las arterias de un enorme hormiguero se tratase, y creo no exagerar si digo que en nuestro camino hacia el castillo de Sant'Elmo nos cruzamos al menos con la mitad. No existe ningún tipo de regla que regule el tráfico en ese sitio como no sean los gestos que los conductores intercambian mirándose a los ojos para intentar interpretar las espontáneas intenciones del otro y oponer la máxima resistencia a las mismas, hasta el punto en que se ven superados por la evidencia de que el espacio que quieren ocupar ya ha sido conquistado, lo cual conduce a una serie de insultos y bocinazos que al instante siguiente se desdibujan en ese torrente imparable que mezcla máquinas y humanos sin ningún concierto. Y sin embargo, y según la escala desde la que se mire, puede llegar a hallarse una cierta armonía en todo aquello, una cierta cadencia casi musical que no deja de exhibir su propia forma de belleza: más allá de los elementos aislados, parece como si existiese una comunión de nivel superior que los involucra a todos y los funde. Y no sólo de

motorinos se compone esta jungla; los coches y los taxis ejercen la misma anarquía a la hora de desplazarse. Los primeros minutos de conducción fueron francamente intimidantes, como si se tratara de un jueguito electrónico en el que de cualquier parte podía surgir un obstáculo y hubiera que estar muy atento para ir sorteándolos. Poco a poco, sin embargo, mi cerebro fue comprendiendo que debía dejar de intentar procesar los datos, que era mucho más provechoso dejarse llevar por el instinto, ese que nos permite aprovechar todos los resquicios y reaccionar antes de que el otro lo haga para ganar el par de centímetros que hacen falta para conquistar el cruce de una bocacalle. Cuando se alcanza la confianza necesaria, el disfrute que semejante grado de improvisación depara se adueña de los reflejos de uno, y entonces el paseo se convierte en una mezcla de danza ritual y de ejercicio de lucha que hace aflorar lo más primario de cada uno. Y no sé si era el oleaje del tráfico el que lo provocaba, o el hecho de sentir los brazos de Valeria alrededor de mi cintura al tiempo que avanzábamos colina arriba y ella me dictaba al oído las indicaciones acerca de adónde ir; no sé si era esto o la adrenalina provocada por el hecho de arriesgar la vida en cada esquina mientras recorríamos la geografía sin reglas del Vómero camino de la cima de la ciudad, pero lo cierto es que en algún punto del recorrido comprendí que el tráfico no era un problema, que el tiempo no era un problema, que en realidad no había nada que pudiera ensuciar ese instante, ni siquiera la muerte violenta bajo las ruedas de un camión, porque de pronto supe que no se trataba de estar aquí o allí, parapetados en algún rincón del tiempo, sino de subirse al tiempo, de dejar que el tiempo impusiera su ritmo para intentarlo cabalgar. En ese instante, y con Valeria montada detrás de mí, supe que todo estaba exactamente donde debía estar. Y quizá sea difícil de entender, pero juro que durante ese instante llegué a sentirme inmortal.

Dejamos los cascos sobre el manillar de la moto y nos acercamos hasta el mirador que hay debajo del castillo. Toda la bahía se desplegaba a nuestros pies y de pronto la imagen del mar abierto me llevó hasta los días que había pasado con el gringo Ross, y la sensación de plenitud que había tenido un momento atrás cobró de pronto una dimensión nueva, como si se hubiera vuelto más sólida, más extensa, como si de pronto se

hubiera fundido con toda esa inmensidad. Era verdad lo que Valeria había dicho, al fondo podía verse la silueta del Vesubio y más acá la isla de Capri junto a la punta del golfo de Sorrento, y en medio el sitio en el que hacía cinco noches había tenido que saltar al agua, el sitio en el que, supuestamente, Majorana también lo había hecho. Giré la vista hacia Valeria. Tenía un mechón de pelo caído sobre los ojos. Me pareció que podía molestarle e instintivamente se lo retiré hacia un costado. Ella me miró con lejanía.

—¿Vas a volver a Barcelona?

La pregunta me sorprendió.

—Pues al parecer, y según me dijo el comisario, puede que falte mucho para eso.

—Pero tienes a tu novia allí.

—Así es.

—Y te espera para casarse.

—Supongo.

El mechón de pelo volvió a caérsele sobre el rostro. Esta vez fue ella misma quien se lo acomodó detrás de la oreja.

—¿Y tú? —le dije.

—¿Yo qué?

—¿Vas a ir a Turín con tu novio?

—Es complicado, está mi madre… además yo soy de aquí.

—Y ¿qué hace él allá, lejos de ti y de su hija?

—Eso es lo que quisiera yo saber. Dice que es por trabajo, que aquí no ve un futuro, pero la verdad es que no lo sé.

El sol caía ya tras la silueta del Vesubio. Bajo nuestros pies la ciudad bullía con todo el calor de esas vidas que regresaban a sus casas para reunirse con sus familias y terminar el día.

—Vente conmigo —le dije.

Ella se sonrió. Sin mirarme se sonrió.

—¿Adónde? —dijo.

—No lo sé.

—Y ¿qué haríamos al llegar?

—No tengo ni idea.

—Y ¿volveríamos algún día?

—Ya no sé la diferencia entre partir y volver.

Valeria volvió a sonreír, pero con una sonrisa llena de melancolía esta vez. Entonces se me acercó y apoyó su cabeza en mi hombro. Yo la envolví con el brazo y ella se refugió en mi pecho como un gatito que busca cobijo, justo en el hueco que se forma entre la clavícula y el cuello. Y así nos quedamos durante algún tiempo. Y tampoco ahora nos besamos, pero esta vez tuve claro el porqué. Hubiera sido un beso triste, un beso de despedida. Y no hay nada más triste que un beso triste. Sobre todo si es el primero. Sin decir nada, nos quedamos allí abrazados dejando que la tarde cayera sobre la bahía. Desde el fondo la isla de Capri parecía querer susurrarnos secretos al oído.

VI

—¿Vos pensás que se puede llegar a ser otro? —le solté al gringo Ross en la mesa del primer bar que encontramos al bajar a tierra.

Se trataba de la isla de San Pietro, ubicada a unas pocas millas del extremo sur de Cerdeña, y parada obligada en el camino a Nápoles según le habían explicado al gringo Ross unos navegantes franceses con los que se había cruzado en Tarifa, mientras esperaban a que el viento les diera ocasión de cruzar el estrecho. A sabiendas de que el que podía tener más apuro era yo, el gringo, con mucha deferencia, me había explicado la situación y me había dicho que de poder seguir podíamos, pero que más allá de las bondades de la isla, lo ideal sería parar a repostar agua y gasoil para ir más tranquilos. Si la misma pregunta me hubiera sido hecha en Barcelona, antes de salir, lo más seguro es que le hubiera pedido que me llevara a Nápoles lo antes posible para poder cumplir con mis obligaciones y regresar pronto a casa, pero lo cierto es que desde hacía unos días el tiempo había perdido gran parte de su solidez y mi perspectiva de las cosas había variado ostensiblemente, como si los días de mar y las millas que nos separaban de tierra hubieran otorgado a todo aquello un grado de lejanía que hiciera casi necesaria una parada técnica. Aquella peregrina idea de desaparecer con la que había coqueteado antes de la salida había ido cobrando cuerpo durante el viaje. Y no era que se tratara de una certeza consciente, sino más bien de una disposición de ánimo frente a la cual la posibilidad de seguir con el gringo Ross hasta donde fuese dejaba de aparecerse como descabellada, por más que conscientemente y como digo, aún no me hubiera permitido ni siquiera pensar en ello. El hecho de llegar a tierra venido desde el mar y de amarrar el barco en un puerto nuevo con la única preocupación de encontrar un bar donde saciar la sed de tantos días, no había hecho más que aportar otra cuota de liviandad a aquel dulce extravío. Desaparecer, ser otro, poco a poco empezaba a intuirse como el más natural de los

desvíos.

—¿Vos pensás que se puede llegar a ser otro? —le solté al gringo Ross en medio de esa mullida somnolencia a la que la combinación del mareo de tierra con la segunda cerveza nos había conducido.

El gringo me miró entre confuso y sonriente, como si no entendiera lo que le preguntaba pero el desconocimiento no hubiera alterado en lo más mínimo su serenidad. Eran las cuatro de la tarde y los pocos individuos que a esa hora circulaban por la calle principal lo hacían a paso lento, como a remolque de sus propias sombras y de sus propios pensamientos. Del otro lado de la calzada se extendían los muelles en los que los pescadores se entretenían arreglando sus redes. Junto a las barcas de éstos, en un pantalán de piedra tan antiguo como el recuerdo más viejo del más viejo de sus pobladores, se hallaba amarrado el *Victoria*, un tanto sorprendido de los vecinos que le habían tocado en suerte.

—Y ¿para qué quiere usted ser otro? —me dijo el gringo Ross sin perder la sonrisa.

—No es por mí —repliqué—, te pregunto si pensás que es posible, si creés que puede pasar que alguien deje atrás todo lo que fue para empezar una vida nueva. Como si fuera otro.

El gringo Ross se me quedó mirando en silencio y la sonrisa se le congeló en el rostro como si se la hubiera olvidado. Luego bebió un trago de su cerveza y volvió la vista a los muelles. Un lujoso velero que entraba en la bahía —y que contrastaba fuertemente con la sencillez del lugar— captó su atención. Como si sólo sus ojos se hubieran quedado ahí, el gringo volvió a nuestra charla.

—¿Sabe lo que estuve leyendo mientras usted leía acerca de ese físico suyo? —me dijo.

—No, ¿qué?

—Leí acerca de la historia de este lugar. Es una historia que seguramente le va a resultar interesante.

El gringo Ross bebió otro trago de cerveza, y sin quitar la vista del barco que ya empezaba a preparar su maniobra de atraque no lejos de donde el *Victoria* estaba amarrado, empezó a hablar así:

—Parece ser que hace muchos años, el emperador Carlos V mandó a un almirante genovés a pelear contra un terrible corsario, el pirata Dragut,

que estaba haciendo estragos en esta parte del Mediterráneo. Después de una feroz batalla el pirata fue capturado y hecho prisionero, pero al tiempo se lo liberó a cambio de una suma de dinero y de un acuerdo por el cual la isla tunecina de Tabarka pasaba a ser propiedad del emperador.

Nuevo trago de cerveza. Nuevo chequeo de los movimientos del recién llegado.

—Tabarka era una isla preciosa, llena de bancos de coral, y un enclave estratégico desde el que vigilar tanto a los tunecinos como a los corsarios. Con el fin de colonizar el lugar, el emperador llegó a un acuerdo con treinta familias genovesas por el cual les cedía la explotación del coral a cambio de que éstas amurallasen y protegiesen el territorio.

Nuevo trago de cerveza que esta vez yo acompañé.

—Así pasaron casi doscientos años —dijo el gringo—, hasta que un buen día, en una refriega, los tunecinos invadieron la isla de Tabarka, hicieron prisioneros a los tabarkinos y los esclavizaron. Tuvieron que pasar cerca de doce años para que el emperador los pudiera rescatar pagando una suma considerable por cada uno. Como compensación les cedió la isla de San Pietro, esta en la que estamos usted y yo ahora, y aquí fue que levantaron el pueblo que hoy nos recibe. Por la vecindad con Cerdeña uno se imaginaría que los lugareños hablan el sardo o algún dialecto derivado, pero ¿sabe en qué se comunican? —me preguntó el gringo volviendo a mirarme a la cara.

—No, no lo sé.

—En genovés —respondió—, un tipo de genovés un poco raro, mezclado con algunos términos tunecinos, pero que sigue siendo genovés, de la tierra de donde sus ancestros salieron hace más de quinientos años. ¿Me pregunta usted si se puede llegar a ser otro? —sonrió el gringo Ross —. Hasta ser otro es ser uno mismo, Aguiar, toda la historia del hombre es la historia de cada hombre, eso no hay cómo quitárselo.

—¿Ni si quiera volviendo a nacer? —arriesgué.

El gringo se me quedó mirando y sonrió de nuevo.

—Ni siquiera volviendo a nacer, Aguiar. Ni siquiera naciendo al mismo tiempo con otro nombre y con una cara distinta. A los ojos de Dios, que son los únicos que todo lo ven, usted y yo somos lo mismo.

En ese momento subió del muelle un griterío que reclamó nuestra

atención.

—Me cago en la madre que los parió y en la teta que les dio la leche —dijo el gringo Ross al tiempo que se incorporaba—. Pero ¿qué carajo están haciendo?

Cuando me giré pude comprobar el modo en que el yate se había ido de proa hasta casi impactar con el costado del *Victoria*, y cómo, para evitarlo, unos cuantos de sus marineros se habían apostado sobre los candeleros de nuestro barco al tiempo que otros intentaban aferrarse con sus bicheros a las barcas de los pescadores. Eran estos últimos los que, al verles, habían empezado con el griterío.

Acabé de pagar nuestras cervezas y me acerqué hasta el muelle. Para cuando llegué la situación marinera estaba bastante controlada, pero la discusión proseguía más acalorada que antes. Por lo que pude entender se trataba de italianos ricos de Milán, a los que los locales —que ni siquiera los consideraban compatriotas suyos— guardaban escasa simpatía. El más envalentonado, sin embargo, era el gringo Ross, que se hallaba encarado con el que supuse que era el capitán de los otros. Lo primero que logré distinguir entre todo el griterío, fue la ofensa que el niño rico lanzaba sobre el gringo y de paso sobre todo el pueblo argentino.

—Argentinos… —dijo con evidente desprecio—, son ustedes tan estúpidos que ni siquiera cuando quieren ser corruptos saben cómo hacerlo.

No soy un tipo violento ni tampoco alguien dado a defender los colores patrios, pero la carita de aquel miserable, todo flaquito y con el pelito peinado hacia el costado como lo llevaría cualquier vástago de cualquier familia acomodada del mundo entero, con las manos colocadas en jarras sobre su cinturón decorado con motivos marineros y su camisa a finas rayas celestes y blancas, logró sulfurarme. Supongo que las cervezas también ayudaron, el hecho es que me vi abalanzándome sobre su humanidad de un modo tan torpe que por poco termino en el agua. Fueron las manos del gringo Ross las que me salvaron de completar el ridículo.

—Tranquilo —me dijo el gringo.

Las risotadas se dejaron oír a lo largo de toda la cubierta. Yo intenté

recuperarme para volver a arremeter, pero las fuertes manos del gringo Ross volvieron a impedírmelo.

—Tranquilo, Aguiar, déjeme a mí —volvió a decirme, y en su mirada creí entrever algo de ese altanero desquicio que tan famoso lo había vuelto entre los profesores de nuestro instituto.

Entonces me guiñó un ojo y, sin dejar de sujetarme, se giró hacia el niño rico.

—En Argentina tenemos un dicho —le soltó—. ¿Sabe usted cómo se hace un argentino?

—No lo sé ni me interesa —respondió el otro aún sonriente.

Su tripulación celebró la respuesta.

—Pues yo se lo voy a explicar igual —dijo el gringo con esa chispa de malicia que no le veía yo desde nuestras épocas escolares—. Tiene que llenar un vasito con agua del Río de la Plata, agregarle un poco de pasto de la pampa, tres gotitas de sudor de inmigrante y una cucharadita muy chiquita de mierda. Lo revuelve todo bien y ahí tiene usted un argentino.

El gringo hablaba de un modo tan calmo que logró captar la atención del otro.

—Ahora, tiene que tener mucho cuidado con una cosa —agregó pedagógico—, no debe pasarse con la mierda, porque si no le sale un italiano.

El efecto fue inmediato. El rostro de los del yate pasó de blanco a violeta en tres segundos y medio, el mismo tiempo que les tomó a los pescadores decidir salir en nuestra defensa en la revuelta que no tardó en estallar. A los cachetazos mandó al agua el gringo a los dos primeros que intentaron bajar a tierra al tiempo que les gritaba insultos en un italiano inventado que combinaba arbitrariamente con expresiones criollas.

—¡Mafanculo, italiano maricón, andá a lavarte el orto! —decía al tiempo que saltaba provocador haciendo un juego de pies como de boxeador de película muda.

Afortunadamente los pescadores aventajaban a los otros en número y al cabo de nada los habían reducido. Suponemos que nunca llegaron a enterarse de que nuestro barco era el que estaba amarrado junto al suyo, porque si no, no se entiende que no hayan intentado incendiarlo. Girándose satisfecho y con una enorme sonrisa en los labios al tiempo

que ofrecía su dedo mayor a la concurrencia, el gringo Ross me palmeó en el hombro y me dijo:

—Venga, Aguiar, vamos a divertirnos un poco.

Nápoles, el presente

Volví a despertar con el sonido del teléfono retumbándome en la cabeza y lo odié. La escena empezaba a tomar molestos tintes de *déjà vu*. Esta vez llegó además para interrumpir un sueño que, luego de un comienzo inquietante, se había vuelto de lo más placentero. Me encontraba en la cubierta del *Victoria* y buscando al gringo por todas partes. En determinado momento, y como si esperara encontrarlo en el fondo del mar, me asomaba por la borda y veía el cabo amarillo, ese que el día que salté se me había enredado en el brazo, serpenteando hacia las profundidades. Había algo como agónico en su descenso que hacía tomar conciencia de la hondura del abismo hacia el que se dirigía. Entonces un ruido venido desde el interior de la cabina llamaba mi atención. Cuando me asomaba, podía ver el modo en el que una de las secciones del suelo del salón se levantaba y desde allí abajo, desde la sentina, asomaba el rostro sonriente de Valeria. El tema del gringo Ross pasaba entonces a un plano absolutamente secundario. Ofreciéndole la mano, ayudaba a Valeria a salir del agujero y nos abrazábamos y nos besábamos. Se trataba de un beso tan húmedo y tan íntimo que parecía como si lleváramos tiempo ensayándolo. Y ya estábamos empezando a desvestirnos cuando de pronto sonó el teléfono.

—¡Aguiar, es fantástico! Más de doscientas mil entradas en la edición digital. ¿Qué te parece?

—¿Ortega?

—No, el lobo feroz. ¡Claro que soy Ortega! ¿A quién esperabas?

—Perdona, es que estaba medio dormido y…

—¡Pues a levantarse, Aguiar! Tu crónica sobre Majorana es de lo único que se habla hoy en la redacción. Esta vez sí que encontraste un buen

filón. Los jefes están encantados.

—¿Qué hora es?

—La hora de que empieces a pensar en grande, Aguiar. Este es un tren que no pasa dos veces.

Busqué mi reloj sobre la mesita de noche. Con cierto esfuerzo logré concluir que eran las ocho de la mañana. ¿Qué hacía Ortega llamándome a las ocho de la mañana? Además él no era de los que se entusiasmaban por las cosas. ¿Qué carajo estaba pasando y de qué tren me hablaba?

—No te entiendo, Ortega.

—Aguiaaar… Que ya no estamos hablando de una sección del periódico, chaval, que esto puede convertirse en una historia con peso propio. En el consejo se mencionó la posibilidad de hacer un libro.

¿Un libro? ¿Con qué era que quería hacer un libro? Y ¿por qué de pronto me llamaba chaval?

—No sé de qué me estás hablando, Ortega, ¿un libro sobre qué?

—¿Cómo que sobre qué? ¡Sobre el caso Majorana! ¿Sobre qué has estado investigando estos días? Mira, vete a tomar una ducha, desayuna algo y empieza a pensar en grande, Aguiar, que ya no se trata de una nota de relleno.

Las imágenes del sueño aún se entremezclaban con lo que Ortega me estaba diciendo. Una feroz erección me impedía girarme con comodidad para acercarme un poco más al teléfono.

—Okey, Ortega, lo que tú digas. Mira, mejor hablamos más tarde, ¿te parece?

—Y tanto que hablamos más tarde. Ésta es la tuya, chaval, a ver si espabilas y te sale algo bueno —dijo Ortega, y colgó.

Otra vez con lo de chaval. No estaba acostumbrado a oírlo hablar con ilusión acerca de nada, con lo que me quedé con una sensación extraña, como si la charla de algún modo hubiera formado parte del trozo final y enrarecido de mi sueño. Lo curioso es que se lo oía francamente contento por mí. O quizá había algo que yo aún no había llegado a entender, algo que de algún modo lo beneficiaba también a él. Sí, debía ser eso. Había algo en todo eso que repercutía en algún beneficio para él. De otro modo no se explicaba que estuviera tan contento.

Tomé una ducha, me vestí, y estaba a punto de salir cuando volvió a

sonar el teléfono. Era el comisario Espósito. Quedamos en vernos al cabo de una hora en el archivo del Estado. Su voz sonaba menos entusiasta que el día anterior. De hecho me extrañó que no me preguntara por Valeria. Salí a la calle pensando en mi sueño y en ella. Es curioso lo vívidas que pueden ser las experiencias ocurridas en sueños. A pesar de la interrupción de Ortega, no podía evitar sentir que habíamos tenido nuestro primer momento de intimidad. Seguramente cuando la viera la miraría distinto, y hasta me resultaría extraño que ella no tuviera en su memoria las mismas imágenes que yo. Toda la melancolía del día anterior en el castillo de Sant'Elmo se me había disuelto en esas imágenes. Esa tarde, si tenía tiempo, me pasaría por la comisaría. Pasaría primero por el hotel, me pondría ropa limpia y luego iría a buscarla. De algún modo la convencería para que dejara a la niña con la abuela y la llevaría a cenar. Era tal mi bienestar que ni siquiera me paré a pensar en el hecho de que aún no hubiera vuelto a hablar con Ana. Supongo que no quería que nada enturbiara la plenitud del momento.

Me senté en una de las mesas de la plaza San Doménico Maggiore, a pocas calles de mi hotel, y pedí un café con leche. Mientras lo bebía empecé a repasar mi charla con Ortega. ¿De verdad quería que escribiera un libro sobre Majorana? ¿Un libro? ¿Yo? Por supuesto que, como cualquier periodista, alguna vez había fantaseado con hacerlo, pero nunca había sentido que tuviera nada que decir. ¿Sería que esta vez había dado con una historia, con una historia de verdad, de esas que valían la pena? Decidí que lo mejor era no pensar en eso por el momento. Por ahora debía seguir los pasos de la investigación que el comisario Espósito y yo teníamos entre manos. Más adelante, a la luz de lo que hubiéramos descubierto, podría volver a planteármelo. Lo cierto es que la perspectiva de pensar «en grande», como había dicho Ortega, le imprimía un sabor diferente a todo el asunto. La visita al archivo del Estado adquiría ahora un cierto aire novelesco.

Fue cuestión de llegar para que cualquier sublimación que pudiera haber hecho de la escena se esfumara de un plumazo. El archivo quedaba en los bajos de un edificio desangelado en el centro de la ciudad, a mitad de camino entre un intento de rascacielos cincuentero y un ministerio soviético. En la puerta nos pidieron nuestros documentos. El hecho de

que yo no tuviera representaba al parecer un obstáculo insalvable. Luego de un breve diálogo en napolitano que no llegué a comprender del todo, el comisario consiguió hacer reír a la mujer de recepción y nos hicimos con dos pases de visitante. A cambio tuve que rellenar de memoria los datos que figuraban en la planilla de acceso.

Nos recibió un tipo que tenía su escritorio colocado en mitad de un pasillo sin ventanas e iluminado por un juego de tubos fluorescentes que a punto estaba de desprenderse del techo. Ni siquiera cuando estuvimos frente a él interrumpió la actividad de hurgarse con desgana uno de los agujeros de la nariz. Como si no estuviéramos ahí, se sacó un moco, lo escrutó con la mirada, y luego, restándole importancia, lo pegó debajo de la mesa mientras nos preguntaba qué necesitábamos. Al oír nuestros requerimientos y luego de pensárselo un momento, nos condujo hasta otra dependencia en la que un hombrecillo de movimientos rápidos y nerviosos nos recibió muy cortésmente. A diferencia de su compañero, iba vestido de forma impecable y de un modo algo anticuado, como si las ropas las hubiera heredado de algún familiar fallecido. Al enterarse de lo que buscábamos se llevó un dedo a los labios, entrecerró los ojos, y luego de meditarlo un instante nos condujo a otro despacho en el que había tres hombres trabajando en sus ordenadores y otro sentado en una mesa y con un manuscrito muy grande y muy antiguo desplegado frente a él. Era el único de los cuatro que parecía realmente concentrado.

Nuestro anfitrión comentó en voz alta lo que andábamos buscando. Se trataba de la caja que Majorana había entregado a su alumna Gilda Senatore el día antes de desaparecer. El comisario, curiosamente, mostraba menos entusiasmo que el que yo hubiera esperado. Luego me enteraría del porqué. Restaba aún la comprobación y era por eso que no había querido decirme nada, pero el día anterior había hablado por teléfono con un colega suyo que le había dicho que estaba casi seguro de que en la caja no encontraríamos nada de interés, porque en su momento se la había revisado y se había archivado sin que nada sugerente hubiera podido encontrarse. El hombrecillo que nos acompañaba lanzó la pregunta al aire y en un primer momento pareció que nadie le hacía caso. Poco a poco, sin embargo, y con la parsimonia de un elefante resacoso, los hombres comenzaron a intercambiar algunas palabras y a

consultar sus terminales. Si bien no tenían un gran parecido —salvo por la mórbida obesidad que todos padecían— me pareció como si tratase de tres enormes gemelos que hubieran clonado en un laboratorio para destinarlos a esa tarea específica. Al cabo de un momento uno de ellos le alcanzó a nuestro hombrecillo un papel con un nombre y un número de teléfono. Durante la espera nuestro amigo le había estado contando al comisario acerca de una familia cuyos tres hijos pertenecían al cuerpo y que el comisario dijo conocer. Me pareció que mentía, cosa que me llamó la atención. Nunca hubiera dicho que fuera capaz de hacerlo.

El hombrecillo llamó por teléfono y habló con alguien que aparentemente estaba muy al tanto del tema, porque no le tomó más de tres minutos colgar y comentarnos que, efectivamente, el contenido de la caja se reducía a apuntes de clase que Majorana había dejado para los meses que seguían a su desaparición. Aparentemente, la persona con la que habló estaba lo suficientemente relacionada con el caso como para no haber necesitado cerciorarse de algo sobre lo que ya había tenido que responder en más de una ocasión.

Las novedades no eran demasiado alentadoras. A lo sumo confirmaban el hecho de que la desaparición de Majorana había sido premeditada, ya que de otro modo no se entendía que hubiera dejado a sus alumnos los apuntes para las clases venideras, pero no decía nada acerca del posible móvil o de las circunstancias en las que el hecho se había producido. Ni siquiera si se había tratado de un plan de fuga o de un suicidio. Apenas alcanzaba para descartar la idea de un secuestro por parte de alguna potencia extranjera, una hipótesis que de todos modos nunca habíamos tomado en serio por más que hubiera algún loco que la defendiera.

Nos sentamos en un bar, pedimos café y permanecimos en silencio hasta que el camarero lo trajo. Toda la ilusión que había podido hacerme el llamado de Ortega se esfumó dejando en su lugar una sensación de hambre insatisfecha que me hizo sentir un poco miserable y bastante tonto. ¿Quién carajo me mandaba a mí a alimentar la esperanza de que el trabajo de periodista pudiera llegar a darme algún tipo de satisfacción mayor que la de recibir un cheque todos los meses? En la vereda de enfrente una chica con cara de sueño estaba colocando las mesas de la terraza de un bar. Llevaba un delantal negro atado a la cintura sobre una

falda escocesa de cuadros rojos y negros y una camisa blanca que le daban aspecto de colegiala. Su rostro demacrado y sus caderas deformadas por el tiempo conspiraban sin embargo contra aquella posible asociación. Había sacado cuatro mesas con sus sillas y estaba sacando la quinta cuando comprendió con cierta sorpresa que no había donde colocarla. Me extrañó que no lo tuviera calculado de antemano. No parecía que se tratara de su primer día, más bien al contrario. Llevaba a cabo la tarea con la mecánica automatización que sólo la dilatada repetición otorga. ¿Por qué era, entonces, que aún no había incorporado el dato de que ahí sólo había espacio para cuatro mesas? De pronto tuve la sensación de que no había nada en el universo que encajara con la forma que le había sido asignada. Como si leyera mi desolación, el comisario Espósito decidió romper el silencio.

—No se preocupe, Aguiar, va a ver como en el momento menos pensado vamos a dar con la pista que va a volver a encarrilar toda la cuestión. Así es como funciona esto…

Volví la vista hacia el comisario y me lo encontré ensayando una forzada sonrisa que pretendía transmitirme una esperanza de la que carecía. Miré ese rostro ajado por el tiempo y las noches a la intemperie y pensé que a él tampoco su trabajo le habría deparado demasiadas satisfacciones. Lejos de estar resentido por ello, ahí estaba intentando levantarme el ánimo.

—¿Cuál es el caso del que más se acuerda, comisario?

—¿En qué sentido?

—El que más se acuerda. El primero que se le viene a la memoria cuando tiene que pensar en un caso en el que haya trabajado.

El comisario bajó la vista hacia la mesa y se puso a recorrer con los dedos el borde del mantel.

—Pues no lo sé… Hubo un asesinato hace unos quince años, una mujer que murió en manos de su pareja. Al tipo lo encontramos pronto y confesó enseguida, eso no tuvo nada de especial. Pero tenían un hijo. Vinieron los de los servicios sociales y se lo llevaron a un hospicio. Por alguna razón el chico me despertó una ternura enorme. Y no era sólo por las circunstancias por las que atravesaba, las he visto peores. La vida es muy puta, Aguiar, y se ensaña con quien menos se lo merece, pero este

chico tenía una luz en la mirada que hacía pensar en esperanza. Supongo que por eso me jodía más que otras veces que se perdiera. Lo estuve visitando durante tres meses y hablaba con la asistenta para asegurarme de que no se olvidara del caso. Finalmente le conseguimos una buena casa donde quedarse. El chico retomó los estudios y ahora está en la universidad. Todavía me llama a veces, para algún fin de año o para mi santo —dijo el comisario—, a veces las cosas terminan acomodándose…

Miré hacia la vereda de enfrente y vi a la chica terminando de colocar los manteles. Entró en el bar y salió con cuatro maceteritos con flores rojas y violetas que fue dejando sobre las mesas.

—Pero seguro que no es nada en comparación con lo que voy a contar del caso Majorana una vez que lo hayamos resuelto —dijo el comisario recuperando el entusiasmo—. Me gustaría ver la cara que ponen los de la central cuando se lo presente, lo vamos a celebrar por todo lo alto, ¿eh, Aguiar?, ahí van a saber quién es el comisario Espósito.

—Esperemos, comisario —respondí.

—Sí, hombre, sí. Va a ver como todo va a salir bien. Siempre pasa igual, miles de pistas falsas que un día se reorganizan y conducen a que todas encajen, sólo se trata de dar con la ruta correcta.

La ruta correcta, me quedé pensando. El sonido lejano de una sirena me hizo pensar en los rumbos que tomarían los barcos que en ese momento dejaban el puerto.

—Ese ferry a Palermo —dije—, el que se tomó Majorana, ¿todavía hace la ruta que pasa entre Capri y Sorrento?

—Hasta donde yo sé, y siempre que el tiempo se lo permita, por ahí es por donde pasa. Es la ruta más directa —me explicó el comisario.

Hubo algo en sus palabras que me hizo un poco de ruido, como si hubiera una pieza suelta, un dato no demasiado concreto que estuviera quedando descolocado.

—¿Siempre que el tiempo se lo permita? —inquirí.

—Sí —dijo el comisario—. El paso no es demasiado holgado, y si hay mala mar los barcos, por precaución, prefieren pasar por fuera de la isla.

El modo en que las ideas cuajan en un momento dado es algo que nunca va a dejar de sorprenderme. No sé si fue la palabra «ruta» que el comisario utilizó al hablar del curso de las investigaciones o si fue el

rumor del mar mezclado con la desgana de la camarera que arreglaba las mesas del otro lado de la calle y que en algún punto se encontraba con la mía, el hecho es que al juntar todos esos elementos con la información de que el ferry sólo pasaba por el estrecho cuando hacía buen tiempo, la ficha que faltaba cayó en el centro del tablero.

—El mar me rechazó —dije.

—¿Cómo?

—El mar me rechazó —repetí—. Majorana era un buen nadador, y sólo podía alcanzar la punta del golfo de Sorrento si el barco pasaba entre ella y la isla de Capri. Si pasaba por fuera era imposible que lo hiciera, sobre todo con mala mar. El mar me rechazó significa que el ferry no pudo pasar por donde él necesitaba por culpa de las condiciones meteorológicas de ese día.

—Hay una competencia de natación que se lleva a cabo entre Capri y punta Campanella —dijo el comisario Espósito mientras se incorporaba en la silla como quien ha visto a un aparecido—, es una distancia perfectamente nadable por alguien que tenga cierto oficio.

—Y Majorana era un buen nadador, lo leí en un libro que hablaba acerca de su vida.

—Saltó al agua, nadó hasta Sorrento, y sin decirle nada a nadie se desplazó hasta el puerto de Nápoles para embarcarse en el *Oceania* rumbo a Buenos Aires.

—Y no pudo hacerlo en el viaje de ida porque las condiciones del mar se lo impidieron, porque «el mar lo rechazó», con lo que tuvo que esperar a que, al volver de Palermo, el ferry lo dejara en el mismo sitio.

De pronto todo parecía aclararse. De pronto la historia estaba completa. Quedaba por confirmar que efectivamente el día 25 de marzo de 1938 hubiera habido mala mar —cosa que el comisario se encargó de hacer esa misma tarde consultando las tablas de mareas que se conservan en el archivo del instituto oceanográfico—, pero de antemano supimos que la explicación no podía ser otra. La hora a la que se hacía referencia y esa sugerente frase acerca del rechazo del mar cerraban de pronto perfectamente. El círculo que diez días atrás me había puesto en camino de la ciudad de Nápoles por fin estaba completo. Me despedí del comisario y caminé a buen paso hacia el hotel. Fuera lo que fuese lo que

hubiera llevado a Majorana a querer desaparecer, había querido hacerlo de un modo tan radical que no encontró otra forma que fingiendo su propia muerte. Había planeado todo lo planeable hasta en el último detalle, pero lo que no podía planear, lo que resulta impredecible, era el humor con el que el mar se levantaría ese día. Eso lo había obligado a redefinir algunos detalles. ¿Habría dudado al llegar a ese punto acerca de si seguir adelante? ¿Habría leído en el rechazo del mar una suerte de señal que lo llevó a plantearse todo de nuevo? ¿Habría atravesado por un momento de debilidad en la soledad de su hotel de Palermo? ¿Por qué iba a enviar sino el telegrama avisando que volvería al día siguiente? ¿O es que ese había sido su nuevo plan pero luego, en la cubierta del ferry que le traía de vuelta, se había arrepentido? Nunca lo sabremos. Imposible saberlo. Tampoco importa demasiado. Lo importante es que la historia cerraba ahora perfectamente, y que no necesitábamos de Gilda Senatore ni de ningún monasterio para contarla. De pronto me pareció que la idea de escribir un libro al respecto no resultaba tan descabellada. A ver si al final toda aquella aventura iba a significar el comienzo de una vida nueva para mí, de una nueva oportunidad. ¿Sería que era así como ocurría, que las oportunidades se presentaban en forma de charla fortuita con un policía napolitano mientras disfrutábamos de un café con leche en una mañana cualquiera? No era tiempo de pensar en eso. No era tiempo de pensar en nada. Era tiempo de actuar. Por una vez en la vida era tiempo de actuar. Subí de dos en dos los peldaños de las escaleras del hotel con la intención de llamar a Ortega apenas llegara a mi habitación, pero al alcanzar el rellano dudé de lo conveniente que pudiera ser pasarle toda la información a un individuo que en el fondo no merecía mi confianza. Tal vez lo más juicioso fuera adelantarle sólo una parte, guardándome para mí la clave que resolvía el misterio. Y en eso estaba pensando cuando, al abrir la puerta, me encontré con la figura de Ana sentada a los pies de la cama. La primera impresión —y quizá de manera premonitoria— fue la de hallarme frente a un espectro.

—Ana —dije—, ¿qué haces aquí?

—Hola, Ernesto —respondió ella con sequedad—. No contestas mis llamadas, ya no sé lo que haces ni quién eres. Vine a ver si es que aún existe el hombre con el que iba a casarme.

Isla de San Pietro, algunos días antes

—Le digo que sí, Aguiar, que para cada uno de nosotros Dios asignó una persona a la que estamos destinados. Otra cosa es que no la sepamos reconocer cuando la vemos.

La charla tenía lugar en una de las mesas del bar al que nos llevaron los pescadores del puerto luego del altercado con el yate de los niños ricos. Llevábamos ya unas cuantas horas bebiendo y riendo con ellos en la barra. El incidente de alguna manera nos había hermanado. El gringo Ross no manejaba el idioma, pero un poco por lo que yo le iba traduciendo y otro poco por gestos, entendía y se hacía entender. Les habló de sus aventuras en el Caribe y éstos las celebraron invitándonos a cerveza y a una grapa local que ya nos tenía con los pies livianos. Nos contaron de la *tonara*, una forma tradicional de pesca del atún en la que las barcas rodeaban al cardumen cuando este pasaba migrando hacia el este. Una vez que lo tenían encerrado, los pescadores bajaban de las barcas y se metían entre la redes para ensartar con sus garfios a esos bichos de más de trescientos kilos y acercárselos a los que se encargaban de subirlos a bordo. El gringo Ross dijo que algo parecido hacían en el sur de España, sólo que allí le llamaban *almadraba,* y nos pusimos a intercambiar historias marineras —en realidad ellos lo hacían, yo me limitaba a escucharlas— hasta que poco a poco la charla se fue empapando de alcohol y las voces, cada vez más eufóricas, hablaban cada vez más alto y se entendían cada vez menos. El grupo se fue disgregando en pequeños corros independientes. Algún problema surgió entonces entre los integrantes de la cofradía y se enzarzaron en una discusión que no nos incluía, con lo que el gringo y yo pasamos a una mesa y nos pusimos a hablar de nuestras cosas. Yo me había quedado pensando en lo

que había contado él acerca de los distintos sitios por los que había pasado y algo le comenté al respecto. Como si se tratara de un viejo recuerdo y no de algo que estaba ocurriendo en ese mismo momento, el gringo se puso a hablar de la sensación de llegar a un puerto nuevo. Me explicó que en el Caribe se corría la voz de que lo que ocurría era que venía un espíritu y le pedía a uno el cuerpo prestado para poder celebrar de nuevo.

—Imagine que es usted un espíritu, Aguiar, el espíritu de un hombre sencillo que se pasó la vida de puerto en puerto y de puterío en puterío, y que un día se murió y que a partir de ahí todo lo que sabía hacer le fue vedado porque ya no tenía un cuerpo con el que practicarlo. Imagínese lo que debe ser para un espíritu así de simple no poder sentir nunca más la temperatura de la cerveza o la suavidad de los pechos de una mujer. Imagínese lo que daría porque le prestaran un cuerpo por una noche para poder irse de juerga de nuevo… —me dijo el gringo con los ojos encendidos.

Luego me explicó que no había nadie mejor dispuesto que los que llegábamos del mar, y argumentó algo acerca del desapego respecto de nuestro propio ser que el mar nos regalaba.

—Si le dijeran que es para eso —retomó—, para que un pobre desgraciado sin una garganta con la que beber ni unas manos con las que acariciar se pegue una última juerga, y que lo único que tiene que hacer usted es ausentarse a base de alcohol para hacerle un lugarcito, ¿no lo haría?

La verdad es que todo eso de prestarle mi cuerpo a un marinero borracho no era que me resultara muy atractivo.

—Supongo que sí —dije por no contradecirlo.

—¡Claro que sí! —confirmó él, y fue como si al obtener mi aceptación se hubiera sentido autorizado a ejercer de maestro de ceremonias de la noche.

Lanzó una mirada alrededor como el anfitrión que comprueba que sus invitados están a gusto, y a continuación me comentó algo acerca de la sensación de libertad de bajar a tierra venido desde lejos para lanzarse a las calles en busca de la compañía de los gitanos de moral ligera. Así los llamó: los gitanos de moral ligera.

—¡Tener un corazón ligero —declamó luego con su copa en alto—, vale decir amar a todas las mujeres bellas!

Un hombre al que le faltaba un ojo se giró y acompañó el brindis probablemente sin entender una palabra de lo que oía. El gringo me explicó que se trataba de un poema de no sabía bien quién, e intentó sin éxito recordar el nombre del autor o algún otro verso. Por alguna razón me hizo pensar en las vidas que no viviría, y supongo que un poco por eso, y envalentonado por el alcohol, fue que me animé a confesarle lo que había estado fantaseando acerca de olvidarme de Nápoles y seguir con él hasta Turquía. El gringo se sonrió.

—Y ¿quién le dijo que yo voy a Turquía?

—Es igual, gringo. A donde sea que vaya el *Victoria*.

Sin abandonar la sonrisa, el gringo perdió la mirada en la mesa.

—El *Victoria*… —reflexionó—, gran barco el *Victoria*, humilde y robusto, y mucho más leal que la mayoría de las personas que he conocido. ¡Por el *Victoria*! —dijo levantando nuevamente la copa.

Yo me había distraído observando a la concurrencia con esa satisfacción sin objeto que el alcohol otorga. En la puerta, un grupo de tres mujeres reía con sus vasos en la mano. Una de ellas cruzó miradas conmigo justo en el momento en que el gringo mencionaba la lealtad como una de las principales virtudes de su barco. El rostro de Ana se me vino inmediatamente a la cabeza.

—Espéreme acá, Aguiar, no se mueva que voy a buscar un par de cervezas —dijo el gringo mientras se incorporaba.

Yo asentí y, desviando la vista de la puerta, me dediqué a seguir familiarizándome con la fauna local.

Un pequeño altercado llamó mi atención. Un parroquiano con alguna copa de más al parecer había importunado de algún modo a una dama y otro más caballeresco lo había invitado a retirarse. ¿Qué costumbre era aquella que tan bien conocía yo de pasarse las horas en una barra, apaleando la conciencia hasta que nos dejase tranquilos, hasta que nos permitiera volver a ser niños por un rato, espíritus sin cuerpo que no sienten el peso de las responsabilidades ni el paso del tiempo? ¿A qué respondía esa necesidad tan antigua? El hecho es que ahí estábamos cumpliendo con el ritual, y sintiendo los dientes ya reblandecidos pensé

en los espíritus del gringo Ross, y concluí que se trataba de una de las bromas de la vida, de esas de las que tanto le gusta gastar: mientras ellos querían un cuerpo para poder emborracharlo, los que teníamos uno nos dedicábamos a intoxicarlo hasta olvidarnos de su existencia, hasta convertirnos en almas libres que revolotean por el espacio en un tiempo infinito. Era evidente que no formábamos parte de una raza fácil de contentar. Al cabo de un momento el gringo se dejó caer en su silla con dos nuevos vasos en las manos.

—La cerveza del pescador Shiltigheim… —dijo mientras me alcanzaba el mío—. ¿De dónde carajo era eso?

Ignorando sus palabras, me puse a fantasear con la posibilidad de no volver. Desaparecer del mundo como había hecho Majorana, inventarme una vida nueva que empezara allí, en el mar. Si quería podía decidirlo en ese mismo momento. En ese mismo momento podía enterrar para siempre al Ernesto Aguiar que todos habían conocido y convertirme en el grumete del *Victoria* que bebía cervezas en los puertos con los pescadores y los marineros muertos y los gitanos de moral ligera. El rostro de Ana volvió a aparecérseme de pronto y no pude evitar exteriorizarlo. Le comenté al gringo que el mayor inconveniente que veía a la idea de acompañarlo a Turquía era que tenía una mujer y que teníamos planes de casarnos, y fue ahí que él me dijo aquello de que Dios había dispuesto para cada uno de nosotros una persona especial a la que uniríamos nuestras vidas. Por alguna razón, sin embargo, más que el inesperado brote de romanticismo, lo que me llamó la atención fue el hecho de que volviera a sacar a relucir el tema de Dios.

—¿Qué carajo te pasa con Dios, gringo? —le dije.

—¿A mí? Nada —respondió él con cara de desentendido.

—Vos no eras así, gringo, vos en la puta vida habías hablado de Dios. ¿Qué carajo te pasó que ahora lo nombrás cada tres minutos?

El gringo mantuvo el gesto serio durante un momento. Luego, como si se contara un chiste a sí mismo, dejó escapar una sonrisa maliciosa de esas que no anunciaban nada bueno.

—¿Así que lo nombro muy seguido?

—De cada tres palabras, dos tienen que ver con Dios —exageré.

El gringo volvió a sonreír.

—La gente cambia, Aguiar.

—Por eso, gringo, ¿qué fue lo que te cambió a vos?

El gringo se echó hacia atrás en la silla y pegó una larga calada a su cigarrillo. Yo desvié la vista hacia la puerta y volví a cruzar miradas con la mujer que bebía junto a sus amigas. No sé si habrá sido por lo que el gringo había estado diciendo, pero de pronto me pareció que tenía pinta de gitana, una gitana de moral ligera que me sonreía con sus ojos violetas.

—¿Se acuerda que le dije que me habían descubierto una enfermedad medio jodida? —retomó el gringo Ross.

—Me acuerdo —respondí—. ¿Fue por eso que te pusiste a hablar con el de arriba?

—No del todo —dijo él—. Más o menos coincidió en el tiempo, pero no fue exactamente por eso. Aunque, claro, ésas son cosas que lo hacen pensar a uno. Era la época en la que me había vuelto a Buenos Aires. ¿Se acuerda que le dije que me separé de la negra y me volví a Buenos Aires?

Asentí.

—Pues en eso andaba, vendiendo santos y crucifijos que traía desde España cuando me dijeron que estaba jodido, que me había pescado una de las feas. Para ese entonces yo andaba ya medio harto de Buenos Aires y había empezado a pensar en la negra y a preguntarme por qué carajo me había ido de al lado suyo si ahí tenía una buena vida, cuando me empezaron los dolores y me hice ver y me dijeron que no me quedaba ni un año.

Mi cara debe haber sido bastante elocuente, porque el gringo se apuró a tranquilizarme.

—No se preocupe, Aguiar, de eso hace ya más de cuatro años y acá me tiene. La cuestión es que cuando me dijeron eso fue como si me pusieran un cartel con letras luminosas en el que se podía leer todo lo que yo había estado desoyendo acerca de la vida que llevaba y de la negra y de Mar del Sud, así que para allá me fui a buscarla para disculparme y empezar de nuevo. Y no crea que no pensé que era una putada para ella verme llegar para enterarse de que me estaba muriendo, pero ésas son cosas que no se piensan mucho, y quizá por egoísmo o por puras ganas de verla decidí ir igual, y al llegar me enteré de que se había ido.

—Que se había ido para Europa.

—Que se había ido para Europa. Ella que en la puta vida había salido del pueblo —dijo el gringo, y tomó un trago de cerveza—. Fue raro verme ahí, sin nadie que me esperara ni que me fuera a extrañar si me iba. No tenía trabajo ni casa, con que lo único que me quedaba era volver a Buenos Aires, pero de repente se me hizo que a Buenos Aires ya no podía volver, y en eso andaba pensando, sentado ahí en la arena y mirando las olas deshaciéndose en la orilla, cuando esa voz de la que le hablé salió del mar para decirme que me fuera a navegar.

—Y ¿esa voz era Dios?

—No, no creo. Él debe andar ocupado en cosas más importantes —dijo el gringo resignado—. Además, como le dije no era bien una voz, sino como una claridad que se me metió en la cabeza.

—De que tenías que irte al mar…

—De que tenía que irme al mar, sí, pero que se juntó también con lo otro, lo de la enfermedad y los negocios que había estado haciendo, y ahí tuve otra certeza de la que todavía no le hablé.

El gringo Ross se acomodó antes de continuar.

—No sé si me lo va a entender, Aguiar, pero tuve la certeza de que había alguien ahí arriba que se había enojado conmigo por andar negociando con santos —dijo el gringo, y se me quedó mirando como a la espera de ver qué me parecía.

Yo por supuesto me mantuve en silencio

—Yo creo —retomó el gringo—, que Dios se enojó conmigo por andar comerciando con la fe de las personas, y que fue por eso que me enfermé y que la negra se fue para Europa. Y entonces pensé que tenía que hacer algo.

—¿Algo como qué?

—Ahí está la putada, Aguiar, que no lo sé, pero tiene que haber algo que pueda hacer para repararlo. Por lo pronto dejé de vender santos y algo pareció que ayudaba, porque la enfermedad se me paró en seco, pero yo creo que falta algo, como si esto fuera un arreglo momentáneo, una tregua mientras que encuentro la verdadera solución, como si Dios me hubiera dado un margen para que encuentre la manera de repararlo. Por eso es que no importa mucho para donde vaya, ¿se da cuenta?,

porque en el fondo no tengo ni idea de lo que ando buscando. Y sin embargo si me pregunta yo creo que lo voy a encontrar —dijo el gringo sin dobleces—, si no para qué carajo se hubieran tomado tanto trabajo, ¿eh, Aguiar?

Mientras escuchaba lo que el gringo me decía volví a desviar la vista hacia la puerta. La gitana y sus amigas miraban más abiertamente ahora. El gringo, al verme, se giró y también las vio.

—La puta madre, Aguiar, yo acá contándole lo más íntimo de mi existencia y usted mirando culos —se rió.

—No, gringo, te juro que te estaba escuchando —me defendí, pero ahora era el gringo el que ya no me oía.

—Qué cosas más bonitas —dijo completamente girado hacia ellas y al tiempo que las saludaba con la mano.

Las chicas, entre risas, le devolvieron el saludo.

—¿En qué quedamos, gringo, no era que Dios nos tenía asignada una persona a cada uno?

—Los designios de Dios son una cosa de lo más misteriosa, Aguiar, quién carajo soy yo para andarlos interpretando. Además usted ya no está hablando conmigo —dijo guiñándome un ojo—, sino con el espíritu del infeliz que gobierna mi cuerpo esta noche. El pobre seguramente lleva años sin tocar a una mujer. Habría que ser muy hijo de puta para negarle la posibilidad de hacerlo, ¿no le parece?

—No quisiera ser el que te defienda cuando llegue el día del juicio, gringo —me reí.

Él gringo Ross apoyó los codos en la mesa y se me acercó con la solemnidad de quien va a revelar un gran secreto.

—El día del juicio ya llegó —dijo— y perdimos, por eso estamos en esta puta vida. Pero Dios, que aprieta pero no ahoga, nos regaló un cuerpecito emborrachable y juguetón con el que hacer que, de vez en cuando, la cosa sea un poco más llevadera. Y usted no quiere despreciar el regalo que Dios le dio, ¿verdad, Aguiar?

No sabía cuántos mandamientos había violado el gringo con esa sola frase, pero seguramente no eran pocos.

—Vas a arder en el infierno —le solté.

—Mañana, Aguiar, mañana —me respondió—. Hoy ni al mismo diablo

se le ocurriría tratar de llevarme. Venga, acompáñeme, que ahí en la puerta hay unas personas que me gustaría presentarle.

Nápoles, el presente

No es verdad que podamos movernos entre dimensiones. No es verdad que podamos compaginar en un mismo plano distintos niveles de realidad. Al leerlo en los libros parece que fuera posible, pero basta enfrentarnos a la realidad —a la realidad real, a la realidad tangible— para ver que a nuestro cerebro una tarea como ésa le resulta imposible. Por más que lo hubiera intentado, mi psique jamás habría sido capaz de hacer convivir en un mismo plano lo que había estado ocurriendo en los últimos días con la irrupción de Ana en la ciudad de Nápoles, una suerte de intromisión de un elemento fantástico en un cuento costumbrista sin que pudiera determinar a cuál de los dos pertenecía cada quien. Así de lejana la sentía en ese momento, como si se tratara del personaje de una historia que alguien me hubiera contado, o de un rostro aparecido en un sueño tenido hacía tiempo. Y sin embargo a la vez me resultaba tan familiar… ¿Será que lo que en realidad evocamos de alguien cuando lo recordamos, lo único que de verdad llegamos a reconocer, son sus rasgos físicos? ¿Será que eso es todo lo que podemos retener cuando nos asomamos al misterio del ser de cada uno? O quizá lo que de verdad ocurre —sólo que yo por ese entonces no podía saberlo— es que un rostro es la mejor seña de identidad que podemos obtener de alguien mientras aún nos pensamos como individuos separados. La charla que tuve con Ana en realidad la tuve conmigo. Y la que tuvo ella conmigo era la que en el fondo veníamos sosteniendo desde hacía siglos. Dos monólogos improvisados que intentaban poner en orden el mismo eterno desconcierto, el universo interrogándose acerca de su propia identidad y descubriendo sin asombro que el que pregunta y el que responde son uno y el mismo, lo casual y lo causal, y la Vía Láctea y lo indefinido. Ese todo

que es todo y parte y que a cada instante se corporiza en aquello que estamos siendo, como los ojos de esa mujer que caminaba junto a mí y que buscaba en el aire alguna pista que le ayudara a descifrar el misterio.

—Los primeros días no sabía qué pensar —me dijo Ana mientras bajábamos por la avenida del Doumo hacia el mar—. Ortega me hablaba de un barco y a mí me parecía todo tan irreal que a ratos pensé que me estaba volviendo loca. Con el correr de los días, sin embargo, y al ver que la vida seguía como si nada, que todos seguían yendo a trabajar como si nada, como si todo estuviera en su sitio, todo empezó a parecerme igual de irreal que la posibilidad de que estuvieras navegando por el Mediterráneo, con lo que las referencias y las seguridades que hubiera podido tener se me hicieron añicos y entré en un limbo que de algún modo representó una suerte de liberación. ¿Será por eso que la gente se vuelve loca, para sobrellevar aquello que su cabeza es incapaz de encajar?

Había en las palabras de Ana una especie de mansedumbre que parecía condecirse con el limbo del que hablaba. No me parecía sin embargo que se tratara de un desvarío, al contrario. Me parecía que había en su hablar una cierta transparencia que se parecía mucho a la verdad.

—No sé qué decirte, Ana, no tengo muchas respuestas. Si lo pienso desde hoy yo tampoco sé cómo fue que decidí embarcarme. Estaba enojado con Ortega por relegarme siempre al último puesto en todo, estaba asqueado con mi vida por tener un trabajo de mierda y por no poder ser un tipo que pudiera ofrecerle algo a alguien. ¿Cómo carajo iba a ser un marido para vos si ni siquiera podía ser una persona para mí? No sé cómo fue que se conjuraron las cosas para que hiciera esa estupidez…

—Fue una estupidez.

—Sí, una estupidez absoluta. Y una estupidez egoísta.

—E inmadura.

—E inmadura. Y te pido mil disculpas por habértelo hecho pasar tan mal, Ana, de verdad que es lo último que quería, pero quizá de alguna manera era lo que tenía que pasar.

—Quizá sí —dijo ella con una calma que me sorprendió—. Si me hubieras dicho esto mismo hace apenas cinco días te hubiera partido la cara. Pero hoy… hoy ya no sé. Te veo aquí caminando por las calles de

Nápoles y parece como si siempre hubieras estado aquí. Yo misma llevo apenas tres horas en esta ciudad y ya siento Barcelona como una tierra lejana.

Sobre la calle y sobre las veredas había gente montando los puestos en los que al día siguiente se ofrecerían los dulces y souvenires de la fiesta de San Genaro, el patrono de la ciudad. La misma calle que ahora estaba casi vacía acogería a la mayor parte de los habitantes de Nápoles y a otros venidos de los alrededores que se reunirían para presenciar el milagro de la licuefacción de la sangre del mártir. Un chico pasó corriendo con un globo rojo en la mano. Ana lo miró y él le devolvió la mirada. Ana dejó caer una lágrima.

—¿Estás bien? —le dije.

—Sí, no es nada. Son las emociones, que andan medio revueltas por estos días. De a ratos se me cae una lágrima. De a ratos también sonrío sin saber por qué. Debo de parecer una estúpida.

—No, amor, no parecés una estúpida. La verdad es que se te ve radiante.

Era verdad. En medio de su tristeza se la veía radiante.

—Cuéntame de tu investigación —dijo Ana secándose el rostro con el dorso de la mano.

—No sé muy bien qué contarte.

—Lo que hayas averiguado.

Lo que haya averiguado. ¿Cómo se puede contar así, sin anestesia, todo lo que ha elucubrado el cerebro de uno a partir de ir entrometiéndose en la vida de alguien que vivió hace más de medio siglo y que de pronto se descubre como un posible espejo de la vida propia?

—Se trata de un físico —dije—, un físico siciliano.

—Un físico que desapareció en circunstancias misteriosas —completó Ana—, eso ya me lo dijiste. Pero ¿has podido aclarar algo?

—¿De qué?

—De las causas, de cómo fue, de qué fue lo que realmente ocurrió.

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—Las circunstancias están más claras, al menos tengo una versión que me parece que cierra bastante bien con los datos que hay al respecto,

pero el misterio del hombre, el verdadero misterio de las ideas y de los sentimientos que habitaban dentro de su cabeza cuando decidió desaparecer, no creo que ni él mismo pueda descifrarlo.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Sabes tú por qué lo hiciste?

—¿El qué?

—Desaparecer. Por qué decidiste alejarte de la vida que teníamos.

—Es lo que te digo, Ana, no lo sé. Ni uno mismo lo sabe. Creo que eso es lo que estaba tratando de decirte, lo que no podía decirte cuando hablábamos por teléfono.

Nos sentamos en un terracita que había bajando la avenida del Duomo, una punta de diamante que bifurcaba la calle en una peatonal y otra por la que circulaba el tránsito. En realidad la peatonal era una calle cualquiera que por algunas horas servía de escenario a un mercado de frutas y verduras que allí se había instalado. No había espacio para los coches, pero entre los gritos de los feriantes y el deambular de los compradores se colaban algunos *motorinos* que pasaban cargados con familias enteras. El padre conducía, la madre iba detrás, y el niño iba de pie en el descanso que había entre el asiento y el manillar. Algunos llevaban incluso un segundo crío sentado entre sus progenitores. El camarero se apareció con dos tazas de café.

—¿Y qué tal por Barcelona? —dije.

—Bien, creo. La gente piensa que me volví loca. Quizá tengan razón.

—¿Qué dice tu madre?

—Que no le extraña, que ella siempre supo que algún día iba a ocurrir, pero que lo que no entiende es lo que te pasó a ti. Siempre te ha tenido por un tipo tan responsable…

—…

—Los del salón de fiestas ya tiraron la toalla. Al principio me llamaban veinte veces por día para confirmar que la boda seguía en pie, pero luego dejaron de hacerlo. No sé si alguien se lo explicó o si se dieron cuenta solos.

—¿De que te habías vuelto loca?

—De que me había vuelto loca, sí…

Ana dijo esto y dejó escapar una risita como de quinceañera. Yo me reí también. Entonces nos miramos. Nos miramos a los ojos como si fuera la primera vez que lo hacíamos. Y no lo digo en un sentido romántico, sino del modo más literal. No es que nos mirásemos como nos habíamos mirado el primer día, sino como si de verdad nunca antes lo hubiéramos hecho. Y quizá algo de eso había. Quizá era la primera vez que nos mirábamos de verdad.

—¿Cómo estás? —me dijo ella.

—Creo que bien.

—Se te ve bien.

—A ti también.

—Y ¿cómo sigue todo esto?

—La verdad es que no lo sé, Ana.

De fondo el rumor del mar dejó sentir su presencia.

—Por un lado está la policía que al parecer no va a dejar que me vaya todavía, pero te mentiría si te dijera que se trata sólo de eso. No sé bien cómo explicarlo, pero tengo la sensación de que es acá donde tengo que estar. Es como si las cosas no hubieran pasado por casualidad, Ana, como si todo lo que fue ocurriendo hubiera ocurrido por una razón y esa razón hubiera llevado a que esté hoy acá.

—¿Y sabes hasta cuándo?

—La verdad es que no. Supongo que hasta que entienda el motivo por el que vine. Había algo que no estaba bien, Ana, los dos lo sabíamos.

—La verdad es que yo no, pero por lo visto a estas alturas no me queda más remedio que aceptarlo.

—Te quiero, Ana, ¿lo sabes?

Ana sonrió, bajó la cabeza y una nueva lágrima rodó por su mejilla.

—Sí que lo sé, Ernesto. De verdad que lo sé —dijo pasándose un pañuelo por la cara.

Luego se levantó y yo me levanté con ella. Parada en frente de mí, me miró a los ojos y volvió a sonreír con una sonrisa apretada, una que parecía querer evitar el llanto. Yo le acaricié el cabello y luego la abracé. Ana me abrazó muy fuerte y así nos quedamos durante un rato.

—Mi avión sale esta tarde —dijo recomponiéndose—. Tómate el tiempo que necesites. Cuando decidas volver búscame y ya hablaremos.

La vi alejarse calle abajo y tuve la sensación de que éramos lo mismo, pero a la vez supe que esa vida nunca me había pertenecido. La miré alejarse calle abajo como si en algún punto supiera que se alejaba hacia el cielo, que se alejaba hacia el olvido, como si de alguna manera hubiera entendido que ya no la vería de nuevo.

Isla de San Pietro, algunos días antes

La gitana de los ojos violetas me preguntó por nuestra ruta, por el sitio al que nos dirigíamos y por los puertos que habíamos visitado en el camino. Le dije que el *Victoria* venía desde Buenos Aires, pero que yo me había subido en Barcelona y que el rumbo no estaba del todo claro. Le expliqué que mi idea original era desembarcar en Nápoles, pero que ahora ya no lo sabía. Ella sonrió como si de algún modo entendiera de lo que le hablaba, como si ella misma tampoco tuviera muy claro hacia dónde se dirigía. ¿Será que en el fondo a todos nos pasa lo mismo y que nadie tiene la valentía o la lucidez de decirlo? ¿Cómo estás? Pues no lo sé. ¿Me quieres? No sé, a ratos. ¡Pero algún objetivo tienes que tener en la vida! Ahora mismo no se me ocurre ninguno. Qué a gusto nos quedaríamos si pudiéramos responder con la verdad, pero al parecer había una regla que nos condenaba a fingir certezas cuando en el fondo ni nuestro propio nombre podíamos pronunciar sin temor a equivocarnos.

—Piensa en tu nombre —me dijo la gitana—, repítelo diez veces y vas a ver que a la séptima ya no significa nada.

Le hice caso y tenía razón, sólo que a la quinta repetición tuve que detenerme porque el sonido de mi propia voz retumbándome en la cabeza empezó a provocarme unas náuseas que a punto estuvieron de hacer que me vomitara los pies. El gringo mientras tanto hacía reír a las otras dos y bromeaba con quien se le cruzara con un grado de profesionalidad que hacía pensar en que ése era su verdadero oficio: andar con gitanos alegres y amar a todas las mujeres bellas. Si bien el escenario era diferente, de pronto tuve la sensación de que esa película ya la había visto, de que los bares y las barras y las chicas y las copas eran un sitio por el que ya había pasado y al que no estaba seguro de

querer volver, y entre eso y las náuseas de oírme repetir mi nombre, decidí que lo mejor era salir a tomar el aire un momento.

Bastó cerrar la puerta para que el volumen de las voces y de las risas pasara a un segundo plano, como los sonidos que nos llegan en los instantes que preceden al sueño, esa sensación de lejanía que el aire fresco de la noche en combinación con la borrachera consiguió acentuar. El cambio de ambiente me sentó de maravilla. A los tres o cuatro pasos las náuseas se habían esfumado y la noche era tan perfecta que decidí estirar el paseo. El pueblo estaba tranquilo. No dormido, sino tranquilo, con la tranquilidad de los pueblos pequeños, donde el rumor de los coches no está ahí para molestar. Las barcas descansaban plácidas en el puerto, y aunque ya era cerca de medianoche, aún se oían los gritos de los niños que, sin vigilancia alguna, jugaban en la plaza a la espera de que sus padres terminaran de cenar y fueran en su búsqueda. Las luces de las casas trepaban por la colina con esa perspectiva como de decorado de cine que la noche y los desniveles del terreno les otorgan, y decidí que ésa sería la dirección que mi paseo tomaría, hacia la parte alta, allí donde el pueblo se fundía con el cielo y desde donde seguramente podría obtener una buena vista de la bahía.

Pasé por la plaza donde los niños jugaban. Dos gomeros centenarios la adornaban, cada uno rodeado de un extenso banco de madera circular que comprendía toda la circunferencia del árbol y que los abuelos aprovechaban para sentarse a charlar. Traté de recordar lo que se sentía siendo niño, traté de imaginar lo que pensarían los abuelos, y la evocación de ambas realidades me pareció igual de ilusoria. A duras penas podía saber lo que se sentía siendo yo. Subí por una calle que salía de la plaza en dirección al monte y que, luego de pasar bajo un arco de piedra, iba a morir en una escalera de anchos peldaños que fui trepando sin prisas, al ritmo que mis piernas y mi estado general me lo permitieron. Al llegar arriba y recuperar el aliento me encontré con los restos de un castillo. «Forte Santa Teresa», rezaba el cartel todo arañado que lo precedía y que explicaba que había sido levantado a principios del mil ochocientos para defender la isla de la piratería. Siguiendo la muralla que bordeaba el acantilado llegué hasta una explanada desde la que se podía observar todo el pueblo, el canal, y del otro lado las luces de

Cerdeña. Pensé en lo cerca que estábamos de aquel otro sitio en el que tampoco había estado nunca, y en las millas que nos separaban de Sicilia y del resto de Italia, y del Adriático y el Egeo, y de las miles de islas griegas. Una sensación de ingravidez —independiente de la de la borrachera— se apoderó de mi espíritu. Cerré los ojos, inspiré profundo, y con el pensamiento abarqué todas esas distancias, e incluso quise llegar más allá, hasta donde aquel mar se convertía en tierra de nuevo, tierra oriental que se adentraba en las estepas asiáticas para volver a ser costa en el océano Pacífico. Qué breve se me hizo de pronto toda la extensión del planeta, lleno de aldeas como ésa y de puertos como ése en el que la gente vivía y comerciaba y criaba a sus hijos. ¿Era posible seguir hasta allá, pasar de largo de Nápoles y continuar hasta Turquía y el canal de Suez, y recorrerlo todo y conocerlo todo? De pronto, al pensar en eso, tuve la sensación de estar pensando en la vida de otro, pero ¿no era un poco otro el que estaba allí apostado en el Forte Santa Teresa, observando el modo en que las islas de Córcega y San Pietro se contemplaban a través del mar y de la noche?

Me recosté sobre una roca y me puse a mirar el cielo. El aroma de la hierba que coronaba la colina se mezclaba con ese otro más salitroso que subía desde el puerto. Mirando las estrellas me vino a la memoria aquello que había leído acerca de que su distancia de nosotros se medía en años luz. Medir la distancia en tiempo, pensé, e inmediatamente me acordé de aquella otra frase que no supe de dónde había salido: «Pensar el tiempo como espacio», me dije. ¿Dónde era que había escuchado yo eso? La idea de juntar en una misma dimensión el espacio y el tiempo era al parecer bastante moderna, pero los astrónomos, para medir las distancias estelares, hacía tiempo que habían aceptado ese intercambio. Las tres Marías, por ejemplo, que en ese momento me observaban desde el centro del cielo, estaban a unos dos mil años luz de distancia, lo que quería decir que lo que yo veía al mirarlas era la forma que tenían en la época de los romanos. Dos mil años ante mis ojos. De algún modo al mirar el cielo estaba mirando el pasado, la forma que ese trozo de cielo tenía cuando los romanos paseaban por allí. Lo más curioso es que, variando apenas unos centímetros el ángulo de visión, ya me encontraba con otro momento. Si la estrella de al lado estaba por ejemplo a cinco mil años

luz, entonces estaba viendo al mismo tiempo ambos momentos. Los dos mil años que me llevaban hasta las tres Marías y los cinco mil en los que habitaba su vecina algo más apagada. Entonces tuve una revelación que me llenó de vértigo. De algún modo mirar el cielo no era sólo mirar el pasado, sino que era también mirar el tiempo. Una al lado de la otra, todas las estrellas del cielo me estaban hablando de todos los momentos por los que había pasado el universo, y estaban ahí desplegados, unificándose en un mismo punto que tenía a mis ojos y a mi cerebro como centro. Miles de momentos distintos conviviendo en uno solo, como si en ese mismo lugar del tiempo pero en otros momentos diferentes otras miles de vidas pudieran estar ocurriendo, vidas que contemplaban a personas como yo en diferentes situaciones según dónde se mirara, como si esta en la que estaba borracho y perdido en una isla del Mediterráneo fuera sólo una de las vidas que estaban teniendo lugar a lo largo y a lo ancho del espacio y del tiempo. En otra ya estaría en Nápoles, en otra nunca habría salido de Buenos Aires y quizá sería panadero. En otra me habría quedado en Barcelona y me habría casado con Valeria. Así lo pensé: me habría casado con Valeria. Obviamente, el nombre que buscaba era el de Ana, pero en su lugar y de manera un tanto incomprensible —puesto que yo no conocía a nadie que se llamara así— había surgido el de Valeria. A saber de dónde lo habría sacado. Un cierto mareo me sobrevino al intentar vislumbrar el hecho de que esas distintas realidades pudieran estar conviviendo en diferentes rincones del tiempo, pero a la vez, y si no luchaba por intentar comprenderlo, una maravillosa sensación de libertad me invadía, como si todo lo pensable fuera posible, como si tuviéramos mil vidas para ser todos aquellos que quisiéramos, como si en el fondo fuéramos todo, porque tarde o temprano y en un tiempo infinito, pasaríamos por todas las posibles posibilidades de la existencia, Simbad el marino y la reina de Java, Nabucodonosor II y Atila el huno. Y las lavanderas de Aubervilliers, y los caballeros cruzados, y un siervo de la gleba, y un monje tibetano. Y las piedras y los bosques y los mares del mundo. Todas las vidas posibles eran posibles de ser vividas, incluso la de un gitano de moral ligera que sin brazos y sin piernas tomaba un cuerpo prestado para acoplarse, borracho, al de una mujer cualquiera. De pronto el mundo se me quedó pequeño pero no ya para

recorrerlo en barco, sino para abarcarlo con mi propio ser. De pronto me pareció que no sólo era posible ser otro, sino que sin proponérnoslo, en el fondo todos lo éramos. Todos éramos todo. Todos éramos Ettore Majorana.

Con esa liviandad en el cuerpo fue que descendí la colina. La borrachera ya se me había disipado y la consistencia de los pasos había vuelto a mis pies, como si la solidez de los cuerpos y del mío propio se estuviera manifestando en el ánimo con el que descendía, como si el caminar colina abajo por esas calles de piedra constituyera la propia afirmación de que el ser había triunfado sobre el no ser. Existir me pareció de pronto el más maravilloso de los regalos. Lo más curioso es que no me costaba trabajo pensar en todas esas cosas que normalmente me hubieran puesto bastante nervioso, una especie de éxtasis calmo que me otorgaba una cierta claridad, una maravillosa y mansa expansión, la naturalidad en que todas las cosas eran y se manifestaban. Supuse que para cuando llegara al bar ya no habría nadie ahí y la posibilidad no me inquietó. No había nada en todo el mundo que pudiera inquietarme. Supongo que fue por eso que les resultó tan fácil convencerme de que los acompañara a quién sabe dónde cuando me encontré al gringo y las chicas en la puerta del local acompañados de otras diez o doce personas que no paraban de hablar. Algo dijeron de una fiesta en el otro lado de la isla antes de empezar a subirse a los coches.

—¡Aguiar —me dijo el gringo Ross con una alegría en el cuerpo que parecía que le saliera en forma de luz por los ojos—, creía que lo habíamos perdido!

—Acá estoy, gringo.

—Pensé que te había tragado la noche —me dijo la gitana de los ojos violetas mientras me agarraba con las dos manos del cuello de la camisa —, ¿dónde te habías metido?

Estaba en todas partes, hubiera querido decirle, pero antes de poder hacerlo, me cerró la boca con un beso.

Nápoles, el presente

Caminé por las calles durante un tiempo que no sabría cuantificar. Bajé por la avenida del Duomo hasta la plaza Nicola Amore y desde ahí por Corso Umberto hasta plaza Bovio. Al pasar por la universidad busqué la ventana del despacho del profesor Ambrosini. Si hubiera estado de ánimo habría subido a darle las gracias por la valiosísima información que me había facilitado. Después de todo, de no haber sido por él, jamás hubiera sabido lo que significaban las coordenadas temporales ni aquellas misteriosas frases que Majorana legó a la posteridad. Pero lo cierto es que en ese momento todo aquello me quedaba un tanto lejano a la luz del encuentro que había tenido con Ana. E incluso el mismo encuentro me quedaba ahora a una distancia insalvable. De pronto todo lo que veía se me aparecía como una especie de despedida, como si entre las cosas del mundo y yo se hubiera abierto una brecha que ya no se iba a cerrar. Bajé hasta el mar y recorrí el paseo hasta el Castel Nuovo. El rumor del agua y la silueta de un barco que en ese momento entraba en la bahía me hablaron de futuro, del tiempo que corre y también del otro, el que se queda detenido aquí y allá, esperando a que seamos nosotros los que salgamos a recorrerlo. Dejé atrás el palacio real y, siguiendo la curva del paseo, llegué hasta el Castel dell'Ovo y pensé en Valeria y en nuestra primera cita. ¿Podía considerarse como una cita aquel primer paseo que dimos hasta la pizzería? ¿Podía decirse que aquel otro en *motorino* hubiera constituido una cita también? ¿Cuántos años hacía que no tenía una verdadera cita? Reservar mesa en un restaurante, pasar a buscar a la chica a la hora señalada, invitarla a pasar la noche conmigo, despertar para descubrir el sabor de la mañana a su lado. Descubrirla como se descubre un cuerpo nuevo, como el de la gitana de Carloforte, aunque en

realidad ese no contaba porque en el fondo yo no había estado ahí. No es en la noche donde los cuerpos se descubren, entre los efluvios del alcohol y de la fiesta anónima, es en la mañana, a la luz del día, en la charla de almohada que con Valeria no tuvimos. De pronto todo se me aparecía como una fuga, como un distanciarse de las cosas, como una estrategia del olvido. Volví a mirar el mar. Parado sobre las rocas del paseo volví a mirarlo y pensé en Majorana y en el gringo Ross, en la silueta de Ana alejándose por la avenida del Duomo, en los destinos inciertos que a cada uno le acometían, y creí, como nunca antes, que intentar reconstruir una historia —cualquier historia— representa tal vez el más grande de los despropósitos a los que alguien se pueda ver abocado. Se trata sólo de momentos, de momentos aislados, sin precedentes ni consecuencias, sin ninguna ilación posible. Sólo momentos que no se encuentran ni antes ni después de nada, que simplemente se ofrecen a aquel que los salga a buscar. Sin ninguna carga positiva ni negativa, como cualquier partícula, como las olas del mar. Seguí por el borde del agua hasta el barrio de Chaia, pasé por la calle de las tiendas caras y recorrí las fachadas de los bares de diseño, tan similares a los de cualquier ciudad del mundo. ¿Sería cierto aquello que decían de que la felicidad era un momento estático, idéntico en cada montaje, y que la vida verdadera se encontraba en la desdicha? Yo, sin embargo, no me sentía desdichado, simplemente me sentía fuera del mundo y sus circunstancias. Como si todo lo que afectaba a esas calles y a esos bares, a todas las personas que por allí pasaban, me condenara al destierro. Como si de un lado estuviera el mundo con todos sus misterios posibles y del otro estuviera yo, desnudo y sin objeto, sin patria y sin amores, como una brizna de polvo que el viento pasea a su antojo y de la cual nada se espera salvo que siga transcurriendo, sin ideales ni esperanza, al margen de cualquier destino. ¿Sería a eso a lo que se referían con la palabra desdicha, a la soledad implicada en haber perdido todos los vínculos? Bajé por via Chaia, y desde ahí, serpenteando por calles pequeñas, volví hasta Corso Umberto. Al encontrarme de nuevo frente al edificio de la universidad me detuve como si representara el final del trayecto.

—¿Señor Aguiar? —me sorprendió una voz a mis espaldas.

Se trataba del decano de física, aquel que había conocido en mi

excursión a las afueras de la ciudad. Si bien nuestro encuentro había sido breve y de lo más curioso, por alguna razón me alegré de verlo.

—Señor decano, no le había reconocido.

—Pues yo le reconocí inmediatamente —me dijo, y luego, con gesto de sincera preocupación, agregó—: ¿Está usted bien?

—Sí… no lo sé… la verdad es que no mucho. Es que acabo de ver a mi mujer y…

No tenía la menor idea de por qué le contaba aquello a alguien que prácticamente no conocía, pero fue lo que me salió. Probablemente el hecho de sentirme tan ajeno a todo hacía también que cualquier cosa pudiera resultarme cercana. El decano permaneció un instante en silencio, observándome con sus ojos enormes como si estuviera evaluando lo que debía contestar. Creo que en el fondo se compadecía de mí.

—Acompáñeme, Aguiar —dijo tomándome de un brazo—. Hay algo que me gustaría enseñarle.

Subimos las escalinatas de la universidad, pasamos el hall central y salimos a un patio interior. Allí nos encontramos con unas imponentes escaleras de mármol blanco que coronaban en un arco donde podía leerse en letras doradas: «Facultad de Física y Química». Miré al decano y, como si supiera lo que pensaba, él asintió con la cabeza.

—Aquí es donde daba sus clases el profesor Majorana —confirmó.

No subimos las escaleras, sin embargo. Rodeándolas por el lado izquierdo pasamos bajo un nuevo arco que atravesaba el edificio y que daba a un nuevo patio con una fuente en el centro. Nos acercamos hasta la fuente y nos sentamos en el borde.

—Esas ventanas de ahí —dijo el decano indicando hacia arriba— son las del aula donde el profesor Majorana dictaba su cátedra. Los que le conocieron cuentan que cuando necesitaba pensar para responder a una pregunta difícil o simplemente porque quería ordenar sus ideas, se asomaba por esa ventana y se quedaba mirando esta fuente sobre la que estamos sentados. Los temas que le tocaba explicar eran temas complicados —reflexionó el decano con una placidez en el rostro que

contagiaba serenidad—. No es nada fácil responder a las preguntas que nos hacemos sobre los temas complicados —agregó.

El rumor del agua que acompañaba sus palabras se fue convirtiendo en un sedante para mí. Un gorrión bajó en vuelo rasante y se posó en el centro de la fuente. Chapoteando con las alas en el agua se dio un baño, luego se posó en el borde y se dedicó a acicalar su diminuto plumaje. Yo sentí el impulso de tocar el agua con los dedos.

—El instituto de física de Roma, donde el profesor Majorana trabajó junto a Fermi y su equipo, quedaba en una calle llamada via Panisperna —continuó el decano—, probablemente a lo largo de su investigación haya oído hablar de ella.

Mirando el modo en que mis dedos se sumergían en el agua asentí en silencio.

—En el patio del instituto había una fuente como ésta, y fue allí donde el equipo de Fermi probó de bombardear uranio con neutrones lentos, lo que llevó a la primera fisión del núcleo ocurrida en la historia. Para la mayoría de la humanidad eso representó un gran avance —explicó el decano—, pero hay otros que opinan que se trató de una maldición.

—¿Por lo de la bomba? —pregunté.

—Por lo de la bomba —respondió el decano—. Hay una historia al respecto que seguramente le va a interesar. Al parecer el instituto de física se instaló en lo que antes había sido un convento vaticano. Antiguamente, antes de la unificación, el estado vaticano ocupaba mucho más territorio del que ocupa hoy en día, y cuando se redujo a lo que conocemos, muchos de sus palacios pasaron a cumplir otras funciones. Fue el caso de los institutos de física y de química, que se emplazaron en lo que habían sido dos antiguos conventos. El de química utilizó el mismo edificio, convirtiendo las celdas en aulas y los claustros en laboratorios. El de física en cambio quiso demoler el antiguo edificio para construir uno nuevo.

El decano se tomó una pequeña pausa en la que aprovechó para acomodarse sobre el borde de la fuente. Entre las grietas de la piedra húmeda y mohosa creí intuir el tiempo transcurrido desde los acontecimientos que me eran referidos.

—El caso es que este hecho enfureció a las monjas del convento, que se

presentaron en el lugar y se opusieron a la demolición —retomó el decano—. Tuvo que venir el ejército para desalojarlas y al parecer la escena terminó siendo bastante esperpéntica. A raíz de eso fue que algunos conjeturaron que Dios, en su enojo, nos permitió conocer los misterios del átomo en el mismo sitio en el que había sido mancillado el honor de sus servidoras. No como revelación, sino como castigo.

Al oír todo aquello de la furia de Dios inevitablemente vino a mi memoria el rostro extraviado y alegre del gringo Ross.

—¿Usted lo ve así? —pregunté.

—Yo no lo veo de ninguna manera —respondió el decano esbozando una tímida sonrisa—, y lo que yo vea o deje de ver además no es importante, sin embargo hay otros datos que, estableciendo las relaciones correctas, lo vuelven bastante sugerente. ¿Sabe usted quienes son Werner Heisenberg y Niels Bohr?

—Algo he leído —respondí jugando con el agua.

Un oleoso verdín vegetal se había adherido a mis dedos.

—Pues en el instituto Niels Bohr, en Copenhague, existía la costumbre de celebrar cada dos años un encuentro informal en el que los amigos de Bohr ponían en común, sin ningún programa concreto, las inquietudes que los habían estado aquejando durante el último tiempo. El encuentro se cerraba siempre con una representación teatral protagonizada por los mismos científicos en la que se ironizaba acerca de algún tema particular. ¿Sabe cuál fue la obra que eligieron representar en 1932?

Negué con la cabeza.

—El *Fausto* de Goethe, esa historia en la que el doctor Fausto termina entregando su alma al diablo a cambio de que éste le permita llegar lo más lejos posible en el camino del conocimiento.

Dios, el diablo y el comercio de las almas: definitivamente el decano se habría llevado bien con el gringo Ross.

—¿Está usted diciéndome que fue por algún motivo religioso que Majorana decidió perderse?

—Yo no estoy diciendo nada, mi estimado amigo, simplemente le estoy contando historias. Historias como la de que hoy mismo, en Irán, se están perpetrando atentados terroristas que tienen como blanco a los físicos que trabajan en el campo de la energía atómica.

De pronto la charla estaba tomando unos tintes que no estaba seguro de comprender.

—¿Sugiere usted la posibilidad de que Majorana haya sido víctima de un atentado o algo parecido?

El señor decano negó con la cabeza y se sonrió.

—Está cometiendo usted el mismo error que según el profesor Majorana cometió la física de su tiempo. Mire el conjunto, mi amigo, no las partes por separado. Hay un sentido en el conjunto que va más allá de la suma de las partes. Había algo, y sigue habiéndolo, que se estaba desacompasando, algo que había empezado a tomar una dirección que alejaba a las cosas de su centro, aquello a lo que todas las formas deben remitir.

—¿Está hablando usted de Dios? —pregunté con el gringo Ross aún en la cabeza.

—Dios, Brahma, la teoría de campos unificados, llámele usted como quiera. Nada existe de manera independiente, hay a nuestro alrededor sobradas pruebas que así lo demuestran. Toda acción provoca una reacción. Cuanto más torpes se vuelven las acciones más torpes se vuelven las reacciones. Y no estoy hablando de las acciones de las personas, estoy hablando de física, de física pura. Cuando el profesor Majorana dijo aquello de que la física se había equivocado no se estaba refiriendo a la bomba, o no exclusivamente, al menos. La bomba es en el fondo el síntoma de algo mayor.

En ese momento, y como si quisiera otorgar cierto dramatismo a las palabras del señor decano, una multitudinaria bandada de estorninos comenzó a oscurecer el cielo de Nápoles. Probablemente intimidado por el espectáculo, el gorrión de la fuente dio por concluido su aseo diario y decidió emprender el vuelo.

—¿Sabe usted cuántas partículas elementales conocemos hoy en día? —continuó el señor decano—. Más de doscientas, las cuales, en su mayor parte, han sido creadas artificialmente y no viven más que una millonésima de segundo. Resulta evidente que unos entes de vida tan corta constituyen apenas unos patrones transitorios de procesos que en realidad deben entenderse como movimientos dinámicos. ¿Qué sentido tiene entonces seguir considerándolos como cuerpos aislados? Es

literalmente imposible entender una partícula sin entender sus interacciones con todas las demás, el único modo de entenderlas es entendiendo el conjunto, del mismo modo que concentrándose en el movimiento de cada pájaro jamás comprenderá usted la danza que dibujan —dijo el señor decano apuntando hacia el cielo.

Miré hacia arriba y me pareció que el movimiento de las aves imitaba el de las olas del mar.

—Mire el modo en que se distribuyen por el cielo como si se tratara de una gran sábana mecida por el viento —dijo el señor decano al tiempo que hacía un gesto con el brazo con el que pretendía abarcar todo el espectáculo que tenía lugar sobre nuestras cabezas—. ¿Cree usted que podría decir algo de ese movimiento describiendo el de un individuo concreto? Sin tomar en cuenta la armonía del todo no tiene ningún sentido tratar de entender las partes. ¿Bajo qué pauta podría usted intentar interpretarlas? Sin un valor de nivel más elevado que oriente el avance, el camino nos puede llevar a los peores escenarios. Un individuo que no posee una visión unificada del universo tampoco puede entenderse a sí mismo como parte de esa completud. Es un individuo fracturado que alimenta la concepción de un universo fracturado, y en un universo fracturado las peores aberraciones pueden ocurrir. La bomba es sólo un ejemplo. Sin un centro en el cual reflejarse no hay una música que marque el ritmo. Todos los problemas que padecemos hoy en día, los económicos y los políticos, los éticos y los religiosos, provienen del hecho de que hayamos perdido el contacto con el centro, ese que dicta el ritmo al que todas las cosas han de moverse —dijo el señor decano con los ojos encendidos, como si estuviera siendo presa de una revelación.

Yo me había quedado mirando a los pájaros en el cielo, esa coreografía celeste en la que de pronto parecía reflejarse la danza del mundo entero. Retiré las manos de la fuente. Las partículas de musgo adheridas a mi piel la habían vuelto resbaladiza. Por algún motivo la imagen de Ana volvió a aparecerse ante mí.

—¿Por qué me cuenta todo esto? —pregunté.

La pregunta pareció traer al señor decano de vuelta a la tierra. Se recompuso, se acomodó la ropa, y podría decirse que hasta hizo un cierto esfuerzo para recordar que era conmigo con quien estaba hablando.

—Le cuento todo esto —explicó con renovada delicadeza—, porque cuando lo encontré ahí fuera, en la calle, y le interrogué acerca de lo que le ocurría, mencionó usted algo acerca de su mujer. Yo simplemente quería hacerle ver que, a veces, tomando una perspectiva más amplia, podemos relativizar un tanto las cosas.

Que la perspectiva se había ampliado era algo que nadie podía negar.

—Pues si ése era el objetivo le aseguro que lo ha conseguido —le dije.

—Pero además —retomó el decano— creí que era una buena manera de acercarlo al universo del profesor Majorana. Piense en usted, mi amigo, no en su mujer. Piense en usted y en el lugar que ocupa en el mundo. Todos los aspectos del universo no son más que proyecciones de la propia totalidad. Encuentre su propio centro y verá como todo aquello que parecía confuso de pronto empieza a aclararse. Eso es al menos lo que el profesor Majorana le habría sugerido.

Isla de San Pietro, algunos días antes

—¿Qué es lo que buscas en el cielo que no puedas encontrar aquí abajo? —me dijo la gitana al tiempo que me quitaba de los labios el cigarrillo que hacía un momento me había pasado.

—¿La verdad? —dije en un tono algo neutro, y al decirlo me di cuenta de que tanto podía leerse como una pregunta o como si en realidad le estuviera diciendo, de un modo un tanto dubitativo, que era la verdad lo que buscaba.

En cualquier caso ella se rio, con lo que no me sentí obligado a aclararlo.

Estábamos recostados en la parte de atrás de la furgoneta descubierta que nos llevaba a través de la geografía de la isla hacia unas piscinas naturales que había sobre la ladera norte. La mayor parte del trayecto la pasé boca arriba, mirando las estrellas que se repartían por el cielo como si de puntos de tiempo se tratase. La gitana iba apoyada contra la cabina del conductor, de espaldas al camino, y sus piernas cruzadas servían de almohada para mi cabeza. Si bien daba el aspecto de tener la misma edad que sus amigas, por el modo en que se comportaba parecía algo mayor. O bastante mayor, en realidad, como si se tratara de la madre de las otras. Había algo en su mirada y en el calor que emanaba de su cuerpo que en cualquier otro momento me hubiera resultado intimidante, pero que en ese contexto me sentía inclinado a querer explorar. Nada puede temer quien nada tiene que perder, y en ese momento me sentía como si fuese inmortal, como si me hallara en un paréntesis en el que las reglas de la vida no corrían, como si ese instante estuviera regido por las reglas del sueño, esas que lo dotan a uno de una confortable impunidad. Supongo que el cigarrillo que la gitana había liado y que en ese momento volvía a

colocar entre mis labios contribuía de algún modo a esa alegre liviandad.

El sitio al que llegamos estaba al borde del mar. Descendiendo la ladera se alcanzaba una suerte de piscina de forma circular que según ella me explicó se correspondía con lo que antaño había sido el cráter de un volcán. De las entrañas de la tierra brotaba un agua caliente y salitrosa que la llenaba hasta la mitad, dejando la parte superior cubierta por una costra blanca que hacía pensar en cenizas o en el borde de una enorme taza. Alrededor del cráter una serie de individuos de ambos sexos y de edades diversas charlaban, se abrazaban o bailaban cadenciosamente al compás de los tambores que otros tocaban junto al mar. No habían pasado ni tres minutos cuando vi al gringo que se alejaba abrazado a las dos chicas más jóvenes. La gitana, luego de compartir la visión, se giró divertida y me besó en los labios.

—Vamos a bailar —me dijo.

El baile no fue baile sino ritual de apareamiento. De pronto me dio la impresión de que todos los que estaban ahí formaban parte de la misma danza, una en la que las conciencias habían sido relegadas para dejar que los envoltorios se movieran a su antojo, como células de un cuerpo que sabe lo que tiene que hacer. Así fue como lo pensé, como si todos fuéramos células de un mismo y gran organismo, como un cardumen de peces que gira en torno a un eje imaginario, como partículas de un universo que celebra su completud. Creo que nunca antes había estado tan presente en el acto sexual. Todo el resto de las veces había experimentado algún grado de extravío derivado del arrebato, de esa especie de catarsis que la invasión de otro cuerpo supone. Esta vez, en cambio, estaba tan ahí que en el fondo era como si no estuviera, como si al mismo tiempo que estaba, estuviera fuera y mirándome, cada kilo de esa carne, cada pliegue de esa piel, cada poro de esos pechos que me embestían sedientos, la humedad de su sexo, los relieves y las cavidades que mis dedos recorrían, esos ojos que me miraban como si fueran a destriparme, como si se tratara de una mantis que en cualquier momento me iba a devorar, todo me resultó tan real, tan extremadamente real, que en algún punto se me antojó un tanto impostado, como si en el fondo para estar fuera necesario no estar del todo, y en vez de envolverme la situación me hubiera dejado afuera, como si me hubiera sido dado

mirarme mientras lo hacíamos y descubrir la torpeza y la ternura y la falta de elegancia que exhiben los cuerpos al retozar, como un baile llevado a cabo por bailarines aficionados, meras células chocándose a la espera del milagro, de esos segundos de cielo, de ese instante de redención que nos devuelve a la tierra, sólo que esta vez yo no había salido de ella, no me había movido de mi cuerpo ni de mi carne mientras ese otro cuerpo y esa otra carne se afanaban en arrastrarme. Y cómo decirle que no. Cómo negarle a ese maravilloso artefacto la posibilidad de desplegar todo su potencial, de justificar el perfecto diseño aplicado a su construcción, cada detalle de sus caderas, cada exhalación de sus labios, quién tenía derecho a frenar ese vendaval. Al final el gringo Ross iba a tener razón. Constituiría una herejía despreciar ese regalo que Dios nos había dado. Y sin embargo no estuve ahí. Y sin embargo me hubiera quedado. Nos tumbamos junto al fuego sin taparnos apenas y en sus ojos creí hallar paz. Me recosté boca arriba y me dediqué a mirar las estrellas. Pensé en Ana y no sentí culpa. En otras miles de vidas otras miles de cosas estarían ocurriendo, y ésta ya no era la misma que había dejado en Barcelona. Cada acontecimiento ocurría del modo en que tenía que hacerlo y no había leyes humanas que lo pudieran regular. Cada acontecimiento fundaba su propio instante que no venía ni antes ni después de nada, que no significaba ni el cierre ni el comienzo de nada. Cada cosa fundaba su propio tiempo y lugar.

—¿Qué es lo que buscas en el cielo que no puedas encontrar aquí abajo? —me dijo la gitana al tiempo que me quitaba de la boca el cigarrillo que me había pasado.

—A ti —mentí, y dejé escapar el humo.

Nápoles, el presente

Me recosté sobre la cama y me dediqué a mirar el techo. El hecho de que fuera blanco constituyó una bendición. No habría podido tolerar ninguna alteración en la superficie. Cerrar los ojos en ese momento significaba lanzarse al espectáculo más vertiginoso que jamás hubiera presenciado, como si el encuentro con Ana, el paseo por la ciudad y las palabras del señor decano se hubieran confabulado para debilitar los contornos de las cosas hasta hacerlos desaparecer, de modo que las partículas que las conformaban se sentían con la libertad de mezclarse alegremente. En el instante atroz de cerrar los ojos, podía ver en el interior de mis párpados muchas más combinaciones de elementos que las que mi mente era capaz de digerir. En el blanco del techo, en cambio, poco a poco las imágenes comenzaron a moverse más despacio, hasta que en la quietud que alcanzaron fui capaz de ir borrándolas una a una, y finalmente sólo el blanco quedó. Necesitaba esa pausa como el aire que respiraba. Necesitaba que mi mente encontrara un sitio en donde reposar para que me permitiera limitarme a existir durante un rato. Una vez que lo conseguí, una vez que la pantalla estuvo vacía de imágenes y de sucesos, mis ojos comenzaron a relajarse del mismo modo en que lo habían hecho en el mar. El horizonte infinito y el movimiento perpetuo de las olas habían supuesto el mejor bálsamo para mi cerebro. ¿Sería a algo como eso a lo que había querido referirse el señor decano cuando habló de buscar «el centro»?

No tengo del todo claro si llegué a dormirme. Sé que en algún momento conseguí cerrar los ojos sin que aquello representara el pasaporte directo a la locura, y que entonces volvieron las imágenes, pero sin el vértigo de antes. Transcurrieron inconexas como ocurre en los

sueños hasta que, una vez más, me reclamó el sonido del teléfono.

—¡¿Ana?! —dije con urgencia.

—No, Aguiar, soy Ortega.

Lo último que necesitaba en ese momento era hablar con Ortega. Si las cosas del mundo me resultaban ajenas, Ortega era como el recuerdo borroso de alguien que había conocido hacía mucho tiempo. El hecho de que su voz pareciera más grave que otras veces me resultó completamente indiferente. Me explicó que Galíndez ya había vuelto de Suiza y que no había conseguido nada, cosa que tampoco me importó. Acerca del libro, me dijo, y se quedó un momento en silencio, como si no supiera qué decir, cosa extraña en Ortega porque si algo sabía hacer era ser expeditivo en las conversaciones y decir lo que tenía que decir sin la más mínima consideración por el modo en el que pudiera afectar al otro. Esta vez, sin embargo, pareció que estuviera buscando el mejor modo de hacerlo.

—Acerca del libro —me dijo—, el libro sobre Majorana, te tengo que pedir disculpas, me apresuré en anunciártelo.

¿Ortega pidiendo disculpas? En cualquier otro momento esto me habría supuesto una especie de shock.

—Mira, te lo diré sin vueltas —retomó—, los del consejo creen que es mejor que lo escriba alguien con más renombre, alguien que tenga un poco más de peso dentro del periódico. Alguien como Galíndez —dijo, y se quedó a la espera.

—Me parece bien —respondí.

Él continuó en silencio.

—¿Estás seguro, Aguiar? —soltó al cabo de un momento.

—Seguro —confirmé.

—Mira que aún no hay nada decidido y yo si quieres puedo pelearla un poco.

—No, Ortega, está bien así. Ahora si me disculpas tengo que atender unos asuntos.

—Como quieras, Aguiar. Si quieres llámame más tarde.

—Okey, Ortega, te llamo más tarde.

Era una putada que seguramente en circunstancias diferentes hubiera conseguido hundirme, pero lo cierto es que para ese entonces Barcelona y

el periódico me quedaban tan lejos que en algún punto supuso una especie de liberación. Casi logré divertirme pensando en la cara de Galíndez cuando Ortega le dijera que no me había importado. Qué carajo podía importarme lo que hicieran Galíndez, Ortega o el consejo directivo. Por mí como si querían meterse toda la redacción en el culo. De algún modo todo aquello había servido además para volver a conectarme con la realidad tangible, y en cierta medida mi ánimo se vio algo recuperado. El teléfono volvió a interrumpir mis reflexiones.

—¿Sí? —dije convencido de que volvía a tratarse de Ortega.

—¿Está usted familiarizado con la obra de William Harvey? —respondió una voz cavernosa al otro lado de la línea.

—¿Quién es?

—Ay, Aguiar, Aguiar. ¿Hay algo que usted sepa o es que hay que explicárselo todo?

Era una voz que sin duda conocía, pero el desconcierto hizo que me tomara un momento saber de quién se trataba.

—¡¿Quién es?! —insistí.

—William Harvey es un médico inglés al que se le atribuye el descubrimiento de que la sangre circula por el cuerpo gracias al bombeo del corazón. En realidad el primero que habló de ello fue Miguel Servet, pero como lo colocó en un tratado de teología fue considerado una herejía y lanzado a las llamas. Por cierto, ninguno de los dos era siciliano.

—¿Señora directora?

—¿Quién quiere saberlo? —dijo la mujer.

Mi desconcierto, como se comprenderá, no hizo más que acentuarse.

—Soy Ernesto Aguiar, señora. ¡Es usted quien me llamó!

Se produjo un instante de silencio.

—¿Sabe quién sí era siciliano? —retomó la mujer como si nada hubiera ocurrido—: Mi padre. Mi padre era siciliano, un gran hombre y un gran médico. Es cierto que tenía costumbres un tanto extrañas como la de guardar en nuestra nevera pequeños tubitos de ensayo con la sangre de sus amigos muertos, pero quién puede criticarle por algo como eso, hay gente que guarda mechones de cabello de sus seres queridos y nadie les dice nada.

—Mire, señora —intenté razonar—, la verdad es que he tenido un día difícil y…

—El hecho es que con el tiempo yo también adopté esa costumbre —me interrumpió la mujer—, ahora mismo estoy viendo en mi nevera los tubitos de ensayo con la sangre de mis amigos. Se ve tan cristalina en la claridad de la nevera…

—Señora, escúcheme —dije con una tranquilidad que a mí mismo me sorprendió—, ahora voy a cortar. Llámame en otro momento y hablamos de todo esto.

—Lo cierto es que ya no tengo demasiados amigos —insistió ella—, ¿le importaría que le pidiera un poco de su sangre para guardarla con la de los demás?

—Buenas tardes, señora —dije, y colgué.

Volví al blanco del techo. Inexplicablemente, y a pesar de aquellas dos llamadas —o quizá gracias a ellas— me encontraba mucho más tranquilo. ¿Sería que de eso se trataba, de permitir que las cosas ocurrieran sin intentar explicarlas? La otra opción era que mi sistema nervioso hubiera terminado de colapsar y que ya no fuera capaz de sentir nada de nada. Evidentemente preferí pensar que se trataba de lo primero. Los rostros de Ortega y de la señora directora se me aparecieron más de una vez como salidos directamente del techo, y lo cierto es que los observé hasta con cierto cariño. Entonces volvió a sonar el teléfono.

—¿Sí? —respondí con toda naturalidad.

Se trataba del comisario Espósito. Su voz no era nada buena y sin embargo me dio gusto oírla. Me dijo que necesitaba verme cuanto antes. Sin preguntarle de qué se trataba le dije que en veinte minutos podía estar en el cuartel. Me quedé mirando el techo aún por un momento. De algún modo sentí que lo peor ya había pasado, y que el hecho de tener que subir la colina para visitar al comisario en la comisaría representaba un tranquilizador regreso a la rutina.

Me levanté, me lavé la cara y tomé un taxi hacia el cuartel. Al no encontrar al comisario en su despacho me fui a buscarlo a la cafetería. Había bastante actividad allí. Detrás del mostrador descubrí a Valeria,

que casi no daba abasto con los cafés. Me pareció como si la conociera desde hacía mucho tiempo. Me acerqué y la saludé. Ella se detuvo un instante —por un momento pareció como si el propio tiempo se hubiera detenido—, me miró con una cara que evidenciaba su sorpresa, y luego retomó la febril actividad de platos y de cucharillas y de cafés humeantes.

Me quedé con los codos apoyados en la barra durante algún tiempo. La mayor parte de los policías que me rodeaban eran tan jóvenes como los que había visto el primer día. No habían pasado ni cinco jornadas desde entonces y sin embargo parecía que hubiera transcurrido toda una vida. ¿Qué estaba haciendo ahí en realidad? Ana había dicho que su avión salía esa tarde, no había especificado la hora. ¿Sería que estaba haciendo el tonto y que lo único que tenía que hacer era ir al aeropuerto y buscarla? ¿Pero para decirle qué? ¿Que todavía no se me ocurría nada para decirle? ¿Que seguía teniendo tan pocas respuestas como esa mañana? Al mirar hacia un costado me encontré con un rostro que me resultó familiar. Se trataba de uno de los policías que me miraba con cara de fastidio. Tardé un momento en reconocerlo como al chico que había encabezado la golpiza de la que había sido objeto un par de noches atrás. Sin dejar de mirarme se llevó el índice hasta el ojo y me hizo un gesto de que me anduviera con cuidado. Yo lo miré con desgana y le ofrecí mi dedo mayor. El chico se vio claramente desconcertado. A mí la verdad es que me daba igual. Era como si se tratara de un juego en el que yo ya no participaba y en el que por lo tanto no tenía nada que perder.

—No te esperaba por aquí —me dijo Valeria con cierta frialdad y acodándose enfrente mío.

—Hola —dije—, la verdad es que yo tampoco tenía pensado venir.

—Y ¿qué te ha decidido?

—El comisario Espósito quería hablar conmigo.

—Y ¿dónde está, que no lo veo?

Había en sus palabras un tono como de reproche que no llegué a comprender. Decidí entonces cambiar de estrategia.

—El día de hoy ha sido un poco extraño —dije—. Cuando me levanté pensé en pasar por aquí al mediodía, pero luego pasaron cosas.

—Siempre pasan cosas —dijo Valeria desviando la vista hacia la

terraza.

A unos metros de allí, uno de los compañeros del que había organizado la golpiza reclamaba a los gritos su atención.

—¡Ya va! —gritó ella con una autoridad que dejó poco espacio a las quejas.

De reojo llegué a ver que el jovencito de la cabeza rapada me dedicaba un nuevo gesto que preferí ignorar.

—Vino mi mujer —dije.

Valeria se me quedó mirando mientras se limpiaba las manos en el delantal.

—Y ¿dónde está?

—Camino del aeropuerto, supongo. Mira, Valeria —llegué a decir, cuando la mano del comisario Espósito me tomó del hombro—. Comisario —le dije—, en un momento estoy con usted.

—Tranquilo, Aguiar —respondió él—. Le espero en la terraza.

Su gesto se mostraba visiblemente alterado.

—Valeria, tengo que hablar con el comisario. ¿Te veo después?

—Hoy me voy temprano.

—¿Mañana entonces?

—Mañana es San Genaro. Iré con mi madre y con Doménica al Duomo para ver al santo.

—Tal vez nos podamos ver ahí.

No sé por qué dije eso.

—Tal vez —respondió ella, y se giró hacia la máquina de café al tiempo que lanzaba un nuevo grito a los que reclamaban su atención.

Mientras la veía alejarse pude observar al joven de la cabeza rapada que se pasaba el pulgar lentamente por el cuello al tiempo que me miraba amenazante. Sin hacerle ningún caso, me di la vuelta y fui al encuentro del comisario.

La tarde comenzaba a caer en la terraza del cuartel general de la policía. El aire se había vuelto pesado, como ocurre una vez que han quedado atrás los primeros compases del día. Sólo por la mañana la luz del sol refleja esa limpieza de lo que recién comienza. Con el correr de las horas el mundo parece que se vulgarizara. Definitivamente la tarde era la hora que mejor me representaba, pensé.

Encontré al comisario fumando junto a la balaustrada. No me miró cuando me acomodé a su lado. Sin estar seguro de que hubiera reparado en mi presencia, decidí permanecer en silencio.

—Se jodió la fruta, Aguiar —me dijo de pronto.

—¿Por qué, comisario? ¿Qué pasó?

—La investigación acerca de su amigo. La pusieron en la lista de demora.

—¿Y eso qué quiere decir? —inquirí.

El comisario se giró y me miró con gravedad, como si quisiera asegurarse de que comprendería lo que me estaba por decir.

—Eso quiere decir que nadie sabe cuánto tiempo permanecerá abierta, por lo que usted no se podrá ir de Nápoles hasta que las ranas críen pelo. Venga, Aguiar, sentémonos en una mesa.

Nos sentamos dentro, junto a la puerta. Enfrente mío un televisor mostraba imágenes mudas de gente que discutía en un plató. No era necesario que subieran el volumen para saber que se estaban insultando.

—Así que la cosa viene para largo —comenté.

—No se lo tome a la ligera, Aguiar. Cuando las cosas se traban de este modo pueden pasar años hasta que se resuelvan, y en todo ese tiempo es altamente probable que no le dejen abandonar la ciudad. Pero no se preocupe, que vamos a encontrar la manera.

—Quizá es lo que tiene que pasar —dije—, quizá está bien que así sea.

—Pero ¿qué está diciendo, Aguiar? —me respondió el comisario contrariado—. Usted tiene una vida que le espera en Barcelona, una mujer, un trabajo.

—Francamente no estoy nada seguro de eso… —solté.

—Va, Aguiar, no se ponga así, verá como encontramos el modo de que todo se arregle. El problema es que es probable que haya que evitar la vía legal —dijo el comisario bajando la voz.

Me resultó casi divertido ver el modo en que había decidido entrar en la sombra.

—Y ¿qué es lo que tiene en mente, si se puede saber? —arriesgué.

—Usted no se preocupe. Hay más de un modo de hacer que alguien desaparezca.

—Me está inquietando, comisario.

Miré hacia la barra y me encontré con los ojos de Valeria, que me miraban comprensivos. Había en su gesto una dulzura que antes no había exhibido. Levanté la mano tímidamente en señal de saludo. Ella dejó escapar una media sonrisa. Entonces fue que las imágenes del televisor se volvieron más urgentes. Una reportera que hablaba a cámara con el rostro lívido interrumpió la discusión que momentos antes tenía lugar en el plató. Detrás de ella podía verse una columna de humo saliendo de una arboleda.

—Lo primero que vamos a hacer es hablar con un juez amigo mío para tantear las posibles soluciones —me explicó el comisario Espósito—. No queremos que lo que hagamos tenga consecuencias para usted en el futuro.

Yo por alguna razón me había quedado con la imagen del televisor, como si de algún modo supiera que hablaban de algo que me incumbía. Valeria debe haber visto la expresión de mi rostro porque, algo consternada, se puso a mirar también.

—Fingir la muerte de alguien no es algo complicado —continuó el comisario—, el problema es que vuelva a aparecer usted dentro de unos días en su casa de Barcelona como si nada hubiera ocurrido. Hoy en día la policía de los distintos países está muy comunicada y habrá que encontrar el modo de borrar sus registros para que no haya problemas en el momento en que vuelva a aparecer.

Sobre la imagen de la reportera apareció una leyenda con el nombre de una compañía aérea y un número que imaginé que sería el de uno de sus vuelos.

—Lo mejor sería lograr que el juez intervenga para cerrar la investigación. Es la salida más limpia, pero legalmente presenta una serie de dificultades que no estoy seguro de que podamos salvar —dijo el comisario—, una cuestión de jurisdicciones y de tecnicismos que no tienen por qué interesarle.

Cuando apareció la palabra Barcelona acompañando el número de vuelo la sangre se me heló y tanto la voz del comisario como el resto de los sonidos se apagaron de pronto. Seguía viendo de reojo el modo en que sus labios se movían mientras él gesticulaba y asentía y me miraba. Sólo al cabo de un momento empezó a comprender que algo ocurría y se

giró lentamente hacia donde yo estaba mirando.

—Es Ana —dije.

Los sonidos poco a poco fueron recobrando corporeidad.

—¿Ana? —replicó el comisario.

—Es el avión de Ana —insistí—, el que la llevaba a Barcelona.

Sobre la pantalla la cámara recorría los restos de fuselaje esparcidos por la campiña. Detrás del mostrador Valeria me miraba tapándose la boca con las manos.

—Es Ana, mi mujer, es el avión que la llevaba a Barcelona —repetí, y el comisario se quedó helado.

—Es Ana —dije de nuevo—, soy yo el que la mató.

—Aguiar… —dijo el comisario.

—Dirán lo que quieran, dirán que fue un accidente, pero yo sé que soy yo el que la ha matado.

VII

El tren que me llevaba hacia Sorrento era el mismo que me había traído. Las mismas casas que viera aquel día, cuando dejé la comisaría y al comisario Espósito y vine a la ciudad en el más completo de los desamparos, aparecían y desaparecían detrás de la ventanilla. Luego de andar las calles durante un tiempo que no sabría precisar había llegado hasta la plaza Garibaldi, y al encontrarme allí, frente a la estación de tren, había decidido subirme a ése. Supongo que se trataba de un intento de volver al comienzo, al sitio en el que todo había empezado, como si el hecho de desandar el camino pudiera hacer retroceder el tiempo hasta la madrugada aquella en la que había tenido que nadar hasta la costa, cuando el comisario Espósito y Valeria aún no entraban en mi vida, cuando Ana aún era mi novia y todavía no la había matado.

Las pequeñas casas de concreto me parecieron más cuadradas esta vez. La vegetación agreste, sin embargo, otorgaba a la estampa un aire casual y espontáneo que me remitía a mis paisajes de infancia y que hacía que me sintiera en algún punto cobijado. Probablemente tendría que haber estado haciendo trámites y averiguaciones, toda esa parafernalia burocrática a la que los deudos han de enfrentarse, pero lo cierto es que, desde lo del accidente, había entrado en una especie de limbo que, sin que yo lo quisiera, me había empujado a alejarme de ahí. No sabía qué día era, laborable probablemente, porque había gente de traje y con pinta de regresar del trabajo. Mirándolos recordé lo que me había dicho Ana acerca de los días inciertos que pasó esperando noticias mías, aquella suerte de indignación que le provocaba el hecho de que la gente continuara con su vida absolutamente indiferente al dolor que ella sentía. ¿Cómo podía compaginar aquella charla tenida con ella hacía apenas unas horas con el hecho de que ahora ya no estuviera en el mundo? A mí, sin embargo, me ocurría diferente. Quizá era mi sensación de culpabilidad la que hacía que casi agradeciera el hecho de que aún

hubiera familias esperando a alguno de sus miembros y dándoles motivos para seguir viviendo, como si yo ya me hubiera resignado a no formar parte del juego pero me tranquilizara saber que aún había quien no quisiera abandonarlo. Ana ya no estaba. Ana ya no era. ¿Cómo se podía conjugar ese presente con el pasado?

«Próxima estación, Pompeya», oí que anunciaban por los altavoces. No sé qué fue lo que me impulsó a bajar. La idea de una ciudad fantasma, de una ciudad en ruinas, siempre me había resultado atractiva, pero en este caso no se trataba sólo de una ciudad abandonada, sino de una ciudad que había sido sepultada bajo un manto de lava en un momento concreto, como si las vidas de sus habitantes hubieran quedado congeladas en un instante específico, fotografía grabada en piedra de miles de destinos truncados. Supongo que en algún punto me sentí hermanado con esos destinos, que alguna parte de mí pensó que un camposanto de semejantes dimensiones podía sintonizar de algún modo con mi estado de ánimo. Y también pensé en el accidente y en la forma tan promiscua en que todas esas personas habían encontrado la muerte al unísono. Por un momento tuve la fugaz imagen del cuerpo de Ana mezclado con el de todo ese montón de desconocidos, pero de inmediato me obligué a pensar en otra cosa. Al bajar del tren vi unos carteles que anunciaban excursiones al volcán Vesubio, el mismo que en su día había sepultado a Pompeya, y de pronto me pareció que ir allí tenía más sentido, regresar al punto en que todo había comenzado, al cráter humeante que todo lo había engullido. Evidentemente no había demasiada solidez en mis pensamientos.

Compré el ticket y subí al autobús. Se trataba de un viejo Mercedes Benz de línea que incluso en Sudamérica hubiera resultado un tanto anticuado. Bajo mi asiento había un agujero por el que se veía el pavimento de la carretera. El chofer conducía a una velocidad exagerada por aquel camino estrecho y mal asfaltado.

Las casas y los cercos pasaban junto al camino en un tiempo que se me antojaba como detenido. Era extraño porque por un lado me costaba imaginar el modo en que algún día se llegaría a cerrar la cicatriz temporal que la partida de Ana suponía —a partir de ese día los acontecimientos se ordenarían en antes o después de *eso*—, pero a la vez

el hecho de separar el tiempo en unidades empezaba a resultarme de lo más irreal. De la misma manera en que Ana había empezado a irse en el momento mismo en que había llegado a mi vida, me resultaba muy difícil no pensar que su partida inauguraba de algún modo un nuevo comienzo, uno que —al menos en mi cabeza— volvería a visitar cada uno de los acontecimientos que formaban parte de nuestra historia para poderlos reacomodar. Necesitaría unos días para hacerme a la idea de que ya no volvería, por ese entonces se trataba de una información que no sabía cómo clasificar. Ana *era*, no *había sido*. Ana era por más que no estuviera, por más que ya nunca volviera a estar.

Poco a poco las casas se fueron espaciando hasta que empezaron a desaparecer y nos adentramos en el bosque. A los pocos minutos de transitar una huella de ripio dimos con una suerte de puesto de guardabosques donde nos esperaban dos vehículos de ruedas enormes, mucho mejor acondicionados que el anterior, y que se asemejaban a modernos transportes de tropas para climas extremos. Incluso su color verde hacía pensar en el ambiente militar. Mis acompañantes eran en su mayor parte hombres vestidos con bermudas y sombreros de safari y mujeres enormemente gordas y de cachetes inflados. Recuerdo que pensé en que algo debía haber en la alimentación de esta gente que provocaba esa obesidad mantecosa a la que nos tenían acostumbrados. Parecían como niños cuando el nuevo chofer —un tipo joven y atlético sacado probablemente de la reserva de algún destacamento local— les explicaba cómo colocarse el esperpéntico cinturón de seguridad y algunos detalles de la ruta y del tiempo estimado. La puerta se cerró provocando un efecto de vacío que al instante fue reemplazado por el sonido del aire acondicionado. Por un momento me sentí en una película futurista que hubiera querido reproducir los detalles del viaje que emprendían, después de la vida, los cuerpos que habían sido salvados, sólo que mirando alrededor de mí —y sobre todo pensando en mí mismo—, el símil no podía resultar menos adecuado. Mi estado mental era tal que si alguien me hubiera dicho que estábamos partiendo hacia el purgatorio no me habría sobresaltado.

Empezamos a subir por un bosque de lo que me parecieron robles blancos. La luz tamizada por las copas de los árboles imprimió al paisaje

una suavidad de quietud y de vida que al instante provocó un efecto sedante en mi espíritu. Eran pocos los sonidos que los gruesos cristales del vehículo dejaban pasar, sin embargo podía intuirse el aroma a hierba y a tierra húmeda que el colchón de musgo y hojas que tapizaba el suelo parecía desprender. El súbito aletear de un ave hipnotizó de pronto la mirada de todos los pasajeros de aquella curiosa expedición, como si se tratara del propio espíritu del bosque que hubiera decidido levantar vuelo.

Poco a poco los árboles se fueron espaciando hasta ceder terreno al páramo. Sólo entonces pudimos comprobar la altura que habíamos alcanzado. El suelo, hecho de grava negra, justificó las enormes ruedas de nuestro vehículo cuatro por cuatro. Ninguna precaución resultaba exagerada para transitar por aquel sendero de cabras que subía pedregoso hasta el volcán humeante y malcarado. El chofer nos comentó que lamentablemente las nubes no permitían contemplar las maravillosas vistas de Nápoles que se ofrecían en los días despejados, pero que confiaba en que durante la expedición se abrieran algunos claros. Llegamos a un puesto situado a unos doscientos metros de la cumbre y el hombre nos informó que a partir de ahí debíamos seguir a pie. Él se quedaría en ese punto durante algo más de una hora a la espera de que regresáramos.

No me costó gran esfuerzo dejar atrás a mis compañeros de grupo. La altura y las nubes que nos envolvían conllevaban un frío y una humedad para las que no estaba preparado y me animaban a moverme con agilidad. La senda que subía hacia la cima era estrecha y empinada, y el entorno blanco y neblinoso hacía que pareciera que estábamos en la cima del mundo, allí donde la tierra se acaba para dar paso al universo de serpientes y tortugas sobre el que el planeta descansa, una suerte de trampolín hacia la nada que de pronto casó del mejor modo con mi estado de ánimo. Esa primitiva estampa de la tierra primigenia dotó de alas a mi espíritu, y supe con innegable certeza que había llegado la hora de que yo partiera también. En un primer momento pensé en el cráter del volcán, una suerte de inmersión en las entrañas de la tierra que me llevaría al inframundo, al magma incandescente al que en ese momento sentí que pertenecía. El peso de la muerte de Ana era demasiado para mis

hombros. Por más que se hubiera tratado de una desgracia aérea, no podía evitar sentir que de algún modo yo era el responsable. En el modo en que había ido negándole el espacio que se merecía en mi vida creí ver la forma en que la había relegado a un margen de realidad del que finalmente terminó por caerse, como si no fuera más que la figuración de las conciencias individuales la que perfila la existencia de los seres y de las cosas, y la manera en la que mi vida se había ido deshaciendo de ella hubiera determinado su desaparición final. Su desaparición y la mía, porque al mismo tiempo que pensaba en todo esto comprendía que junto con ella se había ido el último lazo que me unía con la realidad. Nadie me extrañaría ahora si me perdía, como si poco a poco y sin darme cuenta hubiera ido dando todos los pasos necesarios para que aquel anhelo de desaparecer con el que había soñado en Barcelona terminara por cumplirse en el cráter de aquel volcán. ¿Sería algo como eso lo que le había ocurrido a Majorana, un ponerse a jugar con la idea de su desaparición hasta que de pronto la idea había terminado por imponérsele? Qué cerca me sentí en ese momento de aquel hombre del que me separaban ochenta años y un sinnúmero de circunstancias, pero con el que de algún modo había convivido tan intensamente durante los últimos diez días. Hacía casi ochenta años él también se había encontrado con el punto final de su vida, y no porque quisiera morir, sino porque la vida —la vida como la había conocido— había agotado para él todas sus posibilidades. Mirara hacia donde mirara ya no había hacia dónde avanzar. Ni proyectos futuros ni destinos posibles. Y si hubiera querido regresar sobre sus pasos, las huellas habrían estado tan desdibujadas que no le hubieran servido de referencia. El pasado no era un refugio y el futuro se había descubierto como una fortaleza inexpugnable a la que, al menos desde donde estaba, no encontraba el modo de acceder. Lo mismo que me ocurría a mí. Si había alguna esperanza de encontrar motivos para continuar, aquello por fuerza debía ocurrir en otro sitio. ¿Qué otra opción me quedaba que la de seguir sus pasos?

Continué mi marcha ascendente hacia el cráter del volcán a través de esas piedras negras y porosas que amenazaban con ceder a cada paso que daba, y pensé en que quizá era por eso y no por otra cosa que esa misma

mañana me había sido dado conocer el final de la historia, la hábil estratagema que Majorana había utilizado para abandonar la escena sin que nadie supiera dónde buscarle. Hasta las once de la noche y quizá después guardaré de usted el mejor de los recuerdos, había dicho en su carta al director Carrelli, como si hubiera una variable del plan que quedaba librada al azar: hasta las once *y quizá después*. Saltar de un barco a mitad de la noche comporta un riesgo inevitable. Por más que se tenga todo bien estudiado y que se sea un gran nadador, uno nunca sabe los peligros con los que se puede encontrar. Si todo salía bien alcanzaría la costa de Sorrento y tomaría el vapor a Sudamérica, pero si surgía cualquier inconveniente —desde un calambre hasta una corriente adversa — todo terminaría allí, en el mar. De algún modo, pensé, había una variable que Majorana había querido dejar en manos del destino, como si se propusiera a sí mismo una apuesta que no estaba seguro de poder ganar. Él saltaría del barco e intentaría alcanzar la costa, pero a partir de ahí ya no era cosa suya, como si no hubiera querido aceptar en sus manos la responsabilidad de decidir si seguir o acabar. Él tiraba la moneda al aire y debía ser Dios quien lo decidiera. Quizá ésa era la clave de lo que me había sido revelado. No se trataba del material para un libro, sino del secreto que, a más de ochenta años de distancia, Majorana había querido regalarme. De pronto comprendí que llevaba siglos escapando, y que si en ese momento me lanzaba al volcán no se trataría más que de una nueva forma de fuga. ¿Hasta cuándo podía seguir insistiendo con lo mismo? La única manera de romper el hechizo era dejando la decisión en manos de otro, en manos de Dios, me dije, y al hacerlo me sonreí imaginando la gracia que le habría causado al gringo Ross oírme decir aquello. La policía napolitana ya no me dejaría ir y allí ya no tenía mucho más que hacer. E incluso si pudiera irme tampoco tendría adónde regresar, con lo que poco a poco la posibilidad de desaparecer —de desaparecer realmente— empezó a cobrar fuerza en mi cabeza, y el plan de Majorana se me antojaba como una estrategia perfecta para dejar que fuera Dios quien decidiera acerca de lo que pasaría después. Quizá me fuera dada la posibilidad de continuar, de empezar de nuevo en otro sitio, o quizá todo terminaría ahí. No sólo estaba dispuesto a correr el riesgo, sino que me pareció que se trataba de

la única alternativa posible, el único plan con algo de sentido al que me podía aferrar. Y si llegaba a salvarme ¿entonces qué? Por lo pronto seguir la huella de Majorana a ver hasta dónde me llevaba, a ver si me daba la respuesta de por qué me había traído hasta acá. ¿Sería que mi futuro estaba en Sudamérica, allí donde el pasado se había quedado olvidado? Una fuerte sensación de circularidad, de pez que se muerde la cola, me invadió de pronto, pero decidí no hacerle caso. Pasaría simplemente lo que tuviera que pasar. Llegué a la cima y me asomé al cráter. El vapor de agua de la nube que me envolvía se mezclaba con el humo que salía de la tierra, porque el cráter no consistía en una agujero como yo hubiera creído, sino en un montón de tierra suelta mezclada con trozos de piedra y rodeada de una atmósfera blanquecina y maloliente que en ese momento me pareció que indicaba el fin de un camino, el sitio en el que por fin todo debía acabar. Desaparecer, ser otro. A continuación sólo quedaba el salto al vacío, a las profundidades, para que fuera Dios o el destino el que decidiera por mí. Ponerse en manos de Dios para que fuera él quien juzgara si debía haber un mañana o si ya tocaba abandonar. Un razonamiento parecido al que, con ochenta años de distancia, Majorana estaría llevando a cabo en ese mismo momento.

Isla de San Pietro, algunos días antes

—¡Ana! —me desperté sobresaltado.

Al mirar alrededor sólo me encontré con los restos de la fogata de la noche anterior. Ya no estaban ni la gitana de los ojos violetas ni la mayor parte de los asistentes a la fiesta. Tampoco encontré al gringo Ross ni a las otras dos chicas. Sólo algunos cuerpos que intentaban recomponerse arrastrando la misma pesadez con la que yo cargaba. Seguramente lo de Ana se había tratado de un sueño, pero no podía recordar ninguna imagen concreta. Sólo la angustiosa sensación de que algo muy malo le había ocurrido. Intenté convencerme de que se trataría de la culpa combinada con aquella resaca infame que parecía estar dispuesta a acompañarme hasta el fin de mis días. Fuera lo que fuese, no me quedaba más remedio que cargar con ello y soportarlo. Y ya me estaba haciendo algo grande para esas mañanas de soportar.

El cráter que enmarcaba la piscina se me aparecía más pequeño que el día anterior. El agua presentaba un color y una densidad que no invitaban al baño. Un poco por accidente conseguí que una camioneta que bajaba hasta el pueblo me llevara en la parte de atrás. La boca me sabía a cenicero, los ojos y la garganta sufrían la falta de humedad y el cuerpo en general parecía que se me hubiera vuelto débil y quebradizo, como si alguien hubiera extraído de él todas las vitaminas y todas las cosas buenas que lo mantienen ágil y vital. Mi cerebro parecía una bolita muy densa y muy pequeña que se mecía ingrávida en un magma oscuro y acuoso dentro de un cráneo desmesuradamente grande. Junto a mí viajaban dos hombres y una mujer. Los hombres dormían bajo sus sombreros. La mujer, unos diez años mayor que yo, me sonrió con amabilidad. Fue la única de la que me despedí al llegar al llano.

Como no sabía qué hacer me dirigí hacia los muelles. Entre las barcas de los pescadores me encontré al *Victoria* y al gringo Ross preparándose para partir. Por un momento había temido que ya no estuvieran ahí.

—¡Aguiar! —me dijo el gringo—, ¿disfrutó del desembarco?

A juzgar por mi apariencia, supuse que se trataba de una broma. Me quedé ahí de pie y mirándolo, incapaz de articular palabra.

—Veo que no estamos para mucha charla —agregó él divertido—. Tómeselo con calma, desayune algo y mójese la cara, que en un rato tenemos que ir andando.

La mañana transcurrió sin mayores sobresaltos. Un barco, en ese sentido, se parece mucho a un caballo. No se trata de un vehículo que hay que gobernar en todo momento, sino que, una vez puestas las velas y si ningún imprevisto se presenta, avanza por sus propios medios como si conociera el camino de memoria, permitiéndole a uno dejarse llevar. Eso fue lo que hicimos el gringo Ross y yo hasta bien entrada la tarde, cuando el calor dejó de resultar un suplicio y los pensamientos recobraron su forma sólida, de modo que resultó factible empezar a hablar. Coincidió además con el momento en que los dioses empezaron a perdonarnos por los excesos del día anterior.

—¿Qué, Aguiar, se encuentra algo mejor?

—Bastante —dije incorporándome y comprobando con alivio el modo en que la resaca comenzaba a remitir.

La sensación con la que me había levantado en la isla, sin embargo, no se me había ido del todo. Pensé en Ana y un golpe de frío se me coló en el estómago. A babor se levantaba la costa de Cerdeña, agreste y pedregosa, como si nos encontráramos en un paraje de lo más remoto. Costaba hacerse a la idea de que estábamos en el centro del Mediterráneo.

—¿Sabe cómo se termina de acomodar el cuerpo? —me dijo el gringo Ross—. Con una buena comida.

El gringo peló unas papas, unas cebollas y unos ajos, y mezcló todo con unos trozos de atún que había comprado en el pueblo. Recién aprovisionados, teníamos hasta pan fresco para acompañar. Yo mientras tanto me ocupé de poner la mesa. Levanté la tapa de la sentina y desde ahí abajo, desde las entrañas del *Victoria*, saqué una botella de vino. La

tarde era apacible y todo parecía indicar que la noche nos daría reposo. Aquel sabor agridulce, sin embargo, como a pérdida o a despedida, se empeñaba en incordiarme. Hubiera dado lo que fuera por poder confirmar que Ana estaba en casa y a salvo.

—¿Qué le pasa, Aguiar? ¿Extrañando a su nueva novia? —soltó el gringo risueño mientras servía los platos.

Yo me limité a sonreír. Me limité a sonreír porque no estaba seguro de querer poner en voz alta mis temores, como si el solo hecho de mencionarlos pudiera llegar a otorgarles algún grado de realidad.

—Y a vos ¿cómo te fue? —respondí.

—La verdad es que no me puedo quejar —dijo el gringo sentándose frente a su plato y frotándose la manos en un gesto que no supe si se correspondía con los recuerdos de la noche anterior o con el aroma de la comida que estaba por degustar.

Antes de empezar, mojó un trozo de pan, se lo llevó a la boca y lo acompañó con un trago de vino.

—¿Qué le parece, Aguiar? Buena comida, buen vino y la buena compañía del mar. ¿Se puede pedir algo más?

—La verdad es que no —dije, pero se ve que mi tono de voz no fue del todo convincente.

El gringo se me quedó mirando con esa media sonrisa que ya le había visto otras veces.

—¿Es por su mujer? —soltó mientras se llevaba la cuchara a la boca.

—En parte sí. Pero en realidad no —dije—. Creo que es el no saber cómo sigue todo esto.

El gringo me miró con una sonrisa comprensiva.

—Eso no lo sabe nadie, Aguiar.

—No, si ya lo sé, pero de alguna manera vos sí que lo sabés.

—¿Yo? Pero si ni siquiera sé cuál es el siguiente puerto en la ruta. Bueno, sí, el de Nápoles porque usted se queda ahí, pero después no tengo ni la menor idea de adónde voy a ir a parar.

Me llamó la atención la convicción con la que afirmó que yo me quedaba en Nápoles, sobre todo luego de nuestras charlas acerca de Turquía y más allá. Lo cierto que es yo también tenía la sensación de que eso era lo que tenía que pasar.

—Pero al menos sabés eso —alegué—. Sabés que el viaje sigue y que vas a estar en él. Yo no tengo puta idea de lo que voy a hacer al llegar ni de lo que voy a hacer cuando vuelva a Barcelona.

La sola idea de volver a Barcelona me pareció de pronto de lo más irreal. Inevitable en algún punto, pero de todos modos irreal.

—Mire, Aguiar, si hay algo que yo aprendí en estos últimos años es que cada vez que se preocupa por lo que dejó atrás está perdiendo el tiempo, y que cada vez que se preocupa por lo que le espera más adelante está perdiendo el tiempo. Y que además eso no es lo peor. ¿Sabe qué es lo peor?

—¿Qué?

—Que al hacerlo se está perdiendo el presente, que es de lo único que de verdad se puede agarrar. No tiene más que salir ahí afuera y mirar alrededor, Aguiar, mire donde estamos y el regalo que esto representa —dijo el gringo Ross haciendo el gesto de abarcar con el brazo la inmensidad que nos rodeaba.

La verdad es que tenía razón, pero yo no podía vivirlo con esa liviandad. ¿Por qué carajo no podía vivirlo con esa liviandad? ¿Cuándo había sido que el tiempo había empezado a tener tanta prisa, como si el reloj estuviera corriendo y yo corriera detrás sin saber adónde era que había que llegar?

—Para vos es fácil, gringo, ésta es tu vida. Yo tengo como una mierda atravesada que no me deja seguir ni volver, que no me deja avanzar hacia ningún lado, ¡que no me deja ni respirar, ¿entendés?!

La angustia que me subió por las mejillas al decir esto último resultó casi liberadora, como si en vez de atacarme se desbloqueara, como el alivio de confesar un secreto que ni yo mismo sabía que llevaba tiempo guardando. El gringo volvió a sonreír y desvió la mirada hacia el suelo. Por un momento creí que miraba la tapa de la sentina que había quedado mal encajada, luego me pareció que simplemente perdía la vista en un punto cualquiera mientras encontraba las palabras con las que continuar.

—Lo que usted necesita es quedarse en *orsai*, Aguiar.

—¿En *orsai*?

—En *orsai*, en fuera de juego. Que le pongan entre la espada y la pared, que le quiten las referencias para que así, en pelotas, pueda saber por fin

quién es.

—…

—A veces lo peor que puede pasarle a uno es lo mejor que puede pasarle, como al Majorana ese —dijo el gringo Ross mientras limpiaba el fondo del plato con un trozo de pan.

No supe exactamente a qué se refería.

—Míreme a mí —continuó—. Hace unos años me dijeron que no me quedaba mucho de vida, un par de meses a lo sumo, y entonces me di cuenta de que había estado perdiendo el tiempo en cada tontería que me dio ganas de darme una trompada. Si lo que yo siempre había querido era salir al mar. Y ya llevo cuatro años dando vueltas y cada día me siento mejor.

Por más que en ese momento no lo habría sabido definir, de alguna manera comprendí que la seguridad que había en sus palabras era una que sólo se alcanza cuando las seguridades desaparecen, cuando ya no queda nada a lo que se pueda uno aferrar.

—Usted lo que necesita es quedarse en *orsai*, Aguiar —repitió el gringo Ross mientras recogía los platos y los llevaba a la cocina—, quedarse en bolas para ver que nada es tan grave en realidad, para ver todo lo que le sobra. Mientras siga aferrado a sus putas seguridades no va a haber Dios que lo haga arrancar —dijo mientras se agachaba a acomodar la tapa de la sentina—. Yo ya no tengo vuelta, Aguiar, pero usted todavía puede salvarse —agregó mientras se incorporaba—. Póngase a lavar los platos que yo voy a salir a fumar.

Nápoles, el presente

Mal dormido y destemplado, y con una extraña sensación de optimismo que casi rozaba la euforia, llegué a la plaza Garibaldi. Había pasado la noche en uno de los bancos de la estación de Pompeya. Se ve que me entretuve más de lo debido en la contemplación del cráter y para cuando descendí, el vehículo que nos trajo ya se había ido. Decidí bajar andando hasta el puesto de guardabosques, pero al llegar lo encontré cerrado. Cuando por fin di con la estación de tren ya era de madrugada, no había a quién preguntar nada y, consultando los carteles que colgaban de una vitrina, comprendí que el siguiente tren no pasaría hasta la mañana. Llegué a Nápoles sobre las ocho y a pesar del cansancio y el duelo que aún se suponía que arrastraba, sentí una especie de injustificado entusiasmo que se cimentaba en el hecho de que al menos tenía un plan. Y un plan cuyo resultado ni siquiera dependía de mí. Sabía exactamente lo que tenía que hacer y sabía también que el posible éxito no recaía en mi propio accionar, sino en los planes que Dios o el destino me tuvieran reservados. Hacía mucho tiempo que no poseía semejante claridad respecto del porvenir, y el hecho de que fuera alguien más el que se haría cargo de las posibles consecuencias me suponía un enorme alivio. Yo sólo tenía que llevar a cabo lo que Majorana había elucubrado hacía más de ochenta años para su propia desaparición y que en ese momento me pareció que de alguna manera me involucraba. Sonreí y me encontré evocándolo con esa complicidad con que se evoca a un viejo amigo, como si en algún punto sintiera que él también podría estar recordándome. De pronto me pareció que todas las líneas del espacio y del tiempo apuntaban en dirección a la cubierta del ferry a Palermo que esa misma tarde debía tomar.

Camino de mi hotel —creo que era hacia allí hacia donde me dirigía—, me encontré con una multitud que abarrotaba la avenida del Duomo. La fiesta de San Genaro estaba en pleno apogeo. No sé si fue el hecho de saber que Valeria estaría allí o la simple inercia en la que el torrente humano me embarcó, el hecho es que casi involuntariamente me encontré entrando en la catedral. Hoy pienso que tal vez intervino la necesidad de sentirme cobijado, como si esa incipiente espiritualidad que de pronto me había nacido me hubiera empujado hacia el interior de aquel templo para intentar establecer algún tipo de comunicación con lo divino, como si poco a poco aquello de librar mi destino a sus designios hubiera ido tomando cierta consistencia. No entendía lo que aquello significaba, no entendía la forma que podía tomar ni los mecanismos a través de los cuales operaba, pero si pensaba que todas las casualidades de los últimos días eran sólo eso, una serie de circunstancias fortuitas que se habían ido sucediendo, entonces el precario equilibrio que aún sostenía mi psique se hubiera terminado de desmoronar. Más me valía pensar que formaba parte de un plan que alguien estaba desplegando.

La puerta principal estaba abarrotada. Avancé por uno de los pasillos laterales hasta dar con una pequeña entrada que al grueso de los feligreses le había pasado desapercibida. La franqueé y me encontré a unos cincuenta metros del altar mayor. Sobre el techo de una de las capillas se hallaban encaramados todos los camarógrafos de las televisiones locales, justo encima de un cartel que prohibía sacar fotografías. Recorrí el lugar con la vista, escrutando los rostros de los asistentes en un intento inconsciente de dar con el de Valeria, pero sólo me encontré con caras desconocidas. Junto al altar mayor, el que supuse que era el obispo charlaba informalmente con el grupo de autoridades, hasta que un capellán se acercó a indicarle que el momento había llegado. Sin demasiada solemnidad, el obispo se desplazó hasta la capilla de San Genaro y extrajo la urna con la sangre del mártir. La sacralidad del instante se dejó sentir en el murmullo de las oraciones que se elevaron como un zumbido. El obispo agitó la urna y la levantó sobre su cabeza como quien quiere adivinar el contenido de un sobre cerrado. En silencio regresó al altar y sin mucha emoción anunció que el milagro ya se había producido. Alabanzas y gritos de júbilo. Yo la verdad es que me

sentí algo decepcionado. Como si hubiera completado un trámite, el obispo empezó a hablar en el tono con el que un alcalde inauguraría un puente o daría el pistoletazo de salida a un evento deportivo. Más que a la gente se dirigía a las autoridades —individuos engominados, de anchas corbatas y sonrisas torcidas— con las palabras y con el tono que un político habría utilizado en uno de sus discursos.

De pronto comprendí que se trataba de una gran pantomima. Siempre cabe la posibilidad de que estas cosas lo sean, pero el desgano con que el obispo la protagonizaba me afectó de un modo que no sabría explicar, como si estuviera mancillando una tradición que me fuera propia. De algún modo había depositado una cierta esperanza en aquel acontecimiento y el modo en que se estaba desarrollando dejaba mucho que desear. El hombre hablaba en ese tono displicente, soltando a cada momento frases acomodaticias, y la gente las celebraba con aplausos y con vítores cada vez que hacían referencia al nombre de la ciudad o a cualquier otra cosa que les resultara cercana. Ni siquiera cuando pidió un minuto de silencio por las víctimas de la tragedia del día anterior pareció estar poniendo algo de sentimiento en lo que decía. De entre el público surgieron algunos lamentos sinceros, yo ni siquiera pude pensar en Ana de la rabia que me daba todo aquello. En el palco de los políticos podía verse el aburrimiento dibujado en los rostros y en fuerte contraste con la veneración incondicional que exhibía el gesto de los feligreses. ¿Sería que a eso se reducía todo, pensé, a una forzada liturgia que sólo permitía distinguir entre quienes conocían la farsa y quienes creían en ella? De pronto todos los vínculos entre los jefes mafiosos, la dirigencia local y la cúpula eclesiástica parecieron ponerse al descubierto, y por algún motivo la imagen del funcionario del archivo sacándose un moco y pegándolo en su escritorio se me vino a la memoria como el símbolo de la bajeza del momento. Decidí que lo que tenía que hacer era salir de ahí cuanto antes, y ya me estaba escabullendo por la misma puerta por la que había entrado cuando el discurso del obispo se detuvo y se produjo un instante de silencio que me llamó al respeto. Me giré y vi que el hombre volvía a elevar la urna con la sangre del mártir por sobre su cabeza, pero con una cierta solemnidad esta vez —o al menos eso fue lo que quise yo creer—, y acto seguido, y acompañado por un séquito de curas y sacristanes,

comenzó a avanzar por el pasillo con la sangre del mártir en alto. A medida que lo hacía el murmullo de los feligreses comenzó a crecer en volumen y los cuerpos empezaron a agitarse, y una corriente casi acuosa de humanidades indiferenciadas empezó a acompañar el avance del cortejo hacia la salida. Todos querían verlo pasar y gritarle sus alabanzas. Los primeros alaridos solitarios comenzaron a dejarse oír mientras que en una segunda fila, detrás de las columnas, podía verse a los niños corriendo para ganar la puerta. A medida que el santo se acercaba a la calle la gente que estaba fuera comenzó a contagiarse también. Fue como si la onda expansiva se adelantara a la llegada de la imagen, y el clamor empezó a extenderse como un gas por toda la avenida del Duomo. Entonces fue que ocurrió. Entonces fue que todas las lecturas a las que el caso Majorana me había conducido cuajaron de pronto en mi mente y empecé a percibir a todas esas personas como las células de un organismo que las contenía y las englobaba, y sólo me fue dado hacerlo porque al sentir el modo en que la emoción se me metía en el cuerpo pude comprobar en carne propia el hecho de que yo también formaba parte de ello. Podía tratarse de una farsa o de un milagro, poco importaba en realidad, porque había verdad en aquellos seres y en aquellos rostros, había verdad en el modo en que se apiñaron como peces, como pájaros que ejecutan su danza de conjunto, y había verdad en el modo en que me incluyeron en esa danza, hasta que sin saber por qué la emoción me embargó en un estertor que empezó a subir desde el centro de mi médula espinal hasta entibiarme las orejas, y pensé en Ana como en alguien presente, y pensé en el gringo Ross como en alguien presente, y todos esos rostros que tenía alrededor se me volvieron de pronto conocidos porque todos estaban y eran, ninguno me resultaba ajeno y ninguno se iría nunca, todos permanecerían para siempre allí porque no se trataba de piezas sueltas sino de distintos aspectos de la misma totalidad. Los aplausos y los vítores se elevaron hacia el cielo y comprendí que en el fondo ése era todo el secreto, disolverse en las alturas para volver al principio, disolverse en Dios para volver a la tierra, al vacío original del que salimos un día y al que todo el tiempo, y aunque no lo sepamos, estamos queriendo regresar. El final como un nuevo comienzo. Todo dentro de todo y todo volviendo a empezar. Y en eso

estaba, en medio de aquel éxtasis místico, cuando sentí que alguien me tomaba del hombro y me hablaba a los gritos y en un tono familiar.

—¡Aguiar, lo estaba buscando! —me dijo el comisario Espósito—. Pasé por su hotel y me encontré con que lo estaban demoliendo y temí que se hubiera quedado usted dentro.

—No, estoy acá —le dije como hipnotizado—, pero no por mucho tiempo.

Por un momento pensé en el viejo pesebrero. Pensé en que probablemente él sí se hubiera quedado dentro, pero no sufrí por ello. Todo estaba bien como estaba. Todo estaba pasando exactamente como tenía que pasar.

—Tengo que ir al mar, comisario, es la única forma de salir de acá —le anuncié.

—¿Al mar? —respondió él.

—Al mar, sí, al ferry de Palermo. Tengo que subir al ferry y saltar al mar como hizo Majorana, y que sea Dios quien decida si nos veremos de nuevo.

Mediterráneo occidental, algunos días antes

—¿Qué es eso de que vos ya no tenés vuelta? —le dije al gringo Ross mientras fumábamos en cubierta.

Habíamos pasado la bahía de Cagliari y nos encontrábamos dejando atrás la punta del cabo Carbonara, en el extremo suroriental de la isla de Cerdeña, justo a las puertas del mar Tirreno. Sobre los acantilados, un número ingente de unas aves pequeñas y agolondrinadas sobrevolaba las rocas en un movimiento que parecía destinado a despedir el día. Como los círculos que abre una piedra al romper la superficie de un lago, así se sucedían las oleadas de pájaros en el cielo. A nuestras espaldas el sol caía sobre occidente para perderse en el Atlántico y en las Américas.

—Embarré la cancha, Aguiar, escupí el asado. Hay cosas que no se hacen porque van en contra de la forma que las cosas tienen, y yo las hice.

—Todo el mundo hace cosas que no tiene que hacer, gringo, ¿o te pensás que yo hago siempre lo correcto?

Al gringo Ross se le escapó una risita de lo más irreverente.

—¿Me está jodiendo, Aguiar? Si en los cuatro días que llevamos juntos ya lo vi mandarse más cagadas que un carnicero en Viernes Santo —dijo con un desparpajo que me resultó casi ofensivo—. No, no se trata de eso. Todos nos equivocamos, pero otra cosa es ponerse a comerciar con la fe de las personas. Con eso, no se jode, Aguiar, eso lo saben hasta los perros.

—Pero ya te diste cuenta, gringo, ¿hasta cuándo te pensás que tenés que estar pagando?

—Hasta que al de arriba se le pase el cabreo —dijo el gringo Ross, y puso cara de alumno en falta.

Me vino a la mente la historia de la fundación del instituto de física de

Roma, el de via Panisperna, el modo en que las monjas habían sido desalojadas del convento y la forma que tuvo Dios de castigar el incidente permitiéndonos adentrarnos en los misterios del átomo. ¿De dónde era que había sacado yo todo eso? Al gringo, como era de esperar, la anécdota le pareció encantadora.

—Así que no soy el único con el que Dios se enojó —comentó divertido.

—Para que veas, gringo. Todos nos podemos equivocar, pero se supone que Dios en su infinita bondad está ahí para perdonarnos. ¿No es eso lo que dicen?

—Siempre que paguemos nuestra penitencia, Aguiar, y ni yo ni la humanidad la hemos pagado.

—Vos no sé —dije—, pero la humanidad con lo de la bomba yo creo que ya la pagó de sobra.

El gringo levantó la cabeza y me miró entre sorprendido y molesto.

—¿De nuevo con lo de la bomba, Aguiar? ¿De verdad sigue pensado que en la bomba está el secreto?

—Digamos que tener que lidiar con eso me parece que es algo que da para pensar, ¿no?

El gringo volvió a recostarse y lanzó un profundo suspiro. El silencio del ocaso que acompañaba los últimos rayos del sol parecía fundir el movimiento del mar con el de las aves del cielo.

—Piense usted en lo que me explicó acerca de Majorana, Aguiar, aquello de que en el fondo no había tantas partículas sino que se trataba de distintos aspectos de lo mismo. El problema no es destripar el átomo ni derribar conventos. El problema es ponerse a manosear la obra de Dios como si no formara parte de algo más grande. ¿Sabe usted que los franceses tiraban bombas en el Pacífico porque según ellos ahí no molestaban a nadie? Tiraban bombas contra el mar, la fuente de toda la vida, y creían que como no había nadie ahí no iban a molestar. ¿Puede usted creerlo?

En el cielo, sobre los acantilados, las aves comenzaron a dibujar unas figuras que me pareció que se volvían cada vez más coreográficas. De alguna manera sentí que se trataba de algo que ya había visto.

—No se trata de las bombas ni de las guerras, Aguiar, sino de sabernos

parte de eso. Sólo cuando la gente lo entienda vamos a empezar a mostrar el debido respeto.

—¿Vos lo entendés, gringo?

—Yo ya no intereso, Aguiar, lo que yo entienda o deje de entender ya no tiene ninguna importancia.

Me pareció que el movimiento de las aves se asemejaba ahora al de un campo de trigo mecido por el viento, y que ambos se parecían al de las olas del mar, y recordé lo que me había dicho el gringo hacía un par de días acerca de que las olas eran parte del viento.

—No sé, gringo. Yo sólo te puedo decir que sos un buen tipo. Y que, le importe o no a Dios, yo tengo mucho por lo que estarte agradecido.

El gringo me miró divertido.

—No empecemos con las mariconadas, Aguiar, que eso a Dios tampoco le gusta —ser rio.

Yo me sonreí también. Luego nos quedamos en silencio. En el ocaso del día y como si siguieran el ritmo hipnótico del mar, las aves comenzaron a concentrarse en un solo punto hasta que ya no pudieron verse fisuras en el tejido.

—Y ¿qué tenés que hacer para que Dios te perdone, gringo?

—Esa es la cagada, Aguiar, que todavía no lo sé. Aunque se me están ocurriendo un par de ideas en las que usted quizá me pueda ayudar.

—¿Yo?

—Usted, Aguiar, usted.

—Y ¿qué tengo que hacer?

—Nada, quedarse en *orsai*. Quedarse en *orsai* para que, a partir de ahí, podamos empezar de nuevo.

—Y eso ¿qué tiene que ver con vos?

—Todo tiene que ver con todo, Aguiar. Si yo lo ayudo a usted me estoy ayudando a mí, y a Dios le gusta que nos ayudemos. Así se desenoja y nos perdona por lo que hacemos.

—Y ¿cómo vas a saber que te perdonó?

—Porque me va a devolver a la negra, o ¿qué cree usted que he estado buscando todo este tiempo?

Nápoles, el presente

No soy demasiado consciente de los asuntos que nos mantuvieron ocupados aquel último día al comisario Espósito y a mí mientras planeábamos mi desaparición a imagen y semejanza de la que Majorana había perpetrado. Entre la falta de sueño, el accidente de Ana y la reveladora experiencia por la que acababa de atravesar en el Duomo, me hallaba en una especie de sopor que debía darme el aspecto de quien ha ingerido un poderoso fármaco. Sé que el comisario me miraba con cierta desconfianza a ratos. Pero también sé que, en su infinita bondad, decidió pasar por alto mi precario estado mental para ayudarme en todo lo que fuera necesario. Me ofreció pasar por el hotel a ver si lográbamos recuperar algunas de mis pertenencias, pero lo cierto es que, por más que hubiéramos podido, no había nada allí que fuera a necesitar. Compramos algo de ropa que el comisario me guardaría en la comisaría de Sorrento, le di el dinero que me quedaba y estuvimos cuadrando horarios y haciendo gestiones para adquirir los distintos billetes. Como le ocurriera a Majorana, tuve la suerte de que al día siguiente zarparía del puerto de Nápoles un transatlántico que, haciendo escala en Valencia, Canarias y el norte de Brasil, cubriría la ruta hasta Buenos Aires. El destino se repetiría con ochenta años de diferencia. Todo eso, claro, en el caso de que consiguiera yo ganar la costa y no me quedara para siempre enredado en esas aguas. A partir de ahí ya era cosa de Dios. Yo ya habría hecho mi parte. A partir de ese punto pasaría lo que tuviera que pasar.

—Tenga, Aguiar —me dijo el comisario Espósito alcanzándome una libreta.

Se trataba de un pasaporte italiano con una foto mía y un nombre que no alcancé a retener.

—Lo había empezado a tramitar hace un par de días para usarlo en caso de que la cosa se torciera —me explicó—. No creo que le sirva de mucho cuando llegue a destino, pero al menos le servirá para que le dejen salir de aquí.

La charla tenía lugar en una cafetería del paseo cercana a aquella en la que nos habíamos sentado el día anterior luego de visitar el archivo del Estado. Muchas cosas habían ocurrido desde entonces, muchas más de las que caben en un solo día. El misterio de la desaparición de Majorana había sido resuelto, Ana había venido a Nápoles y había dejado el mundo, mi vida se había desdibujado en el cráter de un volcán y en unos momentos me montaría en un ferry con rumbo a un puerto al que no llegaría para repetir la historia que un físico siciliano había escrito casi un siglo atrás, y que tanto podía significar el final definitivo de Ernesto Aguiar como un nuevo comienzo. Lo que en el mar había empezado, en el mar se resolvería. En mi interior la ansiedad se mezclaba con una cierta excitación y con un dolor sordo que no parecía generar ningún tipo de eco y que me despertaba una especie de sensación de irrealidad que no me permitía vivenciar del todo el momento. Extrañamente, sin embargo, pocas veces me había sentido tan unido a la vida. Y es que en el fondo y debajo de toda aquella maraña de sensaciones me hallaba profundamente tranquilo, como si todo ese ruido respondiera en realidad a reverberaciones de pensamientos pasados, pensamientos que a esa altura carecían de sentido y que habían cedido su lugar a la imprecisa certeza de que todo debía ser exactamente como estaba siendo, lo que había pasado, lo que estaba pasando y cualquiera de las posibilidades de lo que estaba por pasar. El tiempo por fin parecía haber alcanzado su velocidad de crucero y de algún modo sentía que había conseguido emularlo.

—¿Está seguro de esto, Aguiar?

—Tan seguro como alguien puede estar de algo.

—No espere hasta estar entre la isla y punta Campanella. Estuve mirando el recorrido y unos diez minutos antes estará más cerca de la playa.

—Ya lo hice una vez, comisario, ¿se acuerda?

El comisario asintió pero sin abandonar su expresión preocupada.

—Comisario —le dije.

Él me miró a los ojos.

—Todo lo que pase a partir de ahora va a estar bien.

—No sé yo si debería dejarle tomar decisiones en este estado.

—¿En qué estado?

—En el suyo, Aguiar. Está usted bajo el shock de una pérdida reciente.

La imagen de Ana despidiéndose en la avenida del Duomo me vino a la memoria y me emocioné. No fue pena, sin embargo, sino una especie de complicidad. Como si de algún modo compartiera con ella aquel recuerdo.

—Ya lo hablamos, comisario, y estoy bien. Fue justamente esa pérdida la que puso las cosas en su sitio, la que definió mejor que nada el rumbo que las cosas debían tomar.

—No lo sé, Aguiar, no lo sé.

La sirena de un barco nos distrajo. Levantamos la vista hacia el puerto y nos quedamos ahí un momento. No sé en qué habrá estado pensando el comisario. Yo evoqué la lejanía, los puertos que aún me aguardaban y especialmente el de Buenos Aires, el mismo que hacía tantos años me había visto partir. Cuando volvimos a cruzar miradas la del comisario parecía haberse distendido un poco.

—No espere hasta estar en el canal, Aguiar, unos diez minutos antes es el mejor momento. Yo lo estaré esperando en la playa con ropa seca y tendré un coche listo para traerlo hasta el puerto.

La imagen del comisario Espósito, su traje como heredado de un pariente más corpulento, el modo en que parecía no querer ocupar toda la silla al sentarse, me despertaron una profunda ternura y una profunda gratitud.

—¿Y usted qué piensa hacer, comisario?

—¿De qué?

—En general, ¿qué piensa hacer?

—Asegurarme de que, una vez ganada la playa, se meta usted en ese barco para no volver a verle el pelo por un buen tiempo —dijo, y ambos reímos.

El camarero apareció con las cervezas que le habíamos pedido.

—No ha estado mal del todo, ¿verdad comisario?

—No ha estado nada mal, Aguiar.

Sin abandonar la sonrisa, el comisario perdió la vista en la lejanía con una expresión en la que yo al menos quise ver cierto optimismo.

—Lástima que no pueda utilizar toda la información que conseguimos —agregó—. Me hubiera encantado verles las caras cuando les dijera que había resuelto el caso Majorana.

—Yo creo que puede usarla sin problemas, comisario.

—No, Aguiar, ya lo hablamos. Sería delatarlo a usted. Además me he pasado toda la vida siendo quien soy y quizá las cosas estén mejor así.

—Quizá más adelante.

—Quizá más adelante.

Una bandada de gaviotas que sobrevolaba los muelles me hizo pensar en el gringo Ross. ¿Qué habría sido de él?, pensé, y tampoco esto me inquietó. De alguna manera tuve la certeza de que allí donde estuviera estaría bien. El comisario Espósito se mostraba más tranquilo ahora. Echado hacia atrás en su silla, sujetaba el vaso con las dos manos.

—Salud, comisario —le dije levantando el mío—. Quiero que sepa que le estoy muy agradecido por todo lo que ha hecho por mí.

El comisario me miró con el gesto emocionado.

—Figúrese, Aguiar, soy yo el que le agradece. Ni se imagina lo aburrido que estaba antes de que usted llegara. Hacía años que no me hacían sentir como un verdadero detective.

Brindamos y bebimos. Luego apoyamos los vasos en la mesa.

—Por cierto —dijo el comisario—, la que se quedó un poco preocupada por usted fue Valeria. Esta mañana me la encontré en el Duomo junto a su madre y su hija. ¿Quiere que le diga algo cuando la vea?

De pronto, al oír su nombre, un golpe de frío me recorrió la columna vertebral, como si hubiera caído en la cuenta de un olvido imperdonable.

—¿Todo bien, Aguiar? —me dijo el comisario.

Aparentemente mi gesto había sido bastante elocuente. Era como si hubiera creído que dejaba todo en su sitio y de pronto cayera en la cuenta de que había una pieza importante que estaba quedando suelta. ¿Cómo me había permitido semejante distracción? Poder verla antes de irme se convirtió de pronto en una prioridad absoluta.

—Tengo que irme, comisario —dije levantándome de la silla—. Tengo

que hablar con Valeria.

—Pero qué dice, Aguiar, su ferry sale en una hora.

—No se preocupe, comisario, ahí estaré. ¡Lo veo en Sorrento!

—¡No le va a dar el tiempo, Aguiar!

—¡Tengo que verla, comisario! ¡Lo veo en la playa de Sorrento!

Mientras buscaba un taxi entre el tráfico comprendí que lo mejor sería ir andando. Subí hasta plaza Plebiscito y desde ahí hasta el Monte de Dio. El tufo a orín de las escaleras me resultó casi agradable. No sabía qué le diría a Valeria cuando la viera, pero sabía que tenía que verla una última vez. Tal vez sólo era eso, volver a verla un instante. Volver a encontrarme durante un instante con la profundidad de sus ojos verdes antes de ir a perderme en el mar. Llegué a la puerta del cuartel con la respiración agitada y sudado como un cerdo. El chico de la puerta salió a mi encuentro y me preguntó si me pasaba algo.

—Valeria —dije con la respiración entrecortada.

—¿Cómo? —respondió el muchacho.

—Valeria —intenté repetir, pero no conseguí hacerme oír.

Apoyé las manos en las rodillas y me quedé ahí un momento, a la espera de que la respiración se me normalizara un poco.

—Estoy buscando a Valeria —dije al cabo de un momento.

—No está —me dijo el chico—, se fue hace una hora. Si quiere, le puedo dar su mensaje. O, si es muy urgente, le puedo indicar dónde vive.

Miré el reloj. No había tiempo. Miré al chico que me observaba con preocupación sincera, y por un momento se me pasó por la cabeza la idea de dividirme, de disociarme en dos Ernestos Aguiar para que uno tuviera tiempo de ir hasta la casa de Valeria mientras el otro bajaba a tomar el ferry a Palermo, como dos realidades paralelas que no por solaparse debían excluirse. Así fue como lo pensé: dos realidades paralelas que no por solaparse debían excluirse. Y entonces lo comprendí. Entonces el plan de Majorana se desplegó por fin con toda claridad frente a mis ojos. Y ante el desconcierto de aquel pobre muchacho, al comprenderlo me dio por reír. Alguien dijo alguna vez que la única señal de que alguien ha comprendido todo es que llore sin motivo. Pues a mí me pasó al revés. De pronto lo comprendí, de pronto lo comprendí todo. Pero en vez de llorar me puse a reír como un loco.

Mediterráneo occidental, algunos días antes

Hacía un par de horas que habíamos perdido de vista las luces de tierra y lo cierto es que volver a la oscuridad del mar había sido un poco como volver a casa. El gringo me dijo que había algunas personas que luego de su primera travesía terminaban odiando la experiencia, que había otras a las que les parecía bien pero que no sabían si repetirían, pero que si ocurría que al volver a salir nos sentíamos aliviados, como si el entorno allí nos fuera más propio, entonces ya la habíamos cagado y nunca podríamos volver atrás. ¿Podía ser que mi destino estuviera ahí, entre esas olas? ¿Podía ser que ya no pudiera desembarcarme nunca más? Lo cierto es que tumbado ahí en cubierta y con todo ese manto de estrellas desplegado sobre mi cabeza, sentía que estaba exactamente donde debía estar. No seguiría hasta Turquía, sin embargo. El pasaje por San Pietro me había hecho darme cuenta de que tenía asuntos que resolver en tierra incluso aunque decidiera que lo mío era continuar, una especie de mandato de dejar la casa en orden antes de pensar en partir hacia otro lugar. El gringo Ross, por otra parte, seguiría deambulando por los mares durante un buen rato, y si resultaba que al volver a Barcelona y resolver mis asuntos descubría que aún sentía la necesidad de ir a dar una vuelta, probablemente lo encontraría en algún puerto cualquiera bebiendo con gitanos alegres y persiguiendo a mujeres de moral ligera, a la espera de que llegara la suya, la única, la verdadera, aquella que el buen señor le tenía reservada. Me pasé toda mi guardia afuera. Si las condiciones lo permitían, a primera hora de la mañana estaríamos llegando a Nápoles, y sentía la necesidad de disfrutar de cada minuto de esa última noche. El orden natural de las cosas, ese del que el gringo me había estado hablando, parecía manifestarse con mayor claridad allí. El viento sobre

las velas, las velas sobre el casco y el casco sobre las olas que obedecían las formas del viento. Todo en contacto con todo. Todo enfrente de todo y mirándose. Y las estrellas ahí arriba como un manto de tiempo desplegado y detenido que parecía querer narrarnos la historia del universo. Partículas de luz naciendo del espacio, recortes de absoluto iluminando el firmamento, distintas caras de esa torre única con la que Majorana había soñado en algún momento.

Una luz en el interior de la cabina me informó que el gringo ya se había levantado. Eran las tres de la mañana y me tocaba ir a descansar, pero se estaba tan bien ahí que no me dieron ganas de moverme. Los pies descalzos sobre la madera, la cabeza apoyada en el borde de la regala, sobre un cojín convenientemente doblado para que hiciera las veces de almohada, los brazos cruzados sobre el pecho y el viento rozándome la piel. El murmullo del agua enredándose en la estela del *Victoria* y el silencio de la noche que se perdía en el infinito, en esa danza celeste en la que estrellas y satélites jugaban a existir, caprichosa imagen extraída del sueño de algún Dios que esperaba pacientemente a que los únicos seres inteligentes de su creación comprendieran de una vez lo que los demás ya sabían de sobra, que nada existe por separado, que en cada pieza del tablero está el tablero completo, que no se trata de bordes ni de centro, de antes ni de después, que todo se inscribe en el movimiento único, siempre cambiante y a la vez eterno. Y que todo el tiempo ocurre lo mismo, sólo que cada vez ocurre de un modo diferente, dándonos la posibilidad de vivir mil veces la misma vida en la que solo un detalle cambia para que todo vuelva a acontecer, cien mil veces cada día hasta que por fin comprendamos que el ser y el no ser eran las dos caras de una misma cosa, como los humores de un mar que pareciera condenado a repetirse cuando en verdad a cada instante construía un universo nuevo, un universo de olas que se mueven, de montañas en movimiento, certeza de eternidad que no es quietud sino presente, el mismo dilatado instante que se viene repitiendo desde que el mundo es mundo a lo largo y a lo ancho del extenso espacio del no-tiempo.

—¿Qué tal todo, Aguiar? —me dijo el gringo Ross alcanzándome una taza de café.

—Impecable, gringo.

El gringo asintió como si aprobara lo que le decía y al mismo tiempo compartiera mi apreciación.

—¿Descansaste bien? —le dije.

—Un lujo, Aguiar, soñé y todo. ¿A usted le tocó salir muy seguido?

—Hoy no entré, gringo. Hoy me quedé afuera.

El gringo se sonrió.

—Vaya a descansar, Aguiar. Mañana le espera un día largo.

—Ahora voy, gringo, ahora voy.

Con su taza en la mano, el gringo Ross miró hacia la punta del palo, luego hacia proa, y luego hacia la punta del palo de nuevo, con ese gesto escrutador que tan bien había llegado a conocerle. Luego volvió a asentir satisfecho. Entonces me miró con una expresión que no recordaba haberle visto, como si estuviera evocando algo que aún estaba por venir.

—Tengo que decirle que ha sido un gusto tenerlo a bordo, Aguiar, el *Victoria* y yo le estamos muy agradecidos.

Lo dijo con sentimiento. El gringo nunca hablaba así. No cuando se dirigía a las personas al menos.

—¿Vas a empezar vos ahora con las mariconadas?

El gringo dejó escapar una sonrisa que traslucía una cierta melancolía.

—Quiero que se cuide mucho, Aguiar, y que pase lo que pase se acuerde siempre de quién es usted. En ninguna otra parte va a encontrar las respuestas. Mire siempre adentro suyo.

—Me estás asustando, gringo —le dije.

Él se volvió a sonreír y ya no dijo más nada. Nos quedamos en silencio escuchando el fluir de la noche, el modo en que el avanzar del *Victoria* sobre las olas parecía unificar el primer instante con el infinito, ese punto en el que todo confluye y desde el cual todo siempre volvería a comenzar. Y podría haberme quedado, pero comprendí que al día siguiente pagaría la falta de sueño. El momento, por lo demás, ya había estado completo. Querer estirarlo hubiera sido querer retener lo que no se puede. Me concentré un momento en el color de mis pies. Estaban negros de sol y de mugre, como en los veranos de infancia. Me levanté y mientras me dirigía hacia la cabina le di las buenas noches al gringo Ross. Él volvió a repetirme que me cuidara mucho, como si no nos fuéramos a ver por un largo tiempo. En ese momento no lo entendí. Así

pasa con las cosas cuando son importantes, que no las vemos venir, no sabemos que están ocurriendo. Como no supe yo esa noche que de verdad nos estábamos despidiendo.

Nápoles, el presente

El propio Fermi dijo en una ocasión que Majorana era lo suficientemente inteligente como para que, si hubiera querido desaparecer sin dejar rastro, hubiera sido imposible hallarlo. ¿A qué venían entonces todas esas pistas tan claras que aparecían en sus cartas, lo de que «hasta las once de la noche y quizá después» y lo de que el mar lo había rechazado? La explicación que habíamos encontrado con el comisario Espósito parecía de lo más plausible, y ése era justamente el problema: parecía como si las pistas estuvieran puestas a propósito, como si de algún modo Majorana hubiera alentado el hecho de que el enigma se hubiera resuelto. Lo primero que pensé es que se había tratado de una forma de sembrar la duda acerca de su suicidio para dejar a sus seres queridos —y sobre todo a su madre— la esperanza de que no se hubiera matado en realidad, sino que hubiera elegido fingir su muerte para empezar de nuevo. Majorana se había suicidado, no había más misterio. Y todo el embrollo de pasaportes y de cartas y de dineros extraídos del banco no era más que una maniobra distractiva cuya única función era la de permitir que cada cual creyera lo que quisiese. Los que querían verlo muerto lo verían muerto. Los que querían verlo vivo, podían elegir entre una vida de profesor en Buenos Aires o el encierro anónimo en un monasterio napolitano. O incluso en algún extraño secuestro por parte de alguna potencia extranjera. Todo aquello era plausible. Pero fue al pensar en todas esas opciones que de pronto asomó a mi mente el esbozo de lo que hoy considero la verdadera explicación.

Majorana se pasó la vida intentando hallar la fórmula que le permitiera acceder a la totalidad, esa torre de partículas que de algún modo representaba el elemento único y que, sólo ante los ojos de los distintos

observadores, mostraría rostros y facciones diferenciadas. En los últimos años que estuvo encerrado en la casa paterna, estudió filosofía, teología, neurología e historia. Se trataba sin duda de un esfuerzo de comprensión más ambicioso que el que un vulgar suicida hubiera acometido. ¿Y si lo había encontrado?, me pregunté de pronto. ¿Y si realmente hubiera dado con la fórmula para transformarse él mismo en un campo de probabilidades que sólo se volvería concreto ante la mirada que cada observador decidiera poner en juego? Su desaparición, su salto al mar, representaría entonces la vuelta al vacío, a la nada, para que, a partir de esa nada, cada cual pudiera imaginarlo —y por tanto colocarlo— en la situación que más le conviniera. Sólo convirtiéndose en un campo de probabilidades podía tener acceso a ser todas las posibilidades que alguien pudiera pensar. ¿Y si resultaba que en sus años en Roma Majorana había dado con el secreto? ¿Qué mejor sitio que el mar, fuente de vida y conciencia, para ir a disolverse en lo eterno? Tal vez no se había ido a ningún lugar concreto, ni de este lado ni del otro, sino que se había quedado suspendido en lo prerreal, como un campo de probabilidades que sólo cobraría entidad a partir de lo que cada mente decidiera proyectar sobre él: profesor en Buenos Aires, monje de clausura en Italia, prisionero del gobierno soviético. Todo lo que cada uno quisiera pensar le otorgaría a Majorana una nueva existencia, y podría existir en todas al mismo tiempo. Desde la cubierta del ferry que en ese momento me alejaba de Nápoles, debo confesar que la idea se me antojó de lo más deseable. ¿Podría yo tal vez, y ya que estaba siguiendo tan al pie de la letra sus pasos, dar con las claves del mismo misterio?

La cubierta olía al aceite que se usa para limpiar las armas de caza, planchas soldadas de acero robusto que costaba imaginar que fueran capaces de flotar. Los escasos pasajeros que habían subido conmigo se hallaban en el interior, en una sala llena de butacas que miraban todas hacia adelante, como si de una vieja sala de cine se tratase. Con los codos apoyados en la barandilla y mientras pensaba en todo esto, yo observaba la estampa de la ciudad de Nápoles que se perdía en la lejanía. Entre todo ese hormiguero de casas y de colinas destacaban las siluetas de los tres castillos iluminados, el dell'Ovo, el Nuovo, y el de Sant'Elmo, en la cima del Vómero. A medida que nos alejábamos, sin embargo, los tres iban

perdiendo nitidez hasta fundirse con la ciudad moderna, como si de algún modo el presente fuera engullendo el pasado, como un volcán que al estallar devora todo lo demás. ¿Y si fuera que se trataba sólo de eso, de un presente que al brillar opacaba todos los otros momentos? ¿Y si esos otros momentos existieran de todas formas, con independencia de lo que el presente decidiera alumbrar? Aquella intuición que en más de una ocasión había querido tomar forma a lo largo de mis lecturas de los libros de Majorana, cobró de pronto una corporeidad nueva. Quizá realmente era posible dejar de habitar estas tres dimensiones para empezar a ser uno con el tiempo, y estar aquí y allá, y ser éste y también aquél. En ese mismo momento podía estar llegando a la casa de Valeria para verla por última vez sin que eso afectara el hecho de que me hallaba en un ferry a Palermo. Quizá estaba ocurriendo. Y si podía estar en dos sitios, ¿por qué no en tres? ¿Por qué no llegando a Turquía con el gringo Ross, o aún en Buenos Aires sin nunca haberme ido? Quizá en ese mismo momento estaba en Barcelona casándome con Ana. Todos fenómenos reales, todos fenómenos latentes, reflejos de esa torre en la que todas las posibilidades están dispuestas a existir como formas posibles, como la materia prima de la que se desprenden las realidades que sólo se vuelven concretas en la conciencia de cada quien. ¿Sería que Majorana lo había conseguido?

Al pensar en él de pronto lo sentí tremendamente cercano, mucho más familiar que a todas las personas que alguna vez había conocido. En ese último instante, antes de arrojarme al mar para encontrarme con lo que fuera que me estuviera esperando, con nadie con el que hubiera compartido algún trozo de vida —ni siquiera con Ana— me sentí tan hermanado como con él. Casi podría decirse que me sentí más cerca de él que de mí. A Majorana creía conocerlo, creía saber quién era y por qué hacía lo que hacía. De mí, en cambio, tenía una idea más bien difusa. Si en ese momento hubiera tenido que apostar por la imagen que me devolvería un espejo no habría sabido qué decir. Me miré las manos y se me antojaron ajenas. Me miré los pies y me pareció que los zapatos que calzaba eran los de otro. Decidí jugar entonces a que yo era Majorana. Que había nacido en Catania en los albores del siglo XX, en el seno de una acomodada familia siciliana, que luego de una infancia más bien solitaria me había decidido por las ciencias y que esa decisión no había

solucionado mis problemas de adaptación a la raza humana. Decidí pensar que en los últimos cuatro años, antes de aceptar mi cátedra en Nápoles y harto ya de tantas particiones en la realidad unívoca que el cielo alumbraba, había dado con el secreto que me permitía fundirme con el todo, y que eso era exactamente lo que estaba a punto de hacer. Eran casi las once de la noche del 25 de marzo de 1938 cuando, al divisar la silueta de la isla de Capri, me encaramé como pude a la barandilla de aquel ferry que debía llevarme a un puerto al que nunca llegaría y, desobedeciendo las recomendaciones del comisario Espósito, esperé a estar exactamente en el punto intermedio entre la isla de Capri y punta Campanella. El temblor de los motores que hacían avanzar la nave rugía bajo mis pies, desatando en la estela que dejábamos atrás un torbellino de agua y espuma que brillaba bajo la luna como el rastro de un animal herido. Busqué con la vista las luces del golfo de Sorrento y me parecieron más lejanas que la última vez que las había visto desde la cubierta del *Victoria*. En el puerto el vapor *Oceania* me esperaba para completar la travesía hacia Buenos Aires, hacia la libertad, hacia la promesa de un nuevo comienzo. Miré las aguas negras y amenazantes y por un momento sentí miedo, pero al instante se me disolvió en la eterna verdad del mar. Pensé en Ana y en lo injusto que había sido con ella, y sentí que desde algún sitio ella me perdonaba. Pensé en Valeria y en la historia que no tuvimos. Entonces cerré los ojos y me dejé caer.

Los primeros instantes fueron confusos, el impacto contra la superficie y las miles de burbujas que mi cuerpo arrastró consigo me envolvieron en un remolino que de algún modo sentí que me aislaba de todo lo demás. Supongo que la espuma de la estela que el ferry dejaba tras de sí ayudó a que así fuera, pero luego de unos instantes sentí que el remezón estaba durando demasiado, y que, lejos de ir disipándose, empezaba a crecer en intensidad. No se trataba de un fenómeno sonoro, pero se sentía como un ruido vibratorio en mis oídos. No se trataba de un fenómeno lumínico pero parecía como si miles de partículas atravesaran caóticas mi campo visual. Casi todas las cosas que alguna vez había visto tomaron forma ante mis ojos pero sin alcanzar a definirse realmente, sino sólo como

presencias, sin alcanzar verdadera corporeidad. Parecían espectros más bien, estelas de color que de algún modo las evocaban. Y el sonido que producían se estaba volviendo tan intenso que temí que fuera a hacer estallar mi cerebro, que lo fuera a fundir como a cables de cobre a los que se aplica un voltaje mayor al que pueden soportar. Incapaz de hacer nada al respecto, elevé al cielo algo parecido a una plegaria y me dejé llevar.

Dicen que en el momento de morir vemos pasar toda la vida frente a nuestros ojos, pero yo no me estaba muriendo, al contrario. Si tuviera que intentar definir lo que me ocurría tendría que hablar más bien de un nuevo comienzo, y lo que sentí que pasaba frente a mí no era toda mi vida sino toda la vida, la vida entera. Desde el instante en que el primer aliento de eternidad se fundió con el viento del norte para dar lugar a la materia, desde los primeros pasos de las primeras partículas que buscaron asociarse en átomos y en elementos para dar forma a los primeros cuerpos celestes, desde las primeras lluvias cósmicas que llenaron de agua los océanos e hicieron nacer la vida hasta el primer bípedo pensante que se erigió como mi ancestro, en ese instante fecundo me fue dado verlos a todos, sin superposición ni transparencia. Vi el rostro de cada uno de los seres que había pisado la tierra y los reconocí, y de algún modo que no sabré explicar pude comprobar la forma en que cada uno cargaba en su interior con las humanidades de todos los demás, los que vinieron antes y los de después, porque cada uno representaba en igual medida el intento de esa conciencia primigenia por ganarse un lugar en el mundo, por elaborar las células que a lo largo de los siglos se erigieron en vidas y en conciencias individuales, y cuya única misión consistía en volver a unificarse un día para retornar al vacío original del que alguna vez habían salido. Y entonces todo el ruido y todas las luces comenzaron a contraerse, a disminuir su intensidad, hasta que poco a poco fueron alcanzando una cierta quietud. Y en lugar del ruido se instaló un silencio que no era silencio en realidad, sino una vibración monocorde, blanca y armoniosa, que no vibraba como onda sino que se manifestaba como la mínima expresión de la que debe dar cuenta un fenómeno para existir, un zumbido que si elevaba un grado el tono o si desviaba un milímetro su longitud, hubiera acabado de un plumazo con todo el universo existente,

como la reacción provocada por un átomo que al dividirse contagia al de al lado, y este al siguiente para nunca acabar. Y en lugar de todas esas luces y de todas esas imágenes se dibujó ante mis ojos y alrededor de mí un estertor muy brillante pero muy cálido a la vez, muy mullido y amoroso, que me hizo tener la sensación de que había vuelto al hogar. Si el hogar es ese sitio en el que no hay que dar explicaciones, entonces era ahí adonde yo había llegado, porque de pronto no había necesidad de justificar ni de definir nada, sólo bastaba con ser, con dejarse existir. Y no en mí, sino en el todo. Y en esa quietud dinámica, en ese vacío atronador capaz de contener la totalidad de lo que existe, me fue dado liberarme de la esclavitud del ser sin renunciar al privilegio del estar siendo. Me fue dado salir de mí para latir en todo el resto, como el vacío que puede llenarse de todas las cosas del mundo porque ha conseguido vaciarse de todas las cosas del mundo, así mi ausencia era presencia de todo lo que existe. Y la sentía en mí como si fuera capaz de concentrarse en un solo punto, a la vez que yo me expandía hacia el espacio sideral, contenedor y contenido de la nada más inabarcable, como si cada uno de nosotros fuera en realidad una extensión de ese vacío y cada uno hiciera lo que buenamente podía para erigirse en representante de la nada más vital. Y al sentirlo sentí también un amor infinito hacia todos los seres que vagaban en ese intento, una ternura infinita ante sus torpezas y sus miedos y sus buenas intenciones. Y a la vez sentí algo muy parecido al perdón hacia cada una de las personas que había conocido en mi vida, y en mis brazos de agua abracé a Ortega y a Galíndez, a Valeria y al comisario Espósito, a Ana y al gringo Ross. Y los perdoné por ser humanos, y los abracé hasta que fui ellos, y siendo ellos me pude perdonar también a mí. Y entendí y justifiqué el sueño de Majorana, sus ansias de extravío, su anhelo de no ser. No se trataba de irse, sino de disolverse. Disolverse en la nada para poder acceder al todo, para librarse de la condena del ser entendido en partes. Y entendí a lo que se referían los alegatos místicos del gringo Ross, eso que por cien mil veces había oído en la escuela por más que los que lo decían no supieran de qué hablaban, aquello de que Dios estaba en todas partes, de que Dios era amor, porque abriéndome en amor yo también podía llegar a estar en todas partes, y ser Dios y ser todo, y no tener principio ni fin. En esa

noche intemporal que no había empezado ni terminaría, por primera vez en mi vida entendí lo que esa luz y ese silencio significaban, eso que el gringo Ross, en su pretendida ignorancia, había sabido comprender tan bien. Que el problema no estaba en el átomo ni en la bomba, que el problema no estaba en ninguna parcela aislada, sino en el modo en que nos habíamos alejado del todo, la ocurrencia de querer entender las cosas en partes cuando sólo a la luz del todo las cosas se manifestaban. Sólo en la totalidad, en la unicidad del espíritu eterno, podíamos hallar las respuestas, en la conexión abierta y sincrónica con todos los seres del universo, porque sólo abriéndose hacia todo y hacia todos se podía llegar al sitio en el que se es todo y se es todos, fondo y forma de la vibración primera que todo lo inunda y lo atraviesa. En ese instante infinito, y por primera vez en mi vida, me supe uno y el mismo con el espíritu de la eternidad.

Entonces algo rozó mi brazo y de pronto ya estaba de vuelta. De nuevo estaba sumergido en las aguas del golfo de Sorrento y las burbujas volvían a removerse a mi alrededor. Y de un modo casi invasivo vino a mi mente el recuerdo de una semana atrás, cuando luego de buscar al gringo Ross por todas partes había tenido que saltar al mar para encontrarme con la misma luminosidad acuosa que me envolvía en ese momento. Y entonces abrí los ojos y me encontré con que el roce en el brazo se debía a una especie de serpiente amarilla que cruzaba por delante de mí y que jugaba a enredarse en mi muñeca. Y en un primer momento hice el ademán de querer librarme de ella, y al instante tuve la conciencia de haber vivido eso ya otras veces, no sólo en aquella ocasión de hacía una semana atrás, sino cientos de otras veces, y recordé que en todas ellas había hecho el mismo gesto de querer liberarme del cabo, porque entonces comprendí que la serpiente amarilla era en realidad un cabo, un cabo amarillo del *Victoria* que había quedado colgando por la borda, la escota del foque que era amarilla como la serpiente amarilla que venía a enredárseme en el brazo, como si quisiera llevarme con ella, como si por una vez no me quisiera dejar ahí tirado para que la historia volviera a repetirse como se venía repitiendo desde el principio de los tiempos, abriendo un único camino hacia la nada, hacia la persecución de un rastro que nunca podría alcanzar porque empezaba y terminaba en

mis propios pies, en mi propios pasos, porque no eran distintos esos pasos de los míos propios, porque en los pasos de un hombre están los pasos de todos los hombres, los míos, los tuyos y los de Ettore Majorana, porque por una vez tuve la conciencia y la voluntad de no querer dejar escapar la oportunidad de interrumpir el continuo absoluto en el que las cosas ocurren para dar a la rueda del destino la oportunidad de variar el rumbo, de inventar un rastro nuevo y quizá un universo nuevo, por todo eso fue que en el momento en que el cabo amarillo estaba ya a punto de desenredarse definitivamente de mi brazo, en vez de dejarlo ir cerré la mano y lo aferré, y dándole una vuelta sobre mi muñeca, lo así como si fuera lo primero a lo que me aferraba en la vida, como si fuera lo último a lo que me aferraba en la vida, y contrayendo los músculos del hombro y del antebrazo, resistí el tirón y me dejé arrastrar hasta que de pronto fui devuelto a la superficie, y luchando con el agua que se estrellaba contra mi boca, contra mis ojos y mi nariz, conseguí poco a poco acercarme al casco del *Victoria* y trepar por el cabo hasta alcanzar la borda de madera, y luego de un descomunal esfuerzo en el que por un momento pensé que los brazos se me iban a desprender del tronco, conseguí finalmente alcanzar la cubierta y me dejé caer en ella como un atún recién pescado que se desliza suavemente sobre la humedad de su propio lomo, boqueando ese oxígeno raro que no terminaba de saber tragar y con la noche intemporal como único testigo de la hazaña que acababa de completar. Y todas las noches y todas las estrellas que eran siempre las mismas fueron entonces diferentes. Y todos los vientos y todos los mares que se desplazan siempre a merced de las mismas fuerzas se detuvieron un instante. Y todos los soles y todos los días que habían venido sucediéndose desde que existía el tiempo dieron un pequeño vuelco y sonrieron al verme, como un tímido homenaje al acto que acababa de perpetrar. Y cuando pude recobrar el aliento, incliné la cabeza hacia la escotilla, y entonces, dentro de la cabina, pude ver el modo en que se movía la tapa de la sentina, y la forma en que el gringo Ross se asomaba desde ahí abajo con el gesto del que ha pasado demasiado tiempo en una posición incómoda, acariciándose el cuello y moviendo la cabeza de un lado al otro como si quisiera despertar los músculos y tendones que se hallaban entumecidos de frío y de humedad,

y lo vi sacar las piernas y sentarse en el suelo, y lo vi colocar de nuevo la tapa de la sentina. Y sólo entonces, mientras se frotaba la nuca, desvió la vista hacia afuera y me vio. Agotado y sonriente. Empapado y feliz.

—Me cago en mis muertos y en los suyos y en los huevos de los que salieron los espermatozoides que nos engendraron —dijo el gringo Ross con los ojos tan abiertos que parecía que fueran a salírsele de las órbitas —. ¿Se puede saber qué carajo está haciendo en mi barco?

NÁPOLES, EL PRESENTE REENCONTRADO

Hay veces en que la realidad supera a la teoría. Hay veces en que la teoría supera a la realidad. Y hay veces en que nos es dado asomarnos a ese sitio ingrávido que queda un poco más allá de ambas, para comprender que tanto realidad como teoría no son más que las hijas pobres de la historia que nos contamos, esa que nos envuelve a todos y de la que todos somos parte, por más que sólo cobre forma en la soledad de cada uno. Ordenar los datos que forman parte de una historia implica siempre falsearlos, fundar sentidos allí donde no los hay, inventar relaciones que liguen las causas con los efectos. Los acontecimientos por sí mismos no implican direcciones ni consecuencias, los acontecimientos nunca se relacionan entre sí, salvo en la mente de quien se siente a pensarlos. En la mente del espíritu eterno son descarnadamente neutros, no tienen carga positiva ni negativa, porque en realidad sólo existen como los recortes artificiales que cada conciencia individual aísla del todo indivisible, el continuo inabarcable que, a la luz de lo ocurrido, me sentía un poco más cerca de ser capaz de vislumbrar.

Una vez el gringo Ross me dijo, para explicar las distintas circunstancias con las que puede uno encontrarse en el mar, que todo el tiempo pasaba lo mismo, sólo que cada vez ocurría de un modo diferente. Siempre se trataba del mismo juego de olas y de viento, y sin embargo no había dos días que ofrecieran las mismas condiciones. Majorana soñó una vez con una torre de partículas que era siempre la misma, sólo que exhibía diferentes rostros según el momento y el lugar desde el que fuera observada. Siempre lo mismo y siempre diferente, como el mar cada vez que se lo sale a mirar. A veces me gusta pensar que se parece a la idea que el gringo guardaba de Dios y que la verdad es que yo nunca llegué a comprender del todo. Y no deja de darme cierta envidia que a él le resultara tan cercana. Él tenía una visión de la totalidad a la que yo sólo puedo asomarme con mi mente. Él, al igual que Majorana, era capaz de

sentirla en la piel. A veces me gusta pensar que si el gringo Ross y Majorana se hubieran encontrado se habrían rechazado por la misma razón por la que se rechazan dos partículas con carga positiva, pero que en el fondo se habrían reconocido en el otro, y quizá hasta habrían estado dispuestos a intercambiar algunas palabras. Quizá, en alguna parte, ahora mismo lo están haciendo. Pero eso es parte de una historia mucho más grande que la que nos compete. Limitémonos, pues, a la que estoy tratando de contar. Cualquier acontecimiento, hoy lo sé, puede abrirnos la puerta a la historia del universo, el truco consiste en provocar el recorte sin que se note que se trata sólo de una parte, y hacerlo aparecer así como un retrato de la totalidad. Por eso y sólo por eso, esto que estoy refiriendo debe encontrar un final. Todo lo que existe debe terminar, y lo que yo estoy tratando de hacer es que esta historia exista, para que lo que viví y me fue dado ver pueda ser visto por alguien más. Porque ésa es la otra cuestión que aprendí de todo esto: sólo lo que se comparte puede decirse que exista, sólo es de alguien aquello que de algún modo ya es de todos los demás.

Serían las ocho de la mañana cuando finalmente llegamos a puerto. Se trataba del club náutico que rodea el Castel dell'Ovo. ¿Cómo decirle al gringo Ross que yo conocía ese sitio si se suponía que nunca antes había estado ahí? Lo cierto es que no le dije nada. ¿Qué podría haberle dicho? ¿Que de algún modo que ni yo mismo sabría explicar me había sido dado vivir una porción de tiempo que no se hallaba ni en el pasado ni en el futuro, sino en algún canal paralelo al que, por algo menos de una semana, había conseguido asomarme? ¿Que ese día que estábamos viviendo era sólo una de las miles de posibilidades que el presente ofrecía y que todas las otras estaban teniendo lugar en algún otro sitio en ese mismo momento? No, no podía decir nada. Si lo hubiera intentado me habría hecho un lío y no hubiera logrado hacer que tuviera el menor sentido. Además para qué intentar confundir con explicaciones algo que el gringo entendía mejor que yo. ¿No había sido acaso él mismo el que durante todo el viaje me lo había estado tratando de explicar?

—De verdad que no me explico cómo carajo volvió a subir al barco, Aguiar.

—Ya te dije, gringo, me agarré de un cabo que colgaba por la borda.

El gringo Ross estaba verdaderamente molesto de que le hubiera alterado los planes. Yo, aunque no pudiera compartirla, no podía disimular la alegría que me daba el tenerlo de nuevo al lado. Creo que mi alegría no hacía más que incrementar su irritación y su desconcierto, como si lo estuviera interpretando como una burla por mi parte.

—No era así como tenía que pasar —insistió.

—Era exactamente como tenía que pasar, gringo. Vos mismo me lo dijiste mil veces: las cosas pasan siempre como tienen que pasar y no hay nada que nosotros tengamos que opinar al respecto.

—Usted no lo entiende, Aguiar. Usted tenía que quedarse en *orsai* para poder mirar las cosas desde una perspectiva nueva.

—Te juro que funcionó, gringo.

—Así yo habría podido hacer algo por usted y de paso ir pagando algunas de mis deudas.

—Lo hiciste, gringo.

—Ahora ¿qué carajo hago yo, para dónde sigo?

—Gringo…

—Hay veces en que está claro lo que tiene que pasar, y le juro que ésta fue una de esas veces, como si desde el cielo me hubieran dicho bien clarito lo que tenía que hacer y lo que a usted tenía que pasarle.

—¡Gringo!

—¡¿Qué carajo quiere, Aguiar?!

Estábamos sentados en una pequeña mesa del único de los restaurantes del Borgo Marinaro que estaba abierto a esa hora, una modesta cantina que contrastaba con la modernidad del resto de los locales, al borde mismo del muelle de piedra al que se hallaban amarradas las barcas de los pescadores.

—¿Vos me creés si te digo algo muy en serio?

—¿Qué cosa, Aguiar?

—¿Vos me creés o no?

El gringo se me quedó mirando de un modo que parecía indicar que estaba dispuesto a escucharme.

—¿Te acordás cuando estábamos en ese bar en San Pietro y vos me dijiste que este cuerpo era un regalo de Dios y que estaría feo despreciarlo? ¿Te acordás que lo decías para irte con las chiquilinas

aquellas un segundo después de que trataste de convencerme de que cada uno tenía una mujer que Dios le había asignado?

—Más o menos, Aguiar.

—Un segundo antes me habías dicho exactamente lo contrario y yo de todas maneras te creí, gringo, ¿y sabés por qué?

—¿Porque usted se deja engañar como una quinceañera?

—No, gringo, porque cuando me lo dijiste vos lo creías, porque por más que fuera lo contrario de lo que acababas de decirme, cuando lo dijiste en tus ojos había verdad.

Al oír esto último el gringo distendió un poco el gesto, cosa que yo decidí asumir como una señal de que nos estábamos entendiendo.

—Ahora quiero que me mires a los ojos y que creas en la verdad de lo que voy a decirte.

El gringo, advertido por la solemnidad de mi tono, decidió obedecerme.

—Todo lo que pensaste que me tenía que pasar me pasó —le dije—, y nunca voy a encontrar la manera de agradecértelo. No te lo voy a poder explicar, pero necesito que me lo creas. Me quedé en *orsai*, gringo, me quedé con el culo al aire como nunca en mi vida me había quedado, y aprendí todo lo que un pelotudo como yo puede llegar a aprender de una experiencia como ésa. De verdad que me pasó, y si lo del perdón de Dios dependía de eso, entonces ya estás perdonado.

El gringo Ross se me quedó mirando como quien estudia a su adversario para intentar discernir si realmente tiene las cartas que dice que tiene. Luego soltó una carcajada que tanto podía significar que celebraba mis palabras como que no me creía nada. Yo decidí que era lo más cerca que llegaríamos de poner en común una verdad.

El resto de los restaurantes empezó a mostrar algún tipo de actividad matutina. Nosotros nos dedicamos a terminar nuestros cafés en silencio. Muchas veces he evocado la escena y me he preguntado si no tendría que haberle dicho algo más al gringo, algo que intentase aclarar el misterio, pero siempre termino respondiéndome que las palabras no sirven para eso. Alrededor de nosotros, los camareros de los puestos vecinos empezaron a barrer la acera y a colocar las mesas en su sitio. Poco a poco el día parecía querer comenzar, y prometía ser hermoso. A la sombra del

Castel dell'Ovo todo el Borgo Marinaro parecía querer despertarse, y me acordé de lo que me había contado Valeria el día en que lo visitamos por primera vez, aquello del huevo que Virgilio había colocado en su base y que si un día se rompía arrastraría en su caída a todo el castillo y a toda la ciudad. A mis espaldas las calles de Nápoles también empezaban a desperezarse, el murmullo de hormiguero con que sus habitantes y sus vehículos se desplazaban en ese caos que de tan anárquico encontraba una especie de armonía, mucho menos parecido a las reglas de los hombres que a las de las mareas, al ritmo con el que las olas se persiguen por los océanos, al modo en que el viento hincha las velas de los barcos para que viajen en una y otra dirección arrastrando los sueños de sus tripulantes, ignorantes las más de las veces del plan celestial del que forman parte. Como si todas aquellas ideas hubieran tomado forma también en el interior del cerebro del gringo Ross, como si por alguna intervención divina estuviéramos vibrando en la misma frecuencia, una especie de acuerdo tácito se estableció entre nosotros, y la confianza y la promesa de que todo debía ser exactamente como estaba siendo, y que más pronto que tarde nos tocaría vernos de nuevo. Supongo que fue por eso que no me costó despedirlo y verlo partir hacia otras tierras, Turquía y el canal de Suez, y la Vía Láctea y el infinito, y todos aquellos rincones hacia los que su enorme corazón y sus inagotables esperanzas lo quisieran llevar. Y supe, mientras lo veía izar las velas y alejarse hacia el horizonte, que no sería ésa la última vez que los vería ni a él ni al *Victoria*, porque secretamente y aunque no lo sepamos, todo lo que alguna vez fue volverá a ser de nuevo. Todo lo que fue o pudo ser, a cada instante está siendo. Nada se pierde en el pasado y el futuro está a nuestros pies, porque el presente, la dimensión del ahora, es lo único que no tiene fin.

Volví al restaurante y me senté en la misma mesa. Nuestras tazas aún no habían sido recogidas. Pasé el dedo por el fondo de la mía y me lo llevé a la boca, y en el sabor del café, en su simpleza y en su maravilla, creí hallar un mensaje que hablaba de todo lo que volvía. La moneda que había lanzado había caído del lado de la vida, y la vida en este caso quedaba en un piso barcelonés y en los ojos de agua de una mujer a los que esperaba poder regresar. En el cielo el infinito y las mil vidas

posibles. Aquí abajo, mientras tanto, la única realidad plausible era la que me tocaba enfrentar. Fuera hacia donde fuese que el destino quisiera llevarme luego, el presente decía que el siguiente paso era hacia allá. Me acerqué hasta el local a pedir cambio al camarero y, mientras caminaba hacia el teléfono que había junto a las barcas de los pescadores, tuve la impresión de que ese mar y ese cielo y la piedra sobre la que avanzaba, eran la prueba irrefutable de que las cosas se empezaban a ordenar. Descolgué el aparato, cerré los ojos, respiré hondo y me decidí a marcar.

—Hola, ¿Ana?

Del otro lado de la línea nadie contestó.

—¿Ana? —volví a probar.

Nada. Sólo el silencio.

—Ana, ¿estás ahí?

—¿Ernesto? —se oyó tímida su voz, y fue como si un dolor muy antiguo se descomprimiera en mi pecho.

Un escalofrío me recorrió la espalda y se ramificó en forma de hormigueo por mis brazos y mi cuello.

—Sí, amor, soy yo.

Javier Argüello (1972) es un escritor argentino nacido en Chile y radicado en Barcelona. Es autor de *Siete cuentos imposibles* (Lumen, 2002), *El mar de todos los muertos* (Lumen, 2009), que en su día merecieron el aplauso unánime de la crítica. En 2011 ganó el premio internacional de ensayo Josep Palau i Fabra con el libro *La música del mundo* (Galaxia Gutenberg, 2011). *A propósito de Majorana* es su última novela (Literatura Random House, 2015).

Edición en formato digital: marzo de 2015

© 2015, Javier Argüello Mora y Araujo
© 2015, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de portada: Album

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.* El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-397-3040-8

Composición digital: M.I. maqueta, S.C.P.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

A propósito de Majorana

Parte I

Parte II

Parte III

Parte IV

Parte V

Parte VI

Parte VII

Nápoles, el presente reencontrado

Biografía

Créditos